
CON EL
DIABLO
EN LA
SANGRE
PARTE I DE LA BILOGÍA
DIABLO Y SANGRE
ESTRELLA CORREA

Copyright © 2025. Estrella Correa.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, febrero 2026.

Título Original: Con el diablo en la sangre
Corrección: Antonio Correa y Rocío Moreno.

Para los que alguna vez regresaron al lugar donde juraron no volver.

Para los que aman con cicatrices abiertas.
Para los que esperan.
Para los que no olvidan.

Esta historia es para vosotros, valientes.
Porque hay amores que no se traicionan.
Y otros… que arden.

SINOPSIS

Hay apellidos que son promesas. Y otros que son condenas.

Hace diez años, Chiara Russo desapareció la noche en que su padre fue señalado como traidor. Desde entonces vive con otro nombre, otro rostro y otra vida cuidadosamente construida. Clara Bernardi es abogada internacional. Inteligente. Fría. Intocable.

Pero la sangre no olvida.

Cuando regresa a Sicilia para cerrar una tregua imposible entre los clanes Russo y Vitale, sabe que está entrando en territorio enemigo. Lo que no espera es encontrarse frente a frente con Matteo Vitale: el heredero del imperio que juró destruir a su familia. El hombre que fue su primer amor. El único que podría reconocerla incluso en la oscuridad.

Matteo sabe quién es ella. Y ha esperado este momento durante años.

Entre alianzas inestables, secretos enterrados, traiciones que aún respiran y una tercera familia moviendo los hilos desde la sombra, Chiara y Matteo quedan atrapados en una guerra donde el deseo es tan peligroso como una bala.

Porque amar al enemigo no es una debilidad.
Es una sentencia.

Y en esta historia nadie sale ileso.

Ni siquiera El Diablo.

ÍNDICE

1. EL FINAL
2. LO QUE LOS OJOS NO VEN
3. NO MIRES
4. SENTIDOS DE LA TIERRA
5. UNA VIDA CASI NORMAL
6. LOS QUE SONRÍEN
7. LOS QUE BUSCAN
8. DONDE EL DINERO NO SE ANUNCIA
9. DONDE LA PAZ SE FIRMA CON PÓLVORA
10. FERRARA Y EL RESPETO
11. LAS GRIETAS DEL SILENCIO
12. CIELO GRIS
13. LA NOCHE NUNCA TERMINÓ
14. METIRAS QUE NOS CONTAMOS
15. LA MAÑANA QUE INTENTA PARECERLO
16. DONDE SE GANA EL RESPETO
17. LO QUE SE ROMPE
18. NEGOCIAR LA VERDAD
19. HACERLO SOLA
20. LO QUE DESPIERTA ANTES DEL CUERPO
21.

DEJA DE FINGIR
22.
LOS SUEÑOS QUE AVISAN
23.
NO FUE EL RUIDO
24.
EL PUNTO EXACTO
25.
PUNTO DE INFLEXIÓN
26.
LO QUE NO SE PLANEA
27.
TERRENOS Y MIRADAS
28.
LA DISTANCIA EXACTA
29.
BUENAS Y MALAS IDEAS
30.
CUANDO ELLA APARECIÓ
31.
REMATAR LA ESCENA
32.
LO QUE NO SE DICE EN VOZ ALTA
33.
LLAMADAS QUE REMUEVEN
34.
LO QUE NO SE ESCONDE
35.
UN RATÓN ESCONDIDO
36.
UNA CENA NORMAL
37.
UNA DECLARACIÓN
38.
DOS MESES DE NORMALIDAD
39.

MANOS LIMPIAS
40.
UNA SEÑAL
41.
UNA PIEZA ÚTIL
42.
LO QUE POR FIN PARECE POSIBLE
43.
LA CEREMONIA
44.
PROTEGERSE
45.
SIGUE LA FUNCIÓN
46.
DESAPARECIÓ DE MÍ
47.
PROTEGERME DE MÍ
48.
LA FRÍA VERDAD
49.
EL DÍA D
50.
DECISIONES
51.
EL GRITO DE LOS LOBOS
52.
LA IGNORANCIA MATA
53.
EL DIABLO EN CARNE Y HUESO
54.
PROCESARLO
55.
LA HABITACIÓN CERRADA
56.
SÉ CHIARA RUSSO
57.

ELLA, ELLA, ELLA
58.
EL CONVOY
59.
LA CARRETERA
60.
EL IMPACTO
61.
LA PESADILLA

AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA


Con el
diablo
en la Sangre
ESTRELLA CORREA

1

EL FINAL

Chiara

París siempre me ha recibido con una sonrisa. Los franceses son así, distraídos, románticos, divertidos. Pero yo no estaba para hacer como si no pasara nada. Porque había dejado en Roma algo más que un hombre del que estaba enamorada.

Salí del edificio con el pulso sereno y la espalda recta. Fingía que la reunión no había exigido cada uno de mis recursos y no acabara de sentarme frente a hombres que aparentaban negociar la paz mientras calculaban qué parte del mundo podían seguir comprando en silencio. Pisaba el mármol del vestíbulo con pasos firmes y seguros, ajenos al temblor contenido que siempre aparece cuando una negociación termina demasiado bien.

El cielo estaba cubierto de ese gris parisino elegante elegido a propósito. Frío sin ser hostil. Distante. Exactamente como yo. No como ellos.

—Han cedido antes de tiempo —comenté mientras me ajustaba el abrigo negro—. Eso nunca es buena señal.

A mi lado, Galesa Conti cerró la carpeta con un gesto preciso. Tenía el don de estar relajada incluso cuando tomaba nota mental de cada palabra pronunciada en una sala. Por algo era mi secretaria. Y por algo era mucho más que eso.

—O has sido demasiado convincente. No todo el mundo aguanta que lo mires sin pestañear.

—No confíes en hombres que sonríen mientras pierden. Siempre están planeando cómo recuperar el golpe.

Mi amiga sonrió, divertida, mientras caminábamos hacia la salida. Hacía frío y olía a asfalto húmedo. Dos semanas allí bastaban para empezar a olvidar que no pertenecía a ningún sitio.

—Dos semanas ya —comentó—. Empiezo a sentirme medio parisina.

—No exageres. Sigues pronunciando mal croissant.

—Porque el café es horrible y tú sigues sin admitir que echas de menos Roma.

No respondí de inmediato. Caminamos unos metros esquivando turistas, maletas rodando, conversaciones en idiomas que no nos concernían. Dos mujeres de treinta años, bien vestidas, seguras, invisibles. Nadie habría imaginado que una de nosotras llevaba una década viviendo bajo un nombre prestado.

Me detuve frente al coche que nos esperaba. El cristal oscuro devolvió nuestro reflejo: impecables, contenidas, profesionales. Una imagen estudiada. Necesaria.

—Roma no se echa de menos —solté al final—. Roma se gestiona.

Galesa soltó una breve carcajada.

—Eso no se lo dices al señor Ferrara.

Suspiré, más por costumbre que por cansancio.

—No empieces.

—Solo pregunto —insistió, apoyándose en la puerta—. ¿Tienes ganas de verlo o no?

El señor Ferrara. Así lo llamábamos siempre, incluso a solas. Como si el título fuese una frontera. Alto, atractivo, siempre vestido como si el mundo fuera una extensión de su despacho. Elegante. Oscuro. Un hombre que no necesitaba elevar la voz para imponer condiciones. Un hombre que no pedía favores: los cobraba.

—Me espera en Roma —anoté—. Eso es suficiente.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que vas a tener. —No iba a darle otra porque, además, ni yo misma estaba segura de lo que le rondaba por la cabeza. Estaba… distante justo el día en que me fui.

Entramos en el coche. El conductor cerró la puerta con suavidad y París quedó atrapada al otro lado del cristal, tan perfecta como indiferente. Galesa sacó el móvil y empezó a revisar mensajes. Yo me limité a observar las calles sin detenerme en ningún punto

concreto. Mirar demasiado siempre había sido peligroso. Mirar implicaba recordar. Y recordar implicaba errores.

Había aprendido a vivir así. Con una identidad sólida por fuera y compartimentos cerrados por dentro. Clara Bernardi. Abogada. Profesional. Sin pasado relevante. Sin familia. Sin grietas visibles.

—Por cierto —Galesa rompió el silencio—, la reunión de mañana se ha adelantado media hora.

—Perfecto.

—Y Ferrara ha vuelto a escribir.

Cerré los ojos un segundo.

—¿A ti?

—No. A ti. Tres mensajes ya. Empieza a parecer impaciencia.

—Empieza a parecer una falta de cálculo. Se lo diré cuando llegue a Roma.

—Siempre tan diplomática —murmuró.

El coche se detuvo frente al hotel. Galesa bajó primero. Yo metí la mano en el bolso buscando las llaves cuando sentí la vibración. Nada de mensajes. Esta vez una llamada… con número oculto.

El estómago se me tensó antes incluso de mirar la pantalla porque lo que se dibujó en mi mente fue un lobo negro con ojos amarillos, uno que me atormentaba en sueños, como el que llevaba tatuado en la espalda y que la sombreaba casi por completo con algunos secretos.

—Espera —le pedí a mi secretaria.

Saqué el teléfono despacio. Durante un segundo, dudé. No por miedo. Sino por instinto.

Acepté la llamada sin llevarme aún el teléfono al oído. Un segundo más. El último en el que todavía podía fingir que mi vida estaba bajo control.

—Clara Bernardi.

No dijeron nada al otro lado, se tomaron unos segundos. Reconocí la situación. No era un error de conexión, ni una duda, sino un silencio medido, sostenido, una manera de anunciarse sin hacerlo.

Sentí cómo el pulso se me asentaba en la garganta.

—Clara Bernardi —dijo una voz masculina, grave, perfectamente articulada—. O quizá debería llamarla por su verdadero nombre. Chiara Russo.

El aire abandonó mis pulmones sin previo aviso.

Durante un instante, París dejó de existir. El ruido del tráfico, las voces, incluso el murmullo lejano del hotel se diluyeron hasta desaparecer. Solo quedó esa voz pronunciando un nombre que yo había enterrado diez años atrás.

—Se equivoca —respondí con firmeza—. No sé de qué me habla.

No era la primera vez que mentía. Era la mejor.

—Está en París desde hace dos semanas —continuó él, imperturbable—. Hotel en la *rive droite*. Negociando para familias que aseguran no conocerse entre sí. Siempre acompañada. Siempre impecable.

Apreté el teléfono con fuerza. Noté la presión en los dedos, el leve temblor que recorría la muñeca. No lo permití subir más arriba.

—¿Qué quiere? —pregunté.

Una exhalación lenta cruzó la línea.

—Que vuelva a casa.

Sentí una punzada seca en el pecho.

—No tengo casa.

—Sicilia. Villa Vitale. La tregua final se firmará pronto. Su presencia no es negociable.

El apellido cayó como un disparo.

Vitale.

No hice ningún ruido. No le di el placer de una reacción inmediata. Había aprendido a resistir así. En silencio.

—Esa no es mi casa.

—Es la mía. —Había reconocido su voz, más grave con el tiempo, pero inolvidable para mí.

—No tiene autoridad sobre mí. No soy parte de sus juegos.

—Tiene más que ver con nosotros de lo que le gustaría admitir —replicó—. Y sí, tengo autoridad. La misma que lleva diez años esquivando.

—No voy a ir.

—Sí, lo hará.

—¿O qué?

Hubo una pausa. Breve. Exacta. Letal.

—O haré pública su identidad —aseveró—. Y entonces no habrá rincón del mundo donde esconderse. Ni nombres suficientes para seguir huyendo.

Cerré los ojos.

Vi el rostro de mi padre, cansado, decidido, el día que me dijo que confiara en él. Vi su espalda alejándose. Vi el vacío que dejó. Diez años sosteniendo una vida construida sobre silencios bien colocados.

—Si algo le pasa a mi gente… —empecé, notando cómo la voz se me tensaba por primera vez.

—Nadie tocará a su secretaria —interrumpió—. Ni a nadie que no deba pagar. No todos somos monstruos, Chiara.

—No vuelva a usar ese nombre —le advertí.

—Lo lleva en la sangre.

—En la mía y en toda la que se derramó.

—¿Quiere olvidarlo?

—Esa no es la cuestión.

—La villa está preparada. La esperamos en Sicilia.

—No he aceptado nada.

—Aceptará —soltó con calma—. Porque usted también quiere respuestas.

La línea quedó en silencio.

Miré la pantalla. Llamada finalizada.

Bajé el teléfono despacio. El mundo regresó de golpe, violento, excesivo. El ruido del tráfico, el murmullo del hotel, el roce de una maleta al pasar. Galesa estaba frente a mí, sujetándome el brazo con firmeza.

—Clara. ¿Qué ha pasado?

La miré. Durante un segundo pensé en decirle la verdad. En cargarla con un peso que llevaba demasiado tiempo sosteniendo sola. Pero no podía. Nunca había podido.

—Tenemos que volver a Roma. Hoy.

—¿Por qué?

Inspiré hondo. Enderecé la espalda. Recuperé a Clara Bernardi, la mujer que el mundo conocía.

—Porque el pasado acaba de encontrarme. —No añadí nada más. No hacía falta.



Roma me recibió de madrugada. El aeropuerto estaba medio vacío y, aun así, tuve la sensación de que alguien me observaba.

Mientras avanzaba por la terminal con el abrigo sobre el brazo y el cansancio bien colocado detrás de los ojos, pensé que París había sido un paréntesis. Uno cómodo y peligroso. En Roma no existían los paréntesis. Aquí todo tenía continuidad, peso y consecuencia.

Galesa caminaba a mi lado en silencio. No preguntó nada durante el trayecto en coche. Nunca lo hacía cuando intuía que la respuesta no le gustaría. Ese era uno de los motivos por los que seguía conmigo después de tantos años. Sabía cuándo hablar y, sobre todo, cuándo no.

—¿Directamente a casa? —preguntó el conductor.

—Déjeme cerca del centro.

No quería llegar aún. No quería encerrarme con mis pensamientos. Necesitaba sentir la ciudad bajo los pies, recordar quién era antes de que todo volviera a torcerse.

El coche se detuvo y el sonido de Roma me envolvió de inmediato: un claxon lejano, pasos apresurados, una moto pasando demasiado cerca. El cielo empezaba a clarear, ese momento en el que la ciudad aún no ha decidido qué máscara ponerse.

Mi móvil vibró en el bolso.

Esta vez no hizo falta mirar el número.

Sonreí antes incluso de responder. Porque él conseguía eso, que sonriera hasta en los peores momentos.

—Buenos días, señor Ferrara.

—Eso depende —respondió su voz al otro lado—. ¿Por qué estás en Roma y no en París?

Caminé unos pasos, alejándome del ruido, mientras Galesa se quedaba discretamente atrás.

—Las reuniones terminaron antes de lo previsto.

—Eso no suele ocurrir —habló con voz grave y dura—. Y menos cuando tú estás implicada.

—A veces el mundo decide cooperar.

Una breve risa cruzó la línea.

—No me digas que has vuelto antes solo por mí. Me decepcionaría saber que he perdido ese poder.

Apoyé la mano en la barandilla de piedra de una pequeña plaza. Roma despertaba despacio, ajena a todo.

—No se haga ilusiones, señor Ferrara. Si hubiera vuelto por usted, se lo habría hecho saber de otra manera.

—Siempre tan cuidadosa. ¿Todo va bien, Clara?

La pregunta era sencilla. Demasiado.

—Sí —mentí—. Todo va bien.

—No me gusta tu tono —admitió—. Has vuelto antes. No has avisado. Y ahora suenas… distante.

Apreté los dedos contra la piedra fría. Pensé en Sicilia. En la villa. En el apellido pronunciado como una amenaza. Pensé en que nada volvería a ser igual. Ni con él. Ni con nadie.

—Estoy cansada. París desgasta.

—Roma también. Pero al menos aquí sabes quién es quién.

No, pensé. *Aquí es donde más fácil es olvidarlo.*

No sé quién eres, Adriano.

No sabes quién soy yo.

Nada está bien.

—Te espero en mi apartamento.

—Adriano, yo… —Sabía que decir que no cambiaría las cosas. Sabía que decir que sí las empeoraría.

—Es importante, Clara. No te entretengas.

—Estaré allí en veinte minutos.

La llamada terminó y me quedé quieta, observando cómo la ciudad seguía su curso. Gente que no sabía nada. Vidas que no se cruzarían con la mía. Caminos sencillos.

Pensé en Adriano Ferrara. En lo que había sido hasta ahora: un acuerdo cómodo, elegante, controlado. En cómo me miró antes de subir a su jet privado. Pensé en cómo, a partir de ese momento, cada gesto mío estaría contaminado por lo que sabía. Por lo que iba a pasar.

Nada vuelve a ser inocente una vez que el pasado reaparece.

Me giré y busqué a Galesa con la mirada.

—¿Todo bien? —se preocupó.

—Sí. Vamos.

Caminé hacia el lugar donde me esperaba el señor Ferrara, consciente de que ese encuentro era el último antes de cruzar una línea invisible. Una vez lo hiciera, no habría vuelta atrás.

Roma no perdona las decisiones mal tomadas. Y yo estaba a punto de tomar la más peligrosa de todas.

2

LO QUE LOS OJOS NO VEN

Chiara

Un mes después.
Actualidad…

El avión aterriza a las 7:46 de la mañana en Palermo. Sicilia, vieja y despiadada, sabe que he vuelto. No por nostalgia ni por redención. He vuelto porque hay lugares que no terminan de escupirte, aunque lleves años intentando escapar de su aliento. La isla se queda pegada a la piel. Se mete bajo las uñas. Te mira desde dentro, con paciencia, y cuando regresas, no te pregunta nada. Te pasa factura.

Bajo la escalerilla con el pulso firme y los sentidos demasiado despiertos. La luz tiene ese blanco sucio de primera hora, una claridad sin ternura. Respiro y el aire me entra con una mezcla de sal, queroseno y algo seco, casi mineral, que solo existe aquí. Palermo no huele a bienvenida. Huele a verdad.

Cruzo la terminal y juro que siento que lo hago hacia una herida. Una de esas que cicatrizan por fuera y siguen abiertas por dentro. El suelo brilla demasiado. Huele a café barato y a sudor. Nunca me ha gustado este olor, menos si viene de alguien que no conozco. Aun así, nada me roza. Cuando has crecido en una familia como la mía, aprendes a moverte entre la gente como un fantasma. A ver sin ser vista. A escuchar lo que nadie dice. A detectar el peligro antes de que tenga forma.

La gente va con prisa, con maletas, con niños llorando, con móviles en alto. La normalidad es un teatro. Me resulta casi indecente.

El vestido que llevo es gris, sencillo, de tela liviana. No marca demasiado. No llama la atención. La discreción es la mejor armadura. Gafas de sol grandes, negras. El pelo recogido en una coleta tirante que muestra más que mi rictus, inmutable por aprendizaje. Me obligo a no tocarme la boca, a no morderme el interior de la mejilla. Gestos pequeños delatan a las personas cuando creen que nadie mira.

Mi maleta no pesa demasiado. Porque sé qué voy a encontrarme y que los Vitale marcan su propio estilo. Sé cuál es, sin embargo, no me dejarán moverme como me gustaría. Galesa, mi única amiga, por motivos más que lógicos, cree que viajo a una reunión familiar. Esos no son mi familia, aunque estuvieron muy cerca cuando yo era una niña.

Salgo al exterior y el sol me golpea la cara con una tibieza extraña para la hora. Me detengo un segundo. No porque dude del camino, sino porque necesito controlar el cuerpo. Que no traicione lo que la mente ya sabe: que esto no es un viaje, es una entrega controlada.

El conductor me espera fuera, apoyado en un Maserati negro, como un animal en reposo. De esos que no muerden hasta que huelen el miedo. El coche es demasiado perfecto para este aparcamiento. Negro, cristales tintados, carrocería limpia, impasible. Un mensaje sin letras.

Sujeto el asa con fuerza y sigo caminando. No porque sea pesada, sino porque necesito hacer algo con las manos. No tengo miedo. No suelo temblar. Pero la ocasión… la ocasión me trae nervios antiguos, de esos que he aprendido a domesticar en silencio.

El chófer lleva un traje oscuro sin una arruga. La corbata ceñida. Los zapatos brillan como si acabara de salir de un funeral caro. Tiene la mirada fija en un punto muy por encima de mi cabeza. No me observa con curiosidad, sino con una neutralidad diseñada. Eso me hace pensar que ya sabe quién soy. O peor: que ya ha decidido qué debe hacer conmigo.

No vas a matarme. No tan pronto, pienso, sin parpadear.

—Señorita Bernardi —saluda con acento del norte y abre la puerta trasera.

No asiento ni sonrío. Subo. Hago lo que se espera de mí. De lo que sea que viene conmigo, de lo que arrastro. El asiento huele a cuero de primerísima calidad y a un perfume masculino que no pertenece al conductor. Me eriza la nuca. Me obligo a pensar que es casualidad, pero Sicilia no cree en las casualidades.

Durante unos segundos, el interior me parece una cápsula hermética. Fuera, el mundo. Dentro, la pausa antes del impacto.

Posibilidad de ser eliminada en segundos: muy alta.

El coche arranca. No necesito mirar para saber que hay otro vehículo siguiendo a distancia. Se siente. Los clanes no confían en el destino, confían en la vigilancia.

Tardamos dos horas en llegar a la villa. Dos horas de curvas, carreteras desiertas y campos secos que huelen a abandono. A tierra caliente. A hierba rota. A piedras que llevan siglos viendo pasar sangre y acuerdos. El conductor no habla. Yo tampoco. Roma, París, Londres… en todos esos sitios el silencio es una elección. Aquí el silencio es una regla.

No duermo. Tengo los ojos fijos en el paisaje, pero la cabeza en otro sitio. A veces me sorprendo repitiendo mentalmente el nombre falso que llevo impreso en la documentación: Clara Bernardi. Clara. Clara. Clara. Como si bastara con repetirlo para creerlo. Han pasado diez años y aún hay una parte de mí que responde a Chiara cuando escucha un tono determinado, un apellido, una amenaza.

Repaso mentalmente lo que ya sé sobre la familia Vitale. Y recuerdo por qué debo mantener el pulso firme.

Los Vitale no son una familia cualquiera. Son una estructura. Una doctrina. Una hidra de tres cabezas que, cuando pierde una, no llora. Se multiplica.

Su emblema lo deja claro: la hidra coronada. Una criatura mítica que no muere, solo muta. Y el lema familiar, grabado en cada tatuaje, en cada pared de la villa, incluso en el anillo que Matteo lleva en el índice: *Aut viam inveniam aut faciam*. O encuentro el camino… o lo creo a la fuerza.

No necesitan gritar para imponer miedo. No usan cadenas de oro ni camisetas con marcas. Su poder es elegante. Frío. Como un bisturí. Como Matteo.

Pienso en su voz en el teléfono. En el modo en el que pronunció mi nombre verdadero. En la certeza con la que me ubicó en París, como si hubiera estado mirándome desde una esquina. Diez años buscando. Diez años guardando una venganza con paciencia. Los hombres como él no se cansan. Se afilan.

Sé que lo encontraré en la villa. De pie. Esperándome. No porque esto sea una tregua escrita por abogados, sino porque los Vitale convierten cualquier cosa en un ritual. Y en sus rituales siempre hay un sacrificio. A veces solo falta decidir quién lo será.

Los Vitale tienen tres directrices no escritas:

Uno: Nunca actúes en caliente. El impulso es debilidad. Y ellos no se permiten ser débiles.

Dos: El enemigo no siempre lleva un arma. A veces viste de seda y sonríe con los ojos.

Tres: La familia no se cuestiona en voz alta. Si tienes una duda, trágatela. Y si no puedes… muere por ella.

Conocen el control. Doman la anarquía con horarios, cláusulas y silencios estratégicos. No dejan rastros, solo consecuencias. Pero también tienen grietas. No públicas. No evidentes. Reales.

Su debilidad más clara es la obsesión con la lealtad. Todo gira en torno a ella. La exigen. La esperan. La castigan. Los que la incumplen acaban solos o muertos. A veces ambas cosas.

Miro por la ventanilla mientras la carretera se estrecha y el paisaje se vuelve más agreste. Cipreses, polvo, colinas secas. Y al fondo, ya

visible entre la bruma de la mañana, la silueta de la villa Vitale. Fría. Inmutable.

La recuerdo de otra forma. O quizás soy yo la que entonces no sabía mirar con los ojos abiertos. A los diecisiete, todo parece menos definitivo. Incluso el peligro.

La verja aparece como una boca de hierro forjado. El símbolo de la hidra sigue allí, intacto, cuidado, pulido. Ni el tiempo puede hacerle daño. La memoria tampoco. Yo quiero hacérselo.

Las puertas se abren sin una sola voz. Solo el crujido metálico, lento, como una advertencia. El coche avanza por la gravilla y el sonido bajo las ruedas se siente el de huesos pequeños rompiéndose. Me obliga a tragar saliva. Y al final del camino, bajo la sombra de los cipreses, está él.

Matteo Vitale observa como si el mundo le perteneciera. Y lo peor de todo es que le pertenece en gran parte. No por herencia, sino por presencia. De esas que ocupan el espacio antes incluso de moverse. Alto, de hombros anchos y espalda recta, con una elegancia peligrosa, innata, salvaje, mezcla de poder y amenaza. Su piel bronceada por el sol y por la violencia de su linaje. Matteo ocupa, domina y desafía.

Los tatuajes se asoman por debajo de las mangas de su camisa blanca, revelando líneas negras que insinúan historias que nadie se atreve a preguntarle. También por el cuello, casi cubierto por ellos. En el pecho lleva el símbolo de su familia. El de la mía lo llevo oculto. Él lo enseña como un escudo. Como una advertencia.

Tiene la mandíbula cuadrada, los labios marcados, la barba de un día que le da ese aire de hombre al que no le afecta nada, pero que lo siente todo en silencio. El cabello moreno, ligeramente revuelto, como si acabara de salir de una cama o de una guerra. Y los ojos… joder. Esos ojos oscuros que no miran, examinan. Que no olvidan. Que no perdonan.

Lleva un traje a medida. El primer botón de la camisa abierto, lo justo para mostrar un poco de piel y un mundo de peligro. En la muñeca brilla un reloj cuyo valor no es el metal, sino el mensaje: el tiempo siempre juega a su favor.

No necesita decir una sola palabra para hacer que todos bajen la mirada. Porque Matteo no habla para convencer. Habla para sentenciar. Y cuando calla es peor. Su silencio siempre lleva un nombre.

El mundo vuelve a dolerme en el pecho.

Bajo del coche cuando me abren la puerta. Con la cabeza alta, las piernas firmes y la piel armada. Me coloco el bolso en el hombro con un gesto lento. Controlado. Mis gafas de sol son una pared. Mi postura, otra.

Él no se acerca. Yo tampoco.

Nos detenemos a tres pasos de distancia. Tres. Los necesarios para que el mundo finja que esto es un recibimiento civilizado y no una ceremonia de caza.

Sé que hay un tirador en algún punto alto. Lo siento en la nuca, en esa parte del cuerpo que responde antes que la cabeza. Imagino una ventana entreabierta, un balcón con sombra, una mirilla quieta. Él también lo sabe. No hace falta decirlo. En esta clase de familias, el protocolo incluye la amenaza. La cortesía es una forma de violencia.

Matteo no se mueve. El tiempo también es aquí una propiedad privada.

Me quito las gafas de sol con un gesto lento. No por educación, sino por desafío. Quiero que me mire bien. Quiero que vea que no he vuelto temblando.

Sus ojos no se abren más al reconocerme. No hay sorpresa ni duda, solo confirmación.

—Chiara Russo —mi nombre cae en el aire como una moneda. Pesada. Irrecuperable.

Ni siquiera se molesta en pronunciar Clara Bernardi. Esa máscara la deja para el resto del mundo. Aquí, en su casa, no existe.

Mantengo la barbilla alta.

—Matteo Vitale. —Tampoco es una presentación. Es una advertencia entre iguales, aunque él pretenda lo contrario.

La escalinata deja de ser piedra y se convierte en un espacio cerrado, íntimo, peligroso. El aire se densifica. El silencio toma asiento con nosotros.

—Ha tardado diez años en volver —no levanta la voz.

—No he vuelto. He venido —corrijo—. Me llamaste.

Una mínima curvatura en su boca que no es una sonrisa, sino una concesión casi cruel.

—Le dije que era imprescindible para la firma.

—¿La paz definitiva? —mi tono roza la ironía.

—Eso es lo que le dije. —La frase es limpia. Demasiado. Y esa precisión me confirma lo que ya sabía: la paz es el envoltorio. Lo que él quiere está debajo.

—Entonces, supongo que debo felicitarle —añado—. Ha encontrado a la hija del traidor.

Sus ojos no se mueven, pero algo en su mirada se afila.

—La hija del hombre que decidió entregarse.

—¿Así lo llama? —mi voz suena serena; por dentro, la rabia aprieta—. Mi padre desapareció. Usted y los suyos llevan diez años celebrándolo.

Matteo da un paso. Uno. No invade del todo, pero reduce el espacio entre nosotros. El tirador existe, pero él es peor. Porque él está cerca.

—No celebro nada. Quiero respuestas.

Me río sin humor.

—Qué sorpresa. Los Vitale queriendo respuestas después de haber escrito la versión oficial.

La piel me arde bajo el vestido. No por el sol. Por su proximidad. Por la memoria de una adolescencia que no debería volver a tocarme.

—La versión oficial nos costó un cadáver y un archivo. —La frase cae con intención. Archivo. La lista. El veneno escondido en un solo sustantivo. Matteo me mira esperando una reacción. Un parpadeo. Pero no le doy nada. No lo merece.

—¿Se refiere a su padre? —pregunto.

Su mandíbula se tensa apenas. Es lo único que delata que ahí hay una herida real.

—Me refiero a todo lo que se rompió aquella noche.

—Se rompió mi vida —masco—. No finja que lo siente.

Matteo se queda quieto. Me mira con la calma feroz que tienen los hombres acostumbrados a decidir el final de las cosas.

—No finjo nada, Chiara. No he construido este acuerdo para consolarla.

—¿Entonces para qué?

Su mirada baja un instante. No a mis labios, esta vez. Al cuello. A la vena que late. A la vida, como si le interesara comprobar que sigo viva para poder decidir si merece la pena conservarme.

—Para cerrar una guerra —asegura—. Y para abrir otra verdad.

Siento un golpe seco en el pecho. Porque lo entiendo. A él no le importa la paz. Quiere saber si el hombre al que odia realmente lo traicionó. Si la muerte de su padre es consecuencia de aquello, quién tiene el archivo con información que protege sus vidas y comprobar si yo soy una pieza útil o un error del pasado que conviene borrar.

—No me interesan sus verdades —le respondo—. He venido a por la mía.

—¿Cuál es su verdad? —La pregunta es suave. Demasiado suave para un Vitale. Eso la hace más peligrosa.

—Quién mató a mi padre.

Matteo no pestañea. No se indigna. No se defiende. Solo deja que las palabras se queden entre nosotros, respirando.

—¿Estás segura de que está muerto?

Se me hiela algo por dentro. No porque sea una duda nueva, sino porque él la pronuncia como si supiera más de lo que debería.

—Eso es lo que me han hecho creer.

—A veces la gente cree lo que necesita para seguir viviendo —dice, y por primera vez su tono tiene algo que no sé nombrar.

No me permito pensar en ello. No aquí.

—¿Vamos a quedarnos en la puerta hablando de cadáveres? —pregunto, y el sarcasmo me sirve de escudo—. Pensaba que esto era un pacto de paz.

Matteo deja escapar un aire breve por la nariz. Si eso es una risa, es la más fría que he oído en mi vida.

—Tendrá todo eso —suelta—. Cuando toque. —Y luego se gira—. Entre. —No es una invitación. Es una orden.

La puerta principal se abre sola, enorme, pesada, obediente. Un sensor, tal vez, o alguien ha pulsado un botón desde dentro. Aun así, no se siente como tecnología. Se siente como poder. Aquí no se empuja para abrir. Se ordena.

Entro y el aire me golpea en la cara con una bofetada de mármol. Fresco. Cargado de humedad, incienso antiguo y madera pulida. Olor a dinero viejo. A poder enquistado. A historia escrita con sangre y archivada con distinción. Cuadros de hombres muertos mirándome desde paredes impecables. Suelos que han sostenido decisiones irreparables. Un silencio que no es paz: es control.

Matteo camina a mi lado sin tocarme, pero su presencia roza. Lo hace todo. Ocupa el espacio, domina la temperatura. Me obliga a medir mis pasos.

—¿Sigue recordando esta casa? —indaga, sin mirarme. Matteo Vitale nunca hace una pregunta de manera inocente.

—Recuerdo lo que me interesa.

—¿Y qué le interesa?

—Salir viva.

Él se detiene un segundo y me mira de perfil.

—Eso depende de usted.

Se vuelve a poner en marcha. Lo sigo. Porque estoy aquí y mi objetivo está en el centro de esta casa. Mi padre. Su muerte. La verdad. Todo lleva al mismo pasillo.

—¿Y su "paz definitiva" también depende de mí? —cuestiono.

—Todo depende de ti, Chiara. —Por fin me mira de frente—. Incluso lo que crees que viniste a buscar. —Me tutea de repente.

La respuesta me deja un segundo sin aire. Me obligo a sonreír. Una sonrisa fina.

—Qué gran anfitrión.

—No estoy siendo anfitrión. Estoy siendo paciente.

Me conduce por el pasillo de la izquierda. Los pasos resuenan sobre la piedra. Cada cuadro, cada puerta, cada esquina me

recuerda que estoy en la boca del lobo. Y que el lobo no tiene prisa. Lo que no sabe ese lobo es que yo tengo una docena protegiéndome.

La suite está al final. Puerta doble. Oscura. Sin adornos. Un silencio espeso me recibe incluso antes de entrar. El aire cambia a cada paso. Más quieto. Más íntimo. Más vigilado.

Matteo abre y me deja pasar primero. Y ahí, en ese gesto, entiendo la clase de juego que ha empezado: él me ofrece espacio, comodidad, cortesía… porque sabe que eso también puede ser una jaula.

La habitación huele a vacío. A madera añeja. A libros cerrados desde hace años. A espera.

Cama de dosel. Sábanas grises. Ventanales inmensos con marcos negros. Un tocador antiguo y una silla tapizada con terciopelo burdeos que ha vivido más guerras que yo.

—Aquí estará. Ala norte. Privacidad. Seguridad.

—Qué generoso.

—No confunda seguridad con libertad. —Me mira un instante más. Sus ojos se detienen en mi cara como si pudiera leer el siguiente movimiento antes de que yo lo haga—. Necesitará descansar. Hoy empezamos.

—¿Empezamos qué?

Matteo se inclina apenas, lo justo para que solo yo lo escuche.

—La paz. Y el interrogatorio —susurra, demasiado cerca, y los vellos se me ponen de punta. Se aparta y da un paso atrás—. No salga de la villa sin avisar. No me gustaría tener que traerla de vuelta por la fuerza.

—No se preocupe. Si me voy, no será para huir.

—Eso espero, Chiara.

—Llámame Clara. Clara Bernardi.

No dice nada más. Cierra la puerta tras él con un clic limpio y definitivo.

Respiro hondo.

Dejo la maleta sobre el banco a los pies de la cama sin abrirla. Necesito un segundo para comprobar que todo sigue igual de distinto. Las habitaciones no cambian. Cambia quien vuelve a ellas. Cambia el motivo. Cambia la forma de mirar.

Me acerco a la ventana. Desde ahí se ve el jardín trasero, el olivar, y más allá la línea del mar cortada por colinas. La luz de la mañana es pálida y aun así todo arde. Los recuerdos me queman sin necesidad de fuego.

Apoyo la mano en el cristal. Es frío. Real. Y por un instante vuelvo…

Diecisiete años. Música lejana. Risas dentro. Yo saliendo por la puerta trasera escapando de algo que no entiendo. Él siguiéndome. Sin nombres. Sin apellidos. Solo un roce en la muñeca y un beso torpe, rápido, prohibido.

El mismo chico es ahora el hombre que ha pasado diez años buscándome.

El mismo beso es ahora una cicatriz con dientes.

No he venido para desterrar demonios. He venido a matarlos. Estoy aquí por justicia y por venganza. Y Matteo Vitale está aquí por su verdad. Dos verdades en la misma casa. Una de las dos va a sangrar.

—No he vuelto para salvar a nadie. He venido para que ardan —musito con rabia.

3

NO MIRES

Matteo

Actualidad…

No tengo miedos. Eso es lo primero que me enseñó mi padre, aunque no lo dijera con palabras. Me lo enseñó con el método más antiguo: quitándome la posibilidad de tenerlos. En mi mundo, el miedo no es una emoción. Es una invitación al ataque. Y yo no he sobrevivido tantos años para ofrecer invitaciones.

Soy Matteo Vitale. El apellido pesa. No por tradición romántica, sino por territorio, sangre y acuerdos que se firman con tinta y se cierran con balas. La gente cree que el poder es mandar. Se equivocan. El poder es no tener que explicarte. Es entrar en una habitación y que todos ajusten la respiración sin darse cuenta. Es que un silencio se convierta en orden.

He heredado esta casa y todo lo que contiene: la hidra coronada en las puertas, las normas no escritas, los hombres dispuestos a morir sin preguntar. Y también he heredado lo que no se ve: los cadáveres que sostienen el mármol, las traiciones que se esconden detrás de los cuadros, las guerras que se aplazan porque conviene aplazarlas.

La gente dice que he cambiado desde que mi padre murió. Otra vez se equivocan. Lo único que cambia es el número de cosas que ya no necesito fingir.

Sé quién es Chiara Russo desde antes de verla bajar del coche. La he buscado diez años. No por nostalgia, ni por orgullo. Por justicia. Por control. Por verdad. Porque el apellido Russo está atado a un agujero que nunca terminó de cerrarse: Alessandro Russo dejó a mi familia con una lista desaparecida, un enemigo fortalecido y una sospecha clavada en la garganta.

Dicen que su padre nos delató. Dicen que fue el traidor. Dicen demasiadas cosas.

Ahora ella está aquí, dentro de mi casa, bajo un nombre falso que solo sirve para el resto del mundo. A mí no me engaña. A mí no me hace falta papel.

La he llamado con una excusa: sellar la paz definitiva. Un acuerdo simbólico, con sonrisas de plástico. La tregua que todos esperan. La tregua que los Della Torre llevan meses intentando sellar desde las sombras. Los Della Torre no son un rumor. Son una familia. Un rival. Un cáncer distinguido. Ya lo eran cuando el padre de Chiara desapareció del tablero. Y yo necesito dominar este territorio sin fisuras. Creen que pueden engañarme. No les interesa la paz, sino crear la guerra.

Si Chiara es un riesgo, la convierto en herramienta.

Si Chiara es una amenaza, la elimino.

Si Chiara guarda la verdad, la arranco.

Esa es mi forma de respirar.

Cruzo la villa sin prisa. Aquí todo me pertenece. Los pasillos, el aire, el silencio. Nadie se atreve a interponerse. Y si alguien lo hiciera, aprendería rápido por qué los Vitale no se cuestionan.

La encuentro donde siempre.

En el invernadero.

Entre orquídeas blancas, jazmines enredados y limoneros estériles que mi madre se empeña en cuidar aunque no den fruto desde hace años. Según ella, las plantas son mejores que las personas.

—No te mienten. Solo florecen… o mueren —suele decir.

Mi madre, Helena, está inclinada sobre una mesa de mármol, con guantes de cuero fino y unas tijeras de podar que utiliza con una precisión que no es de jardinería. Es de estrategia. Mi madre corta lo sano primero. Porque, según ella, la podredumbre empieza desde dentro.

Me quedo en el umbral. No porque lo necesite. Con ella, cada paso es una declaración. Y hoy no tengo ganas de declarar nada que no controle.

—Ya ha llegado —informo.

Helena ni siquiera alza la vista.

—Lo sé —responde, como si hablara del tiempo—. La villa lo sabe. Los hombres lo saben. Hasta los muros lo saben. —No hay reproche en su tono. Solo una certeza fría. Mi madre no pregunta lo que ya ha calculado— ¿La has recibido tú?

—Como querías.

Helena corta una rama que parece perfecta y la deja a un lado. Ese gesto siempre me ha inquietado más que un arma.

—No era mi trabajo hacer de anfitrión —comento.

—Tampoco era tu trabajo heredar el apellido de tu padre, y aquí estás —indica ella, sin suavidad y sin dureza. Con esa claridad que vuelve inevitables las cosas.

Me acerco a la mesa. La humedad del invernadero se me pega a la piel. Es una incomodidad controlada, nada más. Las incomodidades no gobiernan. Se toleran.

—Chiara no viene a firmar una paz —digo, sin rodeos.

Helena deposita la rama podada en un jarrón de cristal.

—Chiara viene a buscar un cadáver —responde—. Y si no lo encuentra, lo inventará.

La frase me arranca una leve tensión en la mandíbula. Mi madre lo nota, siempre lo nota.

—Cree que uno de los nuestros mató a su padre.

—No cree —corrige Helena—. Necesita creerlo. Es una Russo, Matteo. Ha crecido en medio del fuego. No se alimenta de certezas. Se alimenta de venganzas.

Mi madre al fin alza la vista. Ojos oscuros. Quietos. Esos ojos que nunca han necesitado llorar para hacer daño.

—No va a irse sin arrancar algo —añade—. Y si no le damos una verdad, tomará una cabeza.

Me apoyo en el mármol. Siento el frío atravesarme la palma, y me gusta. Me recuerda que esto es real. Que aquí no hay lugar para fantasías.

—No pretendo matarla.

Helena no se inmuta.

—No digas pretendo —murmura—. Los planes se ajustan. Las necesidades mandan.

—Lo sé.

—Entonces dilo bien.

Respiro, lento.

—No la mataré… a menos que sea necesario.

Mi madre asiente, satisfecha. No porque quiera sangre. Porque entiende el lenguaje del poder.

—Bien. Ahora estás hablando como un Vitale.

Me quedo en silencio unos segundos. En mi cabeza, la imagen de Chiara bajando del coche se repite sin permiso. La forma en la que se quitó las gafas. La forma en la que sostuvo mi mirada. Esa calma agresiva de quien ha aprendido a sobrevivir.

—Diez años —farfullo.

—Diez años buscándola —completa Helena—. Y diez años con los Della Torre mordiendo nuestras fronteras.

Mi madre vuelve a sus plantas, pero su voz sigue clavada a mi nuca.

—No es solo ella, Matteo. Es lo que representa.

—Un error del pasado.

—Una llave —corrige—. Una llave y un detonador. Si la tregua sale mal, si la prensa huele sangre, si los Della Torre ven una grieta… todo puede volverse en tu contra. —Lo dice sin dramatismo. Como quien enumera riesgos de inversión. Helena siempre ha entendido que la familia es un negocio y el amor una debilidad funcional, útil solo cuando se puede controlar.

—Lo sé —repito.

—No basta con saberlo. Debes anticiparlo.

Me enderezo y la miro.

—He dicho que viene a buscar un cadáver. Pero yo también quiero algo de ella.

Helena deja las tijeras sobre la mesa.

—El archivo.

Asiento.

—Y la verdad.

Mi madre me observa durante un segundo largo.

—La verdad no siempre te conviene, Matteo.

—Me conviene más que la duda.

Helena vuelve a ponerse los guantes.

—¿Vas a dejar que se acerque a ti?

No contesto al instante. No por duda. Sino por precisión.

—Voy a dejar que crea que puede —respondo al fin—. Y voy a ver cuánto tarda en delatarse.

Mi madre sonríe apenas. Un gesto mínimo, seco.

—Esa es la diferencia entre tu padre y tú. Tu padre reaccionaba. Tú diseñas.

Me giro para salir del invernadero. Antes de cruzar el umbral, Helena añade, sin mirarme:

—Recuerda algo, Matteo. Chiara no es una mujer a la que se domine con fuerza. Se domina con decisiones. Haz que elija.

No le pregunto entre qué opciones. Ya lo sé. Siempre son las mismas.

Entrar o arder.

Callar o morir.

Vivir con nosotros… o vivir contra nosotros.

Salgo al exterior. El sol está alto, pero no calienta. En esta casa nada calienta. Ni la piedra, ni la sangre, ni el poder. El poder solo aprieta.

Camino hacia mi despacho. La villa se extiende a mi alrededor como una jaula de mármol y silencios. Un laberinto donde cada rincón guarda un secreto y cada sombra tiene un nombre. Conozco exactamente cuántas cámaras hay, cuántas salidas, cuántos hombres matarían por mí. Y cuántos lo harían si alguien les ofreciera más.

Ninguno. Los que podían hacerlo ya están muertos.

Entro y cierro con llave por costumbre. Prefiero elegir quién me ve a solas. No vulnerable. Solo… sin público.

Me sirvo un whisky. Uno. Sin hielo. Sin concesiones. Me siento tras el escritorio. La madera cruje con un sonido antiguo. Conoce mi peso. Conoce el peso de mis decisiones.

Abro el expediente de Clara Bernardi, aunque el nombre me resulte casi ofensivo. Los documentos son impecables: historial profesional, firmas, contactos, viajes, formación. Una identidad limpia, construida por alguien inteligente. Y ahí está el problema. Es demasiado inteligente para cometer un error. Si se llevó el archivo, si ella lo escondió, no va a delatarse fácilmente, antes preferirá morir.

Miro el monitor de seguridad. La cámara del ala norte. La veo sentada junto a la ventana, quieta, tensa. No está descansando. Mide el terreno. Escucha la casa. Aprende el ritmo.

Podría dar la orden ahora. Podría hacer que entraran, que revisaran sus cosas, que desmontaran su máscara pieza por pieza. Podría obligarla a hablar.

Pero no lo hago.

Porque quiero observarla cuando crea que aún tiene margen. Quiero verla elegir. Quiero saber qué pesa más en ella: la venganza o la supervivencia. Quiero comprobar si la hija del hombre que supuestamente nos traicionó trae consigo la misma sangre… o algo peor.

Y, sobre todo, quiero una respuesta que llevo diez años aplazando:

¿Fue su padre quien nos puso en peligro o alguien usó su nombre para tratar de hundirnos a todos?

Apago el monitor. Cierro el expediente. Me quedo con el vaso entre los dedos, el alcohol quieto, la boca seca.

He matado por menos. He destruido por sospechas más débiles. Pero Chiara aún respira. Y si aún respira es porque la necesito viva.

De momento.

Porque la guerra con los Della Torre no se gana solo con armas. Se gana con verdades, con símbolos, con un matrimonio si hace falta, con una firma sobre el papel adecuado. Se gana dejando al enemigo sin relato.

Y Chiara Russo… es un relato caminando por mi casa.

No me asusta. Nada me asusta.

Pero sí me obliga a afilarme.

Dejo el vaso sobre la mesa, me ajusto el reloj y me levanto. Camino hacia la puerta con la calma de quien ya ha decidido el siguiente movimiento.

Hoy empieza de verdad el juego.

Y en mi tablero, las piezas no tienen corazón. Solo valor.

Chiara creerá que ha venido a buscar a un culpable.

Yo sé que ha venido a convertirse en una prueba. En una llave. En una amenaza. Y voy a enseñarle, sin decirlo nunca, que en Sicilia la paz es solo una palabra. Lo único real… es quién controla el final.

4

SENTIDOS DE LA TIERRA

Chiara

Actualidad…

Estoy tumbada en la cama con los ojos cerrados y los sentidos despiertos. Trato de descansar, pero solo escucho.

La villa respira a mi alrededor, lejos de la piedra y el mármol, cerca de la carne vieja y la memoria. Aquí nada duerme del todo. Las casas así no descansan: observan.

No sé cuánto tiempo llevo inmóvil, fingiendo adaptación, fingiendo que el cansancio puede con la lucidez. Es imposible relajarse cuando sabes que el lugar donde duermes pertenece al hombre que podría borrarte del mapa con una sola orden. Lo sabía antes de venir. Aun así, sigo aquí. Y no pienso marcharme.

Entonces lo oigo.

Un clic.

Es un sonido tan leve que cualquiera lo confundiría con la madera dilatándose por el cambio de temperatura. Pero yo no soy cualquiera. Crecí entre susurros, secretos y puertas que solo se abrían con la sangre correcta. Y ese clic no es madera.

Es algo activándose.

Abro los ojos. El corazón no se acelera. No me lo permito. Me incorporo despacio y recorro la habitación con la mirada hasta encontrarlo.

La cámara.

Discreta. Negra. Bien colocada. En la esquina superior, casi confundida con la moldura. Encendida.

No tardo ni tres segundos en reaccionar.

Me levanto, me calzo los zapatos y salgo de la habitación sin hacer ruido. No golpeo puertas. No pido permiso. No aviso. En una casa como esta, esperar es un error que se paga caro.

El pasillo está desierto. El mármol bajo mis pies amplifica mis pasos más de lo que me gustaría. Camino recta, sin dudar, hasta la última puerta. Toco una vez. Firme.

Un hombre alto, traje negro, rostro de estatua armada, abre apenas lo justo para interponerse.

—El señor Vitale no está disponible.

—Dígale que Clara Bernardi no es una mujer a la que pueda vigilar mientras duerme —respondo—. Y que si no me recibe ahora, entraré igualmente.

El hombre no discute. No amenaza. Solo me observa un segundo de más y se retira.

Espero treinta y siete segundos exactos.

La puerta del fondo se abre.

Matteo Vitale aparece sin camisa, con los tatuajes a la vista, como si no hubiera previsto nada… o como si hubiera previsto exactamente esto. El emblema de la hidra destaca sobre su pecho, cerca del corazón. No se cubre. No se molesta. Me mira como quien evalúa un movimiento esperado.

—Está descalza —apunta.

—Y usted demasiado cómodo para estar vigilando a una mujer mientras duerme.

Levanta una ceja.

—¿Hay algo que quiera decirme, Clara?

No usa "Chiara".

—Quiero que apague la cámara de mi habitación.

No cambia su postura. Se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta.

—La seguridad de la villa está activa las veinticuatro horas —informa—. No es personal. Es protocolo.

—El protocolo no apunta a la cama de una invitada.

—No es una invitada cualquiera.

—Tampoco soy una prisionera.

Sus pupilas se clavan en las mías. Ninguno habla durante unos segundos que se endurecen a nuestro alrededor. Él me observa sin deseo, con cálculo.

—Nadie está viendo esa cámara. No está conectada a ninguna red externa. Es una medida preventiva.

—No me importa quién la ve —respondo—. Me importa que esté ahí. La privacidad no es negociable. Ni siquiera con usted.

Una pausa.

—Está aquí para sellar una paz —recuerda—. No para cuestionar cada regla de esta casa.

—Estoy aquí para que no me falten al respeto bajo el disfraz de la seguridad —contradigo—. Y porque usted me pidió que viniera. No para dormir observada.

Matteo inclina la cabeza apenas. Lo justo para reconocer el golpe sin admitirlo.

—Hay una línea muy fina entre la vigilancia y la protección.

—Y otra —respondo— entre el poder y la prepotencia.

Sus labios se curvan apenas. No es una sonrisa. Es una concesión peligrosa.

—Lo hablaré con el equipo de seguridad.

—Espero que no tarde mucho en decidir lo que debió estar claro desde el primer minuto.

Me giro para marcharme y doy dos pasos.

—Clara —me llama. Me detengo, pero no me vuelvo—. No confunda esto con debilidad —continúa—. Está aquí porque lo he permitido.

Sonrío sin que pueda verme.

—Y no confunda usted esto con miedo. Estoy aquí porque quiero.

Camino de regreso a mi habitación con los músculos tensos y la sangre despierta. No he ganado. Tampoco he perdido. Pero he marcado una frontera. Y en su mundo, eso es una provocación directa.

Cuando cierro la puerta tras de mí, la cámara ya no está encendida. No porque haya cedido. Sino porque ha entendido algo importante: no he venido a esconderme. Y él acaba de aceptar el primer asalto. Lo que aún no sabe es que esta guerra no la he empezado yo. Solo he vuelto al campo de batalla donde nací. Y pienso terminarla.

5

UNA VIDA CASI NORMAL

Chiara

Seis meses antes…

Diez años antes de volver a Sicilia, mi vida ya tenía un nombre falso y una rutina precisa.

Me llamaba Clara Bernardi. Abogada especializada en Derecho Internacional y conflictos transnacionales. Vivía entre aeropuertos, hoteles impersonales y despachos donde el poder se expresaba en cifras, no en amenazas directas. Era una vida casi normal. Lo más parecido a una tregua que me había permitido en años.

Aquella mañana entré en el edificio de Ferrara Capital con la misma disciplina con la que entraba en todos los sitios: espalda recta, gesto neutro y la mente un paso por delante del cuerpo. Ferrara Capital era una de las mayores firmas de inversión privada del sur de Europa. Capital riesgo, fondos soberanos, operaciones opacas que exigían abogados que supieran callar además de negociar.

Por eso me habían contratado.

El vestíbulo era amplio, sobrio, con mármol claro y cristal ahumado. Seguridad privada, discreta pero presente. Nada ostentoso. El verdadero lujo no se anuncia.

—El señor Ferrara la recibirá en unos minutos —me informó la asistente, con una sonrisa profesional—. Es muy celoso de su tiempo.

No pregunté nada más. Ya sabía que Adriano Ferrara era un nombre difícil de rastrear. Casi inexistente fuera de los informes financieros. No había fotografías recientes. Apenas datos personales. En Wikipedia figuraba como hijo único, nacido en Nápoles, educado en Suiza, trayectoria limpia, obsesión por la privacidad.

Demasiado limpio. Eso siempre me había resultado interesante.

Me condujeron a una sala de reuniones en la planta veintisiete. Cristal por todas partes. La ciudad extendida bajo mis pies como un tablero ordenado. Me senté, abrí mi carpeta y repasé mentalmente los puntos clave del contrato.

Cinco minutos después, la puerta se abrió. Y el mundo se reajustó un centímetro.

Adriano Ferrara no entró haciendo ruido. No lo necesitaba. Era alto, de complexión fuerte, con un traje oscuro perfectamente cortado y una camisa blanca sin corbata. El cabello oscuro, peinado hacia atrás con descuido estudiado. El rostro afilado, atractivo sin esfuerzo. No era el tipo de belleza amable. Era otra cosa. Algo más denso. Más peligroso.

Sus ojos se detuvieron en mí con atención inmediata. No descarada. Exacta.

—Señorita Bernardi —dijo, con una voz grave, educada—. Gracias por venir.

—Gracias a usted por recibirme, señor Ferrara.

Nos dimos la mano. Su piel estaba caliente. Firme. El apretón justo. Demasiado consciente. Me soltó en el momento exacto, sin prolongar el contacto, y aun así sentí una tensión breve, limpia, difícil de ignorar.

Se sentó frente a mí.

—He leído su trayectoria —continuó—. Es… sólida.

—Es discreta —corregí—. Y eficaz.

Una comisura de su boca se elevó apenas. No era una sonrisa, sino una evaluación favorable.

—Eso es justo lo que necesito.

La reunión empezó con cifras, cláusulas, riesgos legales. Hablamos durante casi una hora. Adriano escuchaba más de lo que hablaba. Cuando intervenía, lo hacía con precisión. No improvisaba. No se repetía. Tenía el control absoluto de cada punto sin imponerlo de forma burda.

Me sorprendí disfrutando del intercambio.

No me miraba el escote. No me interrumpía. No intentaba impresionar. Me trataba como a un igual. Eso, en su mundo, era raro. Y valioso.

—Ferrara Capital va a expandirse fuera de Europa —informó finalmente—. Necesito a alguien que anticipe problemas antes de que existan.

—Eso implica confiar —respondí—. Y asumir que no siempre va a gustarle lo que le diga.

—No me gustan los aduladores. Me gustan los profesionales.

Algo se sostuvo entre nosotros unos segundos. No era tensión laboral. Era otra cosa. Un reconocimiento mutuo. Una curiosidad peligrosa.

—Trabajaremos juntos, entonces —confirmé.

—Eso parece.

Cerró la carpeta y se levantó.

—Permítame acompañarla —añadió—. Detesto las despedidas apresuradas.

No era una invitación casual. Lo noté. Asentí.

Caminamos juntos hasta el ascensor. Su presencia ocupaba el espacio sin invadirlo. Olía a algo limpio, sobrio. Nada dulce. Nada evidente. Me pregunté, sin querer, cuántas cosas no decía nunca en voz alta.

—No suele contratar abogados con mi perfil —comenté.

—No suelo —admitió—. Pero usted no parece una abogada cualquiera.

—¿Eso es bueno o malo?

Me miró de lado.

—Aún no lo sé.

El ascensor descendió en silencio. El reflejo en el espejo me devolvió una imagen que conocía bien: segura, elegante, blindada. Pero mis ojos estaban demasiado atentos. Demasiado vivos.

Al llegar al vestíbulo, las puertas se abrieron y el murmullo del edificio nos envolvió. Fue entonces cuando ocurrió. Y todo cambió.

El lugar estaba más concurrido que cuando había llegado. Ejecutivos con prisas medidas, asistentes con tabletas, seguridad moviéndose con eficiencia.

Avanzábamos hacia la salida cuando el tono del aire cambió.

No fue un grito. Fue algo peor. Una discusión en voz baja, rota, cargada de amenaza. Un hombre sujetaba del brazo a una mujer junto a uno de los pilares de mármol. Ella intentaba soltarse sin llamar la atención. Él se inclinaba demasiado cerca. La invadía. La dominaba.

Reconocí la escena antes de que nadie más pareciera hacerlo.

El cuerpo aprende a leer el peligro antes que la razón.

—Vámonos —decía él, apretando más—. No montes un espectáculo.

—Suélteme —respondió ella, con la voz rota pero firme—. Le he dicho que no.

Di un paso instintivo hacia ellos. No porque fuera valiente. Por costumbre. Por reflejo. Pero Adriano fue más rápido.

No alzó la voz. No aceleró el paso. Simplemente se colocó entre ambos con una naturalidad que cortó la escena en seco.

—Suéltele el brazo —le ordenó.

El hombre lo miró con desprecio inmediato.

—No se meta en lo que no le importa.

Adriano no discutió. No explicó. No advirtió. Su mano se cerró sobre la muñeca del hombre con un gesto limpio, preciso. Un giro corto. Un movimiento que no pertenecía a alguien que aprendiera a defenderse en un gimnasio de hotel.

El hombre soltó un gruñido ahogado. La presión aumentó. El equilibrio se perdió. En menos de dos segundos estaba contra el suelo, inmovilizado, sin espectáculo, sin golpes innecesarios.

La mujer dio un paso atrás, libre.

—Seguridad —pidió Adriano, sin levantar la voz.

Dos hombres aparecieron de inmediato. No preguntaron. No dudaron. Se llevaron al tipo mientras este balbuceaba insultos que nadie escuchó.

Adriano ayudó a la mujer a incorporarse.

—¿Está bien? —preguntó.

Ella asintió, aun temblando.

—Gracias —susurró—. Yo…

—Ya está —la interrumpió—. Puede irse.

La mujer se marchó acompañada por uno de los guardias. El vestíbulo recuperó su ritmo en cuestión de segundos. El poder funciona así: borra lo incómodo con rapidez.

Yo seguía quieta.

Observándolo.

Adriano se volvió hacia mí. Sus ojos ya no eran los del despacho. Había algo más profundo. Más antiguo. Un residuo de violencia controlada que no se aprende en escuelas de negocios.

—Perdone. No era la forma en la que esperaba despedirla.

—No se disculpe. Ha hecho lo correcto.

Me sostuvo la mirada un segundo más de lo habitual.

—No todo el mundo está de acuerdo con eso.

—No todo el mundo sabe reconocer el peligro a tiempo.

Una sombra de algo parecido a interés cruzó su rostro.

—Usted sí —afirmó.

No fue una pregunta.

—Digamos que he tenido que aprender —contesté.

Caminamos hacia la puerta giratoria. El sol de la tarde entraba a raudales, tiñendo el mármol de tonos cálidos. Afuera, la ciudad seguía viva, ajena a lo que acababa de ocurrir.

—No parece sorprendida —comentó.

—Porque no lo estoy.

—¿Le incomoda?

—Me intriga.

Adriano sonrió. Esta vez sí fue una sonrisa completa, breve, peligrosa.

—Eso suele pasarme.

Nos detuvimos en la acera. El ruido del tráfico, el olor a asfalto caliente, el pulso real del mundo.

—¿Cree en las segundas impresiones, señor Ferrara? —pregunté.

—Creo en las que no se olvidan. Y esta no lo hará.

Asentí despacio.

—Nos veremos pronto.

—Eso espero, señorita Bernardi.

Lo dijo con una familiaridad que no había autorizado… y que, sin embargo, no rechacé.

Nos despedimos sin tocarnos.

Mientras me alejaba, sentí su mirada en la espalda, leyéndome despacio.

No sabía quién era en realidad. No sabía de dónde venía ni lo que había dejado atrás. Pero algo me decía que Adriano Ferrara no era solo poder y control. Era un hombre acostumbrado a la violencia… que había aprendido a vestirla de elegancia. Y eso, para alguien como yo, era tan peligroso como irresistible.

6

LOS QUE SONRÍEN MIENTRAS CARGAN UN ARMA

Chiara

Actualidad…

La nota me espera sobre la cama cuando salgo de la ducha.
Papel grueso. Sin membrete. Solo mi nombre falso escrito a mano: Clara Bernardi. La caligrafía es recta, firme, sin adornos. Reconocible. Hay personas que no necesitan firmar porque su letra ya es una amenaza.

Esta noche. 20:00 h.
Cena de bienvenida.
Vestido formal.

Nada más. En esta casa no se piden cosas. Se anuncian.

Camino desnuda hasta la ventana y separo ligeramente la cortina. La villa Vitale empieza a iluminarse. Luces cálidas en los pasillos. Sombras que se deslizan sin ruido. Seguridad vestida de etiqueta. Una coreografía ensayada durante generaciones.

La cena no es para mí. Es para los demás. Para que vean de cerca a la abogada internacional que ha venido a asesorar a la familia. Para comprobar si represento un riesgo, una molestia… o una persona a la que aniquilar.

Soy las tres cosas.

El armario está preparado. Ropa escogida antes de mi llegada. Tallajes exactos. Colores medidos. Elegancia sin exceso. No es cortesía: es control. Los Vitale no dejan cabos sueltos. Ni siquiera cuando visten a una invitada.

Olvido mi ropa y elijo el vestido negro más sencillo. Tirantes finos. Corte limpio. Espalda descubierta. No necesita adornos ni yo los necesito.

Me maquillo con contención. Labios color vino. Pómulos marcados. El cabello suelto. No me gusta así, pero sé que es así como esperan que sea Clara Bernardi.

Antes de salir, me observo en el espejo. Chiara Russo no está ahí. Y eso, por ahora, es una ventaja.

Bajo las escaleras cuando el reloj marca las 19:58.

Matteo me espera en el hall.

Traje negro. Camisa blanca. Sin corbata. El primer botón abierto. Poder calculado para no resultar ostentoso. Su mirada es más afilada que cualquier arma visible.

No dice nada al verme. Solo observa. Como si cada paso confirmara una teoría que aún no quiere compartir.

—Pensé que no bajaría.

—No suelo rechazar invitaciones. Sobre todo cuando vienen acompañadas de órdenes.

Una comisura de su boca se eleva apenas.

—Aprende rápido.

—Es parte de mi trabajo.

Me ofrece el brazo. Lo acepto. Frío. Firme. Demasiado consciente. Un contacto breve, pero suficiente para recordarme que este hombre vive en tensión constante. No hay relajación en él. Solo control.

Mientras avanzamos hacia el comedor principal, noto las cámaras siguiendo nuestro recorrido.

Nada aquí ocurre por azar.

—Recuerde algo, Clara —murmura antes de abrir la puerta—. En esta casa, todo lo que se ofrece… se cobra.

—¿Incluida la hospitalidad?

—Especialmente la hospitalidad.

El comedor es una declaración de poder silenciosa. Madera oscura. Oro envejecido. Una mesa larga, impecable, con cubertería de plata y copas tan finas que parecen irreales.

En la cabecera está Helena Vitale, sin levantarse, sin sonreír, sin fingir sorpresa. Me observa sin ocultarse.

—Clara Bernardi. Por fin nos conocemos. Bienvenida.

—Gracias por recibirme, señora Vitale. —Inclino la cabeza lo justo. Ni sumisión ni desafío.

Matteo se sienta frente a mí. Por supuesto. Así puede vigilar cada gesto. Cada silencio.

Los invitados llegan poco a poco y somos presentados.

Nicola Grazia Vitale, primo segundo, abogado del clan en Milán. Sonrisa pulida, mirada de depredador financiero.

Raffaele Vitale, la hermana menor de Matteo, veintisiete años, Londres como coartada y una inteligencia escondida tras frivolidad bien ensayada. No me la esperaba, aunque no me extraña su visita. Las buenas cazadoras huelen la sangre antes de que salga a borbotones.

Don Pietro, cura sin sotana, con voz baja y manos que bendicen negocios además de almas.

Lorenzo Rettri, amigo del padre de Matteo. Camisa cerrada hasta el cuello, anillos pesados, voz que arrastra años.

Y tres hombres más que no necesitan presentaciones: están aquí para medir, no para comer.

Se sientan alrededor de la mesa y se sirve el vino, espeso, oscuro, uno que mancha más que embriaga.

—¿Qué opinión le merecen las últimas reformas europeas en materia de extradición? —pregunta Nicola, con una sonrisa demasiado blanca.

—Que siempre llegan tarde —respondo—. Y casi nunca afectan a quienes saben moverse entre fronteras.

Algunos ríen. Otros anotan mentalmente.

Matteo no reacciona.

—¿Y cómo acaba una abogada como usted asesorando a una familia como la nuestra? —pregunta Raffaele, con dulzura peligrosa. No lo he preguntado, pero nadie sabe quién soy, aunque dudo que Helena no esté al tanto.

—Porque todo sistema necesita equilibrio —contesto—. Incluso los que no reconocen formar parte de uno.

—Interesante respuesta —murmura Don Pietro.

—¿Cree usted en la legalidad… o en la conveniencia? —interviene uno de los hombres desconocidos.

Lo miro sin bajar la sonrisa.

—Creo en la eficacia.

Miro a Matteo. Él sostiene mi mirada sin parpadear. No participa. Evalúa. Decide si soy útil… o prescindible.

El segundo plato llega. El sonido de los cubiertos relaja la escena lo justo.

—¿Tiene familia, Clara? —pregunta Helena, con un tono suave que esconde cuchillas.

Bebo un sorbo de vino.

—No. Nadie cercano.

Matteo levanta una ceja. Apenas. Pero lo veo.

—A veces la familia es una carga —dice alguien.

—O una herida —añado.

Durante un segundo, la mesa entera contiene la respiración.

Helena me observa con más atención.

El postre llega. No lo pruebo. Matteo tampoco.

—¿No le gusta el dulce? —me pregunta Helena.

—Prefiero lo amargo. Duele menos cuando se acaba.

Su risa es breve. Medida.

Cuando el último brindis se disuelve, Helena se levanta.

—Gracias por acompañarnos, Clara. Confío en que su estancia aquí sea… esclarecedora.

—Eso espero.

No es cortesía. Es un aviso.

Los invitados se despiden. Besos al aire. Miradas que prometen volver a evaluarme. Matteo permanece sentado hasta que la sala queda vacía.

Entonces se pone en pie.

—Sígame.

No lo discuto.

Subimos por una escalera secundaria. Cruzamos un pasillo en penumbra. La villa observa.

Entramos en una biblioteca pequeña, circular. Estanterías de madera oscura hasta el techo, libros antiguos alineados con precisión obsesiva. El aire huele a cuero viejo, a polvo limpio, a secretos que no se prestan. No hay ventanas. No las necesita.

Matteo cierra la puerta.

El sonido es seco. Definitivo.

—Aquí no hay cámaras —informa—. Ni testigos.

—Entonces no tendrá que fingir.

Se apoya en una de las estanterías.

—No he fingido nada desde que llegaste, Chiara.

Que pronuncie mi nombre real ya no me sobresalta. Lo hace con calma, sin veneno, sin énfasis.

—Me llamó para firmar una paz. No para encerrarme en una habitación con cámaras.

—La paz se firma con papeles. La verdad, no.

Lo miro sin apartar la mirada.

—¿Y cree que la verdad vive en esta casa?

—Creo que aquí empezó todo.

Silencio peligroso.

—Diez años —continúa—. Diez años persiguiendo un agujero en la historia. Tu padre desaparece. El nuestro queda expuesto. Un archivo se esfuma. Y una guerra que estaba contenida… se desata.

—Y su conclusión es que fue él. Que mi padre les delató.

—Mi conclusión —dice, despacio— es que alguien habló. Y que solo había un hombre con acceso a todo.

Siento el golpe, seco, en el estómago. No bajo la guardia.

—Mi padre desapareció. Eso es lo único que sé.

—Y yo sé que coincidió exactamente con el momento en que los Della Torre empezaron a moverse con información que no deberían tener.

Da un paso hacia mí. Solo uno.

—¿Sabes lo que hicieron con mi padre, Chiara?

—Sé que murió.

—Lo ejecutaron por un error que nunca cometió. Y desde entonces, yo cargo con una familia que me exige venganza… y con una duda que no me deja dormir.

La habitación se encoge.

—¿Cree que vine aquí por dinero?¿Por prestigio? Yo también quiero respuestas. Porque alguien mató a mi padre. Y llevo diez años esperando el momento de volver para descubrir quién fue.

—Entonces no somos tan distintos.

—No —coincido—. Somos el problema del otro.

Se hace un silencio largo. Denso. No hay deseo ahí. Hay algo peor: afinidad.

—La llamé —continúa— porque esta tregua con los Della Torre es una farsa. Ellos ganaron terreno gracias a una traición. Yo necesito saber de dónde vino.

—¿Y cree que yo tengo la respuesta?

—Creo que está más cerca de ella de lo que aparenta. —Aprieta la mandíbula. Veo el esfuerzo por no dejar escapar más de lo que quiere—. Si su padre nos traicionó, necesito pruebas. Y si no lo hizo… necesito saber quién usó su nombre para destruirnos a todos.

—¿Y qué pasa conmigo en cualquiera de esos escenarios?. ¿Soy una aliada? ¿Una moneda de cambio? ¿Un daño colateral?

Matteo me mira de frente. Sin adornos. Sin máscaras.

—Es una pieza peligrosa. Y por eso estás aquí. Viva. Libre. De momento.

—Qué tranquilizador.

—No la subestimo. Ni la protejo. La observo.

—Como a un enemigo.

—Como a alguien que puede disparar desde mi mismo flanco.

Nos quedamos a menos de un metro. Puedo notar su respiración. Controlada. Exacta.

—Si descubro que miente, no habrá acuerdo. No habrá paz. Y no habrá segunda oportunidad.

—Y si descubro que uno de los suyos mató a mi padre —respondo —, tampoco habrá tregua que valga.

No aparta la mirada.

—Entonces arderá todo.

—Entonces arderá —repito.

Durante un segundo, algo se reconoce entre nosotros. No es pacto. No es amenaza. Es un acuerdo tácito: ninguno va a

retroceder.

—Mañana empezamos —informa—. Documentos. Nombres. Fechas. Nada de medias verdades.

—Nunca he trabajado de otra forma.

Se aparta lo justo para dejarme pasar.

—Buenas noches, señorita Russo.

—Buenas noches, señor Vitale.

Salgo sin mirar atrás. No porque no sienta su presencia aún clavada en mi espalda, sino porque tengo claro algo desde este momento: no hemos venido a firmar la paz. Hemos venido a desenterrar un cadáver. Y cuando lo hagamos, solo uno de los dos podrá seguir llamándolo justicia.

7

LOS QUE BUSCÁN ENTRE RUINAS

Chiara

Actualidad…

El patio me recibe vacío cuando salgo. Piedra fría bajo los pies, sombras largas y el rumor constante del mar mezclado con los grillos. En Sicilia la noche no trae descanso; trae movimiento en voz baja, decisiones que no necesitan testigos y silencios que dicen más que cualquier amenaza.

Matteo está de espaldas, apoyado en una de las columnas. Lleva la chaqueta colgada del hombro y la camisa arremangada, los antebrazos tensos, marcados por venas que no se disimulan. Habla por teléfono en un tono bajo, preciso. No distingo las palabras, pero el idioma es inequívoco: ordena, no negocia. Cuando percibe mi presencia, cuelga sin despedirse.

—Puntual —se gira.

—Es una costumbre difícil de perder.

—Aquí conviene no hacerlo.

Camina hacia mí con dominio. La luz de los faroles le corta el rostro en dos: una mitad en sombra, la otra perfectamente controlada. Miro alrededor. Arcadas de piedra, macetas con limoneros pequeños, faroles a media intensidad. Si hay cámaras, no se ven. Si hay micrófonos, están mejor escondidos que la mayoría de las verdades de esta casa.

—¿Ha ordenado apagar la cámara de mi habitación? —pregunto sin rodeos.

—He ordenado ajustar el ángulo. Ya no apunta a la cama. Solo a la puerta.

—No es suficiente.

Matteo no se altera. Ni siquiera parpadea.

—Es lo que hay.

Cruzo los brazos, más por cálculo que por gesto defensivo.

—Entonces no es cierto que aquí se filtre menos ruido.

Sus labios se curvan apenas. No es una sonrisa; es una advertencia educada.

—Depende de lo que quiera decir.

Lo miro de frente.

—Quiero saber hasta dónde llega mi margen en esta casa.

Tarda un segundo en responder. No porque dude, sino porque elige.

—Puede moverse. Leer. Preguntar. Observar.

—¿Sin restricciones?

—Con las mínimas. Hay puertas que seguirán cerradas. No las necesitamos para firmar la paz.

—Y no todas se abren con informes.

Su mirada se afila un grado. Aprueba que no finja ingenuidad.

—Exacto.

El viento mueve una hoja seca cerca de nuestros pies. Nada más se mueve. Ni siquiera él.

—Hay otra cosa —añade, bajando ligeramente el tono—. Su identidad no es de dominio público. —No me sorprende. Asiento apenas—. Quiero que lo oiga de mí. Solo mi madre y yo lo sabemos.

Me quedo quieta. La confirmación no me desarma; encaja. Helena no mira a una desconocida como me miró anoche. Me observó como se observa a un problema que aún no se ha decidido cómo resolver.

—Lo suponía. Su madre no improvisa miradas.

Matteo no lo niega.

—Y nadie más.

—Me parece sensato. A algunos les sobra curiosidad y les falta control.

Da medio paso hacia mí. No invade; delimita.

—Si sales del ala por la noche, quiero saberlo.

—Eso ya no suena a libertad de movimiento.

—Suena a que no seas imprudente.

—No lo soy.

—Aquí todos creen lo mismo hasta que se equivocan.

Nos medimos en silencio. No hay deseo en ese pulso. Hay cálculo, reconocimiento y una tensión seca que no necesita adornos.

—Necesito acceso a archivos —indico—. Contratos antiguos, registros, movimientos. Sin contexto no hay trabajo serio.

—Lo tendrá —responde sin vacilar—, pero con supervisión.

—¿Teme que encuentre algo?

—Temo que alguien te encuentre antes. —La frase se me queda dentro. No sé si me protege a mí o a sí mismo. No se lo pregunto.

—Mañana a las nueve —añade—. En mi despacho.

Asiento. La conversación ha terminado. Antes de irse, se detiene un segundo y pronuncia mi nombre sin mirarme.

—Si necesita moverse por esta casa de noche, avíseme.

—¿Por qué?

No se gira.

—Porque hay gente que sonríe mientras carga un arma.

Se marcha. Yo me quedo en el patio unos segundos más, respirando despacio. La villa cruje por dentro, como un animal que cambia de postura sin despertarse. El mar sigue ahí, invisible, insistente.

Moverme. Leer. Preguntar. He ganado más margen del que esperaba y no pienso desperdiciarlo.

No duermo. No lo intento. La noche avanza y la villa se apaga por capas: luces que se extinguen, puertas que se cierran, voces que se diluyen. A las dos y media el pasillo queda mudo. Me visto sin prisa: pantalón negro, camiseta gris, chaqueta ligera. Nada que haga ruido. El miedo no molesta cuando lo has aprendido a llevar dentro.

Salgo. No voy hacia la entrada ni hacia el ala de invitados. Me dirijo al corredor antiguo.

La luz de emergencia dibuja sombras verdosas en las paredes. Los cuadros siguen ahí: paisajes italianos, retratos de hombres que miran por encima del hombro. Uno lleva el mismo anillo que Matteo. Otro el gesto de alguien que firmó sentencias antes de desayunar.

Llego a la puerta doble. Cerrada. La cerradura ya no es la misma. Antes era una llave; ahora es electrónica. No la fuerzo. No he llegado hasta aquí para cometer errores obvios.

A la derecha, un pasillo estrecho conduce a despachos secundarios y salas de archivo. Una puerta está entreabierta. Entro.

El olor a papel viejo y tinta seca me resulta familiar. Estanterías, archivadores metálicos, cajas etiquetadas a medias. Enciendo la lámpara. El círculo de luz basta.

No pierdo tiempo. Reviso nombres, fechas, sociedades pantalla. Voy al fondo. Cajas numeradas. Años escritos en el canto: 2008, 2010, 2013… 2015.

La saco. Pesa. La coloco sobre la mesa y la abro. Contratos, informes, correspondencia. Paso hojas hasta que un apellido me golpea.

RUSSO.

No me detengo a respirar. Leo. El documento está incompleto, rasgado. "Acuerdo preliminar entre las familias Vitale y Russo…". El resto aparece doblado entre carpetas sin relación. Lo despliego.

Alesandro Russo.

La firma de mi padre. La de Don Leonardo Vitale, el padre de Matteo. La de un tercero ilegible. No habla de dinero ni de tierras. Habla de garantías personales, de presencia obligatoria en caso de conflicto, de mediación directa. Una línea se me clava: "El firmante se compromete a acudir a la villa Vitale cuando sea requerido".

Sicilia. Esta casa.

Memorizo cada detalle. No arranco nada. No me llevo nada. Devuelvo el documento a su lugar exacto, cierro la caja y apago la lámpara.

Al abrir la puerta, Matteo está en el pasillo. Sin chaqueta. Camisa blanca remangada. No sé cuánto lleva ahí.

—Buenas noches —saludo.

—Para algunos. —Sus ojos bajan a mis manos vacías y luego a la puerta— ¿Insomnio?

—Curiosidad profesional.

—La curiosidad mata.

—Lo sé.

Da un paso.

—No vuelva a entrar aquí sin mí.

—Eso limita mi trabajo. Me necesita para buscar al culpable. No sellaremos la paz mientras crea que los Vitale mataron a mi padre.

—Llevas razón, pero… Eso mantiene su pulso.

—¿Qué cree que he visto?

Me observa un segundo largo.

—Lo suficiente para no dormir tranquila.

No lo niego.

—Mañana a las nueve —recuerda—. Y esta vez me dice qué necesita antes de buscarlo de noche.

—No suelo pedir permiso para leer.

—Aquí debería empezar.

Se gira. Antes de desaparecer, añade sin mirarme:

—Hay puertas cerradas por algo, Chiara.

Me quedo sola en el pasillo, con la pared fría en la espalda. No tengo pruebas en las manos, pero no las necesito. He encontrado un hilo. Y en casas como esta, los hilos siempre conducen a una garganta.



La luna estaba demasiado cerca. Lo sé porque podía oírla latir.

Camino descalza por un bosque que no reconozco y, sin embargo, siento que siempre ha sido mío. La tierra está húmeda, la niebla me roza los tobillos y no tengo frío. Nunca tengo frío en este sueño. Aquí no soy vulnerable. Aquí pertenezco.

El aullido rompe el silencio. Grave. Largo. Antiguo.
No me asusta. Me llama.

Entre los árboles aparece el lobo viejo. Es enorme. Su pelaje oscuro está cruzado por cicatrices que brillan bajo la luna. No camina con dificultad; camina con historia. Cada paso suyo pesa más que el mío, más que el del bosque entero. Sus ojos me buscan un segundo y siento algo en el pecho. Orgullo. Dolor. Reconocimiento.

Detrás de él espera el lobo joven. Más ligero. Más rápido. La energía contenida en sus músculos parece a punto de romperle la

piel. Sus orejas tensas, su respiración agitada. Todavía no sabe esperar.

Yo quiero hablar, pero no tengo voz.

El lobo viejo se acerca al joven. Se detiene frente a él. Inclina la cabeza. De su boca cae algo sobre la tierra.

No es hueso. No es carne.

Es una pequeña daga antigua, oscura, manchada de un rojo que no brilla, que absorbe la luz. La luna se refleja en el metal y por un instante me parece que late igual que ella.

El joven duda.

El viejo no lo empuja. No gruñe. Solo lo mira.

Yo entiendo ese gesto. No es una orden. Es un legado.

El joven toma la daga entre los dientes.

El viento atraviesa el bosque y los árboles crujen como si susurraran nombres que no alcanzo a recordar. Mi corazón golpea más fuerte.

Entonces la veo.

A mi izquierda, entre la niebla.

La loba blanca.

Su pelaje tiene destellos plateados bajo la luna. Pero son sus ojos los que me paralizan. Azul. Un azul intenso, brillante, imposible. No es un color dulce. Es un azul que ha visto traiciones, sangre, noches largas. Un azul que no se quiebra.

Me mira.

Y yo sé que me está mirando a mí.

No al lobo viejo. No al joven.

A mí.

Doy un paso hacia ella, pero mis pies no dejan huella. Soy presencia y soy espectadora al mismo tiempo. La loba no se mueve. Solo sostiene mi mirada. No hay amenaza. Tampoco consuelo.

Hay verdad.

El lobo joven levanta la cabeza con la daga entre los dientes. El lobo viejo alza el hocico y aúlla a la luna. No suena a despedida. Suena a advertencia.

La daga cae de nuevo al suelo. Esta vez la sangre es más roja.

La loba blanca avanza hacia la luz. Cuando la luna ilumina su cuerpo, veo una sombra oscura bajo su pecho. Una forma que reconozco aunque nadie me la haya enseñado nunca: un escorpión enroscado.

Mi sangre responde.

La loba da un paso más y su silueta empieza a cambiar. El lomo se estrecha. Las patas se alargan. El hocico se disuelve en un rostro que conozco demasiado bien.

El mío.

Me veo de espaldas. Mi piel desnuda bajo la luna. El tatuaje del lobo aullando dibujado entre mis omóplatos, la luna llena clavada sobre mi columna.

La loba (yo) vuelve a mirarme.

Y lo entiendo.

El lobo viejo no entrega un arma.

Entrega una carga.

El joven no recibe poder.

Recibe deuda.

Y la loba no observa.

Protege.

La luna late una última vez.

Despierto con el corazón desbocado y el nombre de mi padre ardiéndome en la garganta.

8

DONDE EL DINERO NO SE ANUNCIA

Chiara

Seis meses antes…

Ferrara Capital ocupaba un edificio que no buscaba llamar la atención y, precisamente por eso, lo hacía. Doce plantas de cristal oscuro y acero limpio en una zona donde el dinero no se anunciaba, se administraba. Nada de logotipos gigantes ni recepciones teatrales: solo una fachada sobria, líneas rectas y un silencio que empezaba a sentirse antes de cruzar la puerta giratoria.

Por dentro, el edificio era una declaración de intenciones. Espacios amplios, pasillos largos, paredes de cristal que dejaban ver sin permitir escuchar. Suelos pulidos que no devolvían eco. Allí no se corría, no se improvisaba y no se levantaba la voz. Todo estaba diseñado para que el poder no necesitara exhibirse.

Llevaba dos semanas trabajando allí y no había vuelto a ver a Adriano Ferrara. Ni una reunión, ni un cruce casual, ni una aparición inesperada en una sala acristalada. Nada. Solo su nombre en los correos, su firma al final de los documentos y una sensación constante de estar trabajando para alguien que observaba desde lejos. No era casualidad. Los hombres como él no improvisaban encuentros.

Aquella mañana estaba en el ala oeste, revisando un informe apoyada contra una pared de cristal que daba a la ciudad. Tenía el expediente abierto y el ceño fruncido. Algo no cuadraba en el contrato con Giraud & Marchand, una firma francesa especializada en inversión inmobiliaria de alto riesgo. Las cifras encajaban demasiado bien. Y cuando algo encajaba así, solía esconder una trampa aristocrática.

—Ese informe no está mal, pero tampoco dice la verdad.

La voz me llegó por detrás. Grave. Controlada. Sin necesidad de elevarse para imponerse.

No me sobresalté. No me giré de inmediato. Terminé de leer la línea que tenía subrayada y cerré la carpeta con calma antes de mirarlo.

Adriano Ferrara estaba a un par de pasos. Traje oscuro impecable, sin corbata. El tipo de hombre que no necesitaba símbolos para marcar poder. No sonreía. Tampoco parecía esperar que yo lo hiciera.

—¿Suele comentar documentos ajenos sin presentarse? —pregunté.

—Suele asustar más cuando lo hago —respondió—. Y usted no se ha inmutado.

—Necesitaría algo más que una observación vaga para hacerlo.

Se produjo un silencio breve, medido. Me observó con atención, como si yo fuera una variable que no figuraba en el cálculo inicial.

—Clara Bernardi —dijo—. Especialista en conflictos complejos. Reputación intachable.

—Y usted es el hombre que evita coincidir con su propio equipo —contesté—. He supuesto que no le gustan las pérdidas de tiempo.

—No me gustan las sorpresas.

—Entonces debería revisar mejor sus contratos.

No se ofendió. No se tensó. Algo en su expresión se ajustó apenas perceptible. Interés.

—¿Qué no le cuadra? —preguntó.

Abrí la carpeta de nuevo y señalé una cláusula.

—Giraud & Marchand blindan la salida anticipada, pero dejan una grieta en la responsabilidad fiscal compartida. Si algo sale mal, la presión no cae sobre ellos. Cae aquí.

—Eso ya lo sabía.

—Entonces sabrá que no es aceptable.

—Es negociable.

—No en estos términos.

El ascensor se abrió a nuestra espalda con un sonido limpio. Esperó a que yo entrara tras hacer un leve gesto y me siguió. Las puertas se cerraron. Estábamos solos.

—Llevaba dos semanas aquí —dijo—. Y es la primera vez que pedía una reunión.

—No suelo pedirlas. Las provoco.

—Tengo la agenda completa.

—No estoy aquí para perder el tiempo tampoco, señor Ferrara.

Me miró. De verdad. Los ojos oscuros, atentos, sin dureza innecesaria.

—Eso ya lo había notado.

El ascensor ascendía en silencio. Cuando se detuvo, no salimos. Pulsó el botón de parada manual. El espacio se volvió más pequeño, más denso.

—Mañana viajo a Múnich. Primera hora.

—No veo la relación.

—Yo sí. —Hizo una pausa—. Vendrá conmigo.

No fue una invitación.

—Durante el trayecto podremos hablar sin interrupciones —continuó.

—¿Y si digo que no?

—No lo hará.

—¿Tan seguro está?

—Las personas que hacen bien su trabajo no rechazan el acceso directo a la información.

Las puertas se abrieron. El ascensor continuó su trayecto como si nada hubiera ocurrido. Salimos.

—Mañana a las seis —añadió mientras se alejaba—. Aeropuerto privado. No llegue tarde.

—No suelo hacerlo.

Se detuvo un segundo, de espaldas.

—Lo sé. —Siguió caminando.

Me quedé unos instantes en el pasillo, con el expediente aún bajo el brazo y la seguridad de que aquel hombre no había evitado verme por casualidad. Me había estado midiendo desde el principio. Esperando el momento exacto.

Cerré la carpeta. Giraud & Marchand podían esperar. Ferrara no. Y yo tampoco pensaba hacerlo.

9

DONDE LA PAZ SE FIRMA CON PÓLVORA

Chiara

Actualidad…

No es buena idea montar en el coche con Matteo Vitale al amanecer, pero tampoco tengo opción. Cuando llama a la puerta de mi habitación a las nueve menos diez de la mañana, no pregunta, no explica, no concede margen. Informa.

—Tenemos que salir.

Lleva camisa negra, mangas remangadas y ese reloj de acero que no marca horas, marca jerarquía. Huele a noche sin dormir. Yo tampoco he dormido, pero no pienso regalarle esa ventaja.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras bajamos las escaleras aún en penumbra.

—A trabajar.

—Pensé que lo haríamos en su despacho.

—Las cosas cambian. —No añade nada más.

El coche espera en la entrada lateral, uno de esos SUV negros diseñados para atravesar carreteras malas y decisiones peores. Matteo abre la puerta del copiloto y no se mueve hasta que me siento. El gesto es de control. De jaula elegante.

El silencio dura casi veinte minutos. Sicilia despierta lenta, envuelta en bruma, con las montañas recortadas contra un cielo que todavía no decide si es de noche o de día. El mar, al fondo, parece una línea de acero.

—Quiero que esté presente —dice de pronto, sin apartar la vista de la carretera.

—¿Presente en qué?

—En una reunión. Quiero ver cómo se mueve con presión real.

—Las cenas familiares ya son presión real.

—Eso no era presión —niega—. Esto sí.

No me gusta el matiz. Ni el momento.

—¿Con quién es la reunión?

—Con los Della Torre.

Lo dice sin emoción, como quien menciona un punto del trayecto. Aprieto la mano sobre el muslo para que no se note la tensión. La familia rival. La más antigua. La que no necesita prisas porque siempre llega al mismo sitio.

—¿Y qué pinto yo allí?

—Quiero ver qué leen sus ojos.

—Para eso tiene espejos.

—Nicola lee leyes —replica—. Yo necesito a alguien que lea personas. Y usted ve más de lo que dices.

No lo niego. Él tampoco lo pone en duda.



El lugar es una antigua fábrica a las afueras, restaurada solo lo justo para que no se venga abajo. Hormigón, luces industriales, seguridad privada apostada en los ángulos muertos. El aire huele a metal frío y a acuerdos que no se firman con tinta.

—No se separe de mi lado —ordena antes de bajar.

—¿Algo más?

Me mira de frente, sin parpadear.

—No hable si no me dirijo a usted.

Asiento. No por obediencia, sino porque entiendo el tablero.

Los Della Torre ya están allí. Vittorio, el patriarca, sentado a la cabecera con un traje gris impecable y el rostro de quien ha enterrado demasiadas generaciones. Sus dos hijos varones: Leone, el ejecutor, con el cuello tatuado y una sonrisa afilada. Edoardo, el menor, de pie, silencioso, con una carpeta bajo el brazo y la mente puesta en números que no admiten errores. Claro que los conozco. Los he seguido de cerca siempre.

Matteo entra primero sin preguntar si puede pasar.

—Vitale —saluda Vittorio sin levantarse.

—Della Torre.

El choque es inmediato, silencioso, afilado.

Me mantengo a un paso detrás, a su derecha, donde puedo observar sin convertirme en un blanco inmediato.

—¿Quién es la mujer? —pregunta Leone sin disimular el escrutinio.

—Clara Bernardi —responde Matteo—. Mi consultora.

Consultora. Profesional. Pantalla perfecta.

—No la conocía —dice Leone.

—No tienes por qué —sigue Matteo con calma—. No estamos aquí para hablar de ella.

—En mi casa entra quien yo decido —sonríe Leone—. Como en la tuya.

—Es suelo neutral —zanja Matteo—. Por eso estamos aquí. Y ahora tengo prisa.

La conversación avanza por los cauces previsibles: territorios, rutas, límites antiguos que los Della Torre quieren redefinir bajo la excusa de "actualizar acuerdos". Vittorio habla suave, pero su voz está entrenada para inclinar voluntades.

—Sicilia es nuestra tierra histórica. Mucho antes de que los Vitale levantaran su primera piedra.

—La historia no paga facturas —declara Matteo—. El presente sí.

Leone se inclina hacia delante.

—El presente puede cambiar rápido.

Matteo no parpadea.

—Por eso estamos negociando.

Entonces Vittorio me mira. Directo. Sin rodeos.

—¿Y qué opina la señorita Bernardi?

La trampa es limpia. Quiere medirlo a él a través de mí. Matteo no responde por mí. Solo asiente una fracción de segundo. Permiso concedido.

—Opino que ningún acuerdo durará si uno de los lados llega con intención de dinamitar la mesa.

Edoardo alza una ceja, interesado. Leone sonríe sin alegría.

—Tiene lengua afilada tu consultora.

—Por eso la traje —manifiesta Matteo.

—¿Sabe dónde está? —insiste Vittorio—. ¿Entiende con quién se sienta?

—Entiendo más de lo que parece.

Leone se levanta y avanza un paso. Su sombra cae sobre mí.

—Me gustan las mujeres que creen entender —dice—. ¿También interpretas amenazas?

No retrocedo.

—Amenazar en una mesa de negociación suele indicar debilidad.

La sonrisa de Leone se tuerce.

—Cuidado…

—Leone —dice Matteo.

La voz no sube, pero el aire cambia.

—La tocas —añade despacio— y te entierro aquí mismo.

El silencio es absoluto. Vittorio levanta la mano.

—Basta.

Leone da un paso atrás, sin dejar de mirarme. Matteo no baja la guardia.

—Mi consultora viene conmigo. Si quieren seguir hablando, será otro día. Con propuestas reales.

Salimos sin que nadie nos siga.

Caminamos hasta el coche y Matteo se detiene de golpe.

—No vuelva a ponerse delante de Leone.

—No me puse. Él se acercó.

—Da igual.

—¿Protección profesional?

—Instinto.

—¿Era necesario amenazarlo?

Matteo da un paso hacia mí. Sus ojos arden.

—Cuando amenazan lo que es mío, sí.

—No soy tuya.

—Si está bajo mi techo, está bajo mi protección. Es mía.

—No es lo mismo.

—Me da igual.

Abre la puerta del coche. Subo. Arranca con brusquedad.

La carretera se estrecha. Y entiendo que no ha sido una reunión de trabajo. Ha sido una prueba. Y que Matteo Vitale no ha querido

saber si soy fuerte. Ha querido saber si soy peligrosa y si sé más de lo que admito.

10

FERRARA Y EL RESPETO

Chiara

Seis meses antes…

El aeropuerto privado estaba casi vacío a esa hora. Me bajé del coche sin prisa, con el maletín en la mano y la sensación de que llegar puntual era parte del juego. En lugares así, el tiempo no se mide en minutos, se mide en respeto.

El jet estaba al fondo de la pista, discreto, elegante, sin logotipo visible. Blanco, limpio, preparado para despegar en cuanto su dueño lo decidiera. Ferrara Capital no necesitaba anunciarse tampoco en el aire.

Adriano Ferrara ya estaba allí.

Hablaba por teléfono, de espaldas, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo el móvil. No escuché las palabras, pero reconocí el tono: corto, preciso, definitivo. El de alguien que no discute términos, los fija.

Me detuve a unos pasos. No porque dudara, sino porque interrumpirlo habría sido una falta de educación que él no habría tolerado. En cambio, mi presencia sí la notó. Lo supe por la ligera tensión en sus hombros, por cómo giró apenas la cabeza sin mirarme.

—Hazlo —ordenó a quien estuviera detrás de la línea—. Y no me llames para confirmarlo. Lo sabré.

Colgó sin despedirse y entonces sí, se volvió hacia mí.

Traje oscuro, abrigo largo sobre el brazo, sin rastro de cansancio pese a la hora. Me miró de arriba abajo con atención, sin descaro, pero sin disimulo.

—Correcta —comentó.

—Profesional. Dijo a las seis.

—Y son las seis —asintió—. Eso habla bien de usted.

—No me contrataron por llegar tarde.

Una sombra de sonrisa cruzó su boca. Breve. Incompleta. Suficiente.

—Vamos —indicó, girándose hacia la escalerilla—. Prefiero despegar antes de que empiece a hacer preguntas incómodas.

Subí detrás de él. El interior del jet era de cuero oscuro, madera clara y luz indirecta. Todo pensado para trabajar, no para impresionar. Otro detalle que encajaba demasiado bien con su forma de estar en el mundo.

Dejó el abrigo en un asiento y una tripulante de cabina sirvió café para los dos.

—Tenemos algo menos de una hora antes de aterrizar —indicó.

—Entonces será mejor empezar —respondí, abriendo el maletín—. Giraud & Marchand no son tan transparentes como aparentan.

—Nunca lo son —se sentó frente a mí—. La diferencia es quién paga el precio cuando dejan de serlo.

—Y en este caso no será usted. Ni yo.

Me sostuvo la mirada. No como un hombre que evalúa a una subordinada, sino como alguien que mide a su igual. Ese detalle me tensó más que cualquier amenaza explícita.

—Eso ya lo he notado. No es una mujer que acepte el marco que le dan.

—No acepto marcos mal construidos.

—Ni hombres que intenten imponérselos —constató.

—¿Por qué Múnich? —pregunté—. Podríamos haber hablado en Roma.

—Porque en Roma siempre hay alguien escuchando —respondió —. Y porque necesitaba ver cómo se mueve cuando no está en su terreno.

—¿Y qué conclusión ha sacado?

El jet empezó a rodar por la pista. La vibración se coló bajo mis pies, constante, firme.

—Que no se asusta. Y eso puede ser un problema.

—Para algunos. Para otros, una ventaja.

Volvió a esbozar esa media sonrisa que no terminaba de nacer.

—Eso lo decidiré yo.

El avión despegó. La ciudad quedó atrás, reducida a luces lejanas. El silencio se volvió más íntimo, más denso. Adriano apoyó los antebrazos sobre la mesa entre nosotros, inclinándose apenas.

—A partir de ahora, quiero que sea muy clara conmigo, señorita Bernardi. No me interesa perder tiempo ni recursos. Y mucho menos la ventaja.

—La claridad es parte de mi trabajo . La desconfianza, no.

—Aquí vienen juntas.

Nos quedamos mirándonos unos segundos más de lo necesario. No había deseo abierto, pero sí algo que se acercaba peligrosamente a él. Un pulso contenido. Una amenaza suave disfrazada de interés profesional. Aún no sabía hasta dónde pensaba llegar. Y él, lo intuía, tampoco tenía claro si quería detenerse.

El cinturón dejó de tensarse cuando alcanzamos altura de crucero. El ruido se estabilizó en un murmullo. Adriano no se movió.

Abrí el dossier de Giraud & Marchand y lo deslicé por la mesa. No necesitaba subrayar nada; él sabía leer entre líneas incluso antes de leerlas.

—Aquí —señalé—. Esta cláusula de salida no está redactada para proteger a Ferrara Capital. Está pensada para blindarlos a ellos si el acuerdo se rompe.

Adriano bajó la vista al papel. No lo tocó de inmediato. Primero leyó. Después apoyó un dedo justo donde yo había marcado mentalmente el problema.

—Lo vi —admitió—. Quería saber si usted también.

—Por eso pedí la reunión.

—Y por eso está aquí. —Levantó la mirada.

—¿Cuánto tiempo lleva dándole vueltas? —cuestionó.

—Desde que me dijeron que no había nada que revisar.

—Eso fue hace una semana.

—Exacto.

Asintió despacio, como si esa respuesta confirmara algo que ya sospechaba.

—La mayoría de la gente habría esperado instrucciones —comentó.

—La mayoría de la gente no cobra por pensar.

—Ni por decirle a su jefe que se equivoca.

—Tampoco me pagan por obedecer sin criterio.

El silencio que siguió fue denso. Adriano se recostó en el asiento, cruzó los brazos y me observó con una atención nueva, más directa.

—¿Sabe qué es lo primero que hacen los hombres como Giraud cuando creen tener ventaja?

—Sonreír demasiado.

—Y subestimar a quien no alza la voz.

—Eso también lo hacen muchos hombres —respondí.

Su boca se tensó un poco. No era molestia, sino reconocimiento.

—Se mueve con demasiada seguridad para alguien que acaba de llegar —aseguró—. No parece impresionada por nada de esto.

—He visto edificios más grandes —contesté—. Y hombres más ruidosos.

—Pero no más peligrosos.

—La peligrosidad no siempre viene con traje de Armani.

Se inclinó hacia delante otra vez, apoyando los codos en la mesa. Esta vez invadió un poco más el espacio. Lo justo para probar si yo retrocedía.

No lo hice.

—Dígame algo —bajó la voz—. ¿Le asusta trabajar para mí?

—Necesitaría algo más que un jet privado y una agenda llena para eso.

—¿Qué, por ejemplo?

—La imprevisibilidad. Y usted no lo es.

Su mirada se clavó en la mía. Durante un segundo largo no habló. Luego, muy despacio, negó con la cabeza.

—Se equivoca.

—No en lo importante.

—Usted no me conoce.

—Lo suficiente —nos retábamos.

Una azafata apareció con discreción, dejó dos vasos de agua y desapareció sin hacer ruido. Adriano no apartó la vista de mí en

ningún momento.

—Múnich no es solo por el contrato. Es una prueba.

—¿Para quién?

—Para los dos.

Bebí un sorbo de agua, tranquila. No porque lo estuviera, sino porque había aprendido a no regalar gestos.

—Entonces será mejor que sepa algo. No suelo fallar cuando acepto un reto.

—Eso ya lo he intuido. Y aun así, la he subido a este avión.

El jet siguió avanzando entre nubes limpias. Afuera todo parecía ordenado. Dentro, algo empezaba a tensarse con una lógica peligrosa.

—Mañana hablaremos con Giraud. Quiero que lleve usted la conversación.

—¿Confía en mí?

—Confío en su instinto —corrigió—. Y en que no le tiembla el pulso.

—Eso no siempre es una virtud.

—En mi mundo lo es.

El mutismo nos invadió, uno no profesional. Más bien una línea que ninguno nombraba, pero que ambos veíamos con claridad.

Adriano fue el primero en apartarse. Se levantó, ajustó el reloj, como si necesitara recordar quién era y dónde estaba.

—Prepárese. Mañana será un día largo. Quizá hoy también.

—Siempre lo son cuando importan.

Se detuvo un segundo antes de volver a su asiento.

—Señorita Bernardi.

—¿Sí?

—No me decepcione. —No sonaba a amenaza. Sonaba peor: a expectativa.

—No es algo que suela hacer —respondí.

Cerré el dossier y apoyé la cabeza en el respaldo. El avión siguió su rumbo hacia Múnich, estable, elegante, implacable. Y tuve una sensación: nada de esto iba a quedarse en contratos. Ni en reuniones. Ni en papeles.

11

LAS GRIETAS DEL SILENCIO

Chiara

Actualidad…

El coche entra por el camino de grava y la villa aparece entre sombras, inmóvil, como si hubiera estado esperando nuestro regreso. La reunión con los Della Torre ha terminado, pero la tensión sigue adherida a mi piel. No se queda atrás. Viaja con nosotros.

Matteo aparca junto al garaje, apaga el motor y permanece unos segundos con las manos cerradas sobre el volante. No habla. Yo tampoco. El silencio aquí es advertencia.

—No debí llevarla conmigo. —No me mira.

—Un poco tarde para eso. —No responde. El silencio vuelve a estirarse—. Sé cuidarme. Y sé por qué estoy aquí. Conozco el riesgo. Quería comprobar qué sé sobre ellos y cuánto de implicados están en mi causa.

Matteo gira la cabeza despacio y me clava la mirada.

—¿Y dónde está?

—En medio de un fuego cruzado que no va a apagarse pronto. Además, yo soy uno de los frentes.

—Las guerras empiezan mucho antes de que alguien levante una pistola.

—O cuando alguien amenaza a la persona equivocada.

—No es la persona equivocada —responde, seco—. Es la que no pueden tocar.

El pulso se me acelera. Odio que lo consiga con tan poco.

—No necesito protección.

—No se la he ofrecido —replica—. La he impuesto.

Abro la puerta. No quiero seguir por ahí. Sé a dónde conduce y no pienso llegar todavía. Pero en cuanto pongo un pie en la grava, el sonido de otro motor corta el aire.

Un coche caro. Demasiado elegante para venir sin avisar.

Matteo frunce el ceño.

—¿Espera a alguien?

—No.

El vehículo se detiene antes de que la seguridad reaccione. La puerta se abre y Arianna Della Torre baja con la precisión de quien sabe exactamente qué efecto provoca. Vestido negro de seda, labios del mismo color que una herida reciente, el cabello recogido con una pulcritud que no es casual.

Camina despacio, como si la villa le perteneciera desde siempre.

—Buenas noches… o buenos días —saluda—. Depende del ánimo.

Matteo se tensa. Lo noto en su respiración.

Arianna se acerca sin prisa, sin disimular cómo recorre a Matteo con la mirada. No hay pudor. Nunca lo hay cuando alguien cree tener derechos antiguos.

—¿Qué tal la reunión? —pregunta.

—Tu familia te informará —responde Matteo.

—¿Estás seguro?

—¿Me has seguido?

—Venía hacia aquí. He oído que habías vuelto —sonríe—. Y eso basta.

Arianna me mira entonces, como si acabara de reparar en un objeto interesante.

—No nos han presentado.

Matteo habla antes que yo.

—Clara Bernardi. Mi consultora.

La palabra cae con intención. Arianna ladea la cabeza.

—Consultora —repite—. Qué término tan amplio. ¿También asesora en asuntos personales, Matteo?

—No tienes por qué saber mis asuntos.

Ella baja la mirada hacia mí, midiendo.

—Tu apellido no me suena. ¿Roma?

—Sí.

—Roma… —no lo cree.

Arianna vuelve a Matteo.

—Pensé que esta noche hablaríamos. Teníamos pendiente una conversación.

Una sombra cruza el rostro de Matteo.

—No hay nada pendiente —suelta.

—Siempre lo hay cuando ha habido un antes.

No sé si me incluye en la frase o si la lanza solo para marcar territorio. Yo no me muevo.

—Si quieres hablar, no será hoy —sentencia Matteo.

Arianna sonríe, satisfecha.

—Puedo esperar.

—No deberías.

Se ríe sin risa y vuelve a mirarme.

—Suerte, Clara. Aquí hace falta.

Se da la vuelta y se marcha. Sus tacones marcan el ritmo sobre la piedra hasta que el motor se pierde en la distancia.

El silencio vuelve a caer.

Matteo se pasa una mano por la nuca y respira hondo.

—No quiero hablar de ella.

—No le he preguntado.

—Pero pensará cosas.

—Pensaré lo que quiera.

—Eso me preocupa.

Caminamos hacia la entrada lateral. Matteo me sigue.

—Lamento que haya venido —dice.

—No tienes que disculparte. No soy parte de sus asuntos privados.

—Es parte de algo que ella no va a entender.

—¿Y usted sí?

Se gira hacia mí. En sus ojos ya no hay contención. Hay algo crudo, sin pulir.

—No. Pero lo siento. Y eso es peor.

No puedo moverme. La tensión se espesa.

—Matteo… —Mi voz no tiembla, pero se queda corta.

Él da un paso. Uno solo. Suficiente para que el aire cambie.

—No sé qué haces conmigo —susurra—. No sé si has venido a salvar algo… o a destruirlo.

Si se inclinara un poco más, me besaría. No lo hace. Yo tampoco cedo.

—He venido por la verdad —aclaro.

Entonces una voz rompe la escena.

—¿Matteo?

La puerta principal se abre. Raffaele aparece con el pelo recogido, ropa cómoda, cara de no haber dormido. Nos mira a los dos.

—¿Es cierto lo que he oído? ¿Otra vez los Della Torre?

—Sí.

—¿Y ella?

—Es parte de la ecuación.

Raffaele suspira y se apoya en el marco. Luego me observa con atención.

—No entiendes el tamaño del problema —dice—. Y él tampoco te lo va a explicar.

—No es asunto tuyo, Raffa.

—Todo lo que te toca es asunto mío —replica ella—. Y esto te está tocando demasiado.

Me examina como si intentara encajar una pieza que no pertenece al puzle.

—Clara, ¿no?

Asiento.

—¿La consultora?

—Eso dicen.

Raffaele niega despacio.

—Aquí las consultoras duran menos que las treguas.

Se gira para entrar, pero se detiene.

—Ah, Matteo…

—¿Qué?

—Ha llamado El Diablo.

El mundo no se detiene, pero algo en el aire sí.

Matteo se queda inmóvil.

—¿Y qué quiere?

—Lo has conseguido.

—Va a venir.

—Es su responsabilidad.

—¿Cuándo?

—En dos semanas. —La puerta se cierra. El sonido resuena más de la cuenta.

Matteo suelta una maldición por lo bajo.

—Ese cabrón…

No sabe que cada músculo de mi cuerpo se ha tensado. El Diablo. El hermano mayor. El que se marchó. El que rompió algo dentro de esta familia y nunca volvió a soldarlo. Me alegra que venga, él podría ser el asesino de mi padre. Lo he investigado y buscado sin encontrarlo. Supo esconderse muy bien, mejor que yo.

Matteo me mira de reojo.

—Esto complica las cosas.

Asiento, sin decirle que lo sé mejor de lo que imagina. Porque El Diablo llega pronto. Y yo estoy aquí. Bajo este techo. Con su hermano. Con una historia que aún no sabe que va a volver a cruzarse.

12

CIELO GRIS

Chiara

Seis meses antes…

En Múnich todo estaba dispuesto para que nada se saliera del orden previsto: coches alineados, agendas cerradas, edificios que no levantan la voz porque no lo necesitan. Ferrara Capital había reservado un hotel discreto, caro sin ostentación, de esos donde nadie pregunta quién eres porque ya lo sabe.

Acompañé a Adriano desde el primer momento. Reunión tras reunión. Salas grandes, mesas largas, hombres que hablaban de cifras como si hablaran de climas. Yo escuchaba, anotaba, intervenía cuando hacía falta. No levantaba la voz. No me imponía por fuerza. Simplemente colocaba las piezas donde correspondían.

En la tercera reunión del día, uno de ellos —alemán, traje impecable, sonrisa afilada— intentó llevar la conversación a un terreno que no figuraba en el acuerdo preliminar. Adriano me miró apenas un segundo. Lo suficiente.

—Eso no estaba contemplado —informé, sin adornos—. Si quieren modificar el marco fiscal, tendrán que revisar la estructura completa. Y eso implica volver al punto de partida.

El hombre intentó sonreír. No lo consiguió.

—Es solo una sugerencia.

—Las sugerencias se hacen antes de firmar —respondí—. Después, se cumplen las cláusulas.

El silencio fue breve. Adriano cerró la carpeta.

—Continuamos mañana —dictaminó—. Mi equipo se pondrá en contacto.

Salimos de la sala sin prisas. En el pasillo, el murmullo de otras negociaciones se mezclaba con el sonido de pasos firmes. No dije

nada. Tampoco él. No hacía falta.

En el coche, mientras atravesábamos la ciudad rumbo a la siguiente cita, Adriano rompió el silencio.

—Se mueve bien entre ellos.

No era un halago. Era una constatación.

—No son tan distintos —respondí—. Solo cambian las armas.

—Y aun así, la mayoría se pierde.

—Porque quieren ganar rápido.

Me miró de reojo.

—Usted no.

—Yo quiero ganar bien.

No sonrió. Pero algo en su mandíbula se relajó.

La última reunión terminó pasadas las siete. Cuando salimos del edificio, la ciudad ya había cambiado de ritmo. Menos tráfico. Más luces. Adriano se detuvo antes de subir al coche.

—Cena. Aquí cerca. —No era una invitación social. Era una prolongación del día. Asentí.

El restaurante estaba a dos calles. Silencioso. Mesas separadas. Un lugar pensado para conversaciones que no deben ser escuchadas. Nos sentamos sin ceremonia. Pedimos sin mirar la carta.

—Ha sabido leer la sala —dijo mientras servían el vino—. No todos saben hacerlo.

—Es parte del trabajo.

—No —negó—. Es instinto.

Le sostuve la mirada.

—No siempre se aprende.

—No —admitió—. Y no siempre se controla.

La frase quedó entre nosotros, cargada de algo que no tenía que ver con contratos. Bebí un sorbo de vino. Él hizo lo mismo.

—Giraud intentará presionar mañana —añadió—. Cambiará de estrategia.

—Lo sé.

—¿Cuál cree que usará?

—La urgencia —respondí—. Hará ver que el tiempo juega en su favor.

—¿Y usted qué hará?

—Quitárselo.

Adriano dejó el vaso sobre la mesa, despacio.

—Sabe lo que hace.

—Por eso estoy aquí.

Una tensión que no pedía palabras, pero tampoco huía de ellas.

—No suelo llevar a nadie conmigo a este nivel —informó—. No por tanto tiempo.

—¿Eso debería preocuparme?

—Depende de lo que haga con ello.

Levanté una ceja.

Él no insistió. No hacía falta. Terminamos de cenar sin prisas. Al salir, el aire frío de Múnich nos golpeó con claridad.

—Mañana a las ocho —ordenó—. No llegue tarde.

—No suelo hacerlo.

—Ya lo sé.

Nos separamos en la puerta del hotel. Antes de entrar, se volvió.

—Hoy ha estado impecable. —No era elogio profesional. Tampoco promesa. Era reconocimiento.

—Gracias. Buenas noches, señor Ferrara.

Asintió y se marchó.

Subí a mi habitación con la sensación de que el día no había terminado del todo. Me quité el abrigo, dejé los documentos sobre la mesa y me senté un momento en silencio. Había aprendido a moverme entre tiburones. Lo que aún no tenía claro era qué hacer cuando uno de ellos decidiera nadar demasiado cerca.

13

LA NOCHE QUE NUNCA TERMINÓ

Chiara

Actualidad…

El insomnio tiene forma de jardín. Lo descubro cuando el reloj marca las dos y media y el silencio de la villa se estira demasiado.

Salgo al patio sin encender luces. La casa respira oscuridad, guardando secretos en cada columna. Hace frío, pero no el suficiente para frenarme.

Camino entre limoneros pequeños, siguiendo el sendero de piedra que ya conozco demasiado bien. Al fondo, una verja abierta conduce al jardín trasero. No debería estar aquí. No a estas horas. No sola.

Pero yo nunca obedecí lo que debía.

Llego al borde del césped. Allí, donde el terreno desciende unos metros antes de perderse entre la arboleda. Aquí.

El lugar exacto donde, diez años atrás, él me besó por primera vez.

Y el recuerdo me cae encima de golpe, sin esperarlo.

Tenía diecisiete años y la vida todavía no me había enseñado a temblar. Matteo estaba cerca, demasiado cerca, con la respiración en mi cuello y mirándome sin saber si protegerme o destruirme.

—Esto no puede repetirse —susurró, y me puso los vellos de punta.

Y lo repitió al día siguiente. Pero yo nunca tuve talento para olvidar. Y él tampoco, aunque finja lo contrario.

Cierro los ojos y dejo que el aire del jardín recorra la escena como si pudiera revivirla. A veces pensar en el pasado duele menos que pensar en el presente.

Y entonces lo oigo. Un sonido seco. Luego otro. Después, una alarma. El ruido corta la noche como un disparo. Luces

encendiéndose en la fachada. Sombras de hombres corriendo por el corredor lateral.

Radio estática. Voces tensas. Órdenes.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. Miro a mi alrededor, buscando alguna señal de peligro. No veo nada, pero sé —lo sé— que cuando una familia como los Vitale activa una alarma, es por algo que no conviene ignorar.

—¿Clara?

La voz no es un llamado: es un filo.

Me giro demasiado rápido y casi pierdo el equilibrio.

Matteo aparece entre la oscuridad con dos hombres detrás, pero solo él avanza hacia mí. En su cara no hay rastro de la calma calculada de siempre. Ahora es fuego puro.

—¿Qué hace aquí fuera? —pregunta, pero no espera la respuesta.

Me agarra del brazo con firmeza, no para hacerme daño, sino para arrastrarme hacia la pared de piedra más cercana.

—¿Qué…? —empiezo.

—Calla.

Su cuerpo cubre el mío cuando una linterna cruza el jardín desde la distancia. Se oyen pasos y voces que no distingo.

Matteo baja la cabeza hasta mi oído.

—No se mueva —ordena.

Siento su respiración tensa. Las venas del cuello marcadas. Está furioso. También asustado. No lo dirá jamás, pero lo está.

—Creía que aquí dentro estaba a salvo —susurro.

—Nadie está a salvo cerca de mi familia. —No se aparta—. Ni siquiera yo.

Trago saliva. Él aprieta un poco más mi brazo. Lo siento demasiado cerca.

—Podrían haber entrado por el perímetro —explica rápido—. O podría ser una prueba. No debía estar aquí fuera. No sola.

—No sabía que había límites también fuera.

—Todo aquí tiene límites —me mira entonces, directo—. Y muerte. Hasta yo puedo matarla sin querer si no haces caso.

Mi espalda golpea la pared cuando se acerca un centímetro más. No me oprime, pero la tensión es tan densa que podría romperse

con cualquier movimiento.

—Matteo… —digo en voz baja.

—No hable —su tono es un borde afilado—. No hasta que sepamos qué cojones está pasando.

Uno de los hombres grita algo desde el lateral. Matteo gira la cabeza en un reflejo rápido. Luego vuelve a mí.

—Quédese aquí.

—¿Y si…?

—Aquí —repite—. No se mueva. Ni un paso. —Y desaparece entre sombras, tragado por la noche y por la violencia que le pertenece.

El tiempo se estira. Pasos, órdenes, el crujido de ramas.

Puedo distinguir la voz de Nicola dando instrucciones. El ruido de armas que se cargan. La tensión en el aire es un animal nervioso.

Mis manos están frías. Mis piernas también. Pero no me muevo.

La villa guarda un silencio extraño, como si esperara un disparo que no termina de llegar.

Finalmente, Matteo emerge de la oscuridad con la expresión endurecida.

—Váyase a su habitación.

Me aparto de la pared.

—¿Qué ha pasado?

—Falsa alarma.

—Eso no me dice nada.

—No tiene por qué saberlo todo.

—No soy una niña a la que pueda mandar a la cama.

Su mirada cambia. No baja el tono, pero la intensidad se multiplica.

—Le he dicho que se vaya.

—No soy de las que obedecen órdenes sin entenderlas.

Se acerca. Otra vez. Demasiado. Ocupando el aire alrededor de mi cuerpo.

—Chiara —habla con una gravedad que no le he oído antes y con mi nombre real—. Esta noche podría haber muerto alguien. Podrías haber sido tú. No estás preparada para caminar entre fantasmas que no conoces. Dejamos de tutearnos.

—¿Y tú sí?

—Yo soy el fantasma.

La respuesta me atraviesa.

—No puedes protegerme de todo.

—No quiero protegerte. Quiero que dejes de ponerte donde no puedo salvarte.

—¿Por qué?

Su respiración se agita apenas.

—Porque no sé qué haría si llego un segundo tarde —susurra.

La noche nos envuelve.

Las luces siguen encendidas. El viento huele a peligro.

Matteo acerca una mano a mi rostro, pero no toca. Se queda a una distancia que quema más que un roce.

—¿Por qué te importa tanto?

—No lo sé —admite.

—Mientes.

—Sí.

Su pecho sube y baja. El mío también. Él cierra ese último centímetro. Solo uno. No me toca. Pero su aliento se mezcla con el mío.

—Vete a tu habitación —suelta sin convicción.

—No quiero irme.

Sus dedos rozan mi mandíbula. Una caricia mínima, involuntaria, incapaz de negarse. Mi cuerpo se inclina antes de que la cabeza pueda frenarlo. Y él cae conmigo. Su boca encuentra la mía con una fuerza contenida, como si hubiera estado esperando desde hace diez años.

No es un beso suave. No es un beso racional. Es un beso que rompe un límite que nunca debimos cruzar.

Sus manos me sujetan la cintura; las mías se aferran a su camisa. El mundo desaparece unos segundos. Todo se resume a presión, calor y una memoria que despierta.

Matteo separa su boca un instante, pero no se aleja. Su frente queda apoyada en la mía.

—No… Esto no debía pasar.

—Ya ha pasado.

—Entonces estamos jodidos.

Me besa otra vez. Y el jardín, la villa, Sicilia entera, dejan de importarme. Porque acabo de besar al hombre que marcó mi pasado. Y al que destruirá mi presente.

14

MENTIRAS QUE NOS CONTAMOS

Chiara

Seis meses antes…

A las once de la noche el hotel en Múnich estaba en silencio, pero no era un silencio vacío, sino uno lleno de decisiones tomadas a puerta cerrada. Me quité los zapatos, dejé el abrigo sobre la silla y abrí de nuevo la carpeta que había prometido cerrar.

No tenía intención de trabajar más. Esa fue la mentira que me conté mientras revisaba por tercera vez el anexo fiscal del contrato con Giraud & Marchand. Había algo ahí. No un error evidente, sino una desviación mínima, una de esas que solo se notan cuando ya estás dentro y es tarde para retroceder.

Lo vi entonces.

Una referencia cruzada que no correspondía a la matriz francesa, sino a una filial en Luxemburgo, creada apenas seis meses antes. Demasiado nueva. Demasiado limpia. El tipo de estructura que se utiliza cuando alguien quiere mover algo sin dejar huella directa.

Me incorporé despacio, con el pulso firme. No dudé. No hice una lista. No pensé en la hora ni en el protocolo. Cerré la carpeta, me puse los zapatos y salí al pasillo.

La alfombra amortiguaba los pasos. El hotel estaba casi vacío. Subí un piso. Sabía dónde estaba su habitación; no porque me lo hubiera dicho, sino porque había aprendido a leer ese tipo de detalles hace años. Llamé una sola vez.

Adriano abrió al instante.

Llevaba solo la camisa, desabrochada en el cuello, las mangas remangadas. No parecía sorprendido, pero sí alerta. Sus ojos bajaron un segundo a la carpeta que llevaba en la mano y volvieron a mi cara.

—Perdone —dije—. No debería estar aquí a estas horas. —No se movió. No preguntó. Se limitó a esperar—. He encontrado algo. Y no quería dejarlo para mañana.

Sostuvo mi mirada unos segundos. Los suficientes para decidir.

—Pase.

Se apartó para dejarme entrar. La habitación olía a ese jabón neutro que usan los hoteles buenos y a su perfume. Dejé la carpeta sobre la mesa sin sentarme.

—No es una prueba —empecé—. Es una estructura paralela. Si firman tal como está, en seis meses podrán sacar los activos sin penalización real.

Adriano cerró la puerta con calma y se acercó. No invadió mi espacio. Se colocó a mi lado y abrió la carpeta.

Leyó en silencio. Pasó páginas. Volvió atrás. Se detuvo justo donde yo había marcado mentalmente el problema.

—Lo han escondido bien.

—Demasiado —manifesté—. No es improvisado.

Levantó la vista hacia mí.

—Gracias por venir.

No era una frase automática. Se notaba. Asentí.

—No me habría quedado tranquila.

—Lo sé.

Fue él quien sugirió el café. Llamó, pidió dos y volvió a la mesa. Nos sentamos entonces, uno frente al otro, con los papeles entre ambos, como si fueran una frontera necesaria.

Trabajamos durante más de una hora. Revisamos escenarios, consecuencias, alternativas. No levantamos la voz. No hubo roces. Solo concentración compartida y una facilidad inquietante para entendernos sin explicaciones largas.

—Aquí —señaló una cláusula—. Si movemos esto, los obligamos a renegociar.

—Y si no aceptan, quedan expuestos —anexé—. No públicamente, pero lo suficiente para que retrocedan.

Adriano apoyó la espalda en la silla, observándome.

—Te mueves con demasiada naturalidad en esto.

—Es lo que hago.

—No todos lo hacen así. La mayoría se protege primero.

—Yo prefiero anticiparme.

No sonrió, pero algo se suavizó en su expresión.

—Por eso la traje conmigo.

El café llegó. Bebimos despacio. El cansancio empezó a asomar en los bordes, no como debilidad, sino como una bajada de guardia mínima.

—No se ha equivocado en nada. Ni una vez.

—Todavía —contesté.

—No —negó—. Todavía no es una objeción válida.

Nos envolvió el silencio, de nuevo, como tantas otras veces en este viaje.

—Debería descansar —comentó al cabo—. Mañana será largo.

—Lo sé.

No me moví de inmediato. Tampoco él. Nos miramos un segundo más de lo necesario, sin cruzar ninguna línea.

—Gracias por venir —repitió.

—No habría podido dormir.

Asintió. Me levanté. Recogí la carpeta.

—Buenas noches, señor Ferrara.

—Buenas noches, señorita Bernardi.

Salí de la habitación con la sensación de haber hecho lo correcto y, al mismo tiempo, algo que no tendría vuelta atrás. Volví a la mía con la cabeza llena y el cuerpo despierto, consciente de que aquella noche no había sido importante por lo que habíamos encontrado en los papeles, sino por lo que habíamos empezado a reconocer sin nombrarlo. Y eso, en mi experiencia, era siempre lo más peligroso.

15

LA MAÑANA QUE INTENTA PARECERLO TODO MENOS LO QUE ES

Chiara

Actualidad…

Despierto antes de que suene nada. No hay sobresalto, solo una sensación incómoda de haber cruzado un límite sin nombrarlo. Me quedo unos segundos mirando el techo, repasando mentalmente cada gesto de la noche anterior sin permitir que ninguno pese más de la cuenta. Aquí, pensar demasiado pronto es una forma de debilidad.

La ducha me despeja lo justo. No espero alivio. Me visto con ropa discreta, correcta, la Clara Bernardi que Matteo Vitale llamó para sentarse a negociar una paz que ambos saben provisional. Camisa clara, pantalón oscuro, el pelo recogido sin esfuerzo. Nada que delate lo que no conviene mostrar.

En la cocina huele a pan recién hecho.

La escena no encaja con la tensión que arrastro desde la madrugada. Una mujer mayor, delgada, con el pelo gris recogido y un delantal de cuadros, remueve algo en una cazuela grande mientras tararea una melodía antigua. A su lado está Matteo, apoyado en la encimera, escuchándola con atención. Tiene una taza entre las manos y una expresión que no le había visto antes. Más doméstica. Más ajena a todo lo que representa fuera de estas paredes.

Ella me ve y sonríe.

—Buongiorno. Soy Pina. ¿Ha dormido?

—Lo suficiente —respondo.

Matteo levanta la vista. Su expresión cambia al instante. Se recompone. Me observa con la misma distancia calculada de siempre.

—Buenos días —saludo.

Pina me señala una silla sin dar opción a réplica.

—Siéntese. Aquí nadie desayuna solo.

Obedezco. Matteo se sienta frente a mí. Pina reparte pan tostado, fruta y café.

—Desde pequeño necesita algo caliente antes de empezar el día —comenta ella—. Siempre ha sido así.

—Pina —murmura él.

—No exagero —replica sin perder la sonrisa—. Las casas grandes guardan memoria.

—Ella no ha venido a escuchar recuerdos —dice Matteo mirándome—. Ha venido a trabajar.

—Las dos cosas no se excluyen —respondo.

Nos miramos. No hay desafío. Hay reconocimiento.

Pina vuelve a la cocina, pero sé que no se pierde nada.

—Sobre anoche —empiezo.

—No —me corta Matteo—. No vamos a entrar ahí.

—No podemos fingir que no pasó.

—No fue relevante.

—No lo pareció.

—Fue un desliz —insiste—. No se repetirá.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Ninguno suena convencido.

La puerta se abre sin ceremonia.

—¿Alguien ha visto mi zapatilla? —Raffaele entra arrastrando sueño y mal humor—. Ah. Vaya desayuno tan civilizado.

Matteo suspira.

—No empieces.

—No empiezo. Observo. —Se sirve fruta—. Los guardias siguen revisando el perímetro.

—No encontraron nada —informa él.

—Eso no significa que no hubiera intención.

—¿De quién?

Raffaele me mira un segundo antes de contestar.

—De alguien que quiere medir reacciones.

Matteo tensa la mandíbula.

—Ya basta.

—Solo informo —dice ella levantándose—. Ah, y han llamado preguntando por ti. No para verte. Para hablar.

—No tengo tiempo.

—No parecía una petición —añade—. Y no soy tu secretaria. Soy tu hermana.

Sale de la cocina sin despedirse.

Pina sigue removiendo la cazuela, en silencio.

Matteo se levanta.

—No vuelvas a salir sola de noche.

—No necesito escolta.

—No es por ti.

—Entonces explícate.

Da un paso hacia mí. No invade. Advierte.

—Hay gente interesada en saber cuánto recuerdas… y cuánto sé yo.

Entiendo el mensaje. Él conoce mi nombre real. Yo conozco el motivo por el que me trajo aquí. No hay disfraces entre nosotros.

—No me llamaste solo para firmar un acuerdo.

—No.

—Querías verme reaccionar.

—Y tú querías confirmar si decía la verdad.

—Ambos lo hicimos.

El silencio se instala, denso, incómodo.

—Lo que buscas sobre tu padre no está donde te dijeron —certifica.

—Eso lo supe hace tiempo.

—Y yo necesito saber si murió por lealtad o por traición.

No hay acusación directa. No hace falta.

—No mezcles esto con lo de anoche —le pido.

—No lo mezclo. Lo tengo presente.

—No fue una confesión.

—Fue una advertencia —corrige.

Me aparto.

—Tenemos trabajo.

—Demasiado.

Sale sin mirar atrás. La cocina queda quieta. El café se enfría entre mis manos mientras asimilo una verdad que ya no puedo ignorar: Matteo Vitale no me trajo para protegerme. Me trajo para enfrentarme a su versión de la historia. Y yo acepté porque necesito saber quién mintió primero y… quién mató a mi padre.

16

DONDE SE GANA EL RESPETO

Chiara

Seis meses antes…

Me gustaba el color del cielo del amanecer de Múnich. Las ciudades que no prometen nada suelen cumplir mejor.

Llegué al edificio de Giraud & Marchand diez minutos antes de la hora prevista, con el dosier bajo el brazo y la cabeza despejada después de una noche que no había sido una noche, sino una extensión silenciosa del trabajo compartido con Adriano Ferrara. Un pequeño escalofrío recorrió mi cuello cuando lo vi. Estaba en el vestíbulo. De pie, revisando el móvil, impecable. Traje oscuro, abrigo recto, gesto concentrado. No levantó la vista hasta que me oyó acercarme. No hizo falta decir nada. Un leve asentimiento bastó. No había espacio para comentarios triviales ni para recordar que apenas unas horas antes habíamos compartido café frío, papeles extendidos y una cercanía que no había cruzado ningún límite, pero lo había rozado.

—¿Lista?

—Siempre.

No sonrió. Pero algo en su mirada se ajustó, como si hubiera confirmado una intuición.

Giraud & Marchand ocupaban tres plantas completas de un edificio corporativo sin alma. Mármol claro, cristal pulido, recepciones silenciosas. Todo diseñado para que el dinero se sintiera cómodo y la culpa no tuviera dónde apoyarse. Ya los conocía. No era la primera vez que nos veíamos, ni la primera que intentaban medir hasta dónde podían tensar la cuerda sin que se rompiera.

Nos condujeron a la sala principal. Mesa ovalada, seis sillas, café servido antes de pedirlo. Julien Giraud fue el primero en levantarse.

Correcto, educado, sonrisa ensayada. A su lado, Marchand, más discreto, más peligroso por eso. Nos saludaron con cordialidad prevista. Adriano respondió con la misma distancia. Yo me senté a su derecha. No por cortesía. Por estrategia.

La reunión empezó como empiezan siempre estas cosas: repasos generales, cifras que ya conocíamos, promesas envueltas en tecnicismos. Dejé que hablaran. Observé. Tomé notas que no necesitaba. Esperé el momento justo, no por teatralidad, sino porque interrumpir antes habría sido inútil.

Fue Giraud quien me miró primero.

—Madame Bernardi. Entiendo que ha revisado la última propuesta.

—La he revisado. Y he detectado lo mismo que en la anterior.

Marchand frunció el ceño. No era un gesto de sorpresa, sino de fastidio.

—Pensábamos que ese punto había quedado claro —intervino—. La cláusula es estándar.

—No lo es —repliqué, sin elevar la voz—. Es habitual, que no es lo mismo. Y deja a Ferrara Capital expuesta en caso de litigio transfronterizo.

Adriano no intervino. Permaneció en silencio, con las manos cruzadas sobre la mesa, observando. No necesitaba defenderme. Eso también era una señal.

Abrí el dosier y deslicé una hoja hacia el centro.

—Aquí —señalé—. Responsabilidad compartida en caso de reestructuración fiscal. Redactada de forma ambigua. Si el proyecto se detiene por causas externas, el peso recae sobre la parte inversora principal. Es decir, ustedes salen indemnes.

Giraud sostuvo mi mirada.

—Es una interpretación.

—No —rebatí—. Es una consecuencia.

El silencio se instaló durante unos segundos. No incómodo. Denso.

—¿Qué propone? —preguntó finalmente Marchand.

Ahí estaba. El momento que había venido a buscar.

—Una modificación clara del apartado tercero —contesté—. Responsabilidad proporcional al control operativo. Y una cláusula de salida bilateral con penalización simétrica. Si el riesgo es compartido, también lo será la carga.

—Eso reduce nuestro margen —objetó Giraud.

—Reduce su ventaja —corregí—. No es lo mismo.

Adriano se movió apenas en la silla. No habló. Pero noté su atención plena. No como jefe. Como alguien que evalúa algo más profundo que un resultado inmediato.

La discusión se prolongó. No hubo alzas de voz ni golpes sobre la mesa. No hizo falta. Cada argumento era preciso. Cada respuesta, pensada. No improvisé nada. Todo estaba ya ahí desde la noche anterior, ordenado, claro. Giraud intentó presionar con plazos. Marchand con supuestas alternativas. No funcionó.

—Ferrara Capital no firma en estas condiciones —aseguré finalmente—. Y no es una amenaza. Es una constatación.

Giraud suspiró. Se recostó en la silla. Miró a su socio.

—Si aceptamos —dijo—, necesitaremos garantías adicionales.

—Las tendrán —respondí—. Técnicas. Auditables. No personales.

Adriano alzó la vista entonces.

—Eso es innegociable —añadió, por primera vez—. Mi empresa no funciona con favores. —La frase fue breve. Suficiente.

La reunión terminó cuarenta minutos después con un acuerdo mejor del que habían planteado al inicio. No porque cedieran de buena gana, sino porque no les dejé otra opción viable. Firmamos. Apretón de manos. Sonrisas que no ocultaban del todo el desgaste.

Cuando salimos al pasillo, el aire me pareció distinto. No más ligero, pero sí más limpio.

Adriano caminó a mi lado en silencio hasta el ascensor privado. Cuando las puertas se cerraron, me miró por primera vez desde el final de la reunión.

—Lo ha hecho muy bien —afirmó, sin cumplidos vacíos ni evaluación fría.

—Es mi trabajo.

—No todos saben moverse así —añadió—. Menos aún entre gente que muerde cuando huele debilidad.

—No me tiemblan las manos —anoté.

—Lo he visto.

El ascensor descendía sin ruido. No había tensión incómoda. Tampoco relajación. Un reconocimiento silencioso que no pedía celebración.

—Anoche —dijo de pronto—, cuando insistió en revisar ese apartado… pensé que buscaba algo más.

—Lo buscaba.

—¿Y lo encontró?

Lo miré.

—Siempre hay algo que encontrar. La cuestión es si estás dispuesto a verlo.

No insistió. Asintió levemente.

Salimos a la calle. Múnich seguía igual. Tráfico ordenado. Gente apresurada. El mundo continuaba sin enterarse de que, en una sala acristalada, alguien había ganado terreno sin levantar la voz.

Caminamos unos metros sin rumbo concreto. No era una reunión más. Ambos lo sabíamos.

—Tiene buen instinto —dijo Adriano—. Y mejor pulso.

—Usted no suele delegar así —repliqué—. Hoy lo ha hecho.

—Quería ver qué hacía cuando nadie la interrumpía.

—¿Y?

Se detuvo. Me obligó a hacerlo también.

—Y he visto a alguien que no retrocede cuando la presión sube.

Nos quedamos mirándonos un segundo más de lo necesario. No había deseo explícito. Tampoco distancia profesional pura. Era un punto intermedio peligroso. Interesante.

—Deberíamos volver —musité.

—Sí. —No se movió de inmediato—. Gracias por anoche.

—No suelo dejar las cosas a medias.

—Eso la hace peligrosa.

—Depende para quién.

Esta vez sí hubo una sombra de sonrisa. Breve. Casi imperceptible.

Regresamos al hotel. No hizo falta decir más. Tuve la sensación clara de que algo había cambiado. No entre nosotros como personas, todavía. Pero sí en la forma en la que me miraba. Y en ese mundo, eso ya era una victoria. Una que no pensaba desaprovechar.

17

LO QUE SE ROMPE

Chiara

Actualidad…

La puerta del despacho está entreabierta cuando paso por delante. No pienso detenerme, pero la voz de Helena llega hasta el pasillo con la nitidez de quien no necesita levantar el tono para dominar una habitación. Matteo está dentro. Ella también. Y no hablan de nada ligero.

Reduzco el paso. No me pego a la pared ni me escondo. Me quedo donde estoy, como si fuera casual, aunque sé que no lo es.

—No me ocultes nada, Matteo —pide Helena—. La alarma no salta porque sí.

—Aún no sabemos qué ocurrió.

—En esta casa nunca ocurre nada porque sí. —Hay una pausa breve—. Y tú lo sabes mejor que nadie.

El silencio que sigue no es vacío. Es una decisión en suspenso.

—¿Crees que fueron ellos? —pregunta Matteo.

—Los Della Torre no esperan invitaciones —contesta Helena—. Buscan fisuras. Prueban límites. Y cuando detectan una reacción, avanzan.

—No hay pruebas.

—Hay patrones. Y llevan meses empujando.

Escucho movimiento dentro del despacho. Tacones sobre la alfombra. Helena camina cuando necesita ordenar una idea.

—Anoche Arianna estuvo aquí —suma.

El cambio en Matteo es inmediato, aunque no lo vea. Lo percibo en el silencio que se alarga un segundo más de lo necesario.

—¿A qué hora?

—De madrugada. —Helena no suaviza nada—. Sin avisar. Sin escolta.

—¿Crees que fue ella?

—Creo que sabe exactamente lo que hace. Y creo que te busca.

—No voy a sentarme con ella.

—Tendrás que hacerlo —sentencia Helena—. No porque quieras, sino porque no podemos permitir que parezca que rehúyes el conflicto.

—No pienso reabrir nada.

—Las cosas no se reabren —objeta—. Siguen ahí, aunque finjas que no existen.

Matteo no responde. Puedo imaginarlo apoyado en el escritorio, los hombros tensos, el gesto contenido. Así es cuando algo le afecta de verdad.

—Además —continúa Helena—, no estamos solos en esto.

—¿A qué te refieres?

—Tu hermano llegará pronto.

El aire cambia. No lo oigo, pero lo noto.

—No esperaba que volviera ahora —dice Matteo.

—Nunca avisa cuando decide hacerlo —responde ella—. Y no lo hace por nostalgia.

Eso basta. No necesito escuchar más para saber que esa llegada no es casual ni bienvenida.

Llamo a la puerta.

Tres golpes suaves. No hay prisa. Tampoco disculpa.

—Adelante —indica Matteo.

Entro.

Helena me observa de inmediato. Su mirada no es hostil ni amable. Es precisa. Sabe quién soy. Siempre lo ha sabido. No necesita fingir.

—Buenos días —saludo.

—Clara —dice ella—. Justo a tiempo. Estábamos hablando de equilibrios.

—He venido por la documentación de las rutas secundarias —respondo, dejando la carpeta sobre la mesa—. He encontrado ajustes que no estaban en los informes anteriores.

Matteo gira la cabeza hacia mí. Solo lo justo.

—¿Qué tipo de ajustes?

—Cambios mínimos en tiempos y márgenes. Nada evidente. Pero constantes. Suficientes para construir un argumento cuando alguien quiere cuestionar el control operativo.

Helena se acerca. Revisa los papeles sin sentarse y suelta:

—¿Crees que los están preparando para una mesa de negociación?

—Creo que están construyendo un relato —contesto—. Y que lo harán parecer inevitable.

Matteo cruza los brazos.

—Eso explica la presión.

—Y la visita —añade Helena.

Asiente despacio.

—Tu análisis es correcto —dice—. Y útil.

No es un elogio. Es una constatación.

—Entonces necesito que sigas con esto —continúa—. Y que estés presente cuando llegue el momento.

No menciona nombres. No hace falta.

—De acuerdo —respondo.

Helena recoge su bolso.

—Matteo, hablaremos luego. —Después me mira—. Y tú, Clara… no te precipites. Aquí la información es poder, pero también peso.

Cierra la puerta con cuidado. Como si supiera que deja algo delicado detrás.

Matteo se queda de pie. No habla enseguida. Se pasa una mano por la nuca y respira despacio.

—No deberías haber oído eso.

—No estaba espiando.

—Lo sé.

Se gira por fin hacia mí. Su mirada es directa. Cansada. Tensa.

—Las cosas se van a complicar —asegura.

—Nunca han sido simples.

—Aún no entiendes hasta qué punto.

—No subestimes mi capacidad para hacerlo.

Da un paso hacia mí. No invade. No retrocede.

—Aquí la gente muere por saber demasiado.

—Y otros por callar.

Se queda quieto. Me observa como si buscara algo que no termina de encontrar.

—Anoche no fue buena idea —dice.

—No lo fue.

—No debería repetirse.

—Probablemente no.

No nos movemos. La distancia entre los dos no disminuye, pero se carga de algo nuevo. Algo que no necesita contacto para existir.

—Cuando llegue mi hermano, todo va a tensarse.

—Entonces más vale estar preparados.

Asiente.

—Vete. Necesito pensar.

—Yo también.

Salgo del despacho sin mirar atrás. El pasillo parece el mismo, pero no lo es. Nada lo es ya.

Queda una semana.

Una semana para que el pasado vuelva a ocupar espacio.

Una semana para que todo lo que ahora se sostiene en equilibrio empiece, por fin, a resquebrajarse. Y nadie podrá fingir que no lo vio venir.

18

NEGOCIAR LA VERDAD

Chiara

Seis meses antes…

No dormí del todo esa noche. No porque hubiera ocurrido algo. Precisamente por eso.

A una hora imprecisa juraría haber escuchado pasos en el pasillo. Un roce leve. Una puerta abriéndose y cerrándose con cuidado. Luego, una voz baja. Masculina. Controlada. Adriano.

No distinguí palabras. Solo el tono. Me quedé inmóvil en la cama, con los ojos abiertos, escuchando una conversación que no me pertenecía y que, aun así, me erizó la piel. Pensé en levantarme. No lo hice. Pensé en ignorarlo. Tampoco pude.

Cuando el silencio volvió a asentarse, supe que ya no conciliaría el sueño.

A la mañana siguiente, todo transcurrió como si nada hubiese ocurrido. Desayuno rápido. Un cruce breve en el vestíbulo. Un asentimiento casi imperceptible por su parte. Profesional. Correcto. Demasiado limpio para lo que flotaba bajo la superficie.

El jet privado nos esperaba en pista cuando llegamos al aeropuerto. Adriano subió primero. Yo lo seguí segundos después.

Se sentó frente a mí. Sin ordenador. Sin documentos. Otro detalle que no pasó desapercibido.

Durante unos minutos no hablamos. El avión empezó a moverse y yo me obligué a fijar la vista en la hebilla de mi cinturón, como si eso pudiera ordenar mis pensamientos. Sentía su mirada, no invasiva, pero constante. Cuando por fin habló, lo hizo sin rodeos.

—Ayer estuvo brillante.

No sonó a cumplido aprendido. Tampoco a cortesía.

—Hice lo que había que hacer.

—No —corrigió, inclinándose apenas hacia delante—. Vio lo que otros no querían que se viera y lo puso sobre la mesa sin titubear. Eso incomoda. Y mucho.

Le sostuve la mirada.

—Es la única forma de negociar de verdad.

Algo parecido a una sonrisa se dibujó de nuevo en su rostro. Duró lo justo para no convertirse en nada.

—No todos tienen ese pulso.

El jet despegó con suavidad. Yo noté cómo la tensión se recolocaba en mi cuerpo, distinta a la del día anterior. Más íntima y peligrosa.

El vuelo transcurrió sin incidentes. Café. Algún comentario práctico. Una observación suya sobre el tráfico aéreo. Yo escuchaba, pero también recordaba la voz de la noche, esa conversación que no había sido para mí y que, sin embargo, me había atravesado como una advertencia. Sin duda, era con una mujer.

Aterrizamos en Roma poco después del mediodía. La limusina nos esperaba en pista. El trayecto hacia la ciudad fue silencioso, aunque no incómodo. Roma desfilaba tras los cristales con su vida habitual, su belleza gastada, su indiferencia hacia nuestras tensiones privadas.

—La llevo a casa —anunció, como si fuera lo más natural del mundo.

—Puedo coger un taxi en la terminal.

—No.

—¿Por qué?

—Es innecesario y poco práctico —hablaba mirándome a los ojos. Adriano es así. Claro y conciso.

No discutí.

El coche se detuvo frente a mi edificio. Discreto. Bajé primero. Él lo hizo después, acompañándome hasta la acera sin preguntar si podía, sin anunciarlo. La cercanía fue inmediata. No física aún, pero sí real.

Nos miramos. Demasiado tiempo. Demasiado cerca.

—Descanse. Se lo merece..

—Gracias por el viaje —rompí algo que empezaba a tensarse.

—No ha terminado —devolvió, con sus pupilas clavadas en las mías. Adriano daba miedo al resto del mundo, los alejaba, sin embargo, a mí… me atraía hacia él.

Dio un paso hacia mí. Sé que di uno muy corto hacia su cuerpo, pero no me tocó, no hizo falta que lo hiciera para sentir su presencia como una presión relativamente fuerte en el pecho.

—Clara… —Mi nombre falso sonó distinto en su boca. Más lento. Más personal. Más real cuando nunca lo había sido.

No sé quién se inclinó primero. Quizá ninguno. El gesto quedó suspendido, incompleto, a un aliento de distancia.

Y entonces, desde la acera, una voz rompió el momento.

—¿Así que este es el motivo por el que no me llamas?

Me giré de golpe.

Un hombre estaba apoyado en la farola, cómodo, familiar. Su mirada era una mezcla de reproche y posesión. Dio un paso hacia mí.

—Llevo dos días esperándote.

—Para —dije—. No aquí.

Sonrió con desdén.

—¿Dónde entonces? ¿Cuando termines de pasearte en coches que no son tuyos?

Me agarró del brazo.

No fue un gesto largo. Fue suficiente.

Adriano reaccionó al instante. Se interpuso entre nosotros y sujetó la muñeca del hombre con una firmeza limpia, sin violencia innecesaria. El control absoluto de alguien que sabe exactamente cuánta fuerza usar.

—Suéltala. —No elevó la voz. No lo necesitaba.

—¿Y tú quién eres? —escupió Maxi, un examante que se creía con derecho sobre mí.

Adriano no respondió enseguida. Me miró primero.

—¿Estás bien? —Me tuteó de repente.

Asentí.

Entonces volvió la vista hacia él.

—La próxima vez que la toques sin su consentimiento, no tendrás ocasión de repetirlo.

Maxi dudó en primera instancia. Después…

—¿Quién te crees que eres? —Se envalentonó con Adriano, que no se amedrentó.

—Quien te matará y te enterrará si no haces lo que te digo.

Ahora sí, Maxi dio un paso atrás. Murmuró algo y se alejó calle abajo, perdiéndose entre la gente.

Adriano no lo siguió con la mirada. Seguía mirándome a mí.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí.

Su mano quedó suspendida cerca de mi brazo, sin tocarme. Ese detalle fue lo que más me afectó.

—Gracias —murmuré.

—No me des las gracias.

Nos quedamos ahí, frente al portal, con todo lo que no había ocurrido y todo lo que estaba a punto de ocurrir pesando entre los dos.

—Descansa.

—Adriano…

—Esto no termina aquí —afirmó—. Y los dos lo sabemos.

Subí las escaleras sin mirar atrás. Pero su presencia me acompañó hasta que cerré la puerta. Y supe, con una lucidez incómoda, que aquella noche, incluso sin tocarme, había empezado algo que ya no iba a saber detener.

Cerré la puerta y dejé el bolso sobre la consola sin encender ninguna luz. El piso me recibió con ese silencio que había aprendido a fabricar a base de mudanzas rápidas, rutinas que no dejaban rastro y una vida diseñada para no llamar la atención. Me quité los zapatos despacio y apoyé la espalda contra la pared del pasillo. Respiré hondo, pero no funcionó. La escena regresó: la limusina detenida, la cercanía que no llegó a romperse, la mano de Adriano suspendida en el aire sin llegar a tocarme, su forma de mirarme cuando me preguntó si estaba bien. No hubo posesión en ese gesto. Fue otra cosa. Algo que no sabía gestionar porque no entraba en

ninguno de los planes que había trazado durante los últimos diez años, esos en los que enamorarme no era una opción y permitir que alguien se acercara, tampoco.

Caminé hasta la cocina y me serví un vaso de agua. Bebí despacio, obligándome a volver al presente. A recordarme quién era ahora. Clara Bernardi. La mujer que no improvisaba afectos. La que no se permitía errores. La que había aprendido pronto que acercarse demasiado siempre implicaba perder algo.

El móvil vibró sobre la encimera.

El nombre que apareció en la pantalla no pertenecía al mundo de Clara.

Pertenecía al de mujer que fui antes.

—Mamma. —Contesté sin pensarlo. La voz se me quebró apenas al oír la suya.

—Chiara. —Mi nombre verdadero, pronunciado con la naturalidad de quien nunca había dejado de usarlo. Con la misma suavidad con la que me lo decía cuando era niña y me despertaba de una pesadilla.

—¿Estás bien?

—Sí —mentí—. Cansada.

Al otro lado escuché pasos pequeños, un movimiento rápido, una risa que no intentaba esconderse. Y una voz que me atravesó el pecho.

—¿Es Chiara?

Tragué saliva.

—Sí, amore —respondió mi madre—. Es ella.

—¡Chiara! —dijo él, emocionado—. Mamá dice que estás trabajando en una ciudad muy grande.

Cerré los ojos.

—Hola, campeón.

Tenía ocho años. Ocho. Y yo solo había podido verlo a retazos, en encuentros breves, calculados, siempre midiendo entradas y salidas, siempre con el miedo bien sujeto por dentro. Mi hermano pequeño. Hijo de otro hombre. De otra vida que mi madre había conseguido levantar cuando todo lo demás se vino abajo.

—¿Cuándo vienes a verme?

La pregunta llegó sin estrategia, sin defensa. Dolió justo por eso.

—Pronto. En cuanto pueda.

—Te he hecho un dibujo. Es de un lobo. Mamá dice que te gustan.

Una presión conocida me cruzó el pecho. Una imagen antigua se abrió paso: mi padre inclinándose para quedar a mi altura, la luna llena colándose por la ventana, su voz grave diciéndome que no tuviera miedo.

Los lobos no mueren solos, Chiara. Aprenden a esperar.

—Me encantan los lobos. Son fuertes.

—Este aúlla —explicó—. Está llamando a los suyos.

Sonreí, aunque no pudiera verme.

—Entonces es un lobo muy listo.

Mi madre volvió a coger el teléfono.

—No quería llamarte… —musitó—. Pero he pensado que quizá necesitabas escuchar una voz conocida.

Siempre lo sabía. Siempre había sabido leerme incluso cuando yo no me entendía.

—Gracias —admití—. ¿Cómo estáis?

—Bien. Tranquilos. —Hizo una pausa breve—. Él te echa de menos.

—Yo también.

El silencio que se instaló estaba lleno de todo lo que no decíamos para seguir vivos.

—Chiara —rogó—. Ten cuidado.

No necesitó concretar.

—Siempre lo tengo.

—No —corrigió, con suavidad—. Esta vez más.

Apreté el vaso con fuerza.

—No voy a acercarme a ellos, mamá, no hasta que no lo tenga todo atado.

—Eso dijiste la última vez.

No respondí. Porque las dos sabíamos que no era del todo cierto.

—Llámame cuando puedas —añadió—. Y no tardes tanto.

—Dale un beso de mi parte.

—Te lo dará él mismo —sonrió, y se apartó un segundo—. ¡Claus, ven aquí!

—¡Te mando un beso gigante! —dijo mi hermano—. Así —exageró el sonido.

—Yo te mando uno más grande —le devolví—. Pórtate mal solo un poco.

Se rio.

La llamada terminó y el piso volvió a quedarse en silencio. Dejé el móvil sobre la mesa y apoyé ambas manos en la encimera. La imagen de mi hermano se mezcló con la de Adriano sin que yo lo quisiera. Dos mundos que no deberían tocarse. Dos razones distintas por las que no podía fallar.

Me acerqué a la ventana. Roma respiraba ahí fuera ajena a mis dilemas. Pensé en la forma en que Adriano se había interpuesto sin preguntar. En cómo no había necesitado saber nada para hacerlo. En la conversación nocturna en el hotel, en su voz baja, en ese escalofrío que no supe explicar.

No podía permitirme aquello. No con lo que estaba en juego. No con un niño que creía que los lobos siempre regresaban. No con una madre que ya había huido una vez para salvarnos.

Apagué la luz del salón y caminé hacia el dormitorio.

Al día siguiente volvería a ser Clara Bernardi. Precisa. Inaccesible. Impecable. Pero esa noche, sola en la oscuridad, acepté algo que me incomodó más de lo que debería: Los hombres que no intentan dominarte son los que más desorden provocan. Y yo llevaba demasiado tiempo viviendo del orden.

19

HACERLO SOLA

Chiara

Actualidad…

Cuando el móvil sonó, estaba descalza, con una carpeta abierta sobre la cama, repasando por enésima vez pactos que ya conocía de memoria, buscando una fisura que no aparecía porque todavía no había sido creada.

El nombre de Galesa apareció en la pantalla como una interrupción indebida y necesaria. Llevaba desde las seis de la mañana despierta, en todos los sentidos.

—¿Sí?

—No me contestes así —dice, sin saludo—. ¿Estás bien?

Cierro la carpeta. Me siento en el borde de la cama. El tono de Galesa siempre llega directo, sin rodeos, como si no hubiera aprendido nunca a fingir calma. Por eso la quiero lejos. Por eso no puedo permitir que esté aquí.

—Estoy trabajando. Eso suele significar que sigo viva.

—No bromees conmigo.

—No lo hago.

Al otro lado escucho el ruido de una taza al posarse sobre una mesa, pasos, un suspiro breve. Galesa no llama para charlar. Nunca lo hace.

—He visto las noticias locales —continúa—. Movimientos raros. Reuniones que no deberían existir. Y tú en medio.

—Siempre estoy en medio.

—Esta vez no me gusta —comenta—. Puedo coger un vuelo esta noche. Mañana estaría allí.

Me levanto de golpe. Camino hasta la ventana, separo un poco la cortina. La villa se extiende tranquila. La seguridad es parte del paisaje.

—No —contesto, sin suavizar—. No vengas.

—No te estoy pidiendo permiso.

—Y yo no te estoy dando opción —replico—. Este trabajo tengo que hacerlo sola.

—¿Por qué?

—No me pidas explicaciones. —Me apoyo la frente en el cristal frío—. Aquí no hay margen para errores ni para gestos heroicos. Si te mueves un centímetro fuera de sitio, te borran.

—Me adapto. Soy versátil

—Precisamente por eso —contesto—. Porque no te paralizas cuando algo se tuerce, porque te enfrentarías a quien hiciera falta. Y eso te mataría aquí.

—¿Te están presionando? —cuestiona. En realidad no sabe muy bien qué hago aquí.

—Me están observando.

—Eso es peor.

—Lo sé.

Camino despacio por la habitación. Todo está donde debe estar. Nada personal. Nada que delate. Vivo así desde hace años, y aun así hay días en los que me pesa como una armadura mal ajustada.

—¿Y Matteo Vitale?

Me detengo.

—¿Qué pasa con Matteo Vitale?

—Te lo pregunto yo a ti —responde—. Clara, no es de fiar. ¿Qué haces ahí?

Aprieto los labios.

—Trabajar.

—No me mientas.

—No lo hago.

—No sabes nada de él.

Respiro despacio antes de contestar.

—Matteo Vitale no es alguien sobre quien se opine a la ligera. Es peligroso, inteligente y está rodeado de enemigos. Fin del informe.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Es lo único que puedo responderte.

Galesa no insiste. Cambia de ángulo, como hace siempre que detecta un muro.

—Clara, sé que hay partes de tu vida que no me cuentas, pero llevo ya mucho tiempo a tu lado.

El pulso me da un salto breve.

—Eres mi única amiga.

—Y no quiero perderte. Por favor… Me inquieta esta situación. Son… —baja el tono de voz— mafiosos.

—Escúchame bien. Si esto se complica, si veo una sola variable que no pueda controlar, serás la primera persona a la que llame. Pero no vengas ahora. No te pongas en el mapa. Prométemelo.

—Te lo prometo.

No sé si es verdad, pero voy a creerla.

Cuelgo antes de que pueda decir algo más. Dejo el móvil sobre la mesilla. Me quedo quieta unos segundos, permitiéndome solo eso: quietud. Luego escucho los nudillos contra la madera.

Tres golpes. Secos. Medidos.

No necesito mirar el reloj para saber quién es.

—¡Un momento!

Cruzo la habitación sin prisas. Matteo está al otro lado cuando abro la puerta. Guapo, muy guapo. Chaqueta oscura, camisa abierta lo justo para no parecer formal. No sonríe. Tampoco entra. Me observa como si midiera el aire entre los dos.

—¿Interrumpo?

—¿Traes malas noticias?

—Los Della Torre quieren otra reunión.

No me muevo.

—¿Tan pronto?

—No les gusta esperar cuando creen tener ventaja.

—¿Y la tienen?

—Eso es lo que quieren comprobar.

Me aparto un poco para dejarle pasar, pero Matteo no cruza el umbral. Se queda donde está, apoyando una mano en el marco de la puerta.

—No será como la anterior. Esta vez quieren testigos.

—¿Arianna?

Su mandíbula se tensa apenas.

—Entre otros.

—Entonces no es una negociación. Es una puesta en escena.

—Exacto.

Nos miramos un segundo más de lo necesario.

—Quieren que estés presente —continúa.

—Claro que quieren —contesto—. Si no, no tendría gracia.

—No tienes obligación.

—La tengo. Porque si no voy, confirmo que me afecta.

—Y si vas…

—Si voy, controlo el terreno —termino—. Ya lo sé.

Matteo baja un poco la voz.

—Esto no es un juego, Clara.

—Nunca he jugado —respondo—. He sobrevivido.

Él asiente despacio. Da un paso dentro. La puerta se cierra a su espalda con un sonido suave, definitivo.

—Entonces prepárate —ordena—. Porque esta vez no van a limitarse a hablar.

—Tú tampoco —le devuelvo.

Su mirada se clava en la mía. No se aparta.

—No —admite—. Yo tampoco.

Se instala entre los dos un silencio expectante.

—Prepárate. Saldremos en una hora. —Él lo corta.

Se gira para marcharse, sin embargo, antes de abrir la puerta, se detiene un segundo.

—Y Clara…

—¿Sí?

—No te empeñes en creer en fantasmas —ordena con calma. Y eso me provoca el mismo impulso que me ha mantenido viva: llevarle la contraria por pura higiene mental.

—No creo en fantasmas —contesto—. Creo en personas con intención.

Matteo abre la puerta.

—Eso también mata.

Sale y el pasillo recupera su silencio. Yo no. Me quedo con el móvil aún sobre la mesilla, con el nombre de Galesa todavía en la

pantalla, con la sensación de que he soltado un hilo en mitad de una sala llena de cuchillas.

Respiro hondo, me obligo a volver al trabajo, pero la mente se me va a otra escena: Vittorio Della Torre mirándome como si me reconociera sin haberme visto jamás. Leone acercándose demasiado. Matteo moviéndose solo un poco para que todo el mundo entendiera el mensaje. Y ahora esta segunda reunión, con testigos, con Arianna rondando, con el deseo de convertir cualquier frase en munición.

Me visto sin prisa. Ropa sobria, cómoda, sin margen para interpretaciones baratas. Cuando me recojo el pelo, el espejo me devuelve a Clara Bernardi: profesional, fría, impecable. Lo que no devuelve es lo que guardo debajo.

Bajo por la escalera principal. Dos guardias en la esquina. Me registran con la mirada. Una criada cruza con una bandeja y evita mis ojos. La villa funciona así: todo se mueve, nada se comenta.

En el salón pequeño, el de las ventanas al patio, está Helena.

No levanta la vista de lo que lee hasta que sabe que he entrado. Porque siempre lo sabe.

—Has hablado por teléfono.

No es una pregunta.

—Sí. —¿Para qué negarlo? Me observan por cámaras.

—¿Con quién?

Podría mentir. Podría adornar. Con Helena, lo práctico es elegir la versión menos vulnerable.

—Con una amiga.

Helena deja el papel sobre la mesa y entrelaza los dedos.

—Las amigas son un lujo para quienes vivimos en este mundo.

—No es una debilidad. Es una red.

—Una red también ahoga si la tiran donde no deben.

Me observa con atención fría, elegante, que no necesita elevarse.

—Matteo te ha dicho lo de la reunión.

—Sí.

—Bien. Porque vas a ir.

—No has dicho "por favor".

Helena no sonríe. Tampoco se ofende.

—En esta casa, las formas se reservan para la gente que se gana el derecho.

—¿Y yo no lo he hecho?

—Tú has traído utilidad. Aún no sé si has traído estabilidad.

Me acerco a la mesa y miro el papel. Listado de movimientos, horarios, rutas. Lo mío. Lo que tengo controlado.

—Si los Della Torre quieren testigos —digo—, buscan provocar un error. Quieren que alguien se caliente. Quieren una imagen.

Helena inclina un poco la cabeza, interesada.

—¿De quién?

—De Matteo. O mía. Lo que les salga más rentable.

—¿Y cuál crees que prefieren?

No respondo enseguida. Me lo pienso.

—La mía. Una consultora externa que pierde los nervios da margen para desprestigiar a los Vitale. Una consultora que se asusta confirma que hay algo que esconder.

—¿Te asustas?

La pregunta no tiene filo. Tiene intención.

—Me preparo.

Helena asiente despacio.

—Entonces prepárate bien.

Da un golpe suave con el dedo sobre el papel.

—Arianna vendrá.

—Lo he supuesto.

—No la subestimes.

—No subestimo a mujeres que se mueven solas a medianoche por territorio ajeno —contesto—. O es valentía o es cálculo. Y Arianna no parece impulsiva.

Helena me sostiene la mirada.

—No lo es. Y no viene por paz. Viene por control.

—¿Control sobre qué?

Helena tarda un segundo. Decide cuánto me da.

—Sobre Matteo.

Me basta con eso. No necesito el resto para entender el tablero.

—¿A qué hora? —pregunto.

—En dos horas.

—¿Dónde?

—Un punto neutral. Sin paredes que nos pertenezcan.

—Eso suena a trampa.

—Por eso vas a ir con él —responde Helena—. Y por eso vas a hablar solo cuando debas.

Me enderezo.

—Yo no soy un adorno.

—No. Eres una variable. Y necesito saber cómo te mueves cuando te miran de verdad.

Entiendo la prueba. No me gusta. Lo acepto igual.

—Bien.

Helena se levanta con esa serenidad de quien decide sin alzar la voz.

—Una cosa más.

—Dime.

Se acerca lo justo para que su perfume me llegue.

—Tu nombre no lo sabe nadie más. Que siga así.

—Va a seguir así.

Helena sostiene mi mirada un instante.

—Si te rompes, te reconstruyes en silencio. Aquí nadie recoge a nadie.

La frase debería helarme. Me deja clara. Helena no promete protección. Promete reglas.

—Entendido.

Salgo de la sala y me cruzo con Matteo en el pasillo. Camina hacia mí sin prisa, pero su cuerpo va por delante del resto. Trae un teléfono en la mano. Lo guarda al verme.

—¿Dónde es? —me intereso.

—En el puerto viejo. Como la anterior.

—Es romántico.

Matteo me dedica una mirada seca.

—No hagas chistes hoy.

—No hago… —Me agarra del codo y me corta.

—Escúchame. Arianna habla para ganar tiempo. Leone mira para encontrar una debilidad. Vittorio decide cuando cree que el otro ya se ha cansado. Si te preguntan, respira. Si te provocan, deja que lo haga yo.

—No necesito que lo hagas tú. —Me suelto.

—No te estoy discutiendo capacidad. Te estoy dando estrategia.

—La estrategia no suele sonar a orden.

—Pero conmigo lo es.

Lo miro fijo.

—No soy tu soldado.

—Hoy sí eres parte de mi mesa.

La frase me da una punzada donde no debería. Porque detrás hay algo que no encaja: Matteo hablando de "mesa" y no de "guerra". Matteo ajustando mis movimientos como si de verdad le importara que yo salga entera.

—¿Te preocupa que me equivoque? —pregunto, bajando un poco el tono.

—Me preocupa que alguien lo intente contigo —contesta—. Y que tú decidas aguantarlo por orgullo.

—No aguanto nada por orgullo.

—Mentira.

Abro la boca para replicar y se abre una puerta en el pasillo. Pina asoma la cabeza.

—Matteo, el coche… —Pina se corta al verme. Sonríe con esa amabilidad antigua que, en esta casa, parece un acto de rebeldía—. Signorina Clara. ¿Necesita algo antes de salir?

—No, gracias.

La mujer mira a Matteo, le sostiene la mirada un segundo demasiado largo, como si quisiera decirle algo sin decirlo. Luego desaparece.

Matteo vuelve a mí.

—Tenemos que irnos.

Bajamos juntos. En el patio, el sol cae fuerte. Dos coches esperan. Matteo abre la puerta trasera del primero.

—Sube.

—Puedo hacerlo sola.

—Hoy no.

Entro y él se sienta a mi lado. No habla durante el arranque. Cuando el coche toma el camino de grava, Matteo suelta:

—¿Con quién hablabas antes?

Lo miro. No porque me sorprenda la pregunta. Porque me sorprende el tono: neutro, pero atento.

—Con una amiga.

—¿Una amiga de aquí?

—No.

Matteo asiente sin más, como si archivara el dato. Luego añade:

—Si alguien te pregunta por tu vida fuera, no respondas con detalles.

—¿Crees que no lo sé?

—Quiero oírte decirlo.

Le sostengo la mirada.

—No daré nada que puedan usar.

—Bien.

El coche avanza por la carretera. El mar aparece a un lado, brillante, indolente. No tarda en romperse el silencio.

—¿Qué quieres de esta reunión? —pregunto—. La respuesta real.

Matteo tarda un momento. Mira hacia delante. Luego me mira a mí.

—Quiero ver si los Della Torre saben algo que yo no sepa.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de la alarma. Sobre las rutas. Sobre lo que tú has encontrado.

—Y sobre mí.

Matteo no lo niega.

—Sí.

—Entonces no soy consultora. Soy cebo.

Su mandíbula se marca.

—Eres un espejo. Quiero ver qué reflejan cuando te miran.

—Qué considerado.

Matteo se inclina un poco hacia mí, solo lo justo para que el aire cambie.

—No te confundas, Clara. No lo hago por delicadeza.

—¿Entonces por qué?

Sus ojos se quedan un instante en los míos. Suficiente para que mi cuerpo reaccione antes que mi cabeza.

—Porque la gente se delata cuando cree que puede tocar algo.

Trago saliva.

—¿Y qué creen que pueden tocar?

Matteo no responde enseguida. Se queda mirando la carretera.

—Lo que me pertenece —musita.

El corazón me golpea una vez, fuerte, con rabia. Por la frase. Por lo que sugiere. Por lo que me provoca.

—No me pertenezco ni yo desde hace años —contesto—. Así que no te hagas ilusiones.

Gira la cabeza hacia mí con lentitud.

—Entonces deja de actuar como si todo te diera igual.

No digo nada. Porque no me da igual. Y porque él lo ha notado demasiado rápido.

Reconozco la zona industrial. Estuvimos aquí hace unos días. El puerto viejo. Barcos, contenedores, naves, gaviotas. El aire huele a sal y metal.

Matteo abre la puerta antes de que el conductor lo haga. Baja y me ofrece la mano. No la acepto. Salgo por mi cuenta.

—Perfecto —sisea él, casi sin voz—. Empieza bien.

—¿Quieres que parezca débil?

—Quiero que parezcas inteligente.

Caminamos hacia la nave, hoy con las puertas abiertas. Hay hombres fuera. Trajes oscuros. Miradas quietas. Una mesa al fondo.

Y antes de cruzar el umbral, Matteo se inclina hacia mí, lo bastante cerca para que solo yo lo oiga.

—Haz tu trabajo.

—Siempre lo hago.

Matteo me mira de lado.

—Hoy, además… no me hagas perder el control.

Lo dice y sigue andando, como si no hubiera soltado nada.

Yo lo sigo, con el pulso firme, recordándome lo único que importa: sobrevivir, mirar, registrar. No enamorarme. Y aun así, el

cuerpo no siempre obedece a la mente.

Cuando entramos, queda una cosa clara: aquí no se viene a convencer a nadie. Se viene a medir las fuerzas.

Vittorio Della Torre ya está sentado. Traje gris impecable, manos apoyadas sobre la mesa, espalda recta. Leone permanece de pie a su derecha, demasiado cerca, demasiado atento. Edoardo ocupa el fondo, apoyado en una columna, con una carpeta bajo el brazo y la mirada calculadora de quien prefiere escuchar antes de hablar.

Y Arianna.

No estaba cuando entramos. Aparece desde un lateral, caminando despacio, con un abrigo negro que no necesita para protegerse del frío. Tacones precisos. Sonrisa breve.

Matteo no se detiene. No la mira de inmediato. Camina hasta la mesa y ocupa su sitio. Yo me coloco a su derecha.

—Vitale —saluda Vittorio, sin levantarse.

—Della Torre.

Las palabras chocan secas. Sin cortesía.

—De nuevo traes compañía —observa Vittorio, mirándome por fin —. Yo tampoco me separaría de ella.

Matteo aprieta los puños.

—Olvida que existe.

—Tú la has metido en esto.

Arianna ladea la cabeza, interesada.

—Vaya, vaya, vaya… ¿Ahora necesitas un perro faldero? —se dirige a Matteo, que no responde.

—Me alegra que hayas aceptado volver a sentarte con nosotros —continúa Vittorio—. Significa que entiendes la importancia de este momento.

—Entiendo la importancia de no perder el tiempo —replica Matteo —. Habla.

Leone sonríe, apenas.

—Siempre tan directo.

—Siempre tan previsible.

Vittorio levanta una mano, pidiendo calma.

—Hemos detectado movimientos irregulares en las rutas secundarias —empieza—. Cambios que nos preocupan.

—A nosotros también —intervengo.

Matteo no se mueve. No me mira. Pero no me detiene.

Vittorio alza una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sí —digo—. Y no son los que ustedes insinúan.

Edoardo se separa de la columna y se acerca un poco más. Atención plena.

—Explícate —pide Vittorio.

—Los ajustes que mencionan no afectan al volumen ni a la seguridad —continúo—. Afectan al relato. A cómo quieren presentar una pérdida de control que no existe.

Leone apoya las manos en la mesa y se inclina hacia mí.

—Cuidado con lo que insinúas.

Matteo habla sin levantar la voz.

—Leone.

Una sola palabra. Suficiente.

Leone se endereza, molesto.

Arianna sonríe. Esta vez con auténtico interés.

—Así que tú eres la que ve más allá de los números.

—Veo lo que está ahí —respondo—. Y lo que falta.

—Eso es peligroso —dice ella—. Para una consultora externa.

—Depende de quién la haya traído —contesto, sin mirarla—. Y de quién la proteja.

Matteo no se inmuta.

Vittorio junta las manos.

—Queremos una actualización de los acuerdos.

—No —dice Matteo.

Seco. Definitivo.

—Entonces tendremos que presionar —añade Leone.

—Ya lo estáis haciendo.

—Y seguirá pasando.

—Hasta que se equivoquen —responde Matteo—. Y ese error no os va a gustar.

Silencio.

Vittorio me observa de nuevo.

—Dime, señorita Bernardi. ¿Crees que esta paz es posible?

La pregunta es una trampa. Lo sé. Matteo lo sabe. Arianna espera mi respuesta.

—La paz no se firma —respondo—. Se sostiene. Y ahora mismo nadie aquí parece dispuesto a sostener nada.

Arianna aplaude una vez, despacio.

—Me gustas.

—No he venido a gustar.

—Siempre venimos a eso —corrige—. Aunque finjamos lo contrario.

Vittorio se levanta.

—Habrá otra reunión —dicta—. Con condiciones claras.

—Las condiciones las pongo yo —responde Matteo, poniéndose en pie—. Y hoy ya he escuchado suficiente.

Se gira hacia mí.

—Vamos.

No lo cuestiono. No lo retraso. Salimos juntos.

Nadie nos sigue.

El aire exterior golpea fuerte. Respiro hondo. Matteo camina unos pasos antes de detenerse.

—Has hablado cuando debías —dice.

—Has dicho que lo hiciera.

—Y lo has hecho bien.

No es un halago. Pero me llega igual.

—Arianna va a volver a intentarlo —añado.

—Siempre lo hace.

—Y esta vez no va a ser limpia.

Matteo se gira hacia mí. Me mira con algo distinto. No solo cálculo.

—Por eso te quería allí.

—No soy un experimento.

—No. —Se acerca un poco—. Eres una variable peligrosa.

—Para ellos.

—Para mí también.

La frase se queda entre los dos. Tensa. Real.

—Deja de creer en fantasmas —repite.

—Cuando dejen de aparecer.

Nos quedamos así, un segundo más de lo necesario. El coche se acerca. El conductor espera.

Matteo abre la puerta, pero antes de que entre, me sujeta del antebrazo.

—No te muevas sola esta noche.

—No me des órdenes.

—No lo es.

Lo miro.

—¿Entonces qué?

—Una petición.

Eso sí me descoloca.

—Lo pensaré.

Matteo suelta mi brazo. Asiente.

—Hazlo.

Subimos al coche. Cuando arranca, sé una cosa con claridad incómoda: no estamos jugando a bandos opuestos. Estamos caminando hacia el mismo punto. Y eso es lo que de verdad me pone en peligro.

20

LO QUE DESPIERTA ANTES QUE EL CUERPO

Adriano

Seis meses antes…

No gritó en el sueño. Eso fue lo primero que me despertó.

Estaba de pie en una calle estrecha, empedrada, con faroles antiguos y fachadas demasiado altas. No reconocía el lugar, pero sabía que no era seguro. La noche no hacía ruido. Ni pasos. Ni coches. Ni viento. Solo esa quietud incómoda que antecede a lo irreversible.

Clara caminaba unos metros por delante de mí.

Llevaba el abrigo oscuro que había usado en Múnich, el pelo recogido de forma descuidada, esa manera suya de avanzar sin pedir espacio. Intenté llamarla, pero no me oyó. Aceleré el paso. Ella también. No huía. Simplemente no me esperaba.

Entonces ocurrió.

Una sombra se separó de la pared. Una mano apareció donde no debía. Un tirón seco, rápido, profesional. Clara perdió el equilibrio y chocó contra el suelo. Su cabeza golpeó la piedra con un sonido que aún me retumba en el pecho.

No gritó.

Me miró.

Había sorpresa en sus ojos. Como si no entendiera por qué yo no estaba ya allí.

Corrí. El aire se volvió espeso. Las piernas pesaban como si alguien hubiera decidido anclarme al suelo. Cuando por fin llegué, ella ya no estaba sola. La sombra había desaparecido. Clara permanecía inmóvil, los labios entreabiertos, una línea de sangre deslizándose desde la sien hasta el cuello.

Me arrodillé. La llamé por su nombre.

No respondió.

Desperté con el corazón desbocado y la respiración desordenada, sentado en la cama, empapado en sudor, con la sensación clara de haber llegado tarde a algo que no debía permitirse nunca.

Tardé varios segundos en reconocer la habitación. Roma. Cortinas cerradas. Silencio real. Ninguna calle empedrada. Ninguna sangre.

Me pasé una mano por la cara y respiré hondo, despacio, como siempre hacía cuando algo intentaba salirse del control que había construido durante años.

No suelo soñar. Y cuando lo hago, no arrastro rostros ajenos.

Me levanté sin volver a tumbarme. Miré el reloj. Seis y doce. Demasiado pronto para volver a dormir. Demasiado tarde para ignorar el peso que se me había instalado en el pecho.

Me duché con agua fría. Dejé que el cuerpo reaccionara antes que la cabeza. Funcionó. Siempre funcionaba.

Mientras me vestía, la imagen volvió sin avisar. Clara en el suelo. Sus ojos buscándome. No era una fantasía.

Dos días habían pasado desde que regresamos de Múnich. Dos días de correos, reuniones y silencio. Clara no había pedido verme. Yo tampoco. Y aun así, su presencia seguía instalada en cada decisión que tomaba como una variable incómoda.

Bajé al vestíbulo de mi edificio (era mío, entero) con el gesto ya recompuesto. Allí me esperaba lo previsible.

—Adriano.

No necesitaba girarme para saber quién era. Algunas personas no desaparecen nunca del todo. Solo esperan el momento adecuado para recordarte versiones de ti que ya no existen.

—No sabía que estabas en Roma —continuó ella, acercándose—. Me dijeron que visitabas Múnich.

La miré entonces. Alta. Bien vestida. Demasiado segura para alguien que no había sido invitada.

—No estoy en ninguna parte demasiado tiempo.

Sonrió. Esa sonrisa aprendida en otros tiempos. Calculada. Ineficaz.

—Siempre tan directo.

—Siempre tan tarde.

El comentario la descolocó lo justo para que entendiera el mensaje. Aun así, insistió.

—Pensé que podríamos tomar un café. Recordar.

—No recuerdo lo que no me interesa.

—No seas así.

—Soy exactamente así.

Di un paso lateral, dispuesto a marcharme. Ella me tocó el antebrazo. Un gesto pequeño. Antiguo. No aparté la mirada.

—No me toques.

Retiró la mano. Su expresión cambió al desconcierto.

—Te has vuelto frío.

—Y preciso. Contigo. —No añadí nada más. No era necesario. Algunas conversaciones se terminan cuando una parte entiende que no va a obtener nada. Me alejé sin mirar atrás. Antonella no merecía ni un segundo de mí.

En el coche, camino a la oficina, volví a pensar en el sueño. En el error. En la sensación de haber fallado a alguien que no me pertenecía. Y eso fue lo que más me inquietó.

Ferrara Capital estaba despierta antes que la ciudad. Me gustaba así. Sin ruido innecesario. Sin espectadores. El poder se gestiona mejor cuando nadie lo observa de cerca.

Nada había cambiado en dos días. Y, sin embargo, algo se había desplazado.

—Buenos días —saludó Laura en cuanto crucé la recepción—. Tiene la agenda reorganizada. Y Clara Bernardi ha llamado hace una hora.

Me detuve apenas un segundo.

—¿Ha dejado mensaje?

—Ha dicho que necesita hablar con usted hoy. Que es importante.

—¿Ha concretado?

—No.

Asentí. Laura sabía leer mis silencios.

—Dígale que pase en cuanto llegue.

—Ya está aquí.

No pregunté desde cuándo. No hacía falta. Clara no era de las que esperan sin razón. Entró pocos segundos después, con una carpeta bajo el brazo y una calma que no se aprende en ninguna universidad.

Se detuvo frente a mi escritorio. No sonrió.

—Buenos días.

—¿Qué ocurre? —Cerré el portátil y me levanté.

Dejó la carpeta sobre la mesa. No la abrió.

—He encontrado algo que no estaba donde debía.

No pregunté qué. Me apoyé en el borde del escritorio, cruzando los brazos.

—Explícate.

—Prefiero hacerlo sin intermediarios.

—No los hay.

Me sostuvo la mirada. Algo en sus ojos estaba más tenso de lo habitual. No miedo. Alerta.

—Anoche recibí una llamada —continuó—. De alguien que no figura en ningún documento.

—Eso no me dice nada.

—Debería.

Dio un paso más. La distancia entre los dos se redujo sin dramatismo y… la sentí demasiado.

—No quiero alarmarle —añadió—. Pero creo que alguien está moviendo piezas fuera del tablero que conocemos.

No levanté la voz. No me acerqué más. Simplemente asentí.

—Enséñame.

Abrió la carpeta. Habló con precisión. Datos concretos. Conexiones que no estaban escritas, pero que ella había sabido leer. Mientras lo hacía, observé cómo se movía. Segura. Clara. Peligrosamente brillante.

Cuando terminó, cerró la carpeta.

—Eso es todo.

—No. No lo es. —Me miró con el ceño levemente fruncido—. Has venido tú misma. Eso nunca es "todo".

Hubo un silencio breve.

—Quería saber si estaba… bien —finalizó. Le costó hablar—. Después del viaje.

No esperaba esa frase. No en ese tono. No de ella.

—Lo estoy. ¿Por qué lo pregunta?

—Es… extraño. Lo sé.

Alcé el mentón y achiné los ojos.

—No te creo.

Sus cejas se fruncieron un instante.

—Tú y yo no somos cualquiera, Clara, los dos lo sabemos. ¿Por qué me preguntas cómo estoy? —Dejó de lado los formalismos.

Pensé en el sueño. En la calle. En su caída.

—¿Lo estás?

—Es irrelevante.

Nos quedamos así. Demasiado cerca para ser estrictamente profesionales. Demasiado lejos para cruzar nada.

—Si descubres algo más, vienes a mí. Directamente. —Ordené.

—Eso ya lo hacía.

—Hazlo antes.

Asintió. Recogió la carpeta y caminó hasta la puerta.

—Clara. —Mi voz la detuvo y giró el cuello para mirarme—. Ven a mí antes que a nadie.

Asintió después de que un destello cruzara su mirada.

La observé salir. No me moví hasta que la puerta se cerró.

Entonces comprendí qué me había despertado en mitad de la noche. No era miedo a perderla, sino una verdad: terror a tenerla. Y eso, para un hombre como yo, era como pedirle a un francotirador que apuntara a la cabeza.

21

DEJAR DE FINGIR

Chiara

Actualidad…

El coche avanza sin prisa por la carretera costera. El puerto queda atrás, pero no la sensación de haber tocado algo que todavía no tiene forma. Matteo no habla. Eso me inquieta más que cualquier amenaza directa.

Observo el mar por la ventanilla.

—No ha sido una reunión normal —musito.

Matteo gira la cabeza hacia mí, apenas.

—No.

—Entonces deja de fingir que lo ha sido.

No responde de inmediato. Apoya un codo en el reposabrazos y se inclina un poco hacia delante. Está pensando. Midiendo qué decir y qué no.

—Han venido a comprobar algo —contesta.

—¿El qué?

—Si reaccionamos.

—Eso ya lo saben.

—No. —Me mira—. Querían ver cómo reaccionamos —insiste en la palabra cómo.

El coche traza una curva. El sol se cuela de lado, le marca el perfil.

—¿Y qué has visto tú? —pregunto.

—Que no se han ido con lo que buscaban.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende de lo que intenten ahora.

No me gusta cómo suena.

—Arianna no ha venido solo a provocar —Me recoloco en el asiento—. Ha venido a marcar territorio.

—Siempre lo hace.

—Esta vez ha sido distinto.

Matteo me observa de nuevo, con más atención.

—¿En qué sentido?

—Me ha mirado y me ha medido. Quería saber si soy un obstáculo.

Matteo asiente despacio.

—Yo también lo he notado.

—¿Y?

—Y no me gusta —asevera.

El coche reduce la velocidad por un tramo más estrecho. Árboles a ambos lados. La villa aparece a lo lejos.

—Antes, en la explanada —digo—, ibas a decirme algo.

Matteo no sonríe. Tampoco esquiva.

—No era el momento.

—¿Ahora lo es?

Me mira con detenimiento. El coche sigue avanzando.

—Ahora solo sé una cosa. Hay algo en marcha y no lo están enseñando aún.

—¿Y confías en que podamos controlarlo?

—Confío en que no nos pillen desprevenidos.

—Eso no es lo mismo.

—Es lo más parecido que tenemos.

El coche frena suavemente antes de entrar al recinto. El conductor baja primero. Matteo se queda quieto un segundo más, como si necesitara ese margen.

—Clara.

—¿Qué?

Se gira hacia mí. Está cerca. Demasiado. El aire entre los dos cambia.

—No te fíes de las sonrisas de esta tarde.

—No lo hago.

—Ni de los silencios.

—Tampoco.

—Ni siquiera de los míos.

Eso me desconcierta.

—¿Por qué?

Matteo mantiene la mirada.

—Porque cuando callo es cuando más pienso.

No responde a nada más. Abre la puerta y baja. Yo lo sigo.

Caminamos uno al lado del otro hacia la entrada. No me toca. No lo necesito para sentirlo cerca. Hay algo distinto en su manera de avanzar.

Antes de llegar al umbral, Matteo se detiene. Yo también.

—Pase lo que pase esta noche —ordena en voz baja—, no te adelantes.

—No suelo hacerlo.

—Hoy menos.

Me mira un segundo más. La distancia entre los dos se reduce sin que ninguno la provoque del todo. Podría inclinarse. Podría hacerlo yo. No ocurre.

El momento queda suspendido, tenso, cargado de algo que ninguno quiere nombrar.

La puerta se abre.

Helena nos espera dentro, de pie, recta, como si hubiera calculado el segundo exacto de nuestra llegada. No sonríe. No pregunta. Nos mira a los dos, uno tras otro.

—Llegáis tarde —reprocha. Helena clava los ojos en él—. Esta noche habrá otra reunión. —El aire se enfría—. Aquí. En la villa. Esta vez no vienen a tantear. Vienen a proponer.

—¿Qué? —cuestiona Matteo, aunque algo me dice que ya lo sabe.

—Descansad —concluye su madre—. Necesitaréis la cabeza fría.

Se gira y se marcha por el pasillo sin esperar respuesta.

Matteo y yo nos quedamos solos un instante en el vestíbulo.

—Esto no me gusta —comento.

—A mí tampoco.

—Y aun así…

—Y aun así —repite—, no vamos a huir.

Lo miro. Está demasiado cerca otra vez.

—No me arrastres a algo que no comprendo —le advierto.

—No lo haré —responde—. Pero tampoco voy a fingir que no estás ya dentro.

Nuestros cuerpos se inclinan apenas. El gesto queda a medio camino. El beso no llega.

No todavía.

—Ve a cambiarte. Nos vemos en una hora.

Asiento. Me aparto. Subo la escalera sin mirar atrás.

Sé que esta noche no va a romper nada de golpe. Pero va a colocar la primera pieza en un sitio del que no podrá moverse.



La villa se recoge antes de que lleguen los Della Torre, se prepara, más si cabe. Hay contención.

Me cambio sin prisa. Vestido oscuro, líneas limpias, nada que distraiga. Pelo recogido. Bajo con la sensación incómoda de que no soy invitada ni espectadora: soy contexto.

Helena nos espera en el salón grande. Está de pie, recta, sin papeles. Matteo entra y se nota. Nos miramos un segundo y… me siento más segura. Eso no es bueno, no para mí, no para mi corazón ni para lo que dejé en Roma.

—Ya llegan —informa Helena.

Las puertas se abren.

Vittorio Della Torre entra primero. Traje impecable, sonrisa justa. Leone le sigue, atento, con ese exceso de cercanía que busca incomodar. Y, cerrando el paso, Arianna.

No trae abrigo. No lo necesita. Camina como si la casa la reconociera.

—Helena —saluda Vittorio—. Gracias por recibirnos esta noche.

—La cortesía no cambia los motivos —responde ella—. Pasen.

Nos colocamos alrededor de la mesa baja. No hay jerarquías visibles, pero todos sabemos dónde está cada cual. Matteo a mi lado. No me toca, sin embargo su presencia basta.

—No queremos alargar esto —empieza Vittorio—. Las tensiones perjudican a todos.

—Las tensiones no nacen solas —objeta Matteo—. Se provocan.

Arianna sonríe y se inclina hacia delante.

—Y se solucionan con gestos claros.

Helena la observa con atención medida.

—Habla.

Arianna no me mira. Mira a Matteo.

—Las treguas se debilitan cuando parecen frágiles —dice—. Y ahora mismo lo parecen.

—No lo son —contesta Matteo.

—Lo serían menos —amplía Vittorio— si hubiera un símbolo que nadie se atreviera a cuestionar.

El silencio cae limpio. Preciso.

—Un símbolo —repite Helena.

Arianna asiente, tranquila.

—Una unión.

No dice más. No hace falta.

—Entre familias —continúa Vittorio—. Visible. Incuestionable. Que cierre bocas y desactive intenciones.

Matteo no se mueve. Yo tampoco.

—¿Estás hablando de matrimonio? —pregunta Helena, sin emoción.

—Sí —responde Arianna—. Entre Matteo Vitale y yo.

La frase se asienta. No explota. Eso es lo peligroso.

Miro a Matteo de reojo. Su rostro no cambia, pero algo se ajusta por dentro. Lo noto. Lo conozco lo suficiente para saber cuándo mide sin enseñar la carta.

—No han venido a negociar —suelta—. Han venido a imponer.

—Hemos venido a ofrecer estabilidad —modifica Arianna—. A cambio de poder compartido.

—No comparto lo que no controlo.

Arianna sonríe apenas.

—Por eso funcionaría.

Helena interviene.

—No habrá respuesta esta noche.

—No la esperamos —dice Vittorio—. Esperamos que lo consideren.

El silencio dura lo justo para que todos entiendan que la respuesta no va a ser amable.

—No. —La voz de Matteo no sube.

Arianna parpadea una sola vez.

—No es una decisión que se tome a la ligera.

—Lo es —contesta él— cuando la respuesta es no.

Vittorio apoya ambas manos en la mesa y se inclina hacia delante.

—Estás rechazando una solución.

—Estoy rechazando una imposición.

Leone da un paso. Apenas medio. Pero lo suficiente.

Lo noto antes de verlo. El cambio en el aire. El peso que se desplaza.

Matteo se mueve al mismo tiempo. Rápido y preciso.

El clic metálico corta la habitación.

Armas.

No todas. Las justas.

Leone ya me apunta. No directamente. A la altura del pecho. Aviso limpio.

Matteo tiene la suya fuera sin que yo haya visto el gesto. La sostiene baja, firme, dirigida al centro exacto del cuerpo de Leone.

No hay gritos. No hay caos. Solo respiraciones medidas.

Arianna no se mueve. No parece sorprendida. Me mira a mí, no a Matteo.

—Esto no era necesario.

—Retira a tu hombre —dice Matteo—. Ahora.

—No me das órdenes.

—Te doy una oportunidad.

Vittorio levanta una mano, despacio.

—Bajad las armas.

Nadie obedece.

Helena se adelanta un paso.

Uno solo. Basta.

—Ya está. —Su voz no es un grito. Es una línea recta—. Bajadlas.

Matteo no aparta la mirada de Leone.

—Primero él.

Arianna gira la cabeza.

—Leone.

Él duda un segundo. Después baja el arma.

Matteo hace lo mismo. El metal vuelve a desaparecer bajo la chaqueta como si nunca hubiera salido.

El aire entra de golpe en la sala.

—No vais a venir aquí a medirnos la sangre —continúa Helena—. Y menos aún a jugar a las bodas con pistolas en la mesa.

Vittorio recompone su postura.

—Queríamos dejar clara la seriedad de la propuesta.

—La habéis dejado clara —responde Helena—. Y también sus riesgos.

Arianna me mira otra vez. Esta vez hay algo distinto. No hostilidad. Evaluación.

—Lo pensaréis.

—Eso he dicho —afirma Helena—. Lo sopesaremos. Cuando convenga. No cuando se nos empuje.

Matteo no añade nada. No hace falta.

—La reunión ha terminado —sentencia Helena.

Los Della Torre se marchan sin despedidas largas. Cuando la puerta se cierra, Matteo se gira hacia mí. Me mira como si buscara confirmar algo.

—¿Estás bien?

—Sí.

No me cree del todo, sin embargo, no insiste.

—A partir de ahora —Helena nos observa a los dos—, todo movimiento será observado.

—Siempre lo es —responde Matteo.

—Ahora más. —Me mira—. Y tú, Clara, ya no eres solo contexto.

Trago saliva.

—Lo sé.

Matteo se acerca un poco más. No me toca. Su cercanía pesa.

—Esto no se ha acabado.

—Acaba de empezar.

Nos quedamos así un segundo. Demasiado cerca. Demasiado conscientes. Y entiendo algo con claridad: no han sacado las armas

por una boda. Las han sacado porque alguien ha entendido que yo importo. Y eso, aquí, siempre dispara primero.

Se aleja después. Y yo no espero a que me lo pida. Voy detrás, unos metros. Cruzo el pasillo y empujo la puerta de su habitación, a la que ha ido. Cierro detrás de mí con un portazo. Matteo está de espaldas, sin chaqueta, con la camisa arremangada y las manos apoyadas en la cómoda, como si estuviera conteniéndose.

—¿Estás loco? —grito.

No se gira.

—Probablemente.

—Has rechazado una solución perfecta delante de tus enemigos. Una boda. Un acuerdo. Paz. ¿Sabes cuántas guerras se han evitado así?

Se vuelve despacio. Ojos oscuros. Cansados. Peligrosamente vivos.

—No era una solución.

—Lo era —insisto—. Para todos.

Da dos pasos hacia mí.

—No para mí.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por orgullo? ¿Por control?

—Porque no pienso acostarme con una mujer que usaría mi cama como un arma.

—Eso es política, Matteo.

—No. —Se detiene frente a mí—. Eso es rendirse.

Aprieto los puños.

—Entonces dime qué querías. Porque ahora mismo solo has conseguido empeorar las cosas.

Su mandíbula se tensa. Me mira como si estuviera decidiendo algo.

—No voy a casarme con ella. Ni hoy ni nunca.

—¿Y por qué?

Veo su pecho subir y bajar.

—Porque mientras hablaban —sisea— yo solo pensaba en ti. —La frase cae sin dramatismo. Sin énfasis. Y me atraviesa igual.

—Eso no es una razón —murmuro, aunque ya no estoy tan segura.

—Es la única que me importa.

Me acerco un paso. No retrocede.

—Entonces estás jodiendo tu propio tablero por alguien que no forma parte del trato.

—Tú formas parte de todo, Clara.

—No soy tuya.

—No. Pero no iba a venderme a otra fingiendo que no existes.

El silencio se vuelve eléctrico.

—Eso no es amor. Es una mala idea.

—Nunca he sido bueno con las buenas ideas.

Me toma del brazo. No duele. No empuja. Afirma. Me obliga a mirarlo.

—Dime que me aparte.

No lo hago.

El beso no tiene aviso ni suavidad. Es profundo, decidido, cargado de todo lo que llevamos conteniendo. Le respondo sin pensar, sin freno, con rabia y deseo mezclados.

Me empuja contra la puerta. Su mano en mi nuca. La mía en su cuello. Su boca baja, sube, vuelve. Me besa como si necesitara recordarse que sigo aquí.

—Esto es una mala idea —repito, sin convicción.

—Muy mala.

Me alza en brazos y me deja sobre la cama. Su mirada recorre mi cuerpo con una intensidad que me quema.

—Dime que pare —murmura.

No lo digo.

Su cuerpo se impone con seguridad, con hambre, con posesividad. No hay prisas, pero tampoco dudas. Me desarma despacio, como si quisiera memorizarme. Sus manos saben exactamente dónde ir. Mi respiración se rompe antes que cualquier resistencia.

—Mírame —ordena, bajo.

Lo hago. Y en sus ojos no hay juego. Sino decisión y… algo que no nombra.

Nos unimos con urgencia, con esa mezcla de deseo y necesidad que no se aprende, se reconoce. Me mueve con firmeza, marcando el ritmo, sosteniéndome como si no pensara soltarme nunca.

—Matteo… —su nombre se me escapa.

—No —responde, besándome—. Esta noche no pienses.

El placer sube, intenso, arrasador, y me aferro a él sin orgullo, sin planes, sin defensas. Cuando termina, no se aparta. Se queda encima, respirando conmigo, con la frente apoyada en la mía.

No dice que me ama.

No hace falta.

Porque cuando me cubre con su cuerpo y me mantiene cerca, sé algo con una claridad peligrosa: Matteo no rechazó esa boda por estrategia. La rechazó porque ya había elegido.

Pero aún no hemos terminado.

Su boca vuelve a la mía con menos urgencia y más intención. Ya no es conquista. Es posesión lenta. Sus manos recorren mi espalda con una calma que me desarma más que la prisa anterior. Descienden por mis costados, vuelven a subir, se detienen en mis caderas.

—Aún no —murmura contra mi piel.

No sé si me lo dice a mí o a él mismo.

Sus labios bajan por mi cuello, trazando un camino firme, reclamando cada centímetro. Mi respiración se vuelve irregular. No intento controlarla. No quiero. Sus dedos se deslizan con paciencia, con esa seguridad que no necesita demostrar nada. Me conoce. Sabe exactamente dónde rozar, dónde presionar, dónde detenerse apenas un segundo más para que el cuerpo suplique.

—Mírame —repite.

Abro los ojos.

Lo que encuentro en los suyos no es solo deseo. Es algo más crudo. Más oscuro. Más vulnerable.

No me toca como quien busca placer. Me toca como quien confirma una verdad.

Me arqueo contra él, incapaz de quedarme quieta. Mi mano recorre su espalda, la curva de sus hombros, la tensión que vibra

bajo su piel. Matteo respira hondo, los músculos tensos, el control apenas sostenido.

—Clara…

El ritmo cambia. Ya no es hambre. Es profundidad. Me sostiene por las caderas, me guía, me marca el compás con firmeza. No hay violencia. Hay dominio consciente. Me aferro a sus hombros, siento cómo el placer se acumula, cómo sube, cómo me desarma desde dentro.

Cada movimiento nos acerca al límite.

Cada respiración compartida lo estrecha.

—No te apartes —le susurro.

Él responde sin palabras. Solo intensifica el contacto, el calor, la cercanía. Me sujeta más fuerte, como si temiera que desaparezca.

El clímax llega sin aviso elegante. Llega como todo entre nosotros: inevitable. Me atraviesa, me deja sin aire, me obliga a pronunciar su nombre con una voz que no reconozco como mía. Matteo me sigue un segundo después, enterrando el rostro en mi cuello, sosteniéndome mientras todo tiembla.

Permanece ahí, respirando contra mi piel, con la frente apoyada en la mía. Sus dedos dibujan líneas distraídas en mi hombro. No hablamos.

La habitación está en penumbra. El aire aún cargado de calor.

Me rodea con un brazo y me acerca más. No es gesto de amante casual. Es de hombre que ha decidido.

Y mientras cierro los ojos apoyada contra su pecho, lo entiendo con una claridad que me asusta: No es solo deseo. Es vínculo. Y en nuestro mundo, el vínculo siempre es el punto más débil.

22

LOS SUEÑOS QUE AVISAN

Chiara

Seis meses antes…

Salí del despacho con la sensación de haber removido algo que no debía tocarse tan pronto. No porque hubiera hecho la pregunta, sino porque la había formulado en voz alta. Adriano se había quedado mirándome unos segundos de más cuando le pregunté cómo estaba. No fue una pregunta casual. Nunca lo es conmigo.

Le dije la verdad a medias. No le conté que había tenido un sueño que había sido mío y ajeno al mismo tiempo, que no lo había vivido como protagonista sino como testigo. Que me vi de pie, quieta, con los pies desnudos sobre una tierra húmeda y oscura, y que delante de mí estaba él, de rodillas, con la camisa manchada de sangre y que no sabía si era de él o de otros.

En el sueño no sentía rabia y miedo. Solo una calma antigua, pesada, como si la decisión ya hubiera sido tomada mucho antes de que yo llegara allí. Alrededor, los lobos. Primero uno. Luego dos. Después una manada completa saliendo de entre los árboles. No corrían. Caminaban despacio, seguros, con los ojos fijos en él. Yo no hablaba. No hacía falta. Alzaba una mano y ellos obedecían.

Lo más perturbador no era la violencia del final, sino la ausencia de emoción. No había gritos, ni súplica, ni huida. Adriano levantaba la vista hacia mí y no veía reproche en sus ojos. Veía reconocimiento. Como si entendiera que aquello no era una traición, sino el cierre de un ciclo.

Me desperté con el corazón acelerado y una verdad embarazosa clavada en el pecho. Los lobos no aparecían en mis sueños por capricho. Nunca lo habían hecho. Desde que era adolescente, cada vez que los veía, algo ocurría después. No de forma literal, no como

una profecía burda, sino como un aviso. Una grieta que se abría. Una verdad que pedía ser mirada de frente.

Por eso se lo pregunté. Por eso le observé mientras intentaba restarle importancia, apoyado en el respaldo de la silla, con ese control tan suyo que no era frialdad, sino contención. Adriano no preguntó más.

Caminé por el pasillo intentando recomponer la distancia profesional que se me había desdibujado en las últimas horas. El edificio seguía funcionando con la precisión habitual: pasos medidos, voces bajas, ascensores que se abrían y cerraban sin ruido innecesario. Todo seguía igual. Yo no.

Sabía que debía ignorar ese presentimiento. No había datos, ni pruebas, ni motivos racionales. Solo una imagen persistente y la memoria de otras veces en las que había decidido no escucharme… y había pagado el precio.

Llegué a mi despacho y cerré la puerta con suavidad. Me apoyé un segundo en ella, respiré hondo y pensé en los lobos. Mi padre solía decir que no atacan por hambre, sino por equilibrio. Que solo muerden cuando algo en el territorio se ha fracturado.

No sabía qué se estaba rompiendo esta vez.

Pero estaba segura de una cosa: Adriano Ferrara no había entrado en mi vida por azar. Y los sueños, cuando regresan, nunca lo hacen para quedarse quietos.

Continué el día como si nada hubiera ocurrido. Contesté correos, revisé documentos, hice llamadas breves. Todo lo que sabía hacer bien cuando necesitaba fingir normalidad. A media mañana, Galesa apareció en la puerta de mi despacho con esa energía que siempre llegaba un segundo antes que ella.

—Te secuestro para comer —anunció—. O sales ahora o te quedarás aquí hasta las diez revisando cláusulas imposibles.

No me dio opción. Me puse el abrigo y bajamos juntas. Galesa hablaba mientras caminábamos, saltando de un tema a otro con naturalidad, hasta que, como quien no quiere la cosa, lanzó la pregunta.

—¿Qué tal el señor Ferrara?

No respondió mi boca. Lo hizo mi cuerpo, con una tensión mínima que ella detectó al instante.

—Ajá —sonrió—. Ese silencio es interesante.

—Es mi jefe.

—Es un hombre peligrosamente atractivo —corrigió—. Y muy consciente de ello. Si no fuera lesbiana, ya estaría elaborando un plan de ataque.

—No exageres.

—No exagero. Mira de una forma que hace que la gente se coloque sola en su sitio. Me recuerda a los depredadores.

Pensé en los lobos y no dije nada.



El restaurante estaba lleno. Elegimos una mesa pequeña, junto a una cristalera que daba a la calle. Pedimos algo rápido. Galesa seguía hablando, pero mi atención se había desplazado unos metros hacia Adriano, que acababa de entrar.

No venía solo.

La mujer que lo acompañaba era elegante, de esas que no necesitan adornos para destacar. Caminaba a su lado con familiaridad, rozándole el brazo al hablarle. Él la escuchaba inclinado hacia ella, atento, correcto. No íntimo. Aun así, sentí una incomodidad seca, irracional.

—Estás mirando demasiado —advirtió Galesa, sin levantar la vista de la carta.

—No lo estaba mirando.

—Claro que sí. Y ahora mismo estás intentando convencerte de que no te importa.

—No me importa.

—Perfecto —sonrió—. Entonces no te importará que te diga que la mujer es preciosa.

No contesté. No tenía sentido hacerlo.

Fue entonces cuando ocurrió.

Un camarero tropezó a mi lado, perdiendo el equilibrio con una bandeja cargada de copas. No miré. No pensé. Mi brazo salió

disparado y sujeté al hombre por el antebrazo antes de que cayera, desplazando el cuerpo lo justo para evitar que las copas se estrellaran contra el suelo.

Todo pasó en segundos.

—Gracias —balbuceó él, aún sorprendido.

Asentí y volví a mi sitio como si nada. Pero no fue nada.

Adriano se había girado. Me estaba mirando. No con sorpresa, sino con esa atención concentrada que reservaba para las cosas que no encajaban en el patrón habitual. Nuestros ojos se cruzaron apenas un instante. Suficiente.

Galesa soltó una carcajada baja.

—Vale —dijo—. Definitivamente no eres una mujer cualquiera.

—No dramatices.

—No dramatizo. La mayoría de la gente grita. Tú actúas.

No volví a mirar hacia su mesa, pero sabía que él seguía allí. Sentí su presencia como una presión constante, silenciosa. Cuando terminaron y se levantaron, no me moví. No quería que ese cruce se alargara más de lo necesario.

Al salir, el aire frío me despejó un poco. Caminamos unos metros en silencio hasta que Galesa habló de nuevo.

—Te has puesto celosa.

—No digas tonterías.

—No lo son. Y no pasa nada. Solo significa que algo se está moviendo.

—Eso no es una buena noticia.

—Nunca lo es —admitió—. Pero tampoco suele ser casual.

Nos despedimos en la esquina y seguí sola. A mitad de la acera escuché pasos detrás de mí.

—Clara.

Me giré. Adriano estaba a unos metros, sin la mujer. Se había quitado el abrigo y lo llevaba doblado sobre el brazo.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí.

No añadió nada más y me observó unos segundos.

—Tienes buenos reflejos. No es habitual.

—No me gusta perder el control de una situación. Ni dejarlo en manos de otros.

Asintió despacio.

—Eso tampoco se aprende en un despacho.

—Depende del despacho.

Caminó a mi lado unos pasos. Sin invadir ni adelantar, ajustando el ritmo al mío sin hacerlo evidente.

—¿Te molesta que te acompañe? —cuestionó.

—Siempre que no intentes analizarme, no.

—Llegamos tarde para eso.

Lo miré. Se había relajado un poco.

—¿Siempre reaccionas así cuando algo se descontrola? ¿O solo cuando alguien puede salir herido?

—Reacciono cuando es necesario.

—Eso te pone en una posición incómoda. La gente espera que dudes.

—La gente se equivoca a menudo.

Se detuvo. Yo también lo hice. Nos miramos de frente con una distancia corta y medida, cargada de algo que ninguno de los dos nombraba. ¿Qué ocurría entre los dos?

—No eres lo que esperaba cuando te contraté —admitió.

—Tú tampoco.

No hubo reproche en ninguna de las dos frases. Solo constatación.

—Eso suele ser peligroso —comentó.

—Depende de para quién.

Nos miramos un segundo más de la cuenta. Lo suficiente para que el aire se volviera más denso. Lo suficiente para que ambos supiéramos que caminábamos hacia un lugar que no estaba en el plan inicial. No sabía qué iba a hacer. No tenía ni idea de qué hacer yo.

—Hasta luego, Clara —zanjó.

—Hasta luego. —Algo me subió desde el estómago.

Adriano se marchó sin girarse y yo continué en dirección contraria con el pulso un poco más rápido de lo normal.

No pasó nada y… ahí sí, todo cambió.

23

NO FUE EL RUIDO LO QUE ME DESPERTÓ

Matteo

Actualidad…

No me despierta el ruido, sino una verdad: no estoy solo en mi cama, y eso es raro, muy raro. Mi habitación es territorio controlado. Un espacio limpio, sin rastros ajenos, sin respiraciones que no sean la mía.

Abro los ojos despacio. La luz entra tamizada por las cortinas y dibuja una franja pálida sobre las sábanas. El mundo aún no ha decidido moverse, pero algo ya ha cambiado. Lo noto antes de pensar en ello.

Clara duerme a mi lado. No invade ni se estira ni reclama espacio. Está recogida sobre sí misma, como si incluso dormida supiera que no debe dejar huella. El cabello oscuro le cae sobre la mejilla, desordenado por primera vez desde que la conozco. Su boca está entreabierta, relajada, sin la tensión habitual. Así no la mira nadie. Así no debería mirarla yo.

Me quedo quieto. La observo sin tocarla, como si el contacto pudiera devolverme a una noche que aún no he decidido si fue un error o una verdad que llevaba demasiado tiempo esperando.

Anoche no hubo promesas. Tampoco excusas. Solo cuerpos que dejaron de fingir disciplina. Y eso es lo que ahora me descompensa.

Cada vez que exhala, el aire roza mi pecho desnudo y me recuerda que sigue aquí. Eso debería tranquilizarme, no obstante, no lo hace. Porque Chiara Russo no es una mujer que se quede sin

saber por qué. Y yo no soy un hombre que permita grietas en su vida sin medir las consecuencias.

Me incorporo con cuidado. El colchón apenas cede, pero aun así ella se mueve un poco, buscando calor. Su rodilla roza mi muslo. El gesto es inconsciente y … letal.

Cierro los ojos un segundo.

Esto es lo peligroso. No la noche. No el deseo. No el sexo. Esto. El después.

Me levanto despacio y tomo la camisa del suelo. No me la pongo. Camino descalzo hasta la mesilla, donde el móvil espera… vibrando. La pantalla se ilumina al instante.

Lo cojo y me alejo de la cama y, al hacerlo, Clara se desplaza unos centímetros hacia el centro. Frunce el ceño, pero no despierta. Su respiración se desequilibra apenas un instante y luego vuelve a su ritmo.

No sabe que ya estoy tomando decisiones por los dos.

Salgo de la habitación y cierro la puerta con cuidado. Bajo un tramo de escaleras antes de aceptar la llamada.

—Habla. —No doy mi nombre. No hace falta.

—Tenemos un problema. —La voz es conocida. Precisa. Incómoda.

—Siempre lo tenemos.

—Este no estaba previsto.

Apoyo una mano en la barandilla y miro hacia la planta superior, donde Chiara duerme sin saber nada.

—Nada lo está últimamente.

Hay un segundo de pausa.

—Los Della Torre se han movido.

No pregunto cómo. No pregunto dónde.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Aprieto la mandíbula.

—¿Qué quieren?

—Una respuesta rápida.

—Y positiva.

—Sí, señor.

—No hagas nada. Silencio absoluto.

—Por supuesto.

Cuelgo antes de que pueda añadir nada más.

Me quedo quieto un instante, con el móvil aún en la mano, escuchando un latido que no debería acelerarse por una mujer. Por esta mujer.

Clara Bernardi.

Chiara Russo.

El mismo cuerpo. El mismo riesgo.

Vuelvo la vista hacia la puerta cerrada del dormitorio.

Detrás duerme alguien que no debería estar aquí. Alguien que multiplica cada peligro que toco. Alguien que, aun así, no pienso apartar. No hoy. No después de haberla elegido anoche sin palabras. Respiro hondo y me obligo a recuperar el control. El día no ha empezado aún y ya sé una cosa con claridad incómoda: Si la tocan, no habrá negociación posible.

Regreso al dormitorio. La puerta sigue cerrada. Dentro, el aire conserva el rastro de anoche: piel, respiraciones mezcladas, una calma que no suele durar. La abro despacio.

Clara ya no duerme. No se ha incorporado. No se ha tapado. Está despierta de esa forma en la que el cuerpo finge descanso mientras la mente trabaja a toda velocidad. Lo sé porque yo también despierto así cuando algo se ha desajustado.

—¿Quién era? —Su voz no tiembla. Tampoco busca nada. No pregunta por celos ni por miedo. Pregunta porque necesita situarse.

Me acerco a la ventana y descorro un poco la cortina. La luz entra con más decisión. El día empieza a reclamar lo suyo.

—Trabajo. —Me giro hacia ella. Lleva la sábana recogida a la altura del pecho.

—¿Ha pasado algo?

Podría mentir. Podría decirle que no, que todo sigue igual. Pero Clara no funciona con versiones edulcoradas. Y yo no respeto a quien las necesita.

—Los Della Torre se han movido.

No cambia el gesto. Solo baja un poco la barbilla. Procesa.

—¿Arianna?

—Entre otros.

Se incorpora despacio y se apoya en el cabecero. La sábana cae un poco más.

—¿Y tú?

—Yo sigo aquí.

—No me refiero a eso.

La observo un segundo más de lo necesario. Me obliga a decir la verdad, aunque no sea toda.

—No han conseguido nada.

—Todavía.

Asiente. Me conoce más de lo que debería.

—¿Vas a decirme lo que implica "moverse"? —pregunta—. ¿O lo descubriré cuando ya esté dentro?

Me acerco a la cama y me siento en el borde, dejando espacio.

—Habrá otra reunión. Estoy seguro. Esta vez en su mansión. No podremos negarnos.

Sus cejas se arquean apenas.

—Con armas cerca.

—Siempre.

—Con Arianna presente.

—También.

No sonríe. Tampoco se tensa.

—¿Y yo?

La miro. Directo.

—Vas a estar conmigo.

—Eso no responde a nada.

—Responde a todo.

Me sostiene la mirada.

—¿Quieres que esté allí para analizar, para provocar o para que miren dónde no deben?

—Quiero que estés donde yo pueda verte.

La frase cae con más peso del que pretendía. Clara no parpadea.

—Eso no es una razón profesional.

—No lo es.

Ella respira hondo, se pasa una mano por el cabello y deja la sábana a un lado. Se levanta. Descalza. Sin prisa. La observo recorrer la habitación.

—Anoche —empieza— no fue una estrategia.

—No.

—Tampoco una tregua.

—No.

Se detiene frente a mí.

—Entonces no utilices lo que ocurrió para decidir por mí.

Me pongo en pie. La distancia se reduce sin que ninguno lo busque del todo.

—No lo hago.

—Sí lo haces.

—Lo hago porque no puedo permitirme perderte. —La frase sale sola. Clara se queda quieta.

—Eso es una mala idea —dice—. Yo no soy algo que puedas permitirte.

—Anoche no lo parecía.

—Anoche fue una noche.

—No lo fue para mí.

Se acerca un paso. Yo no retrocedo.

—No me pongas en el centro de una guerra —advierte—. No me uses como ancla ni como excusa.

—No te uso. Te elijo.

Sus labios se separan apenas. No sonríe.

—Eso también es peligroso.

—Lo sé.

Estamos demasiado cerca. La tensión no es nueva, pero ahora tiene otro pulso. No el del deseo inmediato. El del vínculo que empieza a doler antes de formarse.

—¿Qué va a pasar esta noche? —pregunta.

—Van a pedir algo que no puedo conceder.

—¿Y si lo exigen?

—Entonces se quedarán con la exigencia en la mano.

—Eso suele terminar mal.

—Para alguien —respondo.

Clara me observa un instante largo. Luego asiente.

—Entonces iré —dice—. Pero no como escudo. Ni como cebo.

—Nunca lo has sido.

—Bien.

Se da la vuelta para vestirse. Yo me quedo donde estoy, mirando su espalda, sabiendo que cada paso que damos juntos estrecha un camino que no tiene salida limpia.

Antes de salir del dormitorio, se detiene y me mira por encima del hombro.

—Matteo.

—Dime.

—Si esto se complica… no decidas por los dos. —La miro sin prometer nada—. Inténtalo. Por mí.

Asiento una sola vez.

Cuando se va al baño, me quedo solo en la habitación, con la cama aún caliente y la seguridad de que esta noche nadie va a salir ileso. Ni siquiera yo.

24

EL PUNTO EXACTO DONDE TODO CAMBIA

Adriano

Seis meses antes…

La cena no era una cita. Eso me repetí desde el momento en que entramos al restaurante.

Era una reunión necesaria, una de esas concesiones que exige el trabajo cuando el dinero quiere sentirse escuchado en un entorno cómodo. Manteles blancos, iluminación baja, camareros que no hacen ruido y una carta de vinos pensada para que nadie tenga que preguntar el precio.

Clara llegó puntual. Vestía de negro, sencillo, sin adornos innecesarios. No les hacía falta. No iba disfrazada de nada. No lo necesitaba. Se sentó a mi derecha con la naturalidad de quien no busca aprobación y eso, por alguna razón, me tensó más de lo que debía.

Nuestro anfitrión era Henri Beaumont, inversor francés con intereses cruzados en media Europa. Traje caro, sonrisa aprendida y una forma de mirar que se demoraba más de lo prudente. A su lado, Élise, su esposa, impecable, silenciosa, experta en observar sin intervenir.

Las primeras copas de vino llegaron rápido. La conversación giró en torno a cifras, previsiones, movimientos futuros. Clara escuchaba más de lo que hablaba, y cuando intervenía lo hacía sin equivocarse ni en una coma. Beaumont la miraba con una atención que no tenía nada que ver con el negocio.

—Así que usted es la famosa Clara Bernardi —dijo en un momento, inclinándose un poco hacia ella—. Esperaba a alguien… distinto.

No supe si lo dijo como halago o como provocación. Clara no parpadeó.

—La decepción suele ser una cuestión de expectativas mal gestionadas.

Beaumont sonrió, encantado consigo mismo. Yo no.

Avanzada la cena, Clara se levantó para saludar a un hombre que acababa de entrar en el reservado contiguo. Marco Rinaldi, abogado italiano al que reconocí al instante. Demasiado cerca. Demasiado confiado. Le tomó la mano un segundo más de lo necesario.

No me gustó.

No porque creyera que Clara me pertenecía. No iba por ahí. Fue otra cosa. Territorial, quizá. O simple intuición.

—¿Un conocido? —preguntó Beaumont con una sonrisa ladeada.

—Un colega —respondí antes de que Clara volviera a sentarse—. Del que no necesitamos opiniones.

Beaumont alzó una ceja.

—Veo que cuida bien de su equipo.

—Cuido bien de lo que es importante —aclaré.

Clara me miró de reojo. Lo justo para que yo supiera que lo había notado.

El segundo plato llegó y con él, la incomodidad. Beaumont empezó a dirigirle las preguntas a ella con un tono que se deslizaba fuera de lo profesional. Comentarios sobre su acento. Sobre cómo se movía. Sobre lo poco habitual que era encontrar "una mujer así" en negociaciones complejas.

Clara respondió con educación. Demasiada.

—¿Siempre deja hablar a sus socios femeninos o resulta que hoy es una excepción? —insistió él.

Apoyé los cubiertos con calma.

—Siempre dejo hablar a quien tiene algo que decir —contesté—. Y siempre corto las conversaciones que cruzan una línea.

El silencio fue inmediato. Élise bajó la mirada a su plato. Beaumont sostuvo la mía unos segundos, calibrando.

—No pretendía ofender.

—Lo ha hecho —dije—. Pero podemos seguir adelante si lo prefiere.

Clara no intervino. No me dio las gracias. Tampoco me frenó. Terminó la cena con la misma compostura con la que había empezado.

Cuando nos levantamos, supe que la conversación pendiente no iba a ser cómoda. Ni breve. Y que, aunque aquella noche había empezado como trabajo, ya no lo era.

Salimos del restaurante sin tocarnos. Caminamos unos metros en silencio. Yo delante. Clara un paso atrás. Lo noté sin mirarla: su forma de andar cambia cuando está enfadada. Más firme. Más recta. Como si cada baldosa fuera una decisión.

—No hacía falta —soltó.

Me detuve y me giré despacio.

—Sí hacía falta.

—No —replicó—. No necesitaba que me defendieras.

—No te defendí. Marqué un límite.

—Mi límite lo marco yo.

La miré de frente. Tenía la mandíbula tensa y los ojos brillantes. Me acerqué un paso.

—Ese hombre no te estaba hablando como a una profesional.

—Lo sé.

—Entonces entiende por qué no me quedé callado.

—Entiendo por qué lo hiciste. No acepto que decidas por mí.

La discusión no subía de tono. No lo necesitaba. Era peor así. Densa. Cercana. Peligrosa.

—No te traté como a alguien incapaz —respondí—. Te traté como a alguien que me importa.

Sus cejas se arquearon apenas.

—Ahí está el problema.

—¿Cuál?

—Que no debería importarte.

El tráfico pasó a nuestra espalda. Un taxi frenó. Un grupo de turistas rio a lo lejos. Nada de eso nos tocó.

—Te importo —continuó— y no sabes qué hacer con eso.

—Lo que no sé es cómo seguir fingiendo que no.

Dio un paso hacia mí. Esta vez fue ella.

—No me mires así.

—No te estoy mirando de ninguna manera.

—Sí lo haces. Como si te molestara que no te pertenezca.

Negué despacio.

—Me molesta que creas que quiero poseerte.

—Entonces dime qué quieres.

La pregunta cayó entre los dos como una moneda al agua. Hondo. Irrecuperable.

No respondí con palabras.

Alcé la mano. Me detuve a medio camino. La miré a los ojos, esperando que me apartara. No lo hizo. Apoyé los dedos en su muñeca. Sentí el pulso. Rápido. Vivo.

—Si no quieres esto —musité desde la garganta—, dímelo ahora.

No habló.

Subí la mano hasta su cuello. No la atraje. No todavía. Le di espacio para marcharse. No se movió.

—Siempre crees que sabes cuándo parar —murmuró.

—Dime que pare.

—No.

La besé.

No fue suave. Tampoco fue brusco. Fue inevitable. Como una verdad que llevaba demasiado tiempo buscando salida. Su boca respondió de inmediato, sin dudas, sin miedo. Me sujetó la chaqueta con una fuerza que no esperaba y me devolvió el beso con la misma intensidad.

El mundo se replegó. Roma dejó de existir. Solo ella. Su respiración. El sabor exacto que había imaginado sin permitirme admitirlo.

Me separé apenas lo justo para mirarla.

—Esto —dije— va a complicarlo todo.

—Ya estaba complicado —respondió—. Solo no querías verlo.

La besé otra vez, pero esta vez no hubo duda. No hubo pausa. No hubo cálculo. La atraje hacia mí con una mano firme en su nuca,

marcando el gesto, decidiendo el ángulo, y ella respondió sin resistencia, abriéndose al beso con una entrega que me atravesó más hondo de lo que esperaba.

—Adriano… —mi nombre salió bajo, cargado.

—Mírame —pedí contra sus labios.

Lo hizo. Los ojos brillantes, la respiración rota, el pulso desbocado sin pedir disculpas por ello.

—Ven conmigo.

No fue una pregunta.

El trayecto hasta mi casa transcurrió en un silencio denso, eléctrico. Clara no se sentó lejos. Apoyó la rodilla contra la mía, los dedos enredados en el borde de su abrigo, como si contuviera algo que no quería soltar todavía. Yo conducía con una mano. La otra descansaba en su muslo, inmóvil, marcando territorio sin tocar más de lo necesario. Cada semáforo era una tortura breve.

Al entrar, no encendí todas las luces. No hacía falta. La ciudad entraba por los ventanales, Roma extendida como un animal dormido.

Clara dejó el bolso en una silla y se giró hacia mí.

—Si cruzo esta línea…

—La cruzas porque quieres —la interrumpí—. No porque te arrastre.

Sostuvo mi mirada. Un segundo más. Luego dio un paso hacia mí.

—Entonces no me sueltes.

No lo hice.

La besé despacio esta vez, con intención, guiándola hacia atrás hasta que su espalda tocó la pared. Mi mano se cerró en su cintura, firme, posesiva, sin violencia. Clara respondió con un gemido apenas contenido, con los dedos clavándose en mi camisa.

—Eres peligrosa —murmuré junto a su cuello.

—Tú también —respondió sin aliento.

La llevé hasta el dormitorio sin prisas. Cada gesto fue deliberado. Cada contacto, una decisión. La desnudé con calma, mirándola, obligándola a sostenerme la mirada mientras mis manos descubrían su piel centímetro a centímetro.

—No te escondas —le pedí—. Esta noche no.

Clara obedeció sin bajar los ojos.

Cuando nos unimos, no hubo palabras grandilocuentes. Solo respiraciones entrecortadas, manos firmes, cuerpos que se reconocieron con una intensidad que no necesitaba promesas. La mantuve cerca, guiándola, marcando el ritmo, dejando claro quién llevaba el control… y ella lo aceptó, confiando, entregándose sin perderse.

Después, cuando todo quedó en silencio, Clara apoyó la cabeza en mi pecho. No se apartó. No huyó.

—Esto cambia cosas —dijo.

—Ya estaban cambiando.

Sonrió apenas, cansada, vulnerable de una forma nueva.

No dormimos enseguida. La ciudad siguió respirando ahí fuera. Y aunque ninguno lo dijo, los dos supimos lo mismo:

Aquella no había sido solo la primera vez.

Había sido el principio de algo que no pensaba pedir autorización para existir.

25

PUNTO DE INFLEXIÓN

Chiara

Actualidad…

No me gusta el camino hasta la mansión de los Della Torre. No por la curva cerrada junto al acantilado ni por el tramo de grava que obliga a reducir la velocidad. No me gusta porque aquí todo está calculado para que olvides que has venido a negociar y recuerdes, demasiado tarde, que has venido a ceder algo.

El coche avanza escoltado por dos todoterrenos. Hombres de confianza, entrenados para no pensar cuando llega el momento. Los Vitale no vienen solos. Nunca vienen solos. Matteo lo dejó claro sin decirlo.

Helena va sentada frente a mí. Espalda recta, manos cruzadas sobre el bolso. No habla. Su silencio ordena la escena mejor que cualquier discurso. Matteo, a mi lado, mira hacia delante. La mandíbula firme. El cuerpo quieto. Demasiado quieto.

No le pregunto nada. No ahora.

La mansión aparece al final del camino. Piedra clara, columnas altas, un jardín que finge calma. La seguridad de los Della Torre se despliega con la naturalidad de quien controla el territorio. Nos observan antes de que bajemos. Registran. Miden. Anotan.

Matteo sale primero. Yo lo sigo. Helena cierra la marcha.

No hay besos en las mejillas. No hay sonrisas. Solo gestos cortos, saludos mínimos. Vittorio Della Torre nos espera en el pórtico. Traje oscuro, bastón apoyado en el suelo sin necesidad real. Leone a su derecha. Arianna, a su izquierda.

Ella me mira como si me hubiera esperado toda la vida.

Entramos detrás de ellos.

El salón principal es amplio, con ventanales abiertos al jardín. Luz natural. Una mesa larga preparada para seis. Agua. Café. Nada de alcohol. Aquí no se viene a celebrar.

—Gracias por venir —dice Vittorio—. Sé que no era vuestra primera opción.

—No lo era —responde Matteo—. Pero estamos aquí.

—Eso habla bien de ti.

Matteo no contesta.

Tomamos asiento. Yo a su derecha. Helena frente a Vittorio. Arianna se sienta despacio. Leone permanece de pie. No se sienta nunca cuando espera conflicto.

—Hemos pensado mucho en la situación —continúa Vittorio—. Demasiado tiempo desperdiciado en roces innecesarios.

—Los roces no aparecen solos —apunta Helena.

Vittorio asiente, como si concediera el punto.

—Precisamente por eso proponemos una solución definitiva.

No miro a Matteo. No todavía.

Arianna toma la palabra. Su voz es suave, bien modulada.

—Las familias llevan décadas enfrentadas. Cada generación hereda el problema y lo agranda. —Hace una pausa breve—. Podemos cerrarlo aquí. Una unión pública. Inapelable. Las rutas quedarían blindadas. Las tensiones desaparecerían. La paz dejaría de ser una palabra vacía.

Miro a Matteo entonces. No me devuelve la mirada. Lo sé por la forma en que su respiración se ajusta, apenas.

—No —suelta una sola sílaba repetida, pero que hace más impacto que antes.

Leone sonríe, como si lo hubiera esperado.

—No seas impulsivo.

—No lo soy.

—Es la mejor solución —insiste Arianna—. Lo sabes.

—No me caso para solucionar problemas.

Helena apoya las manos sobre la mesa.

—La propuesta es… interesante —dice—. Pero no vamos a decidir en tu casa. No coaccionados.

—¿Qué lo impide? —Vittorio la observa con atención.

—Que no quiero. —Matteo se levanta despacio.

—Siempre has sido orgulloso. —Arianna está dolida.

—No vas a controlarme con lo que crees que es afecto.

—Cuidado. —Leone da un paso al frente.

No sé quién mueve la mano primero. Uno de los hombres de los Della Torre lleva la suya al interior de la chaqueta. Uno de los nuestros ajusta la postura. El sonido metálico de un arma al rozar cuero corta el aire.

—Basta —ordena Helena, en voz baja.

Nadie dispara. Todavía.

—No habéis venido a negociar —Vittorio se incorpora con dificultad—. Esta es nuestra casa. Si no ibais a aceptar, es una provocación.

—Y si no hubiéramos venido, también lo hubiera sido. La respuesta sigue siendo no. —Matteo me mira a mí, más de lo necesario. Tanto que Arianna se percata y se incorpora hacia mí.

—No acepta porque no puede. Y tú eres la razón. —Me señala con el dedo.

Matteo se gira hacia ella.

—No vuelvas a hablarle.

—Entonces mírame a mí —solicita Arianna—. Mírame y dime que no es verdad.

El silencio es un disparo que no suena. Y yo entiendo, con una claridad que duele, que ya no estamos discutiendo alianzas. Estamos discutiendo cuerpos. Vínculos. Posesiones.

—La reunión ha terminado —zanja Matteo. —Da media vuelta. Helena se levanta conmigo. La seguridad se mueve. Alguien tropieza. Un ruido seco. Un grito ahogado. Un disparo, ahora sí. No sé de dónde viene. Solo sé que no es el último.

No pienso. No analizo. No interpreto. Matteo me agarra del antebrazo y tira de mí hacia atrás con una fuerza que no admite réplica. Su cuerpo se coloca delante del mío en el mismo movimiento

en el que saca el arma. El sonido seco de su disparo no tiene nada de cinematográfico. Es preciso. Útil. Mortal si hace falta.

—¡Agáchate! —vocifera.

Helena ya se mueve. Dos hombres de los Vitale reaccionan al instante, formando un muro humano que nos cubre mientras retrocedemos hacia la salida lateral. La seguridad de los Della Torre responde. El jardín deja de ser un decorado. La grava salta. El cristal estalla en algún punto que no veo.

Matteo dispara otra vez.

Me empuja contra una columna, me cubre con su cuerpo, vuelve a asomarse lo justo para obligarlos a retroceder.

—Mírame —ordena—. No mires atrás.

Lo hago. Le miro la mandíbula tensa, el pulso firme, la calma terrible de quien sabe exactamente qué hacer cuando todo se desmorona.

—Ahora.

Salimos.

El trayecto hasta los coches es una carrera fragmentada. Avanzamos por impulsos cortos, cubiertos por los hombres de honor de los Vitale (los soldados de confianza, los que no preguntan, los que se quedan cuando otros huyen). Uno cae a mi izquierda. No sé si está herido o muerto. No me detengo.

Matteo abre la puerta trasera del coche negro con un gesto violento.

—Dentro. ¡Ya!

Empuja primero a Helena. Luego a mí. Su mano me sujeta la nuca un segundo antes de cerrar la puerta, como si necesitara comprobar que sigo entera.

No sube.

Se gira. Dispara de nuevo. Da órdenes rápidas. Los suyos responden. El coche arranca antes de que pueda protestar. Otro vehículo se coloca delante. Uno más detrás.

El convoy se mueve.

Desde dentro solo veo fragmentos: cuerpos agachados, armas levantadas, el rostro de Arianna congelado en una expresión que no sabría nombrar.

El motor ruge. Dejamos atrás la mansión.

No respiro hasta que la carretera se abre y el sonido de los disparos queda atrás, absorbido por la distancia.

Helena no dice nada. Yo tampoco. Me tiemblan las manos, pero no el cuerpo. Aún no.

Cuando llegamos a la villa Vitale, la seguridad ya está desplegada. Puertas cerrándose. Órdenes cruzadas. Matteo entra después, con la camisa manchada de polvo y algo más oscuro en el hombro. No es sangre suya.

Me mira. Me revisa de arriba abajo con los ojos. Solo entonces su respiración cambia.

—¿Estás bien?

Asiento. No confío en mi voz.

Helena se adelanta.

—¿Todos?

Matteo niega una vez.

El silencio que sigue no es vacío. Es definitivo.

—¿Quién? —pregunto.

Matteo tarda un segundo. Solo uno.

—Sandro.

El nombre cae como una piedra.

Sandro. Capo scorta. Jefe de seguridad. El que iba siempre dos pasos detrás. El que sabía cuándo avanzar y cuándo quedarse. El que cubrió la retirada.

—¿Ha muerto? —mi voz sale más baja de lo que esperaba.

—En el traslado —responde Matteo—. No llegaron a tiempo.

Helena cierra los ojos un instante. Luego los abre. No llora. No lo hará.

—Que se encarguen de su familia —ordena—. Todo.

—Ya está hecho.

Me llevo una mano al pecho. No para protegerme. Para recordar que esto no es un juego. Que no lo ha sido nunca.

Matteo se acerca. No me toca. Se queda a un paso.

—No podía aceptar. No lo haré —asevera.

Lo miro. Veo algo nuevo en su expresión. No culpa. Responsabilidad.

—Me salvaste —digo.

—Eso hago.

—No era tu obligación.

Matteo inclina la cabeza.

—Sí lo era.

Nadie discute eso.



No recuerdo el trayecto hasta mi habitación. Solo el sonido amortiguado de mis propios pasos y la sensación de llevar algo roto dentro que aún no sangra. La villa vuelve a cerrarse sobre sí misma con su coreografía habitual: guardias que cambian turnos, puertas que encajan, voces bajas que ordenan sin explicarse. Todo funciona. Como siempre. Como si no acabara de morir un hombre por nosotros.

Me quito la ropa despacio. Me meto en la cama sin encender la luz y miro el techo.

Pienso en Sandro. En su nombre dicho sin énfasis. En cómo Matteo lo pronunció sin bajar la cabeza. En la forma en que la muerte aquí no se dramatiza: se asume, se paga, se archiva.

No lloro. No ahora.

La puerta se abre sin ruido.

No me sobresalto.

Matteo entra y cierra detrás de sí. La habitación se llena de su presencia antes de que diga nada. No enciende la luz.

—No vas a quedarte sola. Ni esta noche. Ni ninguna dentro de esta casa.

Me incorporo un poco. Lo veo recortado contra la penumbra, con la camisa ya limpia y el gesto firme.

—Estoy bien —miento.

Matteo niega una vez, apenas.

—No te lo pregunto.

Se acerca a la cama. Se sienta en el borde. La mano cae sobre el colchón, a centímetros de la mía.

—Van a volver a intentarlo —continúa—. De otra forma. Con otras piezas. Pero no van a parar.

—Lo sé.

—Y no pienso dejar que te conviertan en una de ellas.

—No soy frágil —digo.

—Por eso te quiero cerca. —Levanto la vista—. Voy a ser tu sombra. Si te mueves, me muevo. Si respiras, estoy. No voy a pedir permiso para eso.

Asiento. No porque me someta. Porque, por primera vez en mucho tiempo, no tengo fuerzas para resistirme a algo que no me reduce.

—Quédate —susurro.

Matteo no contesta. Se quita la chaqueta. Los zapatos. Se tumba a mi lado con cuidado, como si yo fuera de cristal aunque sepa que no lo soy. Su brazo me rodea despacio.

Me acerco. Apoyo la frente en su pecho. Su corazón late firme, constante. Vivo. Eso me tranquiliza más de lo que debería.

—Lo siento por Sandro —digo al fin.

La mano de Matteo se tensa un segundo en mi espalda. Luego vuelve a su ritmo.

—Hizo su trabajo.

—Y aun así…

—Y aun así —repite—. Aquí nadie muere en vano.

Cierro los ojos. El cuerpo empieza a rendirse ahora, cuando ya no hace falta correr.

—No me dejes sola —pido, y no sé a quién se lo digo exactamente.

Matteo baja la cabeza hasta apoyar la barbilla en mi pelo.

—No lo haré.

No hay besos. No hay urgencia. Solo dos cuerpos que se reconocen en el mismo punto de la noche, demasiado cansados para fingir que esto no importa.

Me quedo dormida con su respiración marcando el tiempo, ese que también ha cambiado.

26

LO QUE NO SE PLANEA

Chiara

Seis meses antes…

Me desperté sola. No fue una sorpresa, pero tampoco algo que pasara sin dejar rastro. La cama conservaba su olor, su calor reciente, la huella de un cuerpo que había estado ahí hacía apenas unos minutos… o quizá una hora. No lo supe. Adriano no dormía como el resto del mundo. Yo tampoco.

Me quedé boca arriba, intentando ordenar lo que sentía. No había arrepentimiento ni euforia. Había algo más incómodo: la conciencia clara de que aquello no había sido solo una noche. Y yo no quería a nadie en mi vida. No así. No de esa forma.

Me incorporé despacio y me di cuenta de algo. Adriano había dejado una rosa roja a mi lado, sobre la almohada. La cogí con cuidado, aunque no tenía espinas, y me la llevé a la nariz para olerla. El olor se introdujo por mis fosas nasales y me puso los vellos de punta. Fue como si acabaran de cortarla del rosal.

Dejé que la sábana resbalara conmigo hasta envolverme el cuerpo. Estaba desnuda debajo. No me vestí. No sentí la necesidad. Caminé descalza por el apartamento con la flor en la mano, como si no quisiera despertar a la ciudad que ya empezaba a moverse al otro lado de los ventanales.

Roma amanecía ordenada, limpia, ajena a mis dudas.

El apartamento era exactamente como Adriano: impecable sin resultar frío, amplio sin ostentación. Todo estaba en su sitio. Demasiado. Ningún objeto fuera de lugar. Ninguna fotografía personal. Ninguna hendidura visible por la que asomara el pasado. Era una casa pensada para alguien que no dejaba huellas… o que se había entrenado para borrarlas.

Avancé por el pasillo con la sábana ajustada al cuerpo, sintiendo el contraste del mármol bajo los pies. Pasé frente a una librería perfectamente alineada, un salón abierto con vistas privilegiadas, una cocina que parecía no haber sido usada nunca. Y entonces lo escuché.

Su voz.

Grave. Baja. Controlada.

Procedía de una habitación a la derecha.

Me detuve un segundo antes de entrar. Era un despacho, sin duda. Adriano estaba de espaldas, ya vestido, pantalón de traje oscuro, camisa blanca abrochada a medias. El cabello aún húmedo. El teléfono en la mano. Hablaba en inglés, con frases cortas, precisas, sin elevar el tono. Adriano Ferrara no discutía; ordenaba y el alrededor acataba.

Cuando me vio reflejada en el cristal del ventanal, se interrumpió a mitad de frase.

—Hablamos luego. —Colgó sin despedirse.

Se giró despacio. Me recorrió de arriba abajo sin disimularlo. La sábana. El cabello suelto. La forma en que me sostenía de pie, sin cubrirme del todo.

—Buenos días —dijo.

—No quería interrumpir.

—No lo hiciste.

Se acercó y me besó sin preámbulos, como si no hubiera pasado ni un minuto desde la noche anterior. Un beso lento, profundo, que no tenía urgencia pero sí intención.

—Pensé que te habías ido —murmuré contra sus labios.

—No me gusta marcharme sin despedirme. —Su mano bajó por mi espalda y atrapó la sábana con un gesto firme—. Ni dejar asuntos a medias.

Tiró de ella con suavidad. La tela cayó al suelo. No apartó la mirada ni un segundo. Sus dedos recorrieron mi piel con la misma atención con la que la noche anterior había recorrido mis silencios.

—Adriano…

—Ven aquí.

Me guio hasta la mesa del despacho. La suya. Madera oscura. Superficie limpia. Demasiado orden para lo que estaba a punto de suceder. Me sentó sobre ella, colocándose entre mis piernas, sin tocar todavía, sosteniendo la distancia solo lo justo para que doliera.

—Dime que no te arrepientes.

No respondí con palabras.

Me incliné hacia él y lo besé. Y su forma de sonreír, apenas perceptible, me dijo que ya lo sabía.

No hubo prisa. Eso fue lo primero que me desarmó.

Adriano apoyó una mano a cada lado de mi cuerpo, atrapándome contra la mesa, pero no avanzó. Me sostuvo ahí, abierta, vulnerable, mirándome y memorizando algo que no pensaba olvidar.

—Anoche no te marchaste —dijo—. Eso significa algo.

—No le pongas nombre —respondí, con la voz más firme de lo que sentía.

—No suelo hacerlo.

Sus dedos subieron despacio por mis muslos, sin tocar donde yo ya empezaba a arder. Me obligó a respirar hondo. A esperarlo. A aceptar su ritmo. Siempre el suyo.

—Mírame —ordenó, bajo.

Le obedecí.

Sus ojos oscuros no preguntaban. Decidían. Me recorrieron con una mezcla peligrosa de deseo y control.

—Aquí —añadió, deslizando los dedos por mi vientre— no hay nada que no esté pasando porque tú quieres.

—No estoy segura de eso —admití.

—Lo estás. —Se acercó más—. Simplemente no te gusta perder el control.

Tenía razón. Y eso me enfureció lo justo para empujarlo del pecho.

No retrocedió.

Me sujetó las muñecas con una sola mano y las alzó por encima de mi cabeza, sin brusquedad, pero sin dejar espacio para la duda.

—No luches conmigo. No hoy.

Mi respiración se rompió en un suspiro que no quise contener.

—Adriano…

—Shhh.

Me besó entonces. Profundo, exigente, de esos besos que no piden permiso porque saben que lo tienen. Su cuerpo se pegó al mío, sólido, caliente, y la mesa dejó de ser un límite para convertirse en apoyo.

Cada movimiento suyo tenía intención. Cada contacto, una advertencia: esto no era un juego. Era un encuentro entre dos voluntades fuertes, y solo una marcaba el compás.

Me dejó sin espacio para pensar.

Solo para sentir.

Cuando me sostuvo con firmeza, cuando guio mi cuerpo sin palabras, cuando mi nombre salió de su boca en un murmullo grave, supe que aquello iba a perseguirme mucho después de que terminara.

No fue delicado. Y no hacía falta.

Cuando todo se detuvo, cuando el aire volvió poco a poco a mis pulmones y la realidad regresó, Adriano apoyó la frente en la mía, respirando despacio, sin soltarme del todo.

—No te quedes —dijo, casi como una confesión.

—No pensaba hacerlo.

—Bien.

Sus dedos se deslizaron una última vez por mi piel antes de apartarse. Me ayudó a bajar de la mesa con un gesto que no tenía nada de romántico, pero sí de cuidado. Me recogió la sábana del suelo y me la devolvió, sin mirarme, dándome espacio para recomponerme.

Me la ajusté al cuerpo.

—Esto no cambia nada —informé.

Adriano se giró entonces. Me miró como si ya supiera que mentía.

—Lo cambia todo. La diferencia es que aún no sabes en qué dirección.

—Gracias por la rosa.

Salí del despacho sin volver la vista atrás.

Pero mientras me alejaba, con el cuerpo todavía temblando y la cabeza hecha un nudo, entendí algo que no me gustó en absoluto:

No había pasado la noche con un hombre peligroso. Había pasado la noche con uno que sabía exactamente cuándo avanzar… y cuándo dejarte marchar para que fueras tú quien regresara.

27

TERRENOS Y MIRADAS

Matteo

Actualidad…

Los días no pasan. Se superponen. Clara y yo empezamos a movernos como una unidad sin haberlo hablado. Reuniones, visitas, trayectos cortos que antes hacía solo. Ahora ella va a mi lado. A veces delante. A veces un paso por detrás, según el terreno y las miradas.

La villa se nos queda pequeña demasiado pronto.

—Necesito aire —me dice una mañana—. Si me quedo aquí dentro, me va a estallar la cabeza.

—Aquí dentro estás segura.

—Es una cárcel. —No pregunta. Expone una necesidad. Y yo la entiendo mejor de lo que me conviene.

Así que… lo que siento por ella me empuja a hacerla feliz, ni yo mismo entiendo este sentimiento y almorzamos fuera algunos días en sitios donde nadie nos espera y todos miran. Restaurantes discretos, mesas apartadas, ruido suficiente para que las palabras no reboten. La seguridad se despliega sin hacerse notar. Los míos. Los que saben leer un gesto antes de que se convierta en amenaza. *Uomini d'onore*, los llamaban antes. Ahora solo son hombres que no dudan cuando toca ponerse delante.

Clara se sienta frente a mí y parece otra persona. No baja la guardia, pero respira distinto. Observa a la gente. Juega con la copa. A veces sonríe. No para agradar, sino porque algo le cruza la cabeza. Me pide que le cuente historias pequeñas. Le hablo de Sicilia. De comidas. De lugares que no salen en los libros. Ella escucha con atención.

En las reuniones, no se esconde. Interviene cuando hace falta y calla cuando conviene. Mide tiempos. Lee silencios. Algunos intentan provocarla. Ninguno lo consigue. Yo observo cómo se tensan cuando descubren que no es una invitada decorativa. Que entiende. Que anota. Que recuerda.

Me doy cuenta de que empiezo a anticiparme a sus movimientos. Le acerco el vaso antes de que lo pida. Le dejo el espacio exacto cuando una conversación se enciende. Camino medio paso más lento para no adelantarme. Ella hace lo mismo conmigo. No lo comentamos. Solo funciona.

Por la noche, vuelve a mi habitación. O yo a la suya. No siempre hay sexo. A veces solo cansancio y una mano buscando otra en la oscuridad. Dormimos poco. Dormimos juntos. Eso es más peligroso que cualquier ataque frontal.

En público, no la toco más de lo necesario. En privado, tampoco reclamo. No porque no quiera. Sino porque sé lo que implica cruzar ciertas líneas aquí. Y aun así, cada día que pasa, la línea se mueve.

La noto más pálida algún mediodía. Le pregunto si está bien. Me dice que sí, que es el calor, que no dramatice. Aprieto la mandíbula y no discuto. Hago una llamada. Cambio un plan. Ajusto un horario. Ella me mira y sabe que he hecho algo. No lo señala. Me lo devuelve con una media sonrisa que no me tranquiliza en absoluto.

Los Della Torre no se mueven. Eso me inquieta más que sus amenazas. Vittorio no espera. Calcula. Arianna desaparece del radar. Leone deja de provocar en público. Demasiado silencio. Demasiada corrección.

Clara también lo siente.

—Esto no ha terminado —comenta una tarde, mientras salimos de un sitio que no debería haber aceptado—. Están preparando algo.

—Siempre lo están.

—No así.

La miro. Está seria.

—¿Qué ves? —le pregunto.

—Todavía no lo sé —responde—. Pero cuando lo sepa, no nos va a gustar.

Seguimos andando. La seguridad abre paso. La calle sigue con su vida ajena. Me doy cuenta de que ya no pienso en cómo protegerla solo de los otros. Pienso en cómo protegerla de mí. De lo que empiezo a sentir cuando la veo caminar sin mirar atrás porque sabe que estoy ahí.

No se lo digo. No todavía. Pero cada día que pasa, me deja una verdad clara y peligrosa: no la estoy acompañando porque sea parte del trabajo. La acompaño porque no concibo moverme sin ella. Y en mi mundo, eso no es amor. Es una sentencia.



Salimos de un restaurante que ella ha elegido y que no me gustaba, demasiado expuesto, en una avenida de cuatro carriles, demasiada gente, demasiado tráfico, demasiado huecos para esconderse.

Algo se desajusta antes incluso de que mi cabeza encuentre una explicación. Es intuición animal, que se me clava en el estómago cuando el mundo, de pronto, deja de respirar al mismo ritmo que yo.

Clara habla. Dice algo sobre el postre, sobre que al final no era tan malo salir de la villa, sobre la sensación de volver a sentirse normal durante una hora. La escucho y no la escucho. Su voz me llega amortiguada, como si alguien hubiera bajado el volumen de todo lo que no importa.

Levanto la vista.

Hay una ventana en el edificio de enfrente. Tercera planta. La persiana está subida lo justo para no parecer sospechosa. Demasiado perfecta y quieta. El reflejo del sol rebota un segundo donde no debería.

El tiempo se rompe ahí.

No oigo el disparo. Nunca se oye cuando es real. Lo siento atravesándome el cuerpo, una presión seca en el pecho, un latigazo que me empuja a reaccionar antes de pensar.

Agarro a Clara por la cintura y la lanzo contra mí con toda la fuerza. No mido. No calculo. La cubro con mi cuerpo y caemos detrás de un coche aparcado. El cristal del restaurante estalla a nuestra espalda.

—Al suelo —gruño, más animal que hombre.

Ella choca contra mí. Su respiración se acelera un segundo, solo uno, y después noto cómo se recompone. Clara siempre se recompone. Se protege la cabeza, se pega a mi pecho, no grita. Nunca grita.

Mis hombres ya se mueven. No necesito mirarlos para saberlo. Los conozco. Sé cómo suenan cuando desenfundan, cómo se colocan, cómo cierran ángulos. La calle se convierte en otra cosa en cuestión de segundos.

Yo solo miro a Clara.

—Mírame —le ordeno, bajando la voz hasta hacerla firme—. ¿Estás herida?

Sus ojos buscan los míos.

—No. Estoy bien.

Levanto la cabeza apenas un poco, lo justo para confirmar lo que ya sé.

Un destello. Arriba. Breve. Metálico. Como una mueca del sol.

—Ahí —murmuro.

—Nico —lo llamo, sin apartar los ojos del edificio—. Sácala de aquí. Ahora.

Nico aparece a nuestro lado en un segundo.

—Directo a la villa —ordeno—. No paréis. No contestes llamadas. Si alguien se cruza, no frenes.

Clara me agarra del brazo. Sus dedos se clavan con una urgencia que no intenta disimular.

—Matteo…

La miro. Solo a ella. Todo lo demás desaparece.

—No ahora. Confía en mí.

—Confío —responde, y eso me atraviesa más que el disparo.

Me inclino un poco, acerco la frente a la suya un segundo robado.

—Te quiero viva —susurro—. Hazme ese favor.

Aprieta los labios. Asiente. No discute. Nunca lo hace cuando entiende que no hay margen.

Nico la levanta casi en vilo y la mete en el coche. Clara no deja de mirarme ni un instante. La puerta se cierra. El motor ruge. El coche desaparece.

Solo entonces respiro. Y solo entonces dejo salir lo que soy cuando no hay testigos.

—Conmigo —le digo a Marco.

Cruzamos la calle corriendo. El edificio tiene la entrada abierta. No hay portero. No hay vecinos curiosos. Nadie quiere formar parte de esto. Mejor, no tengo que matar a nadie que se interponga en mi camino.

Subimos las escaleras de dos en dos. Tercera planta. Cuarta. Quinta. El corazón me golpea fuerte, no por el esfuerzo, sino por la imagen que no deja de repetirse: Clara bajo mi cuerpo, su pulso desbocado contra el mío, la posibilidad real de no haber llegado a tiempo.

La puerta de la azotea está forzada.

La empujo.

El viento nos golpea de lleno. No hay nadie. No hay cuerpo. No hay arma. Pero hay rastros.

Me acerco al pretil. Una colilla aplastada contra el cemento. Filtro negro. Marca cara. Francesa.

La reconozco sin esfuerzo.

Marco se agacha junto a una chimenea y abre un estuche largo apoyado contra la pared. Está vacío. Limpio. Profesional.

Pero dentro hay algo más.

Una cinta roja, anudada con cuidado al cierre.

No necesito pensar.

—Della Torre —digo en voz baja.

Marco no pregunta.

Me acerco al borde y miro la calle desde arriba. Mis hombres ya han tomado posiciones. Demasiado tarde para el tirador. Demasiado temprano para fingir que esto ha sido un aviso sin intención.

No ha sido una amenaza, sino una firma.

Ha sido una firma.

Saco el móvil y marco un número que no uso a la ligera.

—Ha comenzado la guerra. No hay lugar para la paz.

—Mantén la calma hasta que yo llegue —dictamina con frialdad.

—¿Cree el diablo que no habrá sangre sin él?

—Sin errores. —Cuelga, yo también lo hago.

El viento vuelve a sacudir la azotea y siento algo que no me permito sentir: miedo. No por mí. Nunca por mí. Por ella. Por haberla sacado a la calle creyendo que podía protegerla de todo. Por haber subestimado lo rápido que el mundo reacciona cuando detecta una abertura.

Saco la cinta roja del estuche y la guardo en el bolsillo interior de la chaqueta.

Que quede claro. Han tocado lo único que no deberían haber tocado. Y esta vez no voy a responder con palabras.



Aún huelo a pólvora cuando llego a la villa, y a metal caliente, y a algo que no debería haber ocurrido a plena luz del día.

Cruzo el vestíbulo sin quitarme la chaqueta.

—¿Dónde está?

No necesito decir su nombre.

Helena levanta la vista desde el sofá. Clara está a su lado. Sentada recta. Demasiado entera para alguien a quien acaban de disparar a dos metros.

—En casa —responde Helena—. Gracias a ti.

No contesto. Camino hacia Clara. Me detengo a un paso. No la toco. No todavía.

—¿Estás bien?

Ella asiente. Un gesto mínimo. Controlado.

—Eso no es una respuesta —digo.

—Estoy bien.

Helena se levanta despacio.

—Explícate, Matteo.

Me giro hacia ella solo lo justo.

—Francotirador. Desde un edificio frente al restaurante. Un solo disparo. Sin segundo intento.

Helena frunce el ceño.

—¿Un aviso?

—No —responde Clara antes que yo.

La miro. Ahí está. El problema.

—Un error de cálculo.

Helena clava los ojos en ella.

—¿Qué quieres decir?

Clara se levanta. No me pide permiso. No me mira primero. Habla porque ya ha decidido hacerlo.

—No dispararon a matar.

—Los Della Torre no se andan con chiquitas.

—No lo sabéis todo —me corrige.

Me giro hacia ella del todo.

—Clara…

—Escúchame —pide con tono firme. Y me enciende—. Si hubieran querido sangre, la habría habido —continúa—. El ángulo era limpio. El tiempo, perfecto. El disparo fue quirúrgico.

Aprieto la mandíbula.

—No utilices esa palabra.

—Entonces dime otra. Porque fue exacto. Y no para ti.

El silencio cae como un golpe seco.

Helena nos observa con atención, sin intervenir.

—La bala no iba dirigida a ti —dice Clara, mirándome—. Iba dirigida a mí.

—Eso no lo sabes —respondo.

—Sí lo sé.

—No empieces a sacar conclusiones.

—No son conclusiones. Son patrones. —Da un paso hacia mí. No retrocede. No se esconde—. Arianna vuelve a la mesa. Proponen matrimonio. Tú te niegas. Yo sigo aquí. Y de pronto alguien dispara cuando salimos a comer, sin rematar. —Me sostiene la mirada—. Si yo desaparezco, el problema se resuelve solo.

—No digas eso. —Respiro hondo.

—Dímelo tú entonces —me reta—. Dime por qué no.

No respondo de inmediato. Porque hay demasiadas piezas encajando demasiado bien.

—Creen que si me quitan de en medio —continúa— tú volverás a la lógica del clan. A lo previsible. A Arianna.

Helena da un paso al frente.

—Eso es una acusación grave.

—Es una lectura —responde Clara—. Y encaja demasiado.

Me acerco. Le sujeto el brazo. No aprieto. No tiemblo.

—No vuelvas a colocarte como objetivo.

—No lo hago yo. Lo hacen ellos.

—No sabes hasta dónde pueden llegar.

—Mi padre tampoco lo supo.

La frase me atraviesa.

—No mezcles esto con…

—Está todo mezclado —me corta—. Mi presencia aquí. Tu negativa. La prisa de los Della Torre. Y ahora un disparo limpio. ¿De verdad no lo ves?

Lo veo. Y eso es lo que no puedo decir.

—Si aceptaras la boda —sigue, más bajo— esto se detendría.

La miro. De verdad.

—No —aseguro—. Eso no sería una solución. Sería rendirse.

—Sería proteger.

—No a este precio.

—¿Y cuál es el precio? ¿Yo?

—No eres una moneda —ladro.

—Entonces deja de decidir por mí.

Helena interviene al fin.

—Basta. —Nos mira a los dos.

—Esto no se resuelve ahora. Y no aquí.

Clara no aparta la mirada de mí.

—Si vuelven a intentarlo —dice—, no será un aviso.

—Lo sé.

—Y no pienso desaparecer para facilitarles nada.

—No te lo permitiría.

—No puedes decidir eso.

—Puedo —respondo—. Y lo haré.

Nos quedamos así. No la beso. No ahora. Pero ambos sabemos algo que nadie más en esta casa ha dicho en voz alta todavía: La bala iba dirigida a ella. Y la guerra ya ha empezado.

Me reta unos segundos y decide marcharse. Yo no me muevo. Escucho cómo sube los escalones y una puerta cerrarse arriba, muy al fondo. Me quedo donde estoy, con sus palabras vibrando en mi pecho.

La bala iba dirigida a ella.
A Clara.

Camino hasta el ventanal del salón. Necesito aire y la villa, de pronto, se me queda pequeña. Fuera, el jardín sigue igual: grava blanca, setos recortados, una fuente que no entiende de amenazas. Todo está en calma. Y eso me enfurece.

Aprieto las manos. Los nudillos se emblanquecen.

Repaso la escena una y otra vez: la distancia, el ángulo, el segundo exacto en el que la empujé. El destello. El silencio después. Si hubiera tardado medio latido más… No termino la frase. No me lo permito.

Siempre he sabido jugar con objetivos. Con riesgos. Con pérdidas asumibles.

Ella no entra en ninguna de esas categorías.

Eso es lo que me desarma.

Me paso una mano por la cara, despacio, como si así pudiera borrar la imagen de su cuerpo cayendo contra el mío, del sonido seco de su respiración cuando la cubrí. No gritó. No se bloqueó. Se movió conmigo. Demasiado bien. Porque Chiara Russo no es una mujer que huya. Y eso la hace más vulnerable de lo que cree.

—Mierda… —murmuro.

La han elegido porque creen que es la pieza que me descoloca. Porque piensan que, quitándola del tablero, me devolverán a una posición conocida. Previsible. Controlable.

No entienden nada.

No entienden que no hay vuelta atrás desde el momento en que alguien apunta a lo que yo protejo.

Me giro cuando escucho pasos. Helena se detiene a unos metros. No invade. Nunca lo hace.

—Ya lo sabes —habla.

—Sí.

—Entonces actúa con la cabeza fría.

La miro.

—No cuando se trata de ella.

Helena sostiene mi mirada sin parpadear.

—Eso es peligroso.

—Lo peligroso —respondo— es pensar que todavía puedo fingir que no me importa.

Helena inclina la cabeza.

—Los Della Torre creen que pueden forzarte.

—Se equivocan.

—Entonces protégela. Pero hazlo sin que ella se sienta una prisionera. Tratará de escapar.

Esa es la parte difícil. Porque lo único que quiero ahora mismo es encerrarla en esta casa, poner hombres en cada esquina, convertir la villa en un búnker y borrar su nombre de cualquier lista.

Y sé que ella me odiaría por ello.

Me doy la vuelta antes de responder. Camino hacia la escalera.

—No va a volver a estar sola —aclaro—. Ni un segundo.

—Eso no es protección —advierte Helena—. Eso es apego.

Me detengo un instante.

—Llámalo como quieras.

Subo los escalones sin prisa, con el pulso ya controlado, con la mente funcionando como siempre ha funcionado cuando las cosas se complican: fría, exacta, implacable. Pero ahora, cada decisión que tome, cada movimiento que ordene, cada guerra que acepte… pasa por una sola pregunta: ¿La pone a salvo o la expone? Y esa pregunta no debería existir.

Entro en el pasillo de las habitaciones. La suya está al fondo. Abro sin llamar.

Clara está sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, el pelo suelto, el rostro serio. Me mira al instante. Como si

supiera que iba a volver.

—¿Ya has decidido? —pregunta.

Me acerco despacio.

—Sí.

—¿Y?

Me siento frente a ella. A la altura de sus ojos.

—A partir de ahora —digo—, eres mi prioridad.

No sonríe. No se relaja.

—Eso no me tranquiliza.

—Debería.

—No cuando suena a sentencia.

La observo. La fuerza. La lucidez. El peligro que es para cualquiera que la subestime.

—No voy a decirte que tengas cuidado —añado—. No serviría.

—No.

—Pero sí voy a decirte esto —continúo—: si vuelven a intentarlo, no habrá advertencias.

—¿Qué harás?

Me inclino un poco más.

—Terminarlo.

Clara traga saliva. No baja la mirada.

—Entonces más te vale no equivocarte —dice.

Y ahí está. Justo ahí. La razón por la que la han elegido. Y la razón por la que yo ya no puedo soltarla.

—No lo haré. —Porque ahora lo sé con una claridad que quema: No están atacando a mi enemiga. Están atacando lo único que no puedo perder. ¿Dónde demonios me he metido

No sé quién se mueve primero. Su mano busca la mía y no la aparto. Mi pulgar roza su muñeca y siento cómo le cambia la respiración. Me inclino y apoyo la frente en la suya, Clara no retrocede.

—Esto no va a ser fácil —murmura.

—Nunca lo es cuando importa.

La beso entonces. Sin prisa. Sin urgencia. Como si cada segundo contara y a la vez sobrara. Un beso que no se impone, que se

queda, que explora. Clara responde, primero contenida, después con una intensidad que me atraviesa.

La tumbo con cuidado. Me sigue el gesto. Me busca. Sus manos recorren mi espalda, se aferran a la camisa, me obligan a acercarme más. No hay palabras. No hacen falta. Solo respiraciones que se mezclan, cuerpos que se reconocen demasiado rápido para fingir lo contrario.

Me detengo un instante, lo justo para mirarla.

—Dime que quieres esto.

—Ya lo sabes.

Y lo sé. En la forma en que me rodea el cuello. En cómo arquea el cuerpo cuando la beso de nuevo. En cómo deja de pensar.

Nos desnudamos sin ceremonia. Sin urgencia, pero sin dudas. La piel contra la piel. El peso exacto. El lugar correcto. Me muevo despacio, atento a cada gesto, a cada cambio en su respiración. Clara me recibe sin reservas, sin miedo, con esa mezcla suya de desafío y entrega que me desarma.

—Matteo…

Mi nombre en su boca no es una llamada. Es una decisión.

Me hundo en ella con cuidado primero, luego con más firmeza, marcando un ritmo que no es solo deseo, sino promesa. Clara me sigue, me acompaña, me iguala. No hay nada frágil en este momento. Solo intensidad. Presente. Verdad.

Cuando todo termina, no nos separamos enseguida. Me quedo sobre ella, apoyando la frente en su cuello, respirando su olor, memorizando este instante como si pudiera protegerlo.

—Esto nos va a costar caro —dice, con la voz baja.

—Lo sé.

—¿Te arrepientes?

La rodeo con los brazos.

—Ni por un segundo.

Clara se acomoda contra mí. No habla. Yo tampoco. Afuera, la villa duerme. Adentro, algo ha cambiado de forma irreversible.

Y mientras la siento respirar, lo acepto sin rodeos: ya no sé protegerme sin protegerla a ella. Y esa es, con diferencia, la guerra más peligrosa que he decidido librar.

28

LA DISTANCIA EXACTA

Chiara

Seis meses antes…

Llegué a la oficina antes de la hora prevista.

Dos días. Dos días desde aquella noche y aquella mañana. Dos días sin un mensaje, sin una llamada, sin una señal que no fuera el recuerdo insistente de su forma de mirarme mientras me follaba sin tregua y de una rosa roja adornando mi mesita de noche.

Ferrara Capital seguía funcionando con la misma precisión de siempre. Nadie corría. Nadie levantaba la voz. El poder aquí no necesitaba demostraciones. Yo caminaba por los pasillos de cristal con la carpeta bajo el brazo y una tranquilidad aprendida por obligación. Por dentro, todo estaba en alerta.

—El señor Ferrara ya está en la sala de reuniones. No tiene buena cara —me informó Galesa, que achinó los ojos al instante—. Tú tampoco la tienes.

—No inventes.

—Me remito a pruebas evidentes. —Me señaló.

—Una noche larga.

—¿Otra pesadilla?

—Puede asemejarse. —Di un paso hacia delante—. Nos vemos para comer. —Y me marché.

Entré en la sala sin vacilar. Los depredadores huelen el miedo de sus presas y yo no iba a ser una de ellas.

Estaba de pie junto a la mesa, revisando unos documentos en la tablet. Traje oscuro, camisa blanca. Impecable. Distante. El Adriano que conocía el mundo. No el que me había desarmado sin levantar la voz.

—Buenos días —saludé.

Levantó la vista.

—Buenos días, señorita Bernardi.

Vuelvo a ser señorita Bernardi. Esto es maravilloso.

En realidad, sí era lo mejor que podía pasar, por motivos más que obvios, pero me molestó que en su rostro no quedara ni rastro de la intimidad compartida. Ni una sílaba más. Ni un gesto fuera de lugar.

Me senté frente a él y abrí mi carpeta; olvidé que había aprendido el mapa de su espalda con los dedos.

—Tenemos que preparar Nueva York —dije—. La reunión con Halpern Group no admite improvisaciones.

—Lo sé —respondió, seco—. El vuelo sale el domingo por la noche. Llegamos el lunes a primera hora.

—¿Viajas solo?

—No.

No aclaró más. Tampoco lo pregunté. No iba a darle ese espacio.

Entró el equipo. Tres directivos y dos asesores externos. La reunión avanzó con normalidad. Hablamos de cifras, de riesgos, de escenarios posibles. Yo expuse los puntos delicados del acuerdo, los márgenes de negociación, las líneas que no convenía cruzar. Adriano escuchaba, intervenía cuando era necesario, preciso, cortante. Profesional hasta el extremo.

No me miró ni una vez más de lo estrictamente funcional.

Cuando la reunión terminó, el equipo salió y nos dejó a solas. Después de cerrarse la puerta nos quedamos en silencio, uno que no permití que se alargara.

—¿Eso es todo? ¿Así vamos a funcionar ahora?

Adriano dejó la tablet sobre la mesa y cuadró los hombros casi imperceptiblemente. No se sentó. Mantuvo la distancia exacta. La que no permite el roce ni la huida.

—Así es como siempre he funcionado.

—No conmigo. Lo que pasó…

—Lo que pasó no cambia nada —me interrumpió.

—No es verdad.

—Para mí, sí.

Me crucé de brazos, no para cerrarme, sino para no avanzar. Si daba un paso más, aquello se convertiría en otra cosa. Y los dos lo sabíamos.

—Han pasado dos días. Dos. Y has desaparecido.

—No te debo explicaciones.

—No te las estoy pidiendo. Te estoy señalando una realidad.

Se acercó entonces. Solo un poco. Lo suficiente para que notara su presencia ocupando el espacio sin tocarme.

—La realidad es que esto no puede ocupar más lugar del que ya ocupa.

—¿Esto qué?

—Tú y yo.

El golpe fue limpio. Sin dramatismo. Sin rodeos.

—No he venido a complicarte la vida —respondí—. Bastante complicada la tengo ya.

—No sabes nada de mi vida —contestó—. Y no pienso cambiar eso.

—Entonces no cruces límites que no estás dispuesto a sostener.

Sus ojos se oscurecieron un segundo. Solo uno. Luego volvió el control.

—Fuiste tú quien no se marchó.

—Y fuiste tú quien dejó que me quedara.

No respondió de inmediato. Caminó hasta la ventana. Miró la ciudad como si allí hubiera una respuesta que yo no podía ver.

—No dejo entrar a nadie —aseguró—. Nunca.

—Yo tampoco.

Se giró despacio.

—No es lo mismo.

—Para mí sí.

Algo se tensó en su mandíbula.

—Viajas a Nueva York conmigo.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Ahora. Solo será trabajo. Nada más.

—Eso ya lo sé.

—Quiero escucharlo.

—Será trabajo —repetí—. Pero no me trates como si hubiera hecho algo mal.

—No es eso.

—Entonces explícate.

Se acercó otro paso. Ya no quedaba tanta distancia. La suficiente para que mi cuerpo reaccionara antes que la cabeza.

—No puedo permitirme distracciones —dijo—. Y tú lo eres.

—Curioso —respondí—. Yo diría que el problema no es la distracción. Es el control.

Sus labios se tensaron.

—No juegues conmigo.

—No lo estoy haciendo.

—Sí lo haces. Porque no te vas. Porque no miras al suelo. Porque no finges que no entiendes lo que pasa aquí.

—Porque no huyo.

—Exacto.

Nos miramos retándonos.

—¿Te arrepientes? —pregunté.

—No.

La respuesta llegó sin titubeos.

—Entonces no me castigues con distancia.

—No es un castigo.

—Lo parece.

Adriano se apartó. Volvió a la mesa. Recuperó la tablet. El gesto fue una barrera clara.

—Prepárate para el viaje. Mi secretaria te enviará el itinerario.

—Lo estaré.

Me dirigí a la puerta sin mirarlo.

—Clara.

Me detuve.

—No confundas intensidad con promesas.

—No lo hago.

—Bien.

Abrí la puerta.

—Porque yo tampoco confundo silencio con ausencia —añadí, sin girarme.

Salí. Y mientras caminaba por el pasillo, con la cabeza alta y el pulso firme, asumí algo que no me tranquilizó en absoluto: No me estaba alejando de Adriano Ferrara. Estaba aprendiendo la distancia exacta desde la que podía perderlo todo sin darme cuenta.

29

BUENAS Y MALAS IDEAS

Chiara

Actualidad…

Veo a Raffaele Vitale de pie junto a la chimenea, sin chaqueta, con el bolso aún colgado del hombro. Me mira como si yo fuera un problema que se ha materializado en mitad de su salón. A su lado, dos maletas cerradas.

—Así que eres tú.

—Hola, Raffaele. Bienvenida de nuevo.

No responde al saludo. Lo ignora con la precisión de quien no pierde el tiempo en cortesías cuando algo la enfurece.

—Sabía que no era buena idea —continúa—. Lo dije. Desde el principio. —Deja el bolso sobre una butaca con un gesto seco—. Traerte aquí. Meterte en esta casa. En nuestra casa.

—Si tienes algo que decirme, dilo sin rodeos.

Raffaele suelta una risa corta. Sin humor.

—¿De verdad no sabes lo que tengo que decirte? —Da dos pasos hacia mí—. Desde que llegaste, todo se ha desordenado. Alarmas. Reuniones fuera. Disparos en la calle. ¿Casualidad?

—Conveniencia.

—Exacto. —Asiente—. La tuya.

Aprieto los dientes. Mantengo el tono.

—No he pedido estar aquí.

—No. —Sus ojos se afilan—. Pero te quedaste.

—Porque vuestro apellido no me intimida.

Eso la toca.

—No es intimidación —corrige—. Es supervivencia. Algo que tú no entiendes porque no has nacido aquí.

Raffaele me observa de arriba abajo. No me escanea el cuerpo. Me escanea la intención.

—Eres peligrosa —dice—. No porque quieras serlo. Sino porque no sabes lo que provocas.

Abre la boca para seguir hablando y entonces lo siente.

Yo también.

Matteo entra en el salón con paso rápido, alerta, la mandíbula tensa. Se detiene al vernos frente a frente.

—¿Qué pasa?

Raffaele se gira hacia él.

—¿Ahora te preocupa?

—Raffa —advierte.

—No —lo corta—. Ahora no me llames así.

Señala hacia mí sin mirarme.

—Explícame por qué sigue aquí. Explícame por qué la traes contigo a todas partes. Explícame por qué los Della Torre han pasado de querer casarte con Arianna a intentar sacarla de en medio.

El silencio cae pesado.

Yo no me muevo.

Matteo sí.

Se coloca a mi lado. No delante. A mi lado. Y ese gesto lo dice todo.

—Baja el tono —le pide.

—¿El tono? —Raffaele lo mira incrédula—. ¿Eso es lo que te preocupa ahora?

—Me preocupa que no midas lo que dices.

—Me preocupa que tú ya no lo midas —responde ella—. Porque te conozco.

Da un paso más hacia él.

—Y porque sé exactamente lo que está pasando.

Matteo no aparta la mirada.

—No sabes nada.

Raffaele sonríe. Esta vez con tristeza.

—Lo sé todo. —Me mira por primera vez de verdad—. Y tú también lo sabes.

Vuelve a Matteo.

—Te has enamorado.

La palabra cae en el salón como una pieza de cristal rompiéndose.

Yo contengo el aire.

Matteo no responde de inmediato. No niega. No afirma. Solo aprieta la mandíbula.

—No uses esa palabra —masculla.

—¿Por qué? —Raffaele se cruza de brazos—. ¿Porque no entra en nuestras normas? ¿Porque no estaba en el plan?

Se acerca un poco más.

—¿O porque sabes que aquí el amor no es una opción?

Matteo habla bajo. Firme.

—Aquí hay reglas.

—Exacto —asiente ella—. Reglas que tú estás rompiendo.

Me mira de nuevo.

—¿Sabes cuáles son, Clara?

No contesto.

—Primera: la familia va antes que cualquier deseo. Segunda: las debilidades se pagan. Tercera: el amor no se exhibe. Se elimina.

El pulso me golpea fuerte.

Matteo da un paso adelante.

—¡Basta!

—No —replica Raffaele—. No basta. Porque si no lo digo yo, lo dirá alguien con una bala en la cabeza. —Señala el suelo—. Y esta casa ya ha enterrado suficientes errores.

Matteo gira la cabeza hacia mí un segundo. Solo uno. Pero lo suficiente para que yo lo entienda.

Luego vuelve a ella.

—Clara no es un error.

Raffaele lo mira largo. Muy largo.

—Eso es exactamente lo que me da miedo.

El silencio se estira. Duele.

Yo respiro hondo y hablo:

—No he venido a romper nada. Pero tampoco voy a pedir perdón por existir.

Raffaele me observa. Evalúa. Decide.

—Ojalá fueras solo eso. —Se vuelve hacia Matteo—. Esto no acaba aquí. —Sale del salón sin mirar atrás.

Me quedo quieta.

Matteo se gira hacia mí despacio.

—¿Estás bien?

Asiento.

No del todo. Pero sigo en pie.

—Tu hermana tiene razón en algo. Aquí el amor es una amenaza.

Matteo me mira. De cerca. Con algo que ya no intenta ocultar.

—Entonces tendremos que aprender a sobrevivir a ella. —Me da un beso en la mejilla que me calienta y me hiela al mismo tiempo y va tras ella.

Me quedo sola, no me muevo. Y hay algo, una quietud… el tipo de quietud que aparece cuando algo se ha dicho en voz alta y ya no puede volver a esconderse.

Siempre supe que amar aquí era un lujo que se paga caro. No porque me lo explicaran con palabras, sino porque lo vi. Crecí observando cómo el afecto se convertía en debilidad y la debilidad en una grieta por la que entraba la muerte. Aprendí pronto a no necesitar a nadie, a no prometer nada que no pudiera sostener con sangre fría, a no permitir que nadie me mirara como si yo fuera un lugar al que volver.

Por eso me negué al amor durante años. No por falta de deseo. Por exceso de lucidez.

Y, aun así, llegó Adriano Ferrara.

Apareció en mi vida sin ruido, sin violencia, sin esa forma brusca de poseer que aquí confunden con protección. Con él aprendí que el amor podía ser otra cosa: una elección silenciosa, una mano que no aprieta, una presencia que no exige. Me enamoré de él sin darme cuenta, como se enamora quien cree que todavía hay un margen para la normalidad. Y quizá por eso dolió tanto. Porque con Adriano no perdí solo a un hombre; perdí la idea de que podía existir una vida al margen de este mundo.

Todavía lo amo. No necesito engañarme para saberlo.

Entonces, ¿qué es lo que siento por Matteo?

La pregunta me quema por dentro porque no tiene una respuesta cómoda. Matteo no es hogar. Matteo es peligro. Es control, es filo, es

una forma de mirar que no promete futuro, pero sí una intensidad que arrasa con cualquier intento de negación. Con él no hay tregua. No hay espacio para fingir que esto es pasajero o que puede resolverse con distancia.

Y eso me asusta.

No porque no sepa lo que implica. Me asusta porque lo sé demasiado bien.

Aquí el amor no se protege: se castiga. Y, aun así, cuando Matteo se ha colocado a mi lado hoy, no delante ni detrás, he sentido algo que no sentía desde hace años. No seguridad. Lealtad. Esa clase de lealtad que no se pronuncia, pero se demuestra con el cuerpo.

¿Merece la pena?

La pregunta no va sobre ellos. Va sobre mí.

He venido hasta aquí por una razón que no pienso olvidar. Vine a averiguar quién mató a mi padre. Vine a confirmar si su nombre fue usado como excusa o como traición. Vine a cerrar una herida que nunca se cerró porque nadie me dio una verdad completa. No pienso marcharme sin eso. No ahora. No después de todo lo que he cruzado para llegar hasta aquí.

Y si para conseguirlo tengo que caminar al borde del abismo, lo haré.

No soy ingenua. Sé que amar a Matteo puede costarme la vida. Sé que quererlo me coloca justo donde los Della Torre quieren disparar. Sé que, si caigo, no habrá épica ni justicia, solo una versión oficial bien redactada.

Y, aun así, hay algo más peligroso que morir aquí.

Irme sin saber.

Irme dejando que el nombre de mi padre siga siendo un rumor.

Irme renunciando otra vez a lo único que siempre me prometí: no huir.

Por eso sigo. Por eso me quedo. Por eso no bajo la cabeza.

Si amar a Matteo es una sentencia, que lo sea con los ojos abiertos.

Si este mundo solo entiende de sangre, yo al menos sabré por qué estoy dispuesta a derramar la mía.

30

CUANDO ELLA APARECIÓ

Adriano

Seis meses antes…

Me gustaban los aeropuertos de madrugada. Un territorio suspendido en oscuridad en el que las decisiones se volvían más visibles.

Aquella noche, sin embargo, fui el primero en bajar del coche.

El jet esperaba con las luces encendidas, inmóvil sobre el asfalto húmedo, como un animal enorme que no necesitaba moverse para imponer respeto. El personal de tierra trabajaba en silencio, con gestos precisos, acostumbrados a no hacer preguntas.

Ella apareció unos minutos después.

Clara cruzó la pista con paso firme, el abrigo ceñido y el pelo recogido. No llevaba equipaje grande, solo un maletín y una bolsa pequeña. No miraba alrededor. Nunca lo hacía.

La vi antes de que me viera ella. Y supe que ese detalle me molestaba más de lo que debería.

Cuando levantó la vista, no se detuvo. Tampoco sonrió. Se colocó frente a mí y dejó la bolsa en el suelo.

—Buenos días.

—Buenos días.

El silencio entre los dos se tensó de inmediato. No por lo que faltaba, sino por lo que sobraba.

—¿Todo listo? —Miró el jet.

—Todo listo. —No dije nada más. Tampoco ella. Subimos por la escalerilla sin tocarnos. El interior olía a cuero limpio. Luces bajas. Madera clara.

Le indiqué el dormitorio con un gesto.

—Es tuyo.

Clara se giró despacio.

—No hace falta.

—Sí hace. El vuelo es largo. Has dormido poco.

No me preguntó cómo lo sabía. Me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.

—No duermo en aviones.

—Hoy será la primera vez. —La frase quedó flotando entre los dos. No era una invitación ni una orden, sino un límite.

Clara asintió al final y dejó el maletín sobre la cama sin quitarse el abrigo.

—Gracias.

No añadió nada más. Yo tampoco. Cerré la puerta con cuidado y volví a la cabina principal. Me serví un café que no necesitaba y me senté frente a la ventanilla.

Cuando el jet comenzó a moverse, sentí el tirón familiar en el estómago. El mismo de siempre. El que aparecía justo antes de que algo se desplazara de verdad.

No miré hacia el dormitorio. No hice llamadas. No abrí informes.

Pensé en la forma en que Clara había caminado por la pista. En su manera de no reclamar nada y, aun así, ocuparlo todo. En la noche que habíamos cruzado sin promesas exactas.

Le había pedido que descansara. No por cortesía, fue por darnos una tregua que no sabía cuánto tiempo iba a durar.

El primer aviso llegó como llegan siempre las cosas importantes: sin dramatismo.

Un leve cambio en el sonido del motor. Una vibración distinta bajo los pies. Nada alarmante. Nada que justificara una reacción inmediata. Aun así, levanté la vista del cristal y supe que no iba a ser un vuelo limpio.

La señal de cinturones se encendió unos segundos después.

—Turbulencias moderadas —anunció la tripulación con una calma entrenada.

No me moví de inmediato. Escuché. El avión no protestaba, pero había perdido la suavidad inicial. El cielo se había vuelto irregular, como una superficie que deja de responder a las previsiones.

Me levanté cuando la sacudida siguiente obligó a vibrar las copas del mueble lateral.

Fui al dormitorio sin correr y abrí la puerta con cuidado.

Clara estaba sentada en la cama, descalza, con el abrigo doblado a un lado. No dormía. Me miró antes de que yo dijera nada.

—Tenemos que volver a la cabina —le indiqué—. Ponte el cinturón.

—¿Pasa algo?

—Nada que no sepamos manejar. Pero prefiero que estés delante.

La siguiente sacudida nos obligó a apoyarnos en el marco de la puerta. Coloqué la mano en su espalda para estabilizarla. Un gesto breve. Funcional. Aun así, sentí cómo se tensaba bajo mis dedos.

No la solté hasta que estuvo sentada y asegurada.

Me senté frente a ella, sin abrocharme aún. Hice una seña al capitán cuando salió de la cabina.

—¿Qué tenemos?

—Una lectura irregular en uno de los sensores de presión —explicó—. Nada crítico, pero no voy a forzar el cruce del Atlántico así.

Asentí.

—¿Opciones?

—Podemos desviarnos a Gander —dijo—. Newfoundland. Está preparado para este tipo de aterrizajes. Revisamos y decidimos desde allí.

No hubo discusión. No la necesitábamos.

—Hazlo.

El capitán volvió a su puesto. Yo me abroché el cinturón entonces y miré a Clara. Sus manos descansaban sobre los muslos, relajadas. Demasiado. Ese control no era casual.

—Aterrizaremos antes de tiempo.

—Lo he oído.

—Puede que tardemos unas horas más.

—No tengo prisa.

No bajó la mirada. Tampoco buscó tranquilizarme. Eso me gustó y me inquietó a la vez.

La siguiente fase del vuelo fue más dura. No peligrosa, pero incómoda. El jet descendió atravesando una capa de aire denso que obligó a corregir varias veces. La tripulación se movía con eficacia. El capitán informaba con frases breves. Todo bajo control.

Yo no aparté la vista de Clara.

Cuando el avión tocó pista, el impacto fue firme, seco. El tipo de aterrizaje que no se comenta pero se recuerda. Frenado largo. Asfalto húmedo. Luces blancas y azules reflejadas en la ventanilla.

Gander no tenía nada de glamur. Y eso la hacía perfecta.

—Bienvenidos a Canadá —anunció el capitán—. En cuanto revisemos el sistema, os mantendré informados.

Me desabroché y me incliné hacia Clara.

—¿Estás bien?

—Sí.

La respuesta salió rápida, automática. Le toqué la muñeca con dos dedos. Sentí el pulso. Estable. Firme.

—Mírame —le pedí. Lo hizo—. Si en algún momento no lo estás, me lo dices.

—¿Siempre das instrucciones así? —Una sonrisa cruzó su boca.

—Solo cuando importa.

La tripulación comenzó a moverse alrededor. El capitán salió de nuevo.

—Necesitaremos al menos dos horas. Puede que más.

—Tómate el tiempo que haga falta. Prefiero llegar tarde que mal.

Asintió, satisfecho. No todo el mundo aceptaba eso sin presión.

Me giré hacia Clara.

—Vendrán a revisar el sistema. Podemos quedarnos a bordo o bajar a la sala privada del aeropuerto.

—Me quedaré aquí —dijo—. Si no te importa.

—No me importa.

Nos quedamos sentados, el jet detenido, el mundo en pausa. Ella miraba por la ventanilla. Yo observaba cómo la luz fría del norte le cambiaba el rostro.

No había promesas. No había planes. Pero había algo que ya no podía ignorar: cuando las cosas se torcían, mi primer pensamiento iba hacia ella. Y eso no entraba en ningún itinerario.



Por fin llegamos a Nueva York, que no recibió a nadie con delicadeza aquella mañana. La ciudad entró por los cristales del coche con su ruido habitual, su tráfico impaciente, su luz gris aún sin pulir. Yo la conocía bien. Demasiado. Pero Clara no estaba allí de verdad. Viajaba sentada a mi lado, recta, con la espalda apoyada en el cuero oscuro, mirando por la ventanilla de la limusina que nos había recogido como si quisiera convencerse de que todo seguía bajo control.

No lo estaba.

Lo supe antes de que dijera una palabra.

Su piel había perdido ese tono cálido que llevaba desde Roma.

—¿Estás bien? —pregunté, sin mirarla directamente.

—Sí —respondió demasiado rápido.

Eso también era una respuesta.

Bajamos del coche y no la perdí de vista, aunque no quise ayudarla porque no se hubiera dejado. Sin embargo, algo le ocurría. Pedí que fuera rápido. Nos dieron las habitaciones y subimos en el ascensor hasta ellas. Pero no entré en la mía. Abrí su puerta, le indiqué con la cabeza que pasara dentro y la seguí. La escuché suspirar. Ella no pudo evitarlo.

—Te quedas aquí —indiqué en la suite—. Cancelamos lo de esta mañana.

Ella se giró hacia mí despacio, como si ese movimiento requiriera más esfuerzo del que estaba dispuesta a admitir.

—No. —La palabra sonó firme. Demasiado firme para alguien que no estaba bien.

—Sí —rebatí con la misma calma—. Te tumbas. Comes algo. Duermes.

—Adriano, he venido a trabajar.

—Y lo harás. Mañana.

Se quitó el abrigo con un gesto brusco y lo dejó sobre el respaldo de una silla.

—No soy una invitada. Esta reunión la hemos preparado juntos.

—Precisamente por eso.

—No tienes derecho a decidir por mí.

No levanté la voz. Nunca lo hacía cuando algo importaba.

Saqué el móvil del bolsillo y marqué un número que conocía de memoria. Ella me observó, primero con incredulidad, luego con una irritación que iba creciendo por capas.

—La reunión de esta mañana queda aplazada. Veinticuatro horas. Mañana, misma hora. —Escuché la réplica al otro lado—. No. No es negociable. —Una pausa—. Perfecto. Gracias.

Colgué.

Clara se había quedado quieta, con los brazos cruzados, mirándome.

—¿Acabas de…?

—Sí.

—No puedes hacer eso.

—Ya lo he hecho.

—No soy una debilidad que tengas que ocultar.

Di un paso hacia ella. Solo uno. El suficiente para que bajara la mirada sin darse cuenta.

—No te oculto. Te cuido.

—No necesito que me cuiden.

—Hoy sí.

Sus labios se apretaron. Conocía bien ese gesto: lo usaba cuando no quería admitir que el cuerpo iba por delante de la voluntad.

—Me estás dejando en ridículo —murmuró.

—Te estoy evitando un error.

—¿Y quién decide eso?

La miré por fin. De frente. Sin dureza.

—Yo.

El silencio se estiró entre los dos. Un choque de naturalezas parecidas.

—Si cruzas esa puerta ahora —continué—, llegarás entera. Vestida. Impecable. Y nadie notará nada. Pero dentro de dos horas estarás peor. Y yo no negocio cuando alguien a mi lado no puede sostenerse.

—Soy tu igual en esa mesa.

—Precisamente por eso no te llevo.

Sus hombros cedieron apenas. Un gesto mínimo. Pero lo vi.

—No me gusta esto —admitió al final.

—A mí tampoco —respondí—. Pero no siempre se hace lo que gusta.

Me acerqué lo justo para tomarle el rostro con la mano abierta, sin presión. Su piel estaba fría.

—Quédate —pedí—. No te pido más.

No se apartó. Tampoco asintió. Respiró hondo.

—Solo hoy —dijo finalmente—. Solo hoy.

—Solo hoy.

Le dejé espacio. Me dirigí a la puerta.

—Descansa. Te traerán algo ligero. Si necesitas cualquier cosa…

—Lo sé —me interrumpió—. Siempre lo sabes.

La miré una última vez antes de salir. Estaba de pie, inmóvil, intentando recomponerse con pura voluntad.

Cerré la puerta con suavidad.

En el pasillo, marqué otro número. Esta vez no para negociar, sino para asegurarme de que nadie volviera a cambiar lo que ya había decidido.

En Nueva York, el poder no se grita. Se ejerce. Y Clara, aunque aún no lo supiera, acababa de entrar en una zona donde yo no permitía errores. Ni siquiera los suyos.

31

REMATAR LA ESCENA

Matteo

Actualidad…

No dejo que llegue a su habitación.

Raffaele avanza por el pasillo con el bolso aún puesto, la maleta olvidada en la entrada, el cuerpo cargado de una rabia que no necesita explicación. La conozco desde antes de que supiera mentir. Ese paso no es huida. Es ataque contenido.

—Raffaele. —No se gira—. Raffaele. —Mi voz no sube. Nunca lo hace cuando quiero que alguien se detenga.

Esta vez frena en seco. Tarda un segundo en darse la vuelta. Cuando lo hace, sus ojos ya están preparados para la guerra.

—¿Qué quieres ahora? ¿Rematar la escena o prefieres que lo sigamos delante de toda la casa?

—Te pasaste.

—No —responde al instante—. Me quedé corta.

Da un paso hacia mí. El pasillo se vuelve estrecho. No hay criados, no hay guardias cerca, pero eso no significa que estemos solos. En esta casa, las paredes siempre escuchan.

—Le debes una disculpa —digo.

Raffaele suelta una carcajada seca, incrédula.

—¿Una disculpa? —niega despacio—. ¿Tú sabes lo que le debes tú a esta familia?

—Mide lo que dices.

—No pienso hacerlo. Porque alguien tiene que decirlo en voz alta, y veo que no vas a ser tú.

Se acerca otro paso. Estamos demasiado cerca. Sangre con sangre.

—La has puesto en el centro —continúa—. En las reuniones. En la mesa. En la línea de fuego. ¿De verdad no te das cuenta de lo que

has hecho?

—Sé exactamente lo que hago.

—Entonces dilo.

—No tengo que darte explicaciones.

—Dilo igualmente —insiste—. Dilo para ver si eres capaz de escucharte.

Sostengo su mirada. No aparto los ojos.

—Clara es una pieza útil. —La frase sale fría. Pensada. Diseñada para resistir.

Raffaele parpadea una vez. Solo una.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Es suficiente.

—No lo es —replica—. Porque no estás hablando de una operación, Matteo. Estás hablando de una persona.

—En este mundo, las personas también cumplen funciones.

—No cuando te importan.

—No me importa.

—Mientes mal. Y siempre has mentido mal cuando el problema eres tú.

Aprieto la mandíbula. No retrocedo.

—La familia va primero.

—Eso lo sé —responde—. Nos lo tatuaron antes que el apellido. Pero nadie nos enseñó a usar a quien nos importa para llegar a la verdad.

—No la estoy usando.

—Claro que sí. —Su voz baja—. Y lo sabes.

Da un paso atrás. Me observa como si buscara algo que no encuentra.

—¿De verdad crees que no se ha dado cuenta? —pregunta—. ¿Crees que Clara no ve lo que está pasando?

—Clara sabe moverse.

—Clara sabe sobrevivir —corrige—. Y eso no es lo mismo. Los que sobreviven no olvidan. Ni perdonan.

Cierro los puños.

—Basta.

—No —contesta—. Porque si te importa, la estás poniendo en peligro. Y si no te importa, te has convertido en alguien que ni siquiera padre habría reconocido.

El nombre no debería cruzar su boca. Doy un paso adelante.

—No lo nombres.

—Pues mírate. Mírate ahora mismo.

Nos quedamos frente a frente. Dos Vitale. Dos maneras de entender el poder. Dos formas de perderlo.

—La familia es lo primero —repito.

—Entonces, protégela —responde—. Protégela de ti.

Estoy a punto de contestar cuando una presencia se interpone sin levantar la voz.

—Ya basta.

Helena.

No necesita imponerse. El pasillo se reordena a su alrededor.

Raffaele baja la mirada un segundo. Yo no.

—Los dos —añade—. Estáis hablando desde lugares que no sirven.

Se coloca entre nosotros, con la calma de quien lleva décadas evitando guerras internas.

—Matteo, te estás justificando. Y tú, Raffaele, estás dejando que el miedo te dicte el tono. —Nos mira uno a uno—. Esta casa no se mantiene con gritos ni con palabras bonitas. Se mantiene con decisiones que no tiemblan. —Clava sus ojos en mí—. Y tú aún no has tomado la tuya.

No respondo.

Porque lo que llevo dentro ya no encaja en ninguna norma que nos hayan enseñado.

Helena se marcha sin esperar respuesta. Raffaele la sigue con un gesto brusco, pero antes de doblar el pasillo se detiene.

—No juegues a dos bandos —me lanza—. O eliges a la familia o eliges a Clara. Porque esto no admite medias tintas. —Se va.

Me quedo solo. No porque el pasillo esté vacío, sino porque todo lo demás se ha retirado de golpe: el ruido, la casa, incluso el aire. Camino sin prisa. Conozco este trayecto de memoria. Lo he hecho

otras veces, cuando algo amenaza con romper el orden que me mantiene vivo.

Entro en mi despacho y cierro. No enciendo luces. Me apoyo en el escritorio y dejo que el silencio me alcance de frente.

La frase vuelve, insistente, como una bala que no se dispara: la familia es lo primero. La he repetido tantas veces que se me ha quedado incrustada en la boca. Me ha salvado. Me ha condenado. Me ha permitido decidir sin dudar cuando otros dudaban. Hasta ahora.

Porque ahora hay una variable que no controlo.

Clara.

No la pienso como "pieza". No puedo. No la pienso como "herramienta". Tampoco. La pienso como se piensa aquello que puede destruirte si lo nombras mal. Con cuidado. Con rabia. Con una lucidez incómoda.

Si digo en voz alta que la amo, pierdo el mando. Si lo niego, me convierto en algo que no reconozco.

La verdad (la única que no he dicho) es otra: si la uso para llegar a la verdad, me rompo por dentro. Si no la uso, pierdo la guerra. Y perder la guerra aquí no significa retirarse. Significa enterrar a los tuyos.

Me enderezo. Miro el mapa sobre la pared, las rutas marcadas, los nombres que he aprendido a leer entre líneas. El padre de Clara aparece en mi cabeza sin que lo llame. La noche de su desaparición. Los informes incompletos. Los silencios que alguien compró muy caros.

No viniste aquí por mí, me digo. Vino por eso.

Y, aun así, cada vez que la miro, cada vez que se planta delante de alguien que podría matarla y no baja la cabeza, algo en mí se ordena alrededor de ella.

Apoyo las manos en la mesa. Aprieto.

—No te voy a sacrificar —digo en voz baja, aunque no haya nadie —. No de esa manera.

El teléfono vibra. Lo miro sin cogerlo. Sé quién es antes de verlo.

Clara.

Contesto.

—Dime.

—¿Dónde estás?

—En mi despacho.

—No te muevas.

—No iba a hacerlo.

Solo tarda unos minutos en llegar. Abre la puerta y me observa. Estoy de pie, junto a la ventana, con los puños apretados y alerta. Siempre alerta.

—Matteo…

—No tienes que decir nada.

—Todo se ha precipitado, pero no voy a irme.

—No quiero que te vayas, pero, si lo veo conveniente, yo mismo te llevaré a Roma.

—Sabes que eso no es factible.

—Que mueras tampoco.

Damos dos pasos a la vez. Nos quedamos cerca. Demasiado.

—Vine por respuesta y no pienso irme sin ellas —asegura.

—Y las tendrás.

—A cualquier precio.

—No al tuyo.

Me observa largo. Me cree. Eso es lo más peligroso de todo.

—Ahora soy el objetivo, Matteo. Porque te importo.

—Por eso te voy a proteger.

—Eso no siempre salva —responde—. A veces solo alarga la caída. Pero me da igual.

Doy un paso más. Le tomo la cara con las manos. La beso con una intensidad que no admite estrategia. Clara responde sin reservas, como si también hubiera decidido cruzar el mismo límite.

Cuando nos separamos, apoyo la frente en la suya.

—Si tengo que elegir —murmuro—, elegiré mal. Lo sé.

—Yo también —responde—. Por eso estamos aquí.

No hay promesas. No hay discursos. Lo que viene nos va a poner a prueba de formas que ninguno controla. Y aun así, no doy marcha atrás.

Quiero ganar, pero sobre todo… la quiero a ella.



La pesadilla siempre empezaba igual, aunque nunca se desarrollaba del mismo modo.

Era de noche. Una noche espesa, sin estrellas, sin luna. El tipo de oscuridad que acecha. Caminaba por un sendero de tierra húmeda, con los zapatos hundiéndose apenas en el barro. Tenía veinte años. O quizá veintidós. En los sueños la edad es una sensación, no un dato.

Sabía dónde estaba sin haber estado nunca allí despierto.

Un claro entre árboles viejos. Troncos retorcidos. Hojas secas acumuladas como cuerpos que nadie había querido recoger. El aire olía a hierro y a algo más antiguo, más profundo. Sangre vieja. Miedo asentado.

Había una figura frente a mí.

No tenía rostro al principio. Solo una silueta de hombre, de pie, inmóvil, con las manos atadas a la espalda. No suplicaba. Eso era lo peor. No pedía nada. Esperaba.

—No tiene que acabar así —decía una voz.

La voz no salía de la figura. Salía de mí.

Daba un paso al frente y entonces el rostro aparecía. El padre de Chiara, Alesandro Russo. Más joven de lo que lo había visto nunca en fotografías. Los ojos abiertos, fijos, demasiado tranquilos para alguien que sabía lo que iba a ocurrir.

—Díselo tú —respondía el hombre—. Dile por qué.

Yo quería hablar. Explicarme. Decir que no había sido una decisión sencilla. Que nadie me había dejado alternativas limpias. Que había nombres, documentos, pactos imposibles de sostener sin sangre.

Me pesaba el arma en la mano. Nunca veía el arma entera. Solo la empuñadura. Fría. Familiar. Parte de mí.

—Ella no tiene que pagar esto —decía el hombre.

Entonces el claro cambiaba.

Los árboles se cerraban un poco más. El aire se volvía espeso. Y Clara aparecía.

No como mujer. Como niña.

De pie, a unos metros, con el pelo suelto, la cara manchada de tierra. Mirándome sin llorar. Sin entender.

—¿Por qué? —preguntaba.

No gritaba. No acusaba. Solo preguntaba.

Intentaba moverme hacia ella, pero el suelo cedía bajo mis pies. El barro se volvía profundo, pegajoso, imposible. Cada paso me hundía más.

Detrás, el padre de Chiara reía. No con burla. Con tristeza.

—Díselo —insistía—. Mírala y díselo.

El arma pesaba más.

Demasiado.

Apretaba los dientes. Sentía el sudor frío recorriéndole la espalda. Sabía que el siguiente gesto era irreversible. Que después de eso no habría regreso. Ni justificación que alcanzara.

Y aun así, en la pesadilla, como en la vida, no bajaba el arma.

El disparo nunca se oía.

Lo que se oía era el silencio posterior. Un silencio limpio, brutal, definitivo. El tipo de silencio que no se llena jamás.

El cuerpo caía. No se veía el impacto. Solo el peso desplomándose. Las hojas removiéndose. Algo terminando para siempre.

Chiara desaparecía.

Y entonces el claro cambiaba de nuevo.

Ahora estaba solo. Más viejo. Con las manos manchadas de algo oscuro que no se iba, por mucho que las frotara. El agua del río cercano corría roja durante un segundo… y después clara, como si nada hubiera ocurrido.

—No fue por ella —me decía a mí mismo—. Fue por la familia.

Las palabras sonaban huecas incluso dentro del sueño.

Detrás de mí, pasos.

Al girarme, no veía a su padre. Ni a los míos. Veía a Chiara adulta, de pie, mirándome con una calma que daba miedo. No llevaba armas. No gritaba. No lloraba.

—La verdad siempre vuelve —decía—. Aunque la entierres bien.

Intenté responder. Explicar. Defenderme. Pero la boca no me obedecía. La lengua pesaba toneladas.

Clara se acercaba despacio. Se detenía a un palmo de mí.

—No te voy a matar —añadía—. Eso sería fácil.

Le apoyaba dos dedos en el pecho. Justo donde el corazón latía descompasado.

—Te voy a hacer sentirlo…

Despierto. Siempre con el mismo golpe de realidad: la respiración rota, el cuerpo tenso, las sábanas empapadas de sudor. La habitación en penumbra. El silencio real, doméstico, insoportablemente normal.

No importa cuánto tiempo pase.

No importa cuántas capas de poder, dinero o lealtad construyera encima.

Algunas decisiones no se duermen nunca. Solo esperan.

Tardo unos segundos en entender dónde estoy. Respiro hondo, una vez, dos. No funciona del todo. La pesadilla se queda pegada, como una sombra que no necesita oscuridad para existir.

Entonces la siento.

Clara está a mi lado. De espaldas, el cuerpo recogido, la respiración tranquila. Su presencia no borra lo que acabo de ver, pero lo mantiene a raya.

Me giro despacio para no despertarla. La observo sin tocarla. El gesto serio incluso dormida. El mechón de pelo cayéndole sobre la mejilla. La piel desnuda apenas cubierta por la sábana. Todo en ella parece real de una forma que duele. Porque no lo es del todo. No para mí.

Muevo una mano para apartarle el pelo y, en ese gesto mínimo, Clara se remueve. Abre los ojos. Me enfoca enseguida. Siempre lo hace.

—¿Qué pasa? —pregunta, con la voz aún baja, sin rastro de sueño pesado.

No respondo.

Aparta un poco la sábana y se gira hacia mí. Me mira con atención. No con alarma. Con esa preocupación limpia que no busca drama.

—Matteo.

Respiro hondo otra vez. Me paso una mano por la cara. Intento recomponerme sin decir nada, pero ella no es de las que aceptan silencios vacíos.

—Has tenido una pesadilla —afirma—. Lo sé.

—No es nada.

Miento mal. Ella lo nota.

—No me mires así. No funciona conmigo.

Se incorpora un poco, apoyándose en el codo. Sus ojos recorren mi cara, buscando algo concreto.

—¿Te duele algo?

—No.

—¿Entonces?

No quiero decirlo. No quiero traerlo aquí. A esta cama. A su cuerpo todavía tibio. A este momento que debería ser simple y no lo es.

—Déjalo —contesto—. Ya se ha ido.

Clara no insiste de inmediato. Me estudia. Y ese gesto, tan suyo, me desarma más que cualquier pregunta directa.

—No se ha ido. Lo tienes aún encima.

No discuto. Porque tiene razón.

Me acerco un poco más. Lo suficiente para que nuestras frentes casi se toquen. Clara no retrocede. Tampoco sonríe. Se limita a esperar.

—No tienes que cargar con todo solo —musita.

Esa frase. Esa maldita frase.

Cierro los ojos un instante. Cuando los abro, ya he tomado la decisión que llevo evitando desde que desperté.

La beso.

No es un beso urgente. No es una huida. Es lento. Medido. Como si necesitara comprobar que está ahí de verdad. Clara responde enseguida. Sus labios se ajustan a los míos con una naturalidad que me golpea por dentro.

Su mano busca mi cuello. La mía se apoya en su espalda. La acerco más. La sensación de su piel contra la mía me ancla. Me devuelve al presente.

Cuando nos separamos, no nos alejamos.

Clara me mira. Sus ojos ya no preguntan. Observan.

—Matteo… —empieza.

—Déjame hablar —digo, bajo—. Por favor.

Asiente. No porque se lo pida. Porque decide escuchar.

Trago saliva. No ensayo la frase. No la pienso. Si la pienso, no saldrá.

—Estoy enamorado de ti.

Lo digo así. Sin rodeos. Sin adornos. Como se dicen las cosas que no admiten réplica.

Clara no se mueve.

No sonríe. No se aparta. Tampoco responde.

Y eso no me sorprende.

—No tienes que decir nada —añado enseguida—. No ahora. No nunca, si no quieres.

Se humedece los labios. Respira hondo. Sus ojos no se apartan de los míos.

—Matteo…

—Escúchame —insisto—. No te lo digo para que me devuelvas nada. Te lo digo porque necesitas saberlo.

Frunce ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

Me acerco un poco más. Bajo la voz.

—Porque te pone en peligro.

El silencio cae entre nosotros, denso pero honesto.

—Estar cerca de ti ya lo hacía —responde—. No cambia nada.

—Sí cambia.

—No soy una mujer a la que proteger con declaraciones —replica —. No soy…

—Lo sé —la corto—. Precisamente por eso.

Apoyo la frente en la suya. Respiro su mismo aire.

—Si alguien intenta tocarte —continúo—, no será por lo que sabes. Será por lo que significas para mí.

Clara cierra los ojos un segundo. Los vuelve a abrir.

—Eso no me tranquiliza.

—No quiero tranquilizarte. Quiero que estés informada.

Se queda en silencio. Puedo verla pensar. Puedo ver cómo coloca cada palabra que no dice en su sitio exacto.

—No sé qué siento —admite al fin.

No hay disculpa en su tono. Hay verdad.

—No te lo he pedido.

—Pero…

—Clara —la interrumpo, suave—. No necesito promesas. Necesito que sepas que, a partir de ahora, cualquier cosa que ocurra… ocurrirá conmigo delante.

Me observa largo rato. Luego apoya la mano en mi pecho, justo donde el corazón sigue acelerado.

—Eso también es peligroso —murmura.

—Siempre lo he sido.

Se inclina y me besa de nuevo. Más breve. Más contenido. Como si marcara un límite que no está dispuesta a cruzar aún.

Cuando se aparta, se queda muy cerca.

—No me pidas que te salve —asegura.

—No lo haré.

—Ni que te elija.

—No lo necesito.

La abrazo. No para retenerla. Para estar.

Clara apoya la cabeza en mi pecho. Su cuerpo se relaja poco a poco. Yo no cierro los ojos. No todavía. Porque ahora que lo ha dicho en voz alta, ya no hay vuelta atrás.

Estoy enamorado de ella.

32

LO QUE NO SE DICE EN VOZ ALTA

Chiara

Seis meses antes…

Cuando Adriano se marchó y cerró la puerta de la suite, el suelo se movió con lentitud. Caminé hasta la cama con cuidado y me senté despacio. La cabeza me latía con un pulso irregular.

Me tumbé sin quitarme los zapatos. Pensé que sería un minuto. Cerré los ojos convencida de que bastaría con respirar hondo y esperar.

Cuando los abrí, Adriano estaba allí. Había pasado más tiempo del que pensaba. Me quedé dormida.

No había oído la puerta. No había escuchado pasos. Solo su figura recortada junto a la ventana, el abrigo oscuro colgado del brazo, el gesto serio, atento, demasiado enfocado para alguien que solo venía a comprobar si estaba descansando.

—No estás bien. —No fue una pregunta.

Me incorporé un poco, apoyando el peso en los codos.

—Estoy cansada.

Se acercó sin prisa, dejó el abrigo sobre el sillón y me apoyó el dorso de la mano en la frente. El contacto fue breve, pero suficiente. Su expresión cambió apenas, lo justo para que yo lo notara.

—Tienes fiebre.

—Eso no significa nada. Un resfriado, el viaje, el cambio horario.

—Significa que no estabas en condiciones de discutir conmigo antes.

—No tengo fuerzas para discutir eso. —¿Le escuché sonreír? No lo supe entonces—. No hacía falta que volvieras —balbuceé.

—Sí. Hacía falta.

No levantó la voz. No discutió. Sacó el teléfono y habló en inglés con alguien durante menos de un minuto. Lo entendí; claro que lo entendí. Colgó, se sentó al borde de la cama y me miró con esa concentración que no admitía réplicas.

—Viene un médico.

—Adriano…

—No voy a negociar esto contigo.

Cerré los ojos. Me dejé caer otra vez sobre la almohada. Cuando el médico llegó, yo estaba envuelta en una manta fina, con la cabeza pesada y la piel demasiado caliente. Era un hombre discreto, eficiente, de los que hacen preguntas cortas y escuchan con atención real. Me tomó la temperatura, me auscultó, anotó algo en una tableta.

—Fiebre alta. Infección vírica, probablemente. Necesita reposo absoluto, líquidos y medicación.

—Eso ya está resuelto —intervino Adriano.

El médico asintió, dejó unas indicaciones sobre la mesa y se marchó sin curiosidad innecesaria.

Cuando la puerta se cerró, el silencio volvió a ocupar la habitación. Yo seguía despierta, mirando el techo, tratando de ordenar la sensación de vulnerabilidad que no me gustaba reconocer.

—Gracias —dije al cabo de un rato.

Adriano se giró hacia mí.

—No me las des.

—Aun así… no era necesario movilizar a medio Manhattan por mí.

Se sentó otra vez en la cama.

—Cuando alguien que me importa no está bien, no calculo lo que es necesario.

Giré la cabeza para mirarlo. No supe qué responder.

—Voy a ducharme. Me ayudará a despejarme.

—No cierres con pestillo.

Asentí.

El baño estaba en penumbra. Cerré la puerta y apoyé las manos en el mármol del lavabo. El reflejo me devolvió una versión más pálida de mí misma, los ojos demasiado brillantes. Abrí el grifo del

agua fría y me mojé la nuca. Después me di una ducha que me ayudó a respirar. Mi móvil sonó sobre el lavabo cuando salía y me envolvía en una toalla.

El nombre de mi madre apareció en la pantalla con la naturalidad de un golpe suave en el pecho.

—*Mamma.*

—Chiara —respondió al instante—. ¿Estás bien? —Solo una madre reconoce tu malestar en una sola palabra, en medio suspiro.

—He cogido algo —dije en voz baja, sin olvidar que Adriano estaba al otro lado de la puerta—. Nada grave.

—¿Estás segura?

—Sí. *Mamma*… No te preocupes.

—¿Quién es? —preguntó Claus a su lado.

—Es Chiara —indicó mi madre—. Saluda.

—¡Chiara! —su voz sonó clara, luminosa—. Mamá dice que estás en América.

—Sí.

Me hizo algunas preguntas que no podía responder con sinceridad y le pasó el teléfono de nuevo a mi madre.

—Descansa. No fuerces el cuerpo.

—No lo haré. Te quiero. —No era una frase habitual en mí. No en voz alta. Pero salió sin esfuerzo.

—Yo también, Chiara.

Colgué despacio. Me quedé unos segundos apoyada en el lavabo hasta que un ruido me puso en alerta. Adriano abrió la puerta unos centímetros.

—¿Clara?

—Sí. —¿Me había escuchado? Esperaba que no. Maldije para mis adentros. No podía cometer esos errores.

—¿Todo bien? —Empujó y sus ojos se clavaron en los míos—. Vuelve a la cama.

Obedecí sin pensar. Cuando pasé por su lado, su olor se me coló dentro y me estremecí.

—Te ayudaré a prepararte.

—Puedo ponerme el pijama sola.

—Estoy seguro de eso, pero casi no puedes mantenerte en pie. —Suspiré. Llevaba razón, no obstante, no estaba acostumbrada a sentirme débil y a dejar que me ayudaran—. Vamos, no te miraré. —Se posicionó frente a mí y dejé que me quitara la toalla. Lo hizo con cuidado. La apartó y la colgó sobre una silla. Luego, fue hasta mi equipaje y cogió unas braguitas y el pijama que había elegido para la ocasión, uno de seda beis.

—Siéntate. Estarás más cómoda.

Me colocó la ropa interior subiendo por las piernas y el roce de la tela y su piel erizó la mía.

—Álzate un poco. Lo justo.

Tuve que ahogar un gemido cuando el elástico se frunció en mi cintura y perfiló mi sexo.

Terminó sin prisas pero sin pausa.

—Ahora descansa.

—¿Te vas?

—De ninguna manera voy a dejarte sola.

—No soy una niña.

—Ya me he dado cuenta de eso.

Se quitó los zapatos, se desabrochó la camisa, la colgó en una percha y se sentó a mi lado.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche?

—Sí. Duérmete. Si necesitas algo, estaré aquí.

No sé por qué, pero agarré su muñeca, tiré de él y le insté a que se tumbara a mi lado.

El espacio entre los dos se cerró poco a poco, de forma natural. Su brazo rodeó mi cintura con cuidado y apoyé la cabeza en su pecho. Su respiración era regular y firme.

—Gracias por quedarte.

No respondió. Solo me acercó un poco más.

Me dormí así. Envuelta en su calor, con la fiebre aún presente y algo abriéndose dentro de mí, algo que llevaba mucho tiempo cerrado.

La noche avanzó sin hacerse notar. No hubo un momento exacto en el que el cuerpo cediera; solo una sucesión de pequeños gestos

que me devolvieron al centro. El vaso de agua ya no tembló entre mis dedos. El peso en los párpados dejó de ser una lucha. El calor empezó a retirarse despacio, como una marea que entiende que ya no es bienvenida.

Adriano no se movió de mi lado.

Dormité a ratos. No fue un sueño profundo, sino ese estado intermedio en el que el mundo sigue entrando, pero ya no duele. Escuché el tráfico lejano de Nueva York filtrarse por las ventanas cerradas. Sirenas apagadas, pasos, el murmullo constante de una ciudad que nunca se pregunta si alguien está preparado para ella.

Cuando abrí los ojos de nuevo, Adriano seguía allí, con el gesto cansado de quien lleva demasiadas horas despierto sin permitir que se note. Aún la luna dibujaba el cielo.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor —respondí, y esta vez no fue una concesión.

Asintió una sola vez. No sonrió. Se levantó para ajustar la luz de la mesilla y dejó la habitación en una penumbra amable y calculada. Volvió a sentarse. Esta vez más cerca.

—No tendrías que haberte quedado —susurré.

—No me iba a ir. —No fue una afirmación romántica. Tampoco una promesa.

Me giré un poco para mirarlo. El esfuerzo me costó menos de lo esperado. La fiebre había cedido terreno. Lo suficiente para pensar con claridad.

—Mañana tenemos que…

—Mañana ya veremos —interrumpió—. Ahora sigues descansando. —No levantó la voz. Nuestros alientos se mezclaron y nos quedamos mirándonos.

—No sé por qué haces esto… después de todo.

—Porque quiero —zanjó.

—Adriano… Yo tampoco puedo tenerte —acepté en voz alta lo que ya sabía.

—Ya me tienes, Clara. Aunque sea imposible.

Respiramos un tiempo en silencio.

No hubo más palabras. No hicieron falta.

Noté cómo su mano se movía despacio, dibujando un recorrido breve en mi espalda, más tranquilizador que erótico. No cruzó ningún límite. Tampoco lo necesitaba.

Sonreí sin abrir los ojos.

Me quedé dormida así. Con mi frente apoyada en su frente. Con su respiración marcando un ritmo estable. Con la sensación clara de que algo había cambiado sin necesidad de nombrarlo.

En mitad de la noche me desperté un instante. Él seguía despierto. Lo supe por la quietud alerta de su cuerpo. Por la forma en que su mano permanecía abierta sobre mi espalda, como si sostenerme fuera una tarea que no podía delegar.

No hablamos y cerré los ojos de nuevo.

Ya me tienes, Clara, pero es imposible.



A la mañana siguiente recordaría poco de esa vigilia suya. No sabría que, mientras dormía, Adriano había decidido no decirme que había llamado a Roma. Que había movido piezas muy pesadas de un puzle complicado para que yo no saliera de la cama. Que había tomado decisiones que no formaban parte de ningún plan de trabajo. No lo sabría aún. Solo sabría, al despertar, que alguien había estado ahí cuando el cuerpo falló. Y que no todos los hombres que cuidan piden algo a cambio.

33

LLAMADAS QUE REMUEVEN

Chiara

Actualidad…

Hace dos días que no cruzo la verja de la villa. Por supuesto, Matteo me lo ha prohibido, pero además no me apetece comprobar hasta dónde llega el mundo ahora mismo. Aquí dentro todo está estable: pasillos largos, puertas cerradas, guardias que no preguntan. Una calma vigilada que no engaña, pero que permite pensar.

Y necesito pensar.

El móvil vibra sobre la mesa del escritorio. No lo toco. Lo he dejado ahí a propósito, boca arriba. Tres llamadas perdidas. Luego dos más. Todas del mismo nombre.

Adriano.

No lo abro. No hoy. No ahora. No cuando aún no sé qué hacer con lo que siento por él, ni con lo que siento por Matteo.

Bloqueo la pantalla y vuelvo a los papeles. Los he sacado del archivo secundario. El que no aparece en ningún inventario. Carpetas sin rotular, documentos amarillentos, contratos que huelen a polvo y a decisiones tomadas deprisa. Llevo horas revisando firmas, fechas, sellos.

Y entonces lo veo.

El documento no destaca. No parece importante a primera vista. Pero la firma… la firma sí.

La reconozco antes de leer el encabezado.

Mi padre.

El trazo firme. La inclinación exacta de la "R". La presión en la última letra. El documento está fechado el mismo día que desapareció.

El mismo día.

Siento cómo algo se me contrae en el pecho. No es dolor, sino memoria queriendo abrirse paso.

Leo despacio.

No es una confesión. No es una traición explícita. Es un acuerdo. Un movimiento. Una cesión parcial de información bajo términos que no alcanzo a entender del todo. Aparecen nombres que conozco. Apellidos que pesan. Y, entre ellos, uno que me obliga a sentarme.

Matteo Vitale.

Cierro los ojos un segundo. Los vuelvo a abrir. El papel sigue ahí.

No fue un arrebato. No fue un error improvisado. Mi padre sabía exactamente lo que estaba firmando.

—¿Qué hiciste…? —susurro.

Paso la hoja con cuidado, como si pudiera romper algo más que papel.

Debajo hay una carpeta distinta. Más antigua. Fotografías.

Las saco una a una.

La primera me deja sin aire.

Mi madre. Más joven. Sonríe. No a la cámara, sino a alguien fuera de plano. Mi padre está a su lado, con una mano apoyada en su espalda. Detrás… una casa que reconozco sin recordar.

Otra foto.

Estoy yo. Tendré cinco años. Quizá seis. Voy subida a hombros de un chico joven que no es Matteo. Oscuro. Serio. Sonríe apenas.

Vitale.

Paso las fotos con el pulso cada vez más inestable. Mi madre sentada en una mesa larga. Mi padre brindando. Yo jugando en el suelo. Risas congeladas. Momentos que no recuerdo haber vivido.

—No me acuerdo de esto —murmuro.

Pero el cuerpo sí. Algo en mí reconoce esas imágenes como propias. Como si alguien hubiera arrancado páginas enteras de mi memoria y las hubiera guardado aquí, esperando el momento exacto.

Me abrazo los brazos.

El móvil vuelve a vibrar.

Otra llamada de Adriano.

Lo ignoro. No porque no me importe. Porque ahora mismo no puedo permitirme escuchar su voz. No después de entender que mi historia y la de los Vitale quizá no son dos sino una.

Dejo la carpeta a medias, como yo.

Cuando levanto la vista, sé una cosa con claridad peligrosa: mi padre no murió por equivocarse. Murió por saber demasiado. Y yo he venido aquí por lo mismo.



Matteo no tarda en darse cuenta de que algo ha cambiado.

No porque yo diga nada. No porque me vea hacer la maleta (no la hago). Lo nota porque ya no me muevo igual por la villa. Porque no bajo a desayunar. Porque llevo horas encerrada con papeles que no deberían existir y con recuerdos que no son míos pero me pertenecen.

Entra en la biblioteca sin llamar. Nunca llama cuando está inquieto.

—No vas a salir hoy. —No es una pregunta. Tampoco una orden explícita. Es una frase lanzada al aire para ver si choco contra ella.

Levanto la vista del documento que tengo entre las manos. No lo cierro. No lo escondo.

—Sí voy a salir.

Se detiene frente a la mesa. Apoya las manos en la madera. Inclina un poco el cuerpo hacia delante. Control. Presencia. Ese gesto suyo que no necesita elevar la voz para imponerla.

—No es un buen día.

—No existe el buen día para estar aquí dentro —contesto—. Y lo sabes.

—Hoy menos que nunca.

Me incorporo despacio. No porque tenga miedo. Porque quiero mirarlo a los ojos cuando le diga lo siguiente.

—Llevo dos días sin cruzar esa puerta, Matteo. Dos. No soy un mueble de esta casa.

—Eres un objetivo. No tengo que explicártelo.

La palabra cae limpia. Sin rodeos. Sin disfraz.

—Eso no te da derecho a encerrarme.

—Me da el deber de protegerte.

—No soy tu responsabilidad.

—Ahora sí lo eres.

Doy un paso hacia él. No retrocedo. No me aparto.

—¿Crees que me controlas porque somos amantes?

Su mandíbula se tensa. No responde de inmediato.

—Porque hay gente que te quiere fuera del tablero.

—O muerta. —No me corrige—. Y esconderme aquí va a solucionarlo —prosigo—. ¿O solo va a retrasar lo inevitable?

—Va a evitar que te disparen en mitad de la calle.

—¿A ti o a mí?

Ahí sí se mueve. Rodea la mesa. Se planta frente a mí. Demasiado cerca. Puedo sentir su respiración.

—No empieces.

—Necesito que seas honesto.

No es una acusación. Es una conclusión.

—No sabemos qué están planeando.

—Lo sabes. Y yo también.

Silencio.

Matteo me mira como si estuviera calculando cuánto decir sin perder el control. Sin perderme.

—Quieren que desaparezcas —admite al fin—. Porque creen que así volveré al lugar que me tienen reservado.

—Arianna. Y aquí no pueden alcanzarte.

—Te conocen. O creen que lo hacen. Creen que tú mismo me matarías si fuera necesario. —Mis palabras lo enervan.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—Porque yo también te conozco.

—No me escuchas cuando hablo. Te amo, Clara, Chiara, o quién quieras ser. Me da igual lo que seas.

—Pero no quién sea.

—Quién seas también. —Su mirada se oscurece—. No vuelvas a decir eso.

—Dime entonces qué soy para ti —exijo.

Me agarra de la muñeca. No duele. No aprieta. Pero es un gesto primitivo. De miedo.

—Eres lo único que no puedo perder.

La frase me atraviesa. Me deja desnuda por dentro.

—Pero es una condena, Matteo.

—Prefiero eso a enterrarte.

—Yo no —replico—. No vine hasta aquí para vivir escondida. Vine para saber la verdad. Y si eso me cuesta la vida…

—No termines esa frase.

—… no me voy a echar atrás ahora.

Me suelta. Da un paso atrás. Se pasa una mano por el pelo. Respira.

—Hay una reunión. Fuera. Importante. No quería que fueras.

—Pero iré.

—Sí. —Lo admite sin mirarme—. —Porque si no vas, creerán que ya te tienen donde querían.

—Y si voy…

—Te expones.

—Entonces vamos a exponernos los dos —sentencio—. Juntos.

Me mira. De verdad. Ya no hay estrategia en sus ojos. Hay miedo. Y deseo. Y una rabia contenida que no sabe dónde colocar.

—Si algo sale mal…

—No va a salir mal.

—No mientas.

—No lo hago —contesto—. Simplemente no pienso vivir con miedo.

Se acerca de nuevo. Esta vez no invade. Se detiene a un palmo de mi boca.

—No sabes lo que haría si te pasa algo.

—Sí lo sé —susurro—. Y por eso no me quedo.

El aire entre los dos se vuelve denso. Casi insoportable.

—Prepárate. Salimos en veinte minutos.

—Gracias por el permiso.

—No es permiso.

Me doy la vuelta para marcharme. Antes de llegar a la puerta, su voz me detiene.

—Clara.

—¿Qué?

—Si hoy te disparan… —hace una pausa mínima—. Arderá Sicilia entera si es necesario.

No respondo. No porque no tenga palabras. Porque no quiero prometerle nada.

No estoy huyendo del peligro. Estoy caminando hacia él con los ojos abiertos. Y alguien, ahí fuera, ya ha decidido que no llegue viva al final del trayecto.



El coche no es el de siempre. Lo noto en cuanto bajo los escalones de la entrada principal. Demasiado nuevo. Demasiado limpio. Demasiado preparado para parecer seguro. Matteo se detiene un segundo, apenas un gesto, y uno de los hombres de seguridad se adelanta para revisar el perímetro.

No dice nada. Pero su cuerpo sí.

—¿Problema? —pregunto.

—Rutina. Hoy todo es rutina.

Eso nunca es buena señal.

Subimos. Yo detrás. Él a mi lado. Dos hombres delante. Otros dos detrás, en el segundo vehículo. Coordinación perfecta. Silenciosa. La villa queda atrás envuelta en un sol radiante.

—Cuando lleguemos —explica Matteo sin mirarme—, no te separes de mí.

—No suelo hacerlo.

—Hoy tampoco es un día para ironías ni bromas.

Apoyo la cabeza en el respaldo. Respiro hondo. No tengo miedo.

Avanzamos por la carretera que bordea los olivos. El mar aparece y desaparece entre curvas. El coche mantiene una velocidad constante, estudiada.

Entonces ocurre.

No hay aviso. No hay ruido previo. No hay tiempo para pensar.

El mundo se parte en dos.

Una explosión seca, brutal, que no suena como en las películas. Es más grave. Más corta. Más cercana. El coche se levanta del suelo como si alguien lo hubiera golpeado desde abajo con una fuerza imposible. El cristal estalla. El aire se vuelve fuego.

Matteo me empuja contra el asiento en el mismo instante en que todo se descontrola. Su cuerpo encima del mío. Su mano en mi nuca. Su voz gritándome algo que no entiendo.

El coche gira. Golpea. Se detiene.

Silencio.

Un silencio espeso, lleno de polvo y olor a metal quemado.

No me muevo. No sé si estoy entera.

—Clara.

Su voz.

—Clara, mírame.

Abro los ojos. Veo su rostro demasiado cerca. Un hilo de sangre bajándole por la sien. Sus ojos intactos. Vivos. Furiosos.

—¿Estás herida?

Intento responder. El pecho me duele al respirar.

—Creo… —me cuesta—. Creo que no.

No le basta.

Me palpa brazos, hombros, cintura. Rápido. Preciso. Me baja la mano por la pierna y entonces el dolor aparece, nítido, punzante.

—Ahí —susurro.

Aprieta los labios.

—No mires.

No le hago caso. Miro.

La puerta está deformada. El suelo manchado de sangre que no es mía. El parabrisas hecho añicos. Uno de los hombres del asiento delantero no se mueve.

—Joder —murmura Matteo.

Se oyen disparos. Lejanos. Luego más cerca. Órdenes gritadas. Pasos corriendo.

—Escúchame —me dice, firme—. Vas a salir conmigo ahora. No mires a nadie. No pares. ¿Me oyes?

Asiento.

Sale primero. Dispara sin dudar. Dos tiros secos. Controlados. Vuelve a mí.

—Ahora.

Me saca en brazos. No protesta cuando gimo. Me cubre con su cuerpo mientras avanzamos hacia el segundo coche. Veo destellos en un edificio cercano. Un punto alto. Demasiado alto.

—¡Francotirador! —grita uno de los suyos.

Matteo me empuja dentro del coche.

—A la villa. Ya.

—¿Y tú? —pregunto.

—Voy detrás.

—No —le agarro la chaqueta—. No me dejes.

Se inclina. Apoya su frente en la mía un segundo imposible.

—Confía en mí.

Cierra la puerta.

El coche arranca.

Veo por la ventanilla cómo Matteo corre hacia el edificio. Uno de sus hombres lo sigue. Disparos. Gritos. Sirenas a lo lejos.

Apoyo la cabeza. El dolor de la pierna ya no es sordo. Es constante. Caliente.

Llegamos a la villa en tiempo que no sé medir.

Me sacan en una camilla improvisada. Helena aparece. Blanca. Controlada. Peligrosa.

—¿Quién? —pregunta.

—Los Della Torre —responde uno—. Hay firma.

No necesito más.

En el pasillo, antes de perder el equilibrio, pienso una sola cosa: No querían asustarnos. Querían matarme. Y Matteo lo sabe.



El médico no habla más de lo necesario. Eso me tranquiliza y me inquieta al mismo tiempo. Tiene manos firmes, voz neutra, ojos entrenados para no reaccionar ante la sangre ni ante los apellidos.

Me pide que no mire, pero no obedezco. Nunca lo hago. Siento el tirón de la aguja, el escozor que se extiende por la piel, el hilo cerrando algo que no debería haberse abierto hoy.

—Van a ser unos puntos limpios —comenta—. Caminas en unos días.

Asiento sin responder. La pierna arde. La cabeza late. No es dolor físico del todo. Una presión constante, como si alguien hubiese dejado una mano apoyada dentro de mi cráneo.

—¿Golpe? —pregunta al verme llevarme los dedos a la sien.

—El coche. Nada grave.

No me cree. Pero tampoco insiste. Termina, venda con cuidado y se levanta.

—Descanso —dictamina—. Y silencio.

Casi sonrío.

Silencio. En esta casa.

Cuando se va, el dormitorio se queda demasiado grande. Demasiado ordenado. La cama impecable salvo por mí, sentada en el borde, con la pierna elevada y el móvil entre las manos.

Lo llamo otra vez.

Nada.

Una vibración seca que se apaga sin respuesta.

Vuelvo a marcar. Directo a buzón.

Aprieto los dientes. No me permito el pánico. No aún. Matteo no desaparece sin avisar. Matteo no se esfuma porque sí. Matteo no…

La cabeza me da un aviso más fuerte esta vez. Me recuesto unos segundos, respiro lento, cuento. Cuando me incorporo, oigo voces.

Vienen del pasillo.

No gritan. No lo necesitan.

Me levanto despacio, apoyándome en la pared. Camino hasta la puerta y la abro lo justo para escuchar.

Helena.

Y un hombre.

No necesito verlo para saber quién es. Uno de los suyos. De los antiguos. De los que no preguntan, solo informan.

—…no ha llegado al edificio —dice él—. Ni al punto de control. El coche apareció vacío a dos kilómetros. Sin señales de sangre.

—¿Teléfono? —pregunta Helena.

—Muerto.

Un segundo de silencio. Solo uno. Helena no concede más.

—¿Y los hombres que iban con él?

—Uno herido. El otro no responde.

Siento un frío limpio recorrerme la espalda.

—No quiero suposiciones —continúa Helena—. Quiero hechos.

—Los Della Torre han limpiado bien —responde él—. Demasiado bien.

Helena tarda en contestar. Cuando lo hace, su voz no tiembla.

—Estamos ante una caza.

El hombre duda un instante.

—¿Cree que…?

—No —lo corta—. Matteo no cae así. Y no sin dejar rastro.

Se oye un paso. Luego otro.

—Cierren la villa —ordena—. Nadie entra. Nadie sale. Y preparen a los hombres.

—¿Y la chica?

El silencio que sigue es distinto. Más denso.

—La chica… Yo me encargo de ella.

Aprieto la puerta con la mano.

El hombre se aleja. Helena se queda sola un segundo más. Luego camina. Sus pasos se pierden.

Cierro la puerta con cuidado. Me apoyo en ella. El móvil vuelve a vibrar en mi mano. Adriano. No lo cojo.

No me permito sentarme. No me permito llorar. Me visto despacio, con torpeza por la pierna, con rabia contenida por todo lo demás.

Matteo no ha desaparecido. Se lo han llevado. Y si lo han hecho, ha sido para obligarlo a elegir. Yo ya sé cuál es la moneda de cambio.

Espero a que todos se duerman, aunque eso en este lugar sea imposible. Salgo de mi habitación y cierro la puerta con cuidado. Avanzo primero descalza, midiendo cada apoyo, de puntillas, y recuerdo la pierna. Bueno, me la recuerda el dolor y el vendaje que me tira. Me late la herida, un recordatorio de que el cuerpo también conspira cuando quiere detenerte. Cojeo. Apenas. Lo suficiente para odiarlo.

Me apoyo en la pared y respiro. El médico dijo reposo, agua, tranquilidad, ¿pero cómo hacerlo en esta situación?. El médico no sabe lo que ocurre cuando el hombre que te protege desaparece sin dejar rastro. Aquí nadie se esfuma por azar. Aquí, cuando alguien no responde, es porque otro ha decidido que no debe hacerlo.

Camino. Sigo caminando.

Doblo una esquina y me detengo en seco porque escucho voces. Dos hombres al fondo. Uno habla bajo, rápido, con el pinganillo pegado a la oreja. El otro revisa una puerta lateral, empuja, comprueba, vuelve a empujar. Me aplasto contra la pared de piedra. El frío se me clava en la espalda. Cuento los latidos para no marearme. Cuatro. Cinco. Seis. No cierro los ojos. No puedo permitírmelo.

Cuando se alejan, sigo.

Bajo por la escalera secundaria, la que no se usa para recibir visitas ni para impresionar a nadie. Cada escalón me golpea la sien. El dolor sube desde la pierna hasta la cabeza como una línea directa, sin desvíos. Aprieto la mandíbula. No paro. Parar aquí sería caer.

Unos metros más y llego al garaje. Huele a aceite, metal y hormigón húmedo. Hay unos diez coches alineados, preciosos y… peligrosos. Dos hombres más. Uno fuma cerca de la entrada. El otro habla con alguien que no veo con el cuerpo tenso y la postura en alerta.

Pienso un segundo, solo uno, pero no me ralentizo. Me muevo pegada a las columnas, calculando sombras, aprovechando un ángulo muerto que conozco de memoria porque llevo días observándolo sin querer. Llego a un todoterreno negro. Abro la puerta trasera lo justo para que no suene y me deslizo dentro. El interior me traga. Me agacho entre los asientos, con el cuerpo

recogido y la pierna protestando con una punzada que me arranca el aliento.

Me quedo inmóvil y… el móvil vibra. Lo sujeto con fuerza para ahogarlo, pero la pantalla se enciende igual.

—No, no, no… —musito.

Adriano. Otra vez.

El nombre me atraviesa. El pulgar me tiembla. No lo cojo. No puedo. Si escucho su voz ahora, me rompo. Y rota no llego a ninguna parte. Adriano Ferrara ha sido mi lugar seguro hasta hace muy poco, hasta que el cielo se oscureció y mi corazón se rompió.

El teléfono vuelve a vibrar. Lo apago. Me inclino más, casi en posición fetal, intentando desaparecer dentro del coche, convertirme en sombra, en nada.

Escucho pasos detrás. Puertas que se abren y se cierran. No sé qué estoy haciendo, dónde están las llaves, cómo voy a salir de aquí. Una voz que ordena algo. Otra que responde. El sonido de unas llaves que tintinean cerca. Respiro tan despacio que me mareo. Me concentro en no toser, en no mover la pierna, en no existir.

El ruido se aleja.

Espero un minuto más. Dos. Tres.

Estiro el brazo hacia el asiento delantero. Tanteo. Guanteras, huecos, laterales. Busco a ciegas, con cuidado, con desesperación contenida. Nada. No hay llaves. No hay tarjeta. No hay mando oculto. Nada.

Un nudo me aprieta el pecho con violencia.

No puedo conducir.

No puedo mover el coche.

No puedo salir de aquí.

Estoy escondida en un vehículo que no arranca, dentro de una casa cerrada, rodeada de hombres armados, con la cabeza latiendo y la pierna vendada, y con Matteo desaparecido.

Si me ven, me matan. Además soy el motivo de que todo se tambalee.

Me quedo quieta, en la oscuridad del garaje, con el móvil apagado en la mano y el nombre de Adriano aún grabado en la memoria de la pantalla. Pienso en Helena. En las normas no dichas;

en Matteo, en su voz ordenándome quedarme, en su cuerpo empujándome fuera del peligro, en la última vez que me miró como si el mundo se le hubiera reducido a un solo punto.

Y algo se coloca dentro de mí. Si salgo de aquí, no será huyendo, sino provocando.

Porque ya lo sé. Sí, lo sé. En esta guerra, esconderse es solo otra forma de morir despacio.

34

LO QUE NO SE ESCONDE

Chiara

Seis meses antes…

Desperté con la sensación extraña de no estar sola y, al mismo tiempo, no sentir amenaza alguna. El cuerpo ya no ardía. La cabeza estaba clara. Abrí los ojos despacio y lo primero que vi fue el perfil de Adriano, recortado contra la luz grisácea que entraba por la ventana.

Dormía boca arriba, un brazo doblado bajo la cabeza, el otro extendido hacia mí, como si incluso dormido midiera la distancia exacta para no invadirme y no soltarme. La sábana apenas le cubría la cintura. Todo en él parecía tranquilo, pero no relajado. Nunca lo estaba del todo.

Me incorporé un poco. No me mareé. No me dolió nada. Sonreí, satisfecha de esa pequeña victoria.

—Deja de mirarme así —dijo sin abrir los ojos.

Me sobresalté.

—¿Así cómo?

Abrió uno. Luego el otro. Me observó con atención.

—Como si estuvieras calculando si puedes volver a meterte en problemas.

Me incliné hacia él sin responder. Apoyé una mano en su pecho. El contacto fue inmediato, eléctrico. Adriano cerró los ojos un segundo, como si se permitiera sentir antes de reaccionar.

—Estoy bien —anuncié—. De verdad.

—Lo sé.

—Entonces no pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—La de hombre que ya ha decidido por los dos.

Eso le arrancó una sonrisa breve.

—Esa cara no se quita tan fácil.

Me acerqué más. Demasiado. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Lo besé. Primero despacio. Luego con intención. Adriano respondió al instante, con la misma intensidad contenida que lo definía. Su mano subió a mi nuca. La mía recorrió su abdomen. El beso se volvió más profundo. Más caliente.

Y entonces se apartó.

No bruscamente. Con firmeza.

—No.

La palabra cayó como un jarro de agua fría.

—¿No? —repetí, incrédula.

—No ahora.

—Adriano…

—No —me cortó.

Me incorporé del todo. La sábana cayó hasta mis caderas. No me tapé. No por provocación, sino porque no lo necesitaba.

—Estoy perfectamente. Me siento bien. No me duele nada. No tengo fiebre. No soy de cristal.

—No he dicho que lo seas.

—Entonces no actúes como si lo fuera.

Se sentó en la cama, frente a mí. La tensión cambió de forma.

—Ayer estabas ardiendo —respondió—. No voy a follar contigo mientras tu cuerpo se recupera.

—No necesito que me cuides.

—Eso ya lo decidí.

—No te lo he pedido.

—No hace falta.

Me levanté de la cama. Caminé hacia la ventana desnuda, sin mirarlo. Sentí su mirada clavada en mi espalda.

—Esto no va así. No puedes decidir cuándo sí y cuándo no.

—Puedo. Y lo hago.

Me giré.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Perfectamente.

—¿Te parece normal?

Se levantó también. Se acercó despacio, sin tocarme.

—Me parece responsable.

Solté una risa seca.

—Responsable no es la palabra que usaría para describirte.

—Tampoco soy el hombre que te deja hacer cualquier cosa solo para complacerte.

Eso dolió más de lo que quería admitir.

—Entonces dime qué soy yo ahora mismo para ti —lo reté.

No respondió al instante. Me miró con una seriedad que no había visto antes.

—Alguien a quien no voy a usar para calmar mis ganas.

El silencio que siguió fue denso. Incómodo. Honesto.

—Estoy bien —repetí, más bajo—. Y me alegra que lo sepas.

Asintió.

—A mí también.

—Entonces…

—Entonces hoy no sales de esta habitación.

Parpadeé.

—¿Cómo dices?

—Pasaremos el día aquí. Comeremos aquí. Trabajaremos desde aquí. Te recuperarás del todo.

—¿Eso es una orden?

—Llámalo como quieras.

Crucé los brazos.

—Esto empieza a parecer un secuestro.

Su expresión no cambió.

—Si lo fuera, no tendrías opción de discutirlo.

—¿Y ahora la tengo?

—La tienes —concedió—. Pero no voy a cambiar de idea.

Me acerqué hasta quedar a un paso de él.

—Eres insufrible.

—Lo sé.

—Controlador.

—También.

—Dominante.

—Eso no lo dices enfadada.

Apreté los labios para no sonreír.

—No me gusta que decidan por mí.

—Y a mí no me gusta perder el control cuando alguien que me importa no está al cien por cien.

Ahí estaba. La palabra que ninguno había dicho aún.

—No me digas eso así —susurré.

—No te lo digo de ninguna forma.

Me besó la frente. Un gesto suave. Casi doméstico. Y eso, precisamente eso, fue lo que más me desarmó.

—Quédate. Hoy mando yo.

Como todos los días, pensé.

Suspiré, derrotada y consciente de que, por primera vez en mucho tiempo, no me importaba perder esa batalla.

—Pero mañana hablamos —advertí.

—Mañana hablamos.

Supe que no estaba huyendo. Ni yo tampoco.



Desperté con la sensación precisa de haber dormido más de lo que tenía previsto.

No fue una siesta calculada. Fue una rendición breve del cuerpo, una tregua concedida a la cabeza. Tardé unos segundos en recordar dónde estaba y por qué no había nadie exigiéndome nada al abrir los ojos.

La cama seguía siendo la misma. La habitación también. Yo no.

Me incorporé despacio. El cuerpo respondió sin protesta. La fiebre había quedado atrás y lo supe sin comprobarlo: la claridad regresaba siempre antes que la fuerza.

Sobre la mesilla, donde por la mañana no había nada, encontré un libro.

No un adorno. No un volumen cualquiera colocado para aparentar cuidado. Un libro abierto por la primera página, con un marcador sencillo de cuero oscuro. Nada más. Nada menos.

Lo tomé entre las manos.

Era una edición cuidada, sin sobrecubierta llamativa. Papel grueso. Márgenes amplios. De esos libros que se eligen para leer, no para exhibir. Reconocí el título al instante y una sonrisa me cruzó la boca antes de poder evitarla.

—No sabía que te gustara —dije en voz baja, aunque él no estuviera allí.

Adriano apareció en el marco de la puerta.

No llevaba chaqueta. Camisa remangada. El nudo de la corbata deshecho. En la mano, una taza.

—No me gusta —respondió—. Pero sabía que a ti sí.

Eso me obligó a mirarlo.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te escuché hablar de él sin saber que yo estaba escuchando.

Me acomodé mejor entre las almohadas, sosteniendo el libro contra el pecho.

—Eso es espionaje.

—Observación —corrigió—. Y memoria.

Dejó la taza en la mesilla, con cuidado de no tocar mi mano. Café. Sin azúcar. Como me gustaba.

—No sabía si seguías dormida. Pensé que, cuando despertaras, te vendría bien algo que no pidiera nada a cambio.

—Gracias.

Adriano asintió. Se apoyó un momento en la pared, observándome.

—¿Te duele algo?

—No.

—¿Te mareas?

—Tampoco.

Me examinó un segundo más.

—Entonces lee —concluyó—. Yo estaré aquí.

—¿Aquí dónde?

—Donde haga falta. —No sonó grandilocuente. No sonó protector. Sonó simple. Y me gustó.

Abrí el libro. Leí el primer párrafo. Luego otro. La historia empezó a hacer su trabajo: apartar el mundo.

Sentí su presencia cerca, aunque no lo mirara. El sonido leve de una silla al moverse. El roce distante de papeles. El tiempo avanzando sin urgencia.

—Adriano —lo llamé.

—Dime.

—No tienes que hacer esto.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué…?

No terminé la frase. No hizo falta.

—A veces cuidar es no estorbar.

Cerré el libro un instante.

—Eso no se aprende en los sitios donde te has movido tú.

Una sombra breve cruzó su expresión. No se defendió.

—Eso se aprende cuando ya has perdido otras cosas.

No pregunté cuáles.

Volví a abrir el libro. Leí unas páginas más. El cuerpo terminó de acomodarse. El pulso bajó. Y mientras la historia avanzaba en silencio, entendí algo con una claridad incómoda: No me estaba enamorando de su fuerza. Ni de su control. Ni siquiera de su manera de proteger. Me estaba enamorando de la forma en que sabía quedarse.

35

UN RATÓN ESCONDIDO

Chiara

Actualidad…

El coche no debería arrancar. Esa es la primera idea clara que tengo mientras permanezco encogida en el espacio trasero, con el cuerpo plegado en una postura que no me pertenece y la respiración medida al milímetro. No debería arrancar porque no debería haber nadie dentro. Porque ese vehículo estaba vacío hace apenas unos minutos. Porque yo me escondí pensando que, en el peor de los casos, tendría tiempo para pensar.

No lo tengo.

Las puertas delanteras se abren casi a la vez. Dos cuerpos ocupan los asientos. El peso hunde ligeramente la suspensión. El motor cobra vida y el coche se pone en marcha sin vacilar.

Aprieto los dedos contra la tapicería y cierro la boca.

—No me gusta nada esto —dice uno de ellos mientras ajusta el retrovisor.

—A mí tampoco —responde el otro—. Pero las órdenes están claras.

Órdenes.

La palabra se me queda clavada en algún sitio entre el estómago y la garganta.

Salimos del garaje. El coche toma velocidad. Las ruedas muerden el asfalto con una decisión que no comparto. Intento orientarme por el tiempo, por los giros, por la memoria de los trayectos que he hecho la última semana.

Eso ya me dice suficiente.

—¿Crees que El Diablo está metido en esto? —pregunta el conductor.

—No lo sé —contesta el otro—. Espero que no.

—A lo mejor ha adelantado su llegada y…

—Vitale sabe cuidarse.

Trago saliva despacio.

—No deberíamos haber dejado que se nos adelantara —continúa el copiloto—. Ese hombre siempre va un paso por delante.

—Por eso me extraña que no haya aparecido ya. Si aún le importa su familia y el respeto, aparecerá.

—¿Y si no aparece?

—Aparecerá. —Una pausa—. Siempre lo hace.

El coche gira. Reconozco el desvío antes de querer hacerlo.

La villa de los Della Torre.

El aire se me comprime en el pecho, pero sigo sin moverme. Pienso en Matteo. En dónde puede estar. En si sabe que alguien va hacia él. En si esta trampa es una casualidad o una consecuencia directa de haber decidido no mirar hacia otro lado.

No puedo intervenir. No ahora. No desde aquí.

El trayecto se alarga lo suficiente como para que mi cuerpo empiece a protestar. La posición forzada me tensa los músculos. Me obligo a ignorarlo. El dolor es un dato secundario. Lo importante es llegar sin ser descubierta.

—¿Y la mujer? —pregunta uno de ellos de pronto.

El pulso me da un salto traicionero.

—¿Qué mujer?

—La abogada. La que anda rondando últimamente. No me fío de ella.

—Eso no es de nuestra incumbencia.

Esa frase debería tranquilizarme, pero no lo hace.

El coche reduce velocidad y se detiene bajo unos árboles. Las puertas se abren. Los hombres salen. Sus pasos se alejan en direcciones distintas. No se miran. No se despiden. Cada uno sabe lo que tiene que hacer.

Cuento hasta cinco.

Luego hasta diez.

Cuando estoy segura de que ya no pueden verme desde el interior, me deslizo fuera con cuidado, manteniéndome baja, usando el coche como pantalla. El aire me golpea la cara con una intensidad que me devuelve de golpe al presente.

Estoy en territorio ajeno.

La villa de los Della Torre se alza frente a mí con esa elegancia que siempre me ha parecido una amenaza bien vestida. Fachada limpia. Ventanales amplios. Todo diseñado para aparentar apertura mientras se controla cada movimiento.

Cierro la puerta del coche con el mínimo gesto posible. Me mantengo cerca, pegada al metal, buscando el siguiente punto ciego.

La arboleda protege el margen del camino. Troncos altos, hojas espesas, tierra irregular bajo los pies. El vehículo queda oculto entre sombras naturales, demasiado bien colocado para ser casual. Ellos no han entrado aún. No saben que alguien más ha llegado.

El corazón me golpea con fuerza contenida. Me mantengo agachada, avanzo despacio entre los árboles, calculando cada paso. Desde aquí se ve la valla perimetral: alta, de ladrillo visto, coronada por una línea de púas discretas.

No hay guardias a la vista en este tramo, sin embargo, eso no significa nada.

Rodeo el perímetro buscando un punto ciego. Encuentro una zona donde el terreno cae ligeramente y la valla parece menos vigilada. Me acerco. Pongo una mano en el filo. Está alto para alguien con una pierna que no debería forzarse.

Aprieto los dientes.

Me impulso con cuidado. Subo un pie, luego el otro. El metal vibra apenas bajo mi peso. Aguanto la respiración. Me elevo un poco más, estiro el brazo para alcanzar el borde y… resbalo.

El pie vendado no responde. La caída es torpe. El impacto me sacude la pierna y un fogonazo de dolor me atraviesa hasta la cadera. Aprieto los labios para no emitir ningún sonido. Me quedo un

segundo en el suelo, con la mano clavada en la tierra húmeda, obligándome a no moverme.

No puedo quedarme aquí.

Me incorporo a medias, apoyándome en la valla, buscando de nuevo el equilibrio.

Entonces ocurre.

Un brazo me rodea la cintura desde atrás con fuerza. No hay forcejeo previo, no hay aviso. Una mano se cierra sobre mi boca antes de que pueda reaccionar. El aire se me corta de golpe.

Tiro del brazo que me sujeta, clavo los dedos en la piel ajena, intento girarme, pero el agarre se ajusta, me levanta del suelo y me arrastra hacia atrás, hacia la espesura de los árboles. Mi pierna protesta con un latigazo de dolor que me nubla la vista por un segundo.

La mano sobre mi boca no se mueve. No aprieta más. No hace falta.

Me empuja contra un tronco ancho. Su cuerpo bloquea el mío. El antebrazo sigue firme en mi cintura, inmovilizándome.

La mano se aparta despacio de mi boca.

Respiro de golpe.

El brazo se afloja. La presión desaparece. Doy un paso torpe hacia delante y me giro con el corazón desbocado, preparada para cualquier cosa.

—¿Estás loca? —dice.

La voz me atraviesa antes que el rostro.

—¿Matteo?

Lo tengo delante. Ropa oscura, sin chaqueta. La mandíbula tensa. Los ojos encendidos de una forma que no le había visto nunca.

—¿Qué haces aquí? —le suelto—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde demonios estabas?

Me mira de arriba abajo. Se detiene en la pierna vendada. Aprieta los dientes.

—Eso debería preguntártelo yo.

—Llevo horas llamándote —digo, bajando la voz sin querer—. Nadie sabía dónde estabas. Helena estaba fuera de sí.

—Por eso no avisé.

—¿Cómo que por eso?

Se pasa una mano por el pelo, nervioso, algo impropio en él. Mira alrededor. Los árboles. La valla. El punto ciego.

—Tenía que hacerlo solo.

—¿El qué?

—Esto.

Abre un poco los brazos, señalando la villa al fondo, aún fuera de nuestra vista.

—¿Has perdido la cabeza? —le espeto—. ¿Vienes solo a territorio Della Torre?

—Conmigo.

—No traes a nadie.

—Exacto.

Me acerco un paso, furiosa, olvidando el dolor de la pierna.

—Eso no es valentía, Matteo. Es una estupidez suicida.

—No me hables como si no supiera calcular riesgos.

—Entonces explícame por qué llevas un día entero desaparecido —replico—. Por qué no has llamado. Por qué has dejado que crea que estabas muerto o secuestrado.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Porque si se lo decía a mis hombres, se lo decían a Helena.

—¿Y?

—Y ella no me habría dejado mover un dedo.

—Es tu madre.

—Y es la única persona capaz de pararme cuando decido algo.

Hay una franqueza brutal en su tono. Me desarma un segundo. Solo uno.

—¿Y tú crees que esto —le señalo el pecho— es decidir algo bien?

—Creo que los Della Torre han cruzado un límite.

—Eso ya lo sabíamos.

—No así. —Se acerca un poco más.

—Han intentado matarte. Dos veces. No habrá una tercera.

—Y por eso vienes a provocar una guerra tú solo.

—Por eso vengo a dejar claro que no hay negociación posible.

—¿Matteo, te estás oyendo?

—Sí.

—No eres invencible.

—No.

—Entonces no puedes actuar como si lo fueras.

—No actúo —asegura—. Asumo.

Nos cruza el aire y el mutismo.

—Me has dejado fuera —le reprocho—. Has decidido por mí.

—No podía arrastrarte a esto.

—Matteo, soy Chiara Russo. Llevo aquí desde que nací.

—No de esta forma.

—¿Y cuál es la forma correcta? ¿Que me entere cuando ya sea tarde?

Aprieta la mandíbula. Se inclina un poco hacia mí.

—Si entraba con mi gente, Helena activaba protocolos. Llamadas. Pactos. Retrasos. Yo no quería hablar.

—Querías atacar.

—Quería mirarles a la cara sin intermediarios.

—Eso no se hace así.

—En mi mundo, a veces sí.

—Este es mi mundo. Aunque lo niegue, aunque lleve años tratando escapar de él. Este también es mi mundo. ¿Dónde crees que estoy y he estado siempre?

Me sostiene la mirada. No esquiva la pregunta.

—Aquí. Demasiado cerca.

La frase me golpea en un lugar peligroso.

—No tienes derecho a decidir que yo me quede al margen —continúo—. Si esto va a explotar, quiero saberlo. Quiero estar preparada.

—Precisamente por eso no te lo dije.

—Eres cobarde, Matteo. No es forma de protegerme.

—Llámalo como quieras.

—Lo llamo miedo.

No responde de inmediato. Baja la mirada un segundo. Lo justo para confirmar que he acertado.

—¿Sabes lo que pasa si te matan aquí? —susurro—. ¿Sabes lo que les pasa a todos?

—No pienso morir hoy.

—Nadie piensa eso antes de hacerlo.

Nos quedamos quietos. Puedo sentir su respiración enredándose con la mía.

—Vete. Ahora —ordena.

—No.

—Clara.

—No pienso dejarte solo en esto.

—No es una petición.

—Pues acostúmbrate —replico—. Porque ya no lo estoy.

—No entiendes lo que estoy a punto de hacer.

—Entonces dime que no vas a entrar ahí sin apoyo. —No responde—. Estás loco

—No lo estoy. Sé lo que no va a pasar.

—Y aun así has venido.

—Porque si no lo hacía ahora, no iba a hacerlo nunca.

El aire se tensa. Algo cambia. No sé qué es, pero lo siento en la piel.

—Tenemos que movernos —dice de pronto.

—¿Por qué?

No llega a contestar.

Un crujido rompe el fondo del bosque. Luego otro. Voces. Cada vez más cerca.

Matteo gira la cabeza al instante. Su cuerpo se coloca delante del mío sin pensarlo.

—Nos han visto —murmura. Y ya no hay tiempo para discutir nada más.

No hay tiempo para pensar.

Matteo me empuja contra el tronco más cercano justo cuando el primer disparo corta el aire. No lo oigo venir. Lo siento. El impacto seco contra la madera, demasiado cerca. Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza.

—Al suelo —dispone.

Me agarra del antebrazo y tira. Caigo de rodillas. La pierna protesta, pero no grito. No ahora. Otro disparo. Luego otro. Ya no hay duda: nos han localizado.

—Muévete —dice, y no es una petición.

Me arrastra entre sombras, agachados, cambiando de dirección. Los árboles dejan de protegernos. El claro se abre. El coche está a unos metros. Negro. Bajo. Preparado.

Los dos hombres que iban delante aparecen desde la derecha. Armas fuera. Sin preguntas. Uno cubre. El otro dispara hacia el perímetro.

—¡Ahora! —grita Matteo.

Corremos. Yo cojeo. Él no me suelta.

Un impacto golpea el lateral del coche con un sonido sordo. No atraviesa. Matteo abre la puerta trasera y prácticamente me lanza dentro.

—Cabeza abajo.

Obedezco. Otro disparo. La puerta se cierra de golpe.

Los hombres entran delante. El motor ruge. Las ruedas patinan sobre la tierra húmeda.

—¡Vamos! —decreta Matteo.

El coche sale disparado. Siento la aceleración clavándome en el asiento. El mundo se inclina. El cristal vibra con otro impacto. No entra. El coche aguanta.

Matteo se sienta a mi lado. Su cuerpo cubre el mío de forma automática. Una mano firme en mi nuca, bajándome aún más.

—¿Estás herida? —pregunta sin mirarme.

—No —miento—. La pierna.

—Mírame.

Levanto la cara lo justo. Sus ojos buscan sangre, reacción lenta, cualquier señal.

—Respiras bien. —Asiento—. Bien.

Delante, uno de los hombres habla rápido por radio. Coordenadas. Código corto. El otro conduce con precisión brutal. Derrapamos en una curva. El coche se estabiliza.

—¿Cómo nos han descubierto? —pregunta Matteo.

—Posición elevada. Tenían preparado el punto.

Matteo cierra los ojos un segundo. Los abre ya decidido.

—Me esperaban.

—Con total probabilidad, señor.

Silencio tenso. El coche devora la carretera.

Me doy cuenta entonces de que me tiembla todo. No de miedo. De descarga.

—Cómo me has…

—¿Encontrado? ¿Visto? ¿Escuchado?

—Haces más ruido que el motor de este coche. —Su mirada se clava en la mía—. Te he olido. —Clava sus pupilas en las mías.

—Ibas a morir, te daba igual…

—Quiero la verdad.

—¿A costa de ti?

—A costa de todo y de todos. —No hay disculpa en su voz. Hay verdad—. Si te pasa algo, no me lo perdono.

El coche acelera más. Dejamos atrás la zona boscosa. Asfalto limpio. Más seguridad.

—Estamos entrando en perímetro Vitale —avisa el conductor.

La tensión baja un grado. No desaparece.

Matteo no me suelta. Su pulgar presiona mi muñeca, comprobando pulso. Vivo. Aquí.

—No vuelvas a hacer eso —me ruega y… me extraña.

—No vuelvas a desaparecer —contesto.

Se inclina un poco hacia mí. No sonríe.

—Eso no va a pasar.

—Promesas no —le advierto.

—Decisiones.

La villa aparece al fondo. Puertas abiertas. Hombres armados esperando. El coche frena en seco. Las puertas se abren.

Matteo sale primero. Da órdenes rápidas. Precisas. Yo bajo con ayuda. La pierna vuelve a doler, pero sigo.

Helena aparece en lo alto de la escalinata. No pregunta. Observa. Evalúa.

—Dentro —dice Matteo—. Ahora.

Me rodea con el brazo. No para protegerme del mundo. Para que el mundo lo entienda.

Entramos y las puertas se cierran detrás de nosotros.

36

UNA CENA NORMAL

Adriano

Cinco meses antes…

La idea no me llegó de golpe. Me acompañaba desde que la vi caminar por el salón con el libro en la mano, descalza, concentrada, como si incluso en reposo tuviera que estar alerta. Clara no sabía descansar. No porque no quisiera, sino porque no podía.

Y eso desgasta, lo sé. Soy un hombre fuerte y sé cuándo parar, aunque yo nunca pueda hacerlo.

—Te gusta el libro.

—Sí…

Me levanté del sofá.

—Cierra eso.

—¿Qué?

Alzó la vista del libro, con el ceño fruncido.

—El expediente. El libro. Lo que sea que estés analizando ahora mismo.

—No estoy analizando nada.

—Mentira.

—¿De qué estás hablando?

Fui hasta ella y comprobé que mis sospechas eran ciertas. Tenía un expediente abierto dentro de las páginas.

—Yo no…

—Cállate. —Sonreí. Sí, lo hice. Y no recordaba la última vez que lo había hecho. Su rostro no se escondió. Le había sorprendido mi reacción. Ella también lo hizo.

—¿Qué trama el hombre serio? —Dejó el libro sobre la mesa, ya cerrado.

—Vístete.

—¿Perdona?

—Algo cómodo. Nada que te recuerde a un despacho.

—Adriano…

—No es negociable.

Me observó unos segundos, buscando la trampa, no obstante, no la había. Raro que yo actuara así, a mí también me descolocó.

—¿A dónde vamos?

—A cenar.

—¿Eso es todo?

—Eso es suficiente.

La esperé contestando llamadas y correos. Posponiendo trabajo del día siguiente, que pensaba pasar con ella, cuidándola y vigilándola. No me dio miedo, en ese momento todo desapareció, aunque en el fondo sabía que algo dentro de mí estaba cambiando y eso no era bueno, no para ella.

Salió del dormitorio unos cuarenta minutos después. Sencilla, pelo suelto, por primera vez sin armadura.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Me dio un beso en la mejilla y eso fue lo que me desarmó a mí.



El restaurante no estaba cerca de nada importante, y eso lo convertía en un lugar perfecto. Pequeño, discreto, poca gente. Sin prensa, esa de la que siempre he huido.

Clara se sentó frente a mí y tardó en relajarse. Lo noté en la forma en que colocó los cubiertos, en cómo observaba alrededor antes de mirarme.

—Una cena normal. ¿Es una cita? ¿Sueles hacerlo?

—Nunca.

Pedimos vino, comimos despacio. Y me percaté de que no dejó de controlar la puerta hasta el tercer bocado. Lo supe porque yo tampoco lo hacía. Sospechaba de ella desde hacía mucho, casi

desde el momento en que la conocí. Nadie trabaja en mi empresa si no sé su vida al completo y de Clara Bernardi sabía nada o poco, o… mejor dicho, su vida había sido demasiado limpia, con pocos datos, ninguna familia viva.

—No me mires así. Ya no estoy enferma.

—Ya lo veo. —Relleno las copas.

—¿Sabes qué es lo peor de enfermar? —suelta—. Que el cuerpo te obliga a parar aunque la cabeza no quiera.

—Así es… —Me fijé en una herida, una línea muy fina de un centímetro que se dibujaba en su cuello.

No le digo que eso es lo que quería. No la contradigo. La dejo hablar.

Después no volvimos a casa enseguida. Pasé por una tienda pequeña.

—Espera aquí.

—¿Adónde vas?

—Vuelvo enseguida. —Bajé del coche y entré en una tienda. A Clara le intrigaba y me acribilló a preguntas en cuanto volví al vehículo.

—Ten paciencia.

—Me hablas de paciencia sin saber qué significa. —De nuevo me hace sonreír y yo no me siento la misma persona.

En casa, cerré las cortinas del salón. Bajé la luz. Dejé el móvil boca abajo. Puse una película antigua.

—¿Vas a explicarme esto? —Ya estaba sentada en el sofá con una de mis camisetas del gimnasio.

—No. —La cubrí con una manta y me acomodé a su lado.

Apoyó la cabeza en mi hombro sin darle importancia. Yo sí se la di. No por el hecho de que lo hiciera, sino por lo que yo sentí.

No me moví. Le agarré la mano y nos quedamos así.

A mitad de la película se durmió. Y yo… me sentía más vivo que nunca y a la vez… estuviera a punto de morirme.

Apagué la pantalla con el mando a distancia y me quedé observándola. A esa mujer se le estrujaba la vida y yo no sabía por

qué. Pero pensaba averiguarlo.

La cogí en brazos y la llevé al dormitorio. La posé en la cama con sumo cuidado y me senté a su lado un rato, observando cada detalle, vigilando algo que no supe nombrar, pero que se me agarraba dentro.

No sé cuánto tiempo estuve así. Fue ella la que me sacó en mi ensueño.

—¿Qué hora es? —farfulló.

—La que necesitabas.

Se incorporó un poco.

—No has trabajado en todo el día.

—He trabajado en esto.

Parpadeó y me miró sin saber qué más decir.

—Vas a odiarme. Me contrataste para trabajar. No para enfermar.

—No voy a odiarte. Ni hoy ni nunca —aseveré, sin saber que esas palabras podría volverse en mi contra, o en la suya.

—Gracias —claudica.

Me tumbo a su lado, sin invadir.

—Mañana volverá todo. La presión.

—Pero esta noche vas a descansar.

—Vale, pero deja de protegerme. No lo necesito —musitó, juraría que ya en sueños.

—Te doy lo que tengo.

—Eso es lo más peligroso que has hecho conmigo —susurra.

—Por eso he esperado a que estuvieras mejor.

Se acerca. Apoya la frente en mi pecho.

—No me acostumbres a esto.

—No pienso hacerlo.

—Entonces no lo hagas tan bien.

Sonrío de lado, satisfecho. Feliz. Hasta que un pensamiento cruza mi mente: Esto va a matarnos a los dos, porque no hay arma más peligrosa que alguien que te hace bajar la guardia.



El despacho estaba en silencio cuando llegué. No era temprano, pero lo parecía. Ese tipo de hora en la que la ciudad ya ha despertado y, aun así, uno puede fingir que todo sigue bajo control.

Me quité la chaqueta, la dejé sobre la silla y encendí el portátil sin mirarlo. No necesitaba trabajar todavía. Necesitaba confirmar algo antes.

El teléfono vibró sobre la mesa.

Miré la pantalla. Conocía el número.

Respondí sin saludar.

—Habla.

Al otro lado, una respiración medida. Conocida. Demasiado consciente.

—Has cambiado tus horarios —dijo la voz.

No preguntaba. Afirmaba.

—Los ajustes son temporales.

—Eso no encaja contigo.

Me apoyé en el borde del escritorio.

—Encaja con lo que tengo ahora. ¿Qué quieres?

Un silencio breve. Calculado.

—Debería ser yo quien preguntara eso.

—Pero no lo haces, porque sabes que puedo matarte.

—Nos están dejando sin maniobra.

—No puedo ayudarte —afirmé, aunque eso no era cierto. No quería.

—Deberías pensarlo mejor.

—¿Te atreves a presionarme?

—Sí cuando nos compromete a todos.

Apreté la mandíbula.

—Eso ya no me pertenece.

—Eso depende de desde dónde se mire.

El tono no subió. No lo necesitaba. Era una conversación de hombres que saben demasiado y dicen poco.

—No es el momento.

—Nunca es el momento. Ten cuidado, Adriano. El enemigo nunca duerme.

—Yo tampoco. —Me enderecé—. No vuelvas a llamarme con amenazas veladas.

—Solo te advierto.

Iba a responder cuando la puerta del despacho se abrió.

—Buenos días.

Giré la cabeza de golpe.

Clara estaba allí. De pie. Vestida. Un bolso colgado del hombro. No parecía recién levantada.

—Yo te llamaré —dije al teléfono, sin esperar respuesta, y colgué

—¿Qué haces aquí? —pregunté, más brusco de lo que pretendía.

Clara arqueó una ceja.

—Buenos días a ti también.

—Te dejé durmiendo en casa.

—En tu casa —puntualizó—. Y te lo agradezco. Pero ya estoy bien. —Cerró la puerta detrás de ella y avanzó un par de pasos.

—No deberías haber venido.

—No he venido a visitarte.

—Entonces ¿a qué?

—A trabajar. —Alzó las cejas, como si fuera obvio.

Dejó el bolso sobre una silla, como si aquel despacho también le perteneciera. Como si no hubiera pasado nada la noche anterior. Como si no hubiera dormido protegida por un gesto que yo mismo había decidido.

—Necesitabas descansar.

—Ya lo he hecho.

—No lo suficiente.

—Eso no lo decides tú.

Ahí estaba. La discusión que sabía que llegaría.

—Clara, no tienes que demostrar nada.

—No estoy demostrando nada. Estoy haciendo mi trabajo. —Rodeó el escritorio y se detuvo frente a mí—. No puedes sacarme de mi vida durante un día y pretender que desaparezca el resto de la semana.

—No te saqué de tu vida.

—Sí lo hiciste —replicó—. Me cuidaste, me encerraste en una burbuja, y luego asumiste que iba a quedarme ahí dentro.

—No asumí nada.

—Lo hiciste igual.

Me pasé una mano por la cara. Noté el cansancio más de lo que quería admitir.

—No entiendes lo que implica estar aquí.

—No subestimes lo que entiendo. No soy una invitada en tu mundo, Adriano. Estoy aquí porque decidí estarlo. Firmamos un contrato.

Eso fue lo que me golpeó.

No su fiebre. No su debilidad de días atrás. Eso.

—Precisamente por eso —bajé el tono—. Porque lo decidimos. Y yo no puedo permitirme que esa decisión te pase factura.

Me miró en silencio. Atenta. Demasiado lúcida.

—¿Factura de qué?

No respondí. Porque no podía. Porque hacerlo significaba cruzar una línea que todavía no estaba dispuesto a trazar.

—No me mires así —agregué—. No es una discusión personal.

—Entonces deja de tratarla como tal.

Se cruzó de brazos.

—Si voy a estar aquí, no quiero medias verdades.

—No puedo darte verdades completas.

—Eso es un problema.

—No sabes cuánto. —Pensé en la llamada. En el tono. En la advertencia. Pensé en ella, plantada en mi despacho, reclamando su sitio sin saber cuánto podía costarle.

—No deberías involucrarte tanto —murmuré, más para mí que para ella, pero me escuchó.

—¿A qué te refieres? Trabajo para ti. Nos hemos acostado, pero…

—No hablo de eso —la interrumpí—. No sabes de qué hablas.

—Tampoco tú.

—Sé lo suficiente —replicó—. No soy frágil, Adriano.

—Nunca he pensado eso.

—Entonces deja de decidir por mí.

—Y tú deja de asumir que este terreno es neutral.

Nos quedamos así. Frente a frente. Dos voluntades tensándose sin tocarse.

—Tengo que trabajar —zanjó, y dio un paso atrás.

—Clara… Yo… Mi vida no es segura para ti.

—La mía no es segura desde hace mucho tiempo.

Ahí supe que no iba a irse. Y que, si la dejaba quedarse, no habría marcha atrás. Daría mi vida por ella en algún momento.

37

UNA DECLARACIÓN

Chiara

Actualidad…

Corro. No sé desde cuándo, ni hacia dónde, pero corro. El bosque no es un bosque cualquiera: es el mismo que visito desde niña cuando cierro los ojos demasiado fuerte. Los troncos son altos, negros, infinitos. La tierra está húmeda. No hay luna, pero todo se ve. Siempre se ve.

Oigo un aullido. No es amenaza. Es llamada.

Me detengo. El aire pesa distinto aquí, como si guardara palabras que nadie quiere pronunciar. Entre los árboles aparece un lobo. Grande. Oscuro. Su pelaje absorbe la luz en lugar de reflejarla. Sus ojos no brillan; arden por dentro.

Lo conozco. No sé de dónde, pero lo conozco.

Da un paso hacia mí. Otro. No gruñe. No muestra los dientes. Solo me observa con esa inteligencia antigua que no pertenece a los humanos.

—No —susurro—. No ahora.

El lobo ladea la cabeza. Detrás de él, algo se mueve.

Otro lobo emerge de la sombra. Más alto. Más ancho. Más feroz en la postura. Este sí enseña los colmillos. Este sí marca territorio. Y comprendo que no están aquí por mí. Sino por lo que viene.

El primero se coloca a mi izquierda. El segundo a mi derecha. Me rodean sin tocarme. Siento el calor de sus cuerpos. El latido de sus pechos. No atacan. Custodian.

El suelo empieza a inclinarse.

Miro hacia abajo y ya no hay tierra firme. Hay roca. Hay un acantilado. Hay mar.

El viento sopla con fuerza, pero no mueve mi pelo. No mueve nada. Es un viento que atraviesa.

Los lobos empiezan a caminar en círculos a mi alrededor. Lentamente. Sin perderme de vista.

—Decidid —les digo, aunque sé que no son ellos quienes deciden.

Uno levanta el hocico y aúlla. El sonido me atraviesa el pecho. No es tristeza. No es rabia. Es advertencia.

Despierta.

No lo oigo con los oídos. Lo siento en la sangre.

Despierta.

El segundo lobo se lanza contra el primero. No para matarlo. Para impedirle avanzar. Se enredan en una lucha brutal. Colmillos, piel, zarpas. La violencia es limpia, inevitable. No hay odio. Solo destino.

Yo retrocedo. La roca cede bajo mis pies.

El mar se abre abajo, negro, profundo.

El primer lobo cae.

No al vacío. Hacia mí.

Y cuando impacta contra mi cuerpo, no me derriba.

Se funde conmigo.

El dolor es inmediato. Mis huesos crujen. Mis manos se deforman. Mi espalda se curva. Siento el pelaje crecer, las uñas afilarse, los sentidos expandirse.

Ya no soy mujer.

Soy loba.

El segundo lobo me observa ahora con respeto. Con reconocimiento.

Y el bosque desaparece.

Estoy en el agua.

No fría. No caliente. Solo inmensa.

Intento nadar, pero mis patas no encuentran superficie. Todo es profundidad. Todo es oscuridad.

Y entonces lo oigo.

No es un lobo.

Es una voz.

Despierta.

Despierta ahora.

El mar empieza a cerrarse sobre mi cabeza. La presión aumenta. Mis pulmones arden.

Despierta.

Una mano me empuja desde abajo.

Una mano humana.

Y el miedo ya no es simbólico.

Es real.

Despierta.

Abro los ojos de golpe.

El corazón me golpea las costillas con violencia. El techo está sobre mí. Hay aire. Hay luz. Hay realidad.

Pero el aullido aún vibra dentro.

Y sé, con una claridad que no necesito explicar, que algo terrible acaba de empezar.

Miro el techo de la habitación en cuanto me despierto. La cabeza va a estallarme y me duele la pierna, sin embargo, no logro descansar, un sueño me ha empujado a la realidad, aunque no lo recuerdo bien.

Echo de menos a Matteo, y me gustaría que estuviera en mi cama. Noto su ausencia por dentro y por fuera.

Me levanto y voy hasta la ventana. Observo el jardín, el árbol. Está enamorado de mí. Eso me dijo. El corazón me da un salto cuando recuerdo nuestro beso, uno que él no recuerda, pero yo sí. Allí, hace muchos años, pero dejó huella sobre mi piel.

No lo pienso y cruzo el dormitorio, abro la puerta y me asomo al pasillo. Miro a ambos lados y a una esquina, a una de las cámaras. Me da igual. Camino descalza por la villa. Puertas cerradas. Pasos lejanos. Voces amortiguadas.

La habitación de Matteo está vacía. No hay rastro de él. La cama hecha. El baño intacto. El aire frío, sin presencia reciente. No me sorprende. Matteo no se esconde en los lugares obvios.

Sigo andando, bajo las escaleras y voy hasta el despacho.

Antes de llegar, escucho voces y me detengo en seco.

No avanzo. No retrocedo. Me quedo donde estoy, pegada al margen del pasillo, con el corazón bajando el ritmo por pura supervivencia. Reconozco su voz de inmediato. Matteo habla bajo, firme, satisfecho.

—Buen trabajo.

Me asomo por la ranura de la puerta. Hay dos hombres con él. Los reconozco. Son los mismos. Los que nos sacaron de los alrededores de la mansión de los de Della Torre. Los que dispararon sin dudar. Los que no hicieron preguntas.

—Ha sido limpio —sigue Matteo—. Exactamente como debía ser.

Uno de ellos responde:

—Era nuestro cometido.

Pocas palabras. Ninguna emoción.

—Y lo habéis hecho como hombres de honor —continúa Matteo—. No todos mantienen la cabeza fría cuando toca correr y disparar a la vez.

Luego el otro hombre:

—Es nuestro trabajo, señor.

—¿Y la señorita Bernardi no sospechó que sabíais que iba en el coche escondida?

—No, señor. —Qué más da quién responde. Lo importante es percatarme de qué hablan. El corazón se me acelera—. Hicimos lo que nos pidió.

—No lo dudaba, pero es muy lista. No es una mujer normal.

—Usted nos enseñó, señor. Nos dio directrices exactas.

—Podéis retiraros. Mañana será un día largo. Activad protocolo y cambio de turno.

Escucho el movimiento de sillas. Pasos. La conversación se apaga sin alargarse. No hay celebración. No hay épica. Solo cumplimiento.

Reacciono tarde.

Cuando la puerta del despacho se abre, ya están saliendo.

Corro. No pienso. El cuerpo se mueve antes que yo. Me escondo detrás de una columna, pegando la espalda a la piedra, conteniendo la respiración. Los hombres pasan a pocos metros. No miran a los lados. No me ven.

Cuando desaparecen, sigo allí, inmóvil, con el pulso aún a mil por hora.

¿De qué hablan? ¿Matteo sabía que iba en el coche? ¿Ellos lo sabían y no se detuvieron?

Entonces ocurre lo que no esperaba.

Otra silueta se acerca.

Helena.

Camina despacio. Segura. No duda ni un segundo antes de entrar en el despacho. Cierra la puerta con cuidado.

Mi cuerpo vuelve a moverse solo.

Me acerco. Me pego a la pared. Apoyo el oído en la madera. No debería hacerlo. Lo sé. Pero ya estoy aquí.

—Todo ha salido como estaba previsto —indica Helena.

¿Qué?

Matteo no responde de inmediato. Lo imagino apoyado en el escritorio, cruzando los brazos, evaluando.

—No ha reaccionado como pensabas.

—En realidad, sí. Es una Russo.

—Está donde queríamos —responde Matteo—. Confía.

—¿Has conseguido que se enamore de ti? —pregunta su madre sin rodeos.

Mi mano busca la pared. Necesito tocar algo firme.

—Por supuesto.

La palabra se clava en mi pecho.

—Perfecto —continúa Helena—. Eso facilitará que se abra. Que hable. Que no se reserve nada cuando llegue el momento. —Escucho pasos hacia la salida, sin embargo, me he congelado en el espacio y en el tiempo y no me muevo, no puedo—. El plan ha salido a la perfección. Ha puesto su vida en peligro por ti.

—Eres una gran actriz.

—No me es muy difícil preocuparme por ti, Matteo. La familia es lo primero.

—Debería darte las gracias —reconozco el sarcasmo.

—Es nuestro trabajo. Somos Vitale. Vivimos para esto.

—Para morir por el honor y la lealtad.

—Y para matar por ello.

Pasan unos segundos.

—Por supuesto, Helena.

Pasa otro puñado de segundos.

—Matteo, no te habrás implicado. —Un silencio más largo—. ¿Te has enamorado de ella?

—Por supuesto que no. Es mi trabajo —zanja.

No oigo nada más durante unos segundos.

No porque no hablen. Porque algo dentro de mí acaba de romperse sin hacer ruido para el mundo, pero sí para mí, un estruendo, la onda expansiva de una bomba atómica.

Matteo sigue diciendo algo. Elena responde. Pero ya no importa.

Lo entiendo.

No hay confusión posible.

No hay doble lectura.

Matteo ha desaparecido a conciencia para ver qué hacía yo. Para comprobar si lo quería, si me quería donde quería, si…

El pulso me tiembla. No de miedo. De incredulidad. De una lucidez tan brutal que duele. Las lágrimas aparecen y no las contengo, ruedan por mis mejillas. No se quedan ahí, dentro, escociendo, pero sí todo lo demás.

El hombre al que he mirado dormir. El hombre que me ha besado con cuidado. El hombre que me ha prometido protección sin palabras, que me ha dicho que me ama. Ese hombre… Siempre ha sido esto. El mafioso. El estratega. El Vitale.

Y yo… yo solo soy la pieza que faltaba para cerrar la partida.

No me muevo ni respiro ni huyo.

Me quedo pegada a la pared, escuchando cómo terminan de hablar de mí como si solo fuera una pieza. Y lo soy. Es lo que siempre he sido.

Doy un paso atrás, luego otro, y otro. Sin correr, sin tropezar, sin delatarme.

Vuelvo por donde he venido, contando los pasos igual que hacía cuando era niña y aprendí que el miedo también se educa. La villa sigue igual que hace unos minutos, pero yo no.

Entro en mi habitación y cierro. Apoyo la espalda en la madera. No me dejo caer. No ahora. Ahora no toca romperse.

Respiro una vez. Dos. Tres.

La mano me tiembla apenas. La sujeto con la otra hasta que obedece.

Así que era esto. No amor ni elección ni un error hermoso ni redención.

—Estrategia. Es solo eso. Maldito seas, Matteo Vitale —musito.

Sonrío sin humor. Porque, en el fondo, deberían haberlo sabido mejor. Yo no llegué hasta aquí siendo ingenua. Llegué sobreviviendo.

Chiara Russo no se quiebra cuando descubre la traición. Chiara Russo toma nota.

Me acerco al espejo. Me miro. El rostro no me devuelve a Clara Bernardi, la consultora eficaz. Me devuelve a la hija del hombre que desapareció sin dejar rastro. A la mujer que aprendió demasiado pronto que la verdad no se pide: se arranca.

—De acuerdo —murmuro.

No es una rendición. Es un pacto conmigo misma.

Si esto es un juego, jugaré mejor.

Si quieren que confíe, confiaré lo justo.

Si necesitan que me enamore, lo pareceré.

Que crean que tienen ventaja.

Me siento en la cama y empiezo a ordenar. No ropa. Información. La reunión en la villa de los Della Torre. La bala que iba dirigida a mí. El interés repentino por sellar una paz imposible. La urgencia por saber lo que sé… o lo que creen que sé.

No quieren la paz. Nunca la han querido.

Quieren cerrar un expediente.

Y ese expediente es mi padre.

La idea se asienta con una claridad incómoda. No necesito pruebas todavía. Las encontraré. Para eso vine. Para eso me quedé cuando debería haber huido.

Me importa poco la guerra entre familias. Me importa menos la paz que pretenden vender como salvación. Si todo arde, que arda.

Yo no vine a salvar a nadie.

Vine a saber quién mató a mi padre y a cobrarme venganza. Y si para descubrirlo tengo que dejar que crean que me manejan, lo haré.

Escucho pasos en el pasillo. Reconozco la cadencia sin verlo. Matteo.

El cuerpo reacciona por inercia. Duele. No lo niego. Pero ya no manda.

Me levanto, me aliso el vestido, recompongo el gesto. Cuando la puerta se abre, Clara Bernardi vuelve a estar en su sitio.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento. Le sostengo la mirada. No hay rastro de la mujer que escuchó detrás de una puerta. No hay temblor. No hay sospecha.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Matteo me observa un segundo más de la cuenta. Busca algo. No lo encuentra.

Perfecto.

—Tenemos que hablar. Mañana.

—Cuando quieras.

Sonrío. Suave. Medido. El tipo de sonrisa que invita a confiar.

Se acerca a mí, deja un beso en la mejilla y me observa de cerca.

—Descansa —ordena, porque los Vitale no saben hablar sin ordenar.

Asiento y se va.

Cierro de nuevo. Esta vez con pestillo. Y me siento. No para llorar. Para decidir.

—No me iré sin un nombre. No me iré sin sangre.

38

DOS MESES DE NORMALIDAD

Chiara

Cuatro meses antes…

Hacía dos meses que conocía a Adriano Ferrara. Uno y medio desde que había dejado de fingir que aquello era solo trabajo.

Mi cepillo de dientes llevaba semanas en su baño. Mi ropa ocupaba un cajón entero. Mi portátil descansaba más noches en su despacho que en el mío. Y aun así, ninguno de las dos había pronunciado la palabra convivir. No hacía falta. Había cosas que se asentaban sin necesidad de ser nombradas.

Ese día llegué antes que él. Orden. Todo estaba donde debía estar. Los libros alineados, los cuadros sin torcer, las luces medidas. No había fotos familiares. Nunca las había. Tampoco recuerdos a la vista. Vivía como si el pasado fuera un lujo innecesario.

Me descalcé y dejé el bolso sobre la consola. Caminé hasta la cocina y me serví agua. Aún llevaba puesta su camisa blanca. Me quedaba grande, y eso me hacía sonreír sin querer.

El móvil vibró sobre la encimera.

Galesa.

—¿Sigues viva o ya te has casado en secreto con el multimillonario italiano? —bromeó nada más descolgar.

Sonreí.

—Sigo viva. Y no. Todavía no me ha pedido matrimonio.

Ella llevaba una semana de vacaciones en Grecia con su novia, Giorgia.

—El señor Ferrara no me preocupa. Me preocupas tú, en realidad.

—A mí también. —Me apoyé en la isla de la cocina—. Paso más tiempo aquí que en mi casa —admití—. Y no me siento fuera de

lugar.

—Eso es… muy peligroso. Y bonito. No estoy acostumbrada a escucharte hablar así. Nunca te has abierto al amor.

—Ahora tampoco.

—Clara. Se te iluminan los ojos cuando lo ves. Trabajo a tu lado, para ti, soy tu sombra.

—Y mi conciencia.

—Eso también. —Reímos.

—No sé… Ha cambiado.

—Para bien o… ¿para mal?

—A veces está distante. Demasiado. Y otras, me abraza como si fuera a desaparecer.

—Qué bonito —ironizó—. Clara, también te mira como si supiera cosas que tú aún no ha decidido contarte.

No tuve que pensar la respuesta.

—Todos tenemos secretos.

—No sabemos nada de su pasado. Lo he seguido investigando, como me pediste. No he encontrado nada. Absolutamente nada.

—Por eso me has llamado.

—Me gusta ser eficiente.

—Estás de vacaciones.

—Soy como tú. No descanso nunca.

—Pues deberías. Tranquila, yo estoy en alerta.

—Una mujer enamorada baja la guardia, por muy perspicaz que sea.

—¿Sugieres que me miente?

—Estoy segura de que no te cuenta toda la verdad. Y tú también lo estás.

Escuché la puerta abrirse, las llaves, sus pasos. Lo olí y… me estremecí.

—Pásalo bien. Te dejo. —Colgué

Adriano entró sin prisa, se aflojó la corbata mientras caminaba y me miró con los ojos envueltos en fuego.

—Buenas tardes —saludó.

—Llega tarde, señor Ferrara.

Alzó una ceja.

—Eso suena a reproche.

—Lo es.

Se acercó despacio. Me quitó el vaso de la mano y lo dejó a un lado.

—Me has echado de menos.

—Mucho —admití.

—¿Has trabajado?

—He intentado hacerlo.

—¿Y?

—He pensado más de la cuenta.

Eso le arrancó una sonrisa mínima.

—Ven.

No pregunté adónde. No lo necesitaba.

Me llevó hasta el salón y se sentó en el sofá. Yo me quedé de pie, mirándolo.

—¿Qué? —pregunté.

—Me gusta encontrarte aquí y… —observó mis piernas desnudas —, así.

Me atrajo hacia él sin brusquedad. Me senté sobre sus piernas. Mis manos buscaron su cuello. Las suyas se apoyaron en mi cintura con una seguridad que ya conocía demasiado bien.

—Estás aquí —repitió—. Otra vez.

—Siempre vuelvo.

—Nunca me lo prometas.

—¿Por qué?

—Y nunca me pidas que yo lo haga. —Acarició mis muslos por fuera y rodeo hasta dentro. Los vellos se me erizaron.

—Nada de promesas… —musité y… me besó. Primero lentamente, después… con ganas.

Mis labios se abrieron con naturalidad. Sentí su mano subir por mi espalda, firme, posesiva.

Me separé apenas.

—No me mires así —le pedí.

—¿Así cómo?

—Como si me hubieras elegido.

Sus ojos se oscurecieron un instante.

—No puedo elegirte, Clara. Debes entenderlo. —fue una afirmación hecha boca contra boca.

Volvió a besarme.

Yo no retrocedí.

Mis manos bajaron por su pecho despacio, sintiendo cada músculo bajo la camisa, cada latido acelerado que intentaba ocultar con palabras frías. Adriano siempre hablaba de límites mientras su cuerpo los cruzaba primero.

—Entonces no me mires como si ya lo hubieras hecho —susurré contra su piel.

Su respiración se volvió más densa.

Deslizó la mano por mi espalda con lentitud deliberada, como si aprendiera de memoria el camino. Cuando sus dedos encontraron el borde de mi vestido, no lo apartó. Solo lo sostuvo ahí. Decidiendo.

Yo me incliné hacia él, rozando su cuello con los labios.

—Clara… —murmuró, y en mi nombre había algo que nunca estaba en sus discursos racionales.

Mis piernas se acomodaron mejor sobre las suyas. Sentí cómo su cuerpo respondía al mío sin permiso, sin estrategia. Puro instinto.

Lo miré. De verdad.

No al empresario impecable. No al hombre que medía cada palabra. Miré al que estaba intentando no sentir demasiado.

—Solo quédate ahora.

Eso sí podía hacerlo.

Me besó de nuevo, más profundo, con una urgencia que ya no fingía controlar. Sus manos dejaron de contenerse. No había brusquedad, pero sí necesidad. Una necesidad limpia, directa, que me atravesó entera.

Yo también dejé de pensar.

Mi boca descendió por su mandíbula, por su cuello. Noté cómo se tensaba, cómo el autocontrol se deshacía milímetro a milímetro. Sus dedos se cerraron en mi cintura con más fuerza. Dominándome. Para asegurarse de que estaba allí.

—Siempre vuelvo —repetí contra su piel.

—No deberías —respondió, pero ya no sonaba convencido.

Me levantó. Me sostuvo por la nuca y me besó otra vez, apoyándome contra la pared del salón. El contacto fue inmediato, eléctrico. Sentí su calor atravesar la tela, la presión firme, la respiración mezclándose con la mía.

No había ternura dulce. Había algo más hondo. Algo que quemaba.

Ardía.

Mis manos se deslizaron por su espalda, trazando el contorno de sus hombros, bajando despacio. Adriano dejó caer la frente sobre la mía un segundo.

—No me hagas esto más difícil —murmuró.

—No soy yo quien lo complica.

Sus ojos me sostuvieron. Oscuros. Inestables.

Y… dejó de luchar.

Me llevó hasta el dormitorio sin soltarme. La puerta se cerró detrás de nosotros, y el mundo quedó fuera.

No hubo prisas. Eso era lo peor.

Cada gesto tenía intención. Cada caricia parecía grabarse en la piel con memoria propia. Cuando me tumbó sobre la cama, lo hizo con cuidado.

Sus labios recorrieron mi cuello con lentitud. Mi respiración se desordenó sin remedio. Cerré los ojos y lo dejé hacer, lo dejé descubrirme otra vez, lo dejé aprender cada reacción como si fuera la primera.

—Adriano… —mi voz salió más baja de lo que esperaba.

—Aquí estoy.

Y lo estaba.

Sus manos exploraban con una mezcla de reverencia y hambre contenida. Yo respondía igual, sin esconder lo que sentía, sin fingir indiferencia. No había estrategia en ese cuarto. No había alianzas ni apellidos.

Solo dos personas que sabían que aquello era peligroso.

El momento en que nuestros cuerpos se unieron no fue violento ni urgente. Fue intenso. Profundo. Lento al principio, como si ambos quisieran memorizarlo todo. Después el ritmo cambió, la respiración

se aceleró, los dedos se aferraron con más fuerza, las miradas dejaron de sostenerse porque sentir era más fácil que mirar.

Él se inclinó sobre mí, apoyando la frente en mi hombro mientras el movimiento se volvía más decidido.

—Clara… —dijo mi nombre otra vez, esta vez como si fuera una rendición.

Yo rodeé su espalda con las piernas, lo acerqué más, lo mantuve allí.

No había promesas.

No había futuro.

Pero en ese instante nos pertenecíamos de una forma que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

Cuando el placer nos alcanzó, no fue escandaloso. Fue inevitable. Me aferré a él con fuerza, y él me sostuvo con la misma intensidad, como si temiera que pudiera romperme o romperse él.

Después quedó sobre mí, respirando con dificultad.

No dijo nada.

Yo tampoco.

Pero mi mano siguió dibujando círculos lentos en su espalda, y su cuerpo no se apartó. Y supe que aquello, aunque él lo negara, no era solo deseo.

Era algo mucho más peligroso.

39

MANOS LIMPIAS

Chiara

Actualidad…

Pina se mueve en la cocina entre la encimera y la mesa con la eficiencia de quien lleva toda una vida alimentando los silencios de la familia Vitale. No me pregunta cómo he dormido. Me sirve una taza de café y la deja delante de mí con un gesto casi maternal.

—Gracias —digo.

Ella asiente, me observa un segundo más de lo necesario y vuelve a lo suyo. Aquí nadie pregunta lo que no quiere saber.

Estoy untando mantequilla cuando noto la presencia antes de verla.

Raffaele.

Lleva el pelo recogido, ropa cómoda y la expresión tensa de quien no ha dormido bien. Se sienta frente a mí y me clava la mirada sin esconderse.

—Buenos días.

—Buenos días —respondo, tranquila.

Me evalúa.

—Sé lo que pasó ayer.

No me detengo. Sigo cortando el pan con calma.

—Aquí pasan muchas cosas.

No sabes que lo sé todo.

—No juegues conmigo, Clara.

Levanto la vista. La sostengo.

—No lo hago.

Raffaele suspira, se inclina un poco hacia delante.

—Esto ya es demasiado peligroso. Para ti. Para todos. —Hace una pausa—. Deberías marcharte. —La frase cae limpia. Sin adornos. Sin

maldad.

Sonrío. Pequeño gesto. Controlado.

—No.

Ella frunce el ceño.

—No es una sugerencia.

—Estoy segura.

—Entonces compórtate como si entendieras el riesgo.

—Lo entiendo perfectamente. Y decido no irme.

Raffaele me observa con más dureza ahora.

—¿Qué demonios estás buscando aquí?

Trago. Limpio los dedos con la servilleta.

—Terminar mi trabajo.

—Tu trabajo ya ha ido demasiado lejos.

—No para mí.

—Para mi familia, sí.

—Tu familia —repito despacio— no me contrató para huir cuando la situación se complica.

—No eres parte de esto —insiste—. Nunca lo serás.

La miro sin desafío. Sin sumisión.

—Vine a ayudar. A sellar la paz. Eso aún no ha sucedido.

Raffaele se reclina en la silla, molesta.

—Claro que no. Has creado una guerra. Has firmado nuestra sentencia y…

—Tu hermano me pidió que viniera —la interrumpo—. Y que me quedara. —No miento. Selecciono.

Antes de que responda, se oyen pasos. Firmes. Conocidos.

Matteo entra en la cocina. Lleva la camisa arremangada, el gesto serio, la atención puesta en nosotras incluso antes de hablar.

—¿Qué ocurre?

Raffaele se gira hacia él.

—Clara debería irse. Ya. Sin esperar más. No ha hecho su trabajo, sino todo lo contrario. Y no entiendo cómo tú sigues manteniéndola aquí.

Matteo me mira. Solo un segundo. Lo justo para comprobar algo. Luego vuelve a su hermana.

—No. —La negativa no admite réplica.

—Matteo —empieza Raffaele—, no puedes decidirlo tú solo, no puedes…

—Puedo —la corta—. Y he decidido que se queda.

Raffaele se levanta de golpe.

—¿Te has vuelto loco? Después de lo de ayer…

—Precisamente por eso.

El ambiente se tensa. Pina se retira con una bandeja como si no existiéramos.

Yo bajo la mirada. Dejo que hablen. Escucho.

—Estás mezclando cosas —dice Raffaele—. Esto no va de trabajo.

—No somos débiles. Nos defenderemos.

—Si me permitís —intervengo—, quizá deberíamos centrarnos en lo importante.

Los dos me miran.

—¿Qué es lo importante para ti? —pregunta Raffaele, seca.

Sonrío otra vez. La sonrisa de Clara Bernardi. La que tranquiliza.

—Encontrar una solución. Solicitar otra reunión. Ceder a su petición de matrimonio.

Matteo no se mueve… hasta ese momento. Cuadra los hombros.

—No voy a casarme con Arianna. Es una decisión firme —asegura.

—Pero ellos no lo saben —aclaro—. Buscan una solución definitiva. Una que no tenga vuelta atrás, una que una las familias. Vamos a dársela. Concedámosela.

—No voy a casarme con Arianna. Si cedemos, eso ocurrirá o toda Sicilia arderá —repite.

—Deja que hable —anima Raffaele.

—Las alianzas personales no se negocian. Todos saldremos ganando.

Matteo clava los ojos en mí. Intenta leerme. No ve nada.

—Estoy de acuerdo —afirma la hermana menor de los Vitale.

—Pero yo no —cierra Matteo.

—¿Y qué hacemos? No hay otra salida —indico.

—Te equivocas si crees que puedes ordenar en mi casa —asegura Vitale, transformado en el mafioso que es, dolido y herido.

—Me contrataste para esto. Solo hago mi trabajo.

—¿Ves lo que provocas contratando a una consultora? Ella no sabe nada de nuestra familia, pero… deberías hacerle caso.

—He visto cosas que a vosotros se os han escapado.

—¿Qué has visto? —cuestiona Matteo.

Lo miro. Directa. Limpia.

—Patrones. —Me encojo de hombros—. Pero necesito tiempo para confirmarlos. Podemos alargar el proceso. La boda no será de un día para otro.

—¿Tiempo aquí? —pregunta Raffaele, incrédula.

—Aquí —afirmo.

Matteo asiente despacio.

—Lo tendrás.

Raffaele lo mira como si no lo reconociera.

—Te estás equivocando.

—Yo nunca me equivoco.

Raffaele se marcha sin despedirse. La puerta se cierra con un golpe contenido.

Quedamos Matteo y yo.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Perfectamente.

—Raffaele no confía en ti.

—Es normal.

—¿Y yo?

—Estoy aquí por ti. —Doy un sorbo al café, con normalidad—. Por tu llamada.

—Te pareces demasiado a mí. —Achina los ojos.

No sabes cuánto, pienso.

—Desayuna. Después vendrá el médico a verte.

Esta vez no me besa antes de irse, y eso me provoca una sensación de vacío que odio, casi tanto como ahora lo odio a él.

No termino el café. Pina retira la taza y me deja un plato pequeño con fruta cortada. No la toco. Solo la miro.

—Señorita, Bernardi, ¿se encuentra bien? ¿Aviso al señor? ¿Necesita que la vea de nuevo el médico? —se preocupa.

—No… No. Estoy bien.

—Me alegra que no le pasara nada más grave.

Suspiro.

—Yo también. —Me levanto y cruzo el salón principal, pero me detengo junto a uno de los sofás porque veo a Raffaele de pie frente a la ventana más grande, con el móvil en la mano.

—Tengo que volver a Londres.

—¿Debería importarme?

—Te alegrarás.

—Raffaele, no tengo nada contra ti, ni contra esta familia —miento a medias, aún no estoy segura de eso.

—Lo estás complicando todo. Si quisieras a mi hermano, te irías.

—No es así de fácil.

Viene hasta a mí y me da un sobre. Lo abro. Dentro, un billete de avión a Nueva York y una identidad falsa.

—¿Qué es esto? —Alzo las cejas cuando lo abro.

—Lo sabes perfectamente.

—No lo entiendes. —Se lo devuelvo, sin embargo, no la coge.

—Te crees que lo sabes todo. —Lo dejo sobre una mesa redonda adornada con una lámpara antigua—. No voy a tener la misma discusión.

—El final se acerca. Tú lo has acelerado.

—He venido para poner el punto y final. —Levanto el mentón—. De la mejor manera.

—Mi hermano no suele cometer errores. Y contigo está cometiendo muchos.

Sus palabras me indican que, o no sabe que el verdadero plan de Matteo, o ella es parte de la función. Opto por lo segundo.

—No eres lo que pareces —sisea.

—Tú tampoco.

Antes de que pueda responder, Matteo entra en el comedor.

No saluda. No pregunta. Se limita a mirar la mesa, al sobre, a Raffaele, a mí. Todo en ese orden. Sabe leer escenas con una sola ojeada.

—Tenemos movimiento —informa.

—¿De quién? —Raffaele guarda el móvil y el sobre en el bolso.

—Della Torre.

—¿Cuál? —pregunto.

Matteo se gira hacia mí.

—Alguien ha accedido a los archivos antiguos de rutas. Los de antes de la ruptura entre familias.

No parpadeo. He sido yo. Han descubierto mi investigación.

—¿Desde fuera?

—No.

Raffaele se queda inmóvil.

—¿Desde dentro?

Matteo asiente.

—Y han buscado un nombre concreto.

Me mira con atención.

—El de tu padre.

Raffaele deja escapar un insulto en italiano bajo y… me mira con fijación.

—¿Qué tiene que ver su padre en todo eso? —No entiende nada. Abre los ojos poco a poco—. ¿Quién eres?

—… Soy… Chiara Russo.

Consigue no abrir la boca de asombro. Es una Vitale, se pone en alerta en seguida.

—Sabía que no eres trigo limpio. ¿Una Russo? ¿Eres la hija del traidor?

—Mi padre no os traicionó… —aprieto la mandíbula.

Ella mira a Matteo.

—Raffaele, controla tu ira. Tiene una explicación.

—¿Vas a dármela?

—En cuanto terminemos con esto.

—El Diablo vendrá y… todo arderá en segundos. Tú también —suelta, y se marcha dejando huella con los tacones en el mármol.

—¿Qué archivo? —interrogo cuando la hermana desaparece.

Matteo no responde enseguida. Camina hacia mí. Se inclina lo justo para que solo yo lo escuche.

—El que demuestra que tu padre no traicionó a nadie. O sí.

Ese no lo he encontrado yo…

El aire me falta durante un segundo. No me permito mostrarlo.

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie. Hasta ahora.

—¿Estás seguro? —Asiente—. ¿Y por qué lo mataron?

—No fuimos nosotros, Clara. Te ayudaré a buscar al culpable.

Logro controlarme y no soltar una risa sarcástica. Claro que lo mató los Vitale, claro que él lo sabe, claro que ese archivo ni existiría.

No vas a engañarme más, pienso.

—Quizá alguien quiere que pensemos eso —estudio su reacción.

—Pensarán ellos lo que yo quiero que piensen —termina.

Y el corazón se me rompe un poquito más. Porque a veces se esconde conmigo y otras me habla con tanta claridad que la luz me ciega.

40

UNA SEÑAL

Adriano

Dos meses antes…

Cuatro meses no deberían cambiar nada. No cuando llevas media vida aprendiendo a no quedarte. Y, sin embargo, lo habían hecho.

Estaba en el despacho, de noche, con las luces de la ciudad extendidas bajo el ventanal. No trabajaba. Revisaba informes sin leerlos, pasaba páginas sin fijarme en nada. Clara estaba en casa, dormida. O fingiendo dormir, que era una variante que dominaba bien. Habíamos aprendido a convivir sin invadirnos del todo. A compartir espacios sin rendir cuentas. A no poner nombre a lo que era evidente.

El teléfono vibró sobre la mesa.

No miré la pantalla. No hacía falta. Ninguna otra persona se atrevía a molestarme de madrugada.

Descolgué y lo llevé a mi oreja.

—Ya era hora —soltó.

—¿Qué ocurre?

Un silencio breve. Medido. De esos que no buscan convencer, sino recordar jerarquías antiguas.

—Ella también vendrá. Tiene ganas de verte.

—Solo estorbará.

—¿Cuándo vienes tú? —lanzó.

Me levanté y caminé hasta la ventana. Apoyé la mano en el cristal, frío, firme, real. Abajo, los coches seguían su ruta, ajenos a conversaciones que podían reventar una vida entera.

—Te dije que habría una señal —continuó—. La ha habido y ya no hay excusas.

—Y te dije que no iba a irme —contesté—. No ahora.

—Ahora es exactamente cuando debes hacerlo.

—Entiendo tu razón, pero no es la mía. Ya no.

—¿Y cuál es la tuya?

Cerré los ojos un segundo.

—No voy a marcharme.

—No es una petición, Adriano.

Ahí estaba. El nombre, dicho con la entonación exacta para que no sonara cercano. Ni lejano. El nombre como recordatorio.

—Hay alguien —dije—. Y no voy a dejarla.

Ninguno habló durante unos segundos.

—¿Una mujer? ¿Tú? Te estás equivocando.

—No —repliqué—. Por primera vez, no.

Apoyé el peso en la mesa. Sentí la madera bajo los dedos. Me anclé a algo físico. A algo que no pudiera desmontarse con palabras.

—Vendrás. Siempre lo haces.

Colgué sin despedirme.

Me quedé de pie, mirando el reflejo de la habitación en el cristal. Cuatro meses bastaban para que alguien aprendiera dónde dolía de verdad.

Volví al escritorio. Abrí uno de los cajones inferiores. Saqué la carpeta que no debía estar ahí, pero lo estaba. El nombre de Clara Bernardi escrito con letra limpia en la portada. Demasiado limpia para una vida que no encajaba.

No había nada. Y eso era lo inquietante.

Cuatro meses investigando. Rastreando. Cruzando datos. Siguiendo sombras. Y nada. Ningún pasado que explicara ciertas reacciones. Ninguna huella que justificara su forma de mirar una habitación antes de entrar. Ninguna grieta que explicara por qué sabía cuándo marcharse antes de que algo estallara.

Nada. Y cuando no hay nada, suele ser porque alguien se ha ocupado de borrar demasiado bien.

El teléfono volvió a vibrar. Esta vez miré la pantalla.

—Habla.

—Tenemos algo No mucho. Pero no es nada.

Me senté despacio.

—¿Qué has encontrado?

—Un nombre antiguo. Mal archivado. No conecta con nada actual. Pero alguien se tomó muchas molestias para que no apareciera nunca.

Masajeé mi sien.

—Envíamelo.

—Hay más —añadió—. Pero no por los canales habituales.

—Mañana.

—Sí, señor.

Colgué de nuevo y miré el reloj.

Clara seguía dormida.

Y yo ya sabía que, hiciera lo que hiciera en las próximas semanas, nada volvería a ser neutral.

No dormí. No porque la llamada me hubiera alterado. Eso habría sido fácil de asumir. No dormí porque, por primera vez en años, tenía algo que perder y el cuerpo lo sabía antes que la cabeza.

Clara seguía en mi cama cuando regresé al dormitorio. Dormía de lado, con una rodilla flexionada y el pelo desordenado sobre la almohada. Había dejado el libro abierto boca abajo. Me quedé mirándola más tiempo del razonable. Y no fue por deseo. Clara tenía una calma que me inquietaba.

Me tumbé sin despertarla. No la abracé. Me limité a quedarme ahí, midiendo la distancia, como si el simple hecho de tocarla pudiera alterar algo que aún no entendía del todo.



A la mañana siguiente salí antes de que Clara abriera los ojos. Salí sin hacer ruido, con cuidado de no alertarla.

El encuentro no fue en mi despacho ni en ningún lugar reconocible. Fue en un piso anodino, de esos que existen para no

llamar la atención. Paredes claras. Muebles funcionales. Una mesa. Dos sillas. Nada personal. El hombre que me esperaba no sonrió al verme.

—Señor Ferrara —me saludó.

—¿Qué tienes?

Colocó una carpeta sobre la mesa. No la empujó hacia mí.

—No hay mucho —advirtió—. Y lo que hay está fragmentado.

Me senté.

—Empieza.

Abrió la carpeta.

—El nombre que usó durante años no es el primero. Tampoco el segundo. Hay al menos tres identidades previas, todas bien construidas, todas cerradas sin errores. Demasiado limpias. Pero que duraron muy poco.

—No me extraña. —Lo dije en serio. Tengo buen olfato, he sobrevivido en medio de una guerra durante toda mi vida.

—¿Y esto? —Sacó una hoja.

—Hay un hombre desaparecido relacionado con ella. Un contacto en la policía ha transcrito esto. Pero no ha podido decirme más.

Levanté la vista.

—¿Relacionado cómo?

—No está claro.

No dije nada. Esperé.

—No figura como fallecido. Tampoco como prófugo. Simplemente… dejó de existir en los registros. Y alguien se ocupó de que así fuera.

—¿Quién?

—Eso es lo que no aparece. He insistido en que me diera un nombre. Conozco a este enlace, si no me lo ha dicho, es porque le aterroriza ser descubierto.

Pasé la mano por la mesa.

—¿Hay conexión con alguien más?

Dudó un segundo.

—Hay fotos. Su rostro ha coincidido con varias. Muy pocas. Es como si antes no hubiera existido.

Alzó otra hoja.

—¿Dónde estaban?

—En un archivo que no debería conservar material gráfico. Y alguien pagó para que siguieran ahí sin que nadie las mirara.

—¿De qué año es la primera?

—De hace siete años.

Cerré la carpeta despacio.

—Quiero todo. Cada nombre. Cada movimiento. Cada sombra.

—Esto no es una auditoría financiera, Adriano. El precio subirá.

—Es personal. Y no me importa.

Se inclinó hacia delante.

—Está bien. Seguiré. Pero algo me huele muy mal.

Salí de allí pensando que había abierto una puerta que no podía cerrar. No porque quisiera protegerme. Sino porque, si Clara estaba donde estaba, no era casualidad.

Volví a casa entrada la tarde. Después de un día entero Ferrara Capital. Era domingo y había estado solo, pensando, organizando los pasos a seguir. Ella estaba en la cocina, descalza, revisando algo en la tablet. Llevaba una camisa mía arremangada y el pelo revuelto.

Se me puso dura al instante.

—Es fin de semana. ¿Dónde has estado?

—He tenido trabajo. —No mentí. Solo omití.

—Ni siquiera me has llamado. Estaba preocupada.

Rodeé su cintura con mis manos y dejé un beso en sus labios.

—Quería dejarlo todo listo para no tener que pensar en eso ahora.

—¿Y qué quieres hacer ahora?

Colé la mano derecha por el filo de la camisa, rozando su piel, y subí por el muslo, la cadera, la espalda…

—Yo también he estado trabajando. —Dio un paso atrás y rompió el momento a conciencia—. Somos demasiado iguales.

—No tanto. Yo quiero tocarte y tú me apartas.

—Porque… —Frució el ceño—. ¿Estás bien?

—Sí. —La palabra salió demasiado rápido.

—No me mientas mal —replicó, sin dureza.

Me acerqué. Apoyé una mano en la encimera, cerca de la suya. No la toqué esta vez.

—Hay cosas que no puedo explicarte —admití.

—No te las he pedido.

—Aun así.

Me sostuvo la mirada. No buscaba respuestas. Buscaba coherencia.

—Adriano… Yo… También hay cosas que no puedo explicarte… —musitó.

Ahí estaba. ¿Le decía que lo sabía? Le exigía que se explicara? No tenía derecho.

Le puse un dedo sobre los labios para que se callara.

—Shhh… Dejemos eso para cuando sea relevante, ahora solo estamos tú y yo, seamos quienes seamos… —La besé, y ella soltó un gemido sobre mi boca que me desarmó del todo.

Nunca había estado enamorado. Una vez de joven lo sentí durante un tiempo, después… fue desapareciendo, aunque jamás la olvidé. Sin embargo, con Clara, Clara removía mis cimientos.



Seguía investigando. No por desconfianza abierta, sino por una incomodidad persistente que no sabía colocar del todo. Clara Bernardi era impecable en los papeles, demasiado. Una biografía sin sobresaltos, sin errores, sin manchas. Una línea recta en un mundo que nunca lo era.

Aquella mañana la oficina estaba más tranquila de lo habitual. El equipo había salido a una reunión externa y el pasillo se había quedado en silencio. Yo revisaba informes sin leerlos de verdad cuando la puerta se abrió.

—¿Tienes un minuto?

Clara entró con una carpeta bajo el brazo. Iba vestida de negro, sencilla, profesional, con el pelo recogido. Me encantaba su cuello.

No parecía la mujer que dormía en mi casa más noches de las que quería admitir.

—Para ti… Todos.

—Qué romántico. —Cambió el peso del pie.

—Siéntate —le ordené—. ¿Qué ocurre?

—He estado revisando los balances de Milán. Hay un desfase pequeño, pero constante. No es grave todavía, aunque en seis meses puede serlo.

—¿Error o intención?

—No lo sé aún. Pero no me gusta cómo está planteado.

Asentí. Eso era Clara: detectaba lo que otros preferían ignorar.

—Yo me encargo a partir de ahora —respondí—. Gracias por se tan eficaz.

—Por eso me contrataste.

—Y te mantengo a mi lado por sexi.

Sonrió.

—Me gusta que te relajes conmigo.

—Nunca me relajo.

—A lo mejor puedo hacer algo al respecto —puso una sonrisa muy pérfida que me puso muy cachondo. De pronto, se levantó—. ¿Comemos hoy juntos o tienes otra de esas reuniones interminables?

La pregunta era ligera. Normal. Doméstica, casi. Me sorprendió darme cuenta de lo mucho que agradecía ese tono.

—Si sobrevivo a esta mañana, te secuestro a la una —contesté.

Sonrió de medio lado.

—Entonces me quedo cerca por si hace falta rescate.

Antes de salir, se giró.

—Ah, y esta noche no llegues tarde. He comprado pasta fresca. No pienso comerla sola.

—Eso suena a amenaza.

—Lo es.

La vi salir. Caminaba con seguridad, sin mirar atrás. Cuando la puerta se cerró, volví a la pantalla del ordenador… pero no al trabajo que tenía delante.

Abrí el archivo que llevaba días consultando a ratos. No el suyo. El otro.

Desapariciones antiguas. Casos cerrados sin cuerpo. Denuncias archivadas por falta de pruebas. Personas que, oficialmente, se habían evaporado.

No buscaba a Clara. Me lo repetí varias veces. Buscaba entender por qué ciertas piezas no encajaban.

El teléfono vibró sobre la mesa.

—Ferrara.

—Ya tengo algo —dijo la voz al otro lado—. Ha costado más de lo esperado. El archivo estaba enterrado.

Me incorporé en la silla.

—Habla.

—La denuncia por desaparición que pediste rastrear. No figuraba a nombre de la persona que buscabas, sino de un familiar directo. Por eso no aparecía en las búsquedas iniciales.

Un segundo de silencio. Mi pulso se tensó sin que supiera por qué.

—¿El nombre?

La voz dudó una fracción de segundo.

—Alesandro Russo.

No respondí.

Sentí cómo algo se explotaba dentro de mí, lento, pesado, inevitable. No tenía aún el contexto. No tenía el mapa completo. Pero ese nombre no aparecía porque sí.

—¿Estás seguro? —conseguí decir.

—Completamente. Denuncia presentada hace años. Caso archivado. Sin seguimiento posterior.

—Envíame todo —ordené—. Absolutamente todo.

Colgué sin despedirme.

Me quedé mirando la pared frente a mí. No pensaba. No todavía. Solo dejaba que el impacto se asentara.

Russo.

Clara Bernardi acababa de salir de mi despacho hablando de pasta fresca y balances de Milán. Y en algún punto que todavía no alcanzaba a ver, su historia y ese nombre acababan de cruzarse.

Cerré el archivo. Apagué la pantalla.

Aún no sabía qué significaba aquello. Pero sí sabía una cosa: nada de lo que estaba ocurriendo era casual. Y el tiempo de las coincidencias había terminado.

41

UNA PIEZA ÚTIL

Chiara

Actualidad…

No voy a la cocina. No hoy. Hoy no me interesa demostrar nada a nadie. Hoy me interesa lo único que me ha mantenido viva desde que aprendí a mentir: observar sin que me vean y recordar que un castillo también puede ser una cárcel.

Camino por la villa con el paso medido, sin prisas, sin esa urgencia que te delata cuando tienes miedo. Me he lavado la cara, me he recogido el pelo y he elegido ropa cómoda, sobria, sin botones que parezcan excusas. A ojos de casi todos sigo siendo Clara Bernardi, consultora externa, una pieza útil. Pero por dentro ya no hago ese papel; por dentro soy Chiara Russo, y Chiara no pide permiso para sobrevivir: calcula, decide, ejecuta.

El cambio no se nota en la postura, sino en la mirada. En el arco que hago cada mañana entre mi habitación, el pasillo central y el ala donde se mueven los guardias. En cuánto tardan en cambiar de turno. En quién mira más de la cuenta y quién finge no mirarme. En las puertas que se cierran con demasiada puntualidad. En las conversaciones que se apagan cuando aparezco.

Hoy lo cuento todo. Tres guardias fijos en la entrada principal. Dos en el patio de grava. Uno en el corredor de las habitaciones, siempre el mismo, siempre con la mano cerca del cinturón. Pina circula por la casa. Y Raffaele (cuando aparece) se mueve como una alarma bonita: no suena, pero te deja claro que existe.

Matteo no está. No lo pregunto. No lo comento. No lo busco.

Ese es mi primer movimiento nuevo: quitarle a mi cuerpo la costumbre de buscarlo, porque mi cuerpo es idiota y tiende a traicionarme en cuanto cree que algo le salva la vida. Y si he aprendido algo en este último año es que, cuando una mujer empieza a depender de un hombre, el mundo la coloca justo donde más duele.

Paso por delante del salón pequeño, ese que da al patio, y veo a Helena a través de la cristalera. Está sentada con un dosier abierto y un bolígrafo en la mano. Levanta la vista justo cuando yo paso. Solo me mira. Y esa mirada dice: sé que estás pensando.

Perfecto. Yo también sé que ella sabe.

Sigo caminando. Subo un tramo de escaleras. Giro hacia el corredor de los ventanales largos. Me detengo frente a una de las ventanas y contemplo el exterior. El mar queda lejos, pero el aire trae ese gusto a sal que en Sicilia siempre llega, da igual lo alto que estés, da igual cuánto quieras ignorarlo.

Estoy haciendo lo que mi madre me enseñó sin decirlo: cuando el suelo se mueve, no corras. Mira primero dónde están las salidas.

El móvil vibra en mi mano y, durante un segundo, mi primera reacción es no mirar. Me niego a regalarle a nadie ese reflejo fácil. Bajo la vista cuando yo quiero. Cuando decido.

Nombre en pantalla: Adriano.

Me quedo quieta. Pero mi corazón se acelera.

Han pasado días. Demasiados, quizás. He visto sus llamadas perdidas, he dejado que el teléfono se apague a ratos para no tener que enfrentarme a lo que me provoca: ese impulso de volver a la vida anterior, a la que aún me permitía una cama en Roma, una mano en la nuca y un "¿has comido?" que sonaba a normalidad.

Ahora no hay normalidad. Ahora hay un campo de minas con mármol caro.

Aun así, descuelgo.

—¿Sí?

—Clara. —Su voz entra directa, controlada, con ese tono que siempre me ha parecido más peligroso que un grito.

No dice mi nombre completo. No pregunta de entrada. No hace teatro. Eso también lo recuerdo.

—¿Qué pasa? —contesto.

—Me lo dices tú. ¿Estás bien?

No respondo con un "sí" bonito. Respondo con lo único que me sale sin adornos.

—Estoy bien.

—Eso no me dice nada.

Aprieto el móvil contra la oreja y cierro los ojos un instante, no para dramatizar, sino para ordenar. Si digo una frase mal, si se me escapa un temblor, si sueno distinta… lo notará. Adriano lo nota todo.

—Estoy viva, que es lo relevante —le suelto—. ¿Qué quieres?

Al otro lado, un silencio breve. No uno de esos que se alargan para incomodar. Uno de esos que son una decisión.

—¿Dónde estás?

La pregunta me atraviesa con una frialdad casi clínica. No por lo que pregunta, sino por lo que implica: Adriano no pregunta nunca sin motivo. Si pregunta dónde estoy, no es curiosidad. Es alerta.

—Trabajando —miento.

—Dime dónde estás.

Me muerdo la lengua. La respuesta real se queda dentro: en la boca del lobo, Adriano, y no lo digo por metáfora. Me obligo a sostener el papel.

—En… —Antes de que pueda contestar, un paso firme suena detrás de mí. No necesito girarme para saberlo. Hay pasos que no piden espacio. Lo toman.

Helena.

Se anuncia con el aire que te obliga a enderezarte, aunque no quieras.

Me giro despacio. La tengo a dos metros. De negro, sin joyas visibles, con la expresión de alguien que nunca ha tenido que disculparse por interrumpir.

—Cuelga —ordena.

Vuelvo el móvil hacia mi boca.

—Tengo que dejarte…

—Clara…

Helena no espera. Da un paso más.

—Ahora —dictamina.

Lo hago sin pensarlo más ni dar explicaciones. Me imagino, a pesar de lo que pasó, a Adriano ardiendo por dentro y por fuera. Sin embargo, el vacío amargo que deja la llamada no dura. No me da ese lujo. Helena se mueve, y yo me muevo con ella.

—Acompáñame —me indica, girando hacia un pasillo lateral.

Camino a su lado. No detrás. No delante. A su lado. Porque hay gestos que, aunque parezcan pequeños, mantienen una parte de mí intacta.

Atravesamos un tramo de corredor que no piso casi nunca. Hay cuadros antiguos, paisajes de Sicilia, retratos sin nombres en placas, gente muerta con cara de haber sido importante. Helena abre una puerta que no parece especial desde fuera, pero dentro hay otra villa.

Un vestidor enorme. Una habitación entera dedicada a la apariencia.

Armarios empotrados hasta el techo. Perchas ordenadas por color. Cajones de madera oscura. Zapatos alineados como si fueran soldados. Joyeros cerrados con llave. Y ese olor a tejido caro, a cuero y a perfume que se ha quedado a vivir en las fibras.

Helena enciende las luces. El lugar queda expuesto, sin rincones.

—Mañana hay una reunión. Y esta vez no es un encuentro de puerto ni una mesa con metal. Será… más formal.

No dice "importante" porque para ella todo lo que ocurre aquí lo es. Lo importante no se subraya. Se ejecuta.

—¿Dónde? —pregunto.

Helena se gira hacia mí, un segundo, con esa paciencia afilada.

—Aquí.

Mi estómago se contrae.

—¿En la villa?

—Sí. —Abre el primer armario con un gesto firme.

Me muestra una fila de vestidos largos. Negro, burdeos, verde oscuro. Telas que caen con intención. Cortes que saben lo que hacen con un cuerpo.

—No llevo este tipo de ropa para trabajar —comento.

—Mañana no vas a trabajar —corrige—. Mañana vas a estar.

Me acerco al armario. Paso los dedos por una de las telas. Suave. Fría. Inocente por fuera. Letal en contexto.

—¿Estar para qué?

Helena abre otro armario. Esta vez, vestidos más sobrios: pantalones de pinza impecables, blusas de seda, trajes entallados que podrían servir para una junta de inversión… o para firmar una condena.

—Para observar. Para que te vean. Para que entiendan que no eres un accidente.

Sostengo su mirada.

—Ya lo han entendido.

—No. —Helena cierra el armario con calma—. Creen que eres una herramienta. Quiero que sepan que eres una pieza que también corta.

No me halaga. Me coloca.

—¿Qué esperan de mí?

Helena se acerca a una cómoda y abre un cajón. Saca un broche antiguo. Plata ennegrecida. Forma de animal. Tres cabezas pequeñas coronadas.

La hidra.

Lo sostiene en la palma, sin prisa.

—Habrá ojos. Habrá gente que no habla pero memoriza. Tú vas a ir vestida para que nadie se atreva a confundirte con una secretaria.

Me sorprende un tirón de ironía, pero no la suelto.

—Entonces, ¿qué quieren que parezca? ¿Una esposa?

Helena no parpadea.

—Quiero que parezcas lo que eres para esta casa en este momento.

Mi garganta se cierra un segundo.

—¿Y qué soy?

Helena deja el broche sobre la cómoda con un golpe suave.

—La mujer de la que Matteo está enamorado.

Mi nuca se eriza. No por miedo. Por rabia.

—Quieres dejarlo claro a los Della Torre.

Helena ladea la cabeza, como si estuviera mirando a una niña que se cree valiente por decir lo obvio.

—No vendrá… Pero lo verán.

—Yo seré la diana… De nuevo.

—Aquí, todos somos algo para alguien. La diferencia es que algunos lo eligen y otros se creen libres.

Me apoyo en el borde de la cómoda, cruzo los brazos.

—¿Y tú qué elegiste, Helena?

Una chispa en sus ojos. Rápida. Desaparece.

—Elegí sobrevivir. —Se acerca a otro armario y lo abre—. Ponte esto.

Saca un traje negro de mujer, impecable, con una chaqueta entallada y un pantalón que cae recto. Dentro hay una blusa marfil sin escote, pero con una tela que promete. No es provocativo. Es poder con costuras.

—No quiero probarme nada.

—Lo vas a hacer —responde, sin elevar el tono—. Y vas a hacerlo ahora, porque mañana no habrá margen para indecisiones.

Me quedo quieta. Pienso en Adriano al otro lado de la llamada. En su pregunta: ¿dónde estás? Pienso en lo que habría dicho si Helena no hubiera aparecido. Pienso en lo fácil que sería contárselo todo. Y en lo rápido que convertiría su vida en un objetivo.

—Helena…

—No uses ese tono conmigo —me corta—. No somos amigas.

Lo sé. Nunca lo he creído.

Respiro, una vez. No hondo. Solo lo justo.

—¿Quién vendrá mañana?

Helena me observa con ese tipo de paciencia que no concede nada.

—El Diablo.

Mi pulso se acelera. Sé de quién habla, aunque nunca lo haya visto. El Diablo siempre ha actuado desde las sombras. No lo recuerdo ni de pequeña.

Trago saliva sin que se note.

—¿Y Matteo está de acuerdo?

Helena me mira un segundo más largo de lo necesario.

—Matteo hará lo que tenga que hacer. —No dice más.

Tomo el traje de sus manos y entro en el probador que hay al fondo. No es un probador: es otra habitación. Me quito la ropa despacio, con la sensación de estar desarmándome. Me pongo el pantalón, la blusa, la chaqueta. La tela se ajusta como si me conociera.

Salgo.

Helena me mira de arriba abajo. No sonríe. Asiente un poco.

—Eso.

—¿Eso qué?

—Eso es lo que quiero que vean. —Se acerca, coloca el broche de la hidra en la solapa con un gesto preciso—. Que estás aquí y que no tiemblas.

La piel me arde bajo la tela. No por el broche. Por lo que implica.

—No soy una Vitale —le recuerdo.

Helena se aparta un paso.

—Pero mañana vas a llevar su símbolo. Porque mañana, si alguien decide disparar, primero mirará dónde está el escudo.

El filo de sus palabras me corta por dentro y, aun así, no bajo la mirada.

—¿Me estás protegiendo?

Helena suelta una risa breve, sin humor.

—No. Te estoy usando para que crean que pueden leerlo todo.

Me quedo muy quieta. Mi mente hace clic. El pensamiento se forma claro, sin drama: Si ella me usa, yo la usaré mejor.

Abre un cajón y saca una caja pequeña con pendientes discretos. Diamantes pequeños. Nada escandaloso. Todo caro.

—Mañana quiero que te comportes como lo que eres: la futura prometida de Matteo Vitale.

—Lo haré —aseguro, aunque nunca lo seré.

—Hazlo de verdad.

—¿Y si mañana decido hablar cuando no me toca?

Helena no se inmuta.

—Entonces sabré que, además de peligrosa, eres imprevisible.

—¿Y eso es malo?

—Depende de a quién quieras destruir. —La frase cae y se queda.

En mi bolsillo, el móvil vibra otra vez. Adriano insiste.

No lo saco. No aquí. No delante de Helena. No con la hidra clavada en la solapa.

Helena ve el gesto mínimo de mi mano hacia el bolsillo y me lo corta con una mirada.

—Olvida tu vida fuera de aquí.

No lo haré, pero asiento. Y en ese instante, con el traje perfecto sobre mi piel y el símbolo de los Vitale donde no debería estar, entiendo algo que me obliga a endurecerme por dentro: Mañana no es una reunión. Mañana es un escenario. Y si ellos han preparado una obra, yo también.

42

LO QUE POR FIN PARECE POSIBLE

Chiara

Dos meses antes…

Durante cuatro meses me permití una herejía: creer que la normalidad podía existir para mí.

No de golpe. No con fuegos artificiales. Fue algo más discreto. Desayunos sin prisas. Risas inesperadas. La sensación de llegar a casa y no estar en alerta. Adriano y yo construimos algo que no tenía nombre, pero sí rutina. Y esa rutina empezó a parecerme peligrosa y maravillosa a partes iguales.

Aquella mañana estaba revisando correos en el despacho cuando sonó el teléfono interno.

—Señorita Bernardi, tiene una llamada, parece importante, he indicado que está ocupada pero han insistido. ¿Se la paso?

—Deme un minuto.

—Claro.

¿De qué se trataba? Hacía mucho que nada se interponía en mi tranquilidad. Mi trabajo exigía mucho de mí, sin embargo, nada que no pudiera aceptar.

Me aclamaba una empresa con la que aún tenía contrato. En París. Era urgente.

El nombre de la firma bastó para que el cuerpo reaccionara antes que la cabeza. Asuntos pendientes. Negociaciones abiertas. El pasado profesional que nunca se detiene solo porque una empiece a sentirse a salvo.

Colgué y me quedé unos segundos mirando la pantalla en negro. París. No era un buen momento para alejarme de Roma ni de

Adriano, estaba raro, pero yo era una profesional y no eludía mis responsabilidades.

Fui al despacho de Adriano en cuanto pude. Quería decírselo y ver cómo reaccionaba. Quizá mi ausencia vendría bien para que me echara de menos.

La puerta estaba abierta, algo muy raro, él estaba de pie junto a la ventana, de espaldas. Traje oscuro, camisa negra, el teléfono en la mano sin mirarlo. Me detuve unos segundos a observarlo. No se movía. Algo me decía que llevaba así varios minutos, pensativo, demasiado pensativo.

—Señor Ferrara —hablé.

Él se giró despacio y sus pupilas se encontraron con las mías. Las suyas estaban más oscuras que de costumbre. Sabía que había cosas que no me contaba, no obstante, confiaba en él ciegamente.

—Señorita Bernardi. —Mi apellido ficticio sonó raro esta vez en su boca.

—¿Problemas? ¿Puedo ayudarte? —Caminé hasta él.

—No. —Acompañó la negación con un golpe de cabeza—. ¿Qué ocurre?

—Tengo que viajar a París.

—¿Cuándo? —Alzó levemente las cejas.

—En dos semanas, si todo va bien.

—No estoy al tanto.

—No tiene que ver con Ferrara Capital. Cuando acepté trabajar para ti, ya sabías que tengo expedientes abiertos con otras corporaciones.

Respiró hondo, muy hondo, su pecho se hinchó.

—No quiero compartirte. Ni que te alejes. —Dejó el teléfono sobre la mesa y dio un paso hacia mí.

—Estás… muy raro últimamente.

—Estoy bien.

Me acerqué yo.

Mentía. No de forma evidente, pero yo ya sabía leerle los silencios. Adriano no era un hombre inexpresivo; era un hombre que

elegía qué mostrar. Y esa mañana estaba ocultando algo. Llevaba días así.

—No pareces tú.

Me miró con atención.

—Estoy cansado, Clara.

—No es cansancio, señor Ferrara. Sé que es un hombre ocupado, pero siempre ha estado para mí.

Sonrió apenas. Una sonrisa que no llegaba a los ojos.

—¿Ahora también me analizas?

—Ahora sobre todo. Porque cuando algo te preocupa de verdad, no levantas muros. Te vuelves distante.

No dijo nada. Terminó con el palmo que nos separaba y me besó la frente, un gesto breve, correcto, casi cuidadoso.

—No pasa nada. Roma seguirá aquí cuando vuelvas. No vas a irte para siempre.

O sí… pensé. Y esa idea, por alguna razón, tensó el aire entre los dos, aunque él ignoraba por qué. Pero yo estaba segura de que el pasado volvería, sobre todo porque yo iría a buscarlo en cuanto tuviera la oportunidad de encontrar al asesino de mi padre.



Más tarde bajé al despacho de Galesa. Estaba revisando unos contratos con cara de querer incendiar algo.

—¿Tienes un minuto? —pregunté.

—Si no es para decirme que el mundo se ha arreglado, no.

Me senté frente a ella.

—París. Dos semanas.

Galesa levantó la vista.

—Sabía que tarde o temprano tendríamos que volver —se rascó la frente—. ¿Todo bien?

—Profesionalmente, sí. Personalmente… —me encogí de hombros —. No lo sé. El señor Ferrara está muy raro.

Me observó con más seriedad de la habitual.

—Estás rara tú también.

—Estoy feliz —admití—. Y eso me asusta más que cualquier otra cosa.

—Normal —sonrió—. Estás enamorada.

—No estoy enamorada.

—Lo que tú digas.

—¿Vendrás conmigo?

—Por supuesto —respondió sin dudar—. París siempre es mejor con alguien que te recuerde quién eres cuando empiezas a olvidarlo.

Suspiré y…

—Adriano no está bien —añadí en voz baja.

—¿Lo sabes o lo intuyes?

—Mi intuición nunca se equivoca.

Galesa se recostó en la silla.

—Los hombres que controlan todo se descolocan cuando algo no pueden controlar. Y tú, Clara, no eres una variable sencilla.

Esa frase se me quedó pegada al pecho.

—De alguna manera… me controla.

—No como él quisiera.

—No sé… Galesa. Es un hombre oscuro, poderoso, pero… Estoy acostumbrada a ellos.

—Pero por esos otros no sientes nada.

Cerré los ojos. Mi secretaria y amiga tenía razón.

—Vale, sí. Lo amo. ¿Debería hacer algo al respecto?

—Decírselo.

—No creo que sea buena idea.

—El amor se siente, pero también se habla.

—Por ahora no. —Me levanté—. Después hablamos. ¿Preparas el viaje?

Asintió justo antes de que yo saliera por la puerta.

Cuando subí de nuevo al despacho, Adriano ya no estaba. La silla seguía ligeramente separada de la mesa, como si se hubiera levantado con prisa. Su chaqueta descansaba sobre el respaldo, doblada con cuidado. Había una taza de café a medio terminar. Fría.

No me gustó esa ausencia a medias. No era propio de él.

No pregunté. Tampoco llamé. Me dije que estaba trabajando, que era normal, que no todo tenía que girar en torno a mis intuiciones. Aun así, algo quedó descolocado dentro de mí, como una pieza que ya no encajaba igual aunque nadie la hubiera movido.

Esa noche también fui a su casa. Ya no decía "su piso" con distancia. Lo pensaba como un lugar compartido, aunque nunca lo hubiéramos hablado. Entré con mi llave, dejé el bolso en la consola y me quité los zapatos descalzándome sin hacer ruido.

Adriano estaba en la cocina. Arremangado, concentrado en una sartén, con una copa de vino apoyada junto a la encimera. La escena me golpeó con una normalidad casi dolorosa. Ese tipo de normalidad que no sabes cuánto tiempo te va a durar y por eso la miras dos veces.

—Pensé que hoy no vendrías.

—Pensé que no estarías. Me alegra equivocarme.

—A mí también. —Sonrió apenas. Se dio la vuelta y me miró con evaluación—. He llegado hace diez minutos.

Me acerqué. Apoyé los antebrazos en la isla, observándolo cocinar. Adriano no hacía nada a medias. Ni siquiera algo tan sencillo como preparar la cena.

—¿A qué huele? —pregunté.

—Algo fácil. —Le dio la vuelta a lo que fuera que estaba preparando—. Has tenido un día largo.

—Tú también. Fui a verte. Estaba tu chaqueta, pero tú no.

Tardó en contestar.

—Recursos humanos me reclamó. —Me miró un segundo más de la cuenta.

—Y fuiste a apagar el incendio.

—Sí.

Ese "sí" volvió a no convencerme.

Cenamos en la pequeña mesa del salón. Sin televisión. Sin música. Solo nosotros y el sonido discreto de los cubiertos. Hablamos de París. De fechas. De logística. De cosas que no dolían.

—Dos semanas pasan rápido.

—O muy despacio. —Respiré—. Adriano…

—Clara, no puedo… No esperes nada.

—¿A qué te refieres? —Solté los cubiertos.

Se quedó quieto. Bebió un sorbo de vino antes de responder.

—Tú… solo vuelve. —La frase fue simple. Directa. Me atravesó igual.

Después de cenar, recogió sin que yo se lo pidiera. Me senté en el sofá, con las piernas recogidas, observándolo moverse por la casa. Ese no era el Adriano que había conocido hacía más de cuatro meses. Era otro, uno que me gustaba más, a pesar de su mutismo.

Cuando se sentó a mi lado, no habló. Me pasó un brazo por los hombros y yo apoyé la cabeza en su pecho.

—Hoy has estado distante —susurré.

No me miró.

—Hoy he estado pensando.

—¿En qué?

—En ti.

Giré la cabeza para mirarlo. Eso no era una evasiva. Era una admisión.

—Eso no te suele poner así —murmuré.

—No suelo permitirme pensar demasiado en las cosas que importan —respondió—. Es una mala costumbre.

—¿Y yo importo?

Bajó la barbilla hasta rozar mi pelo.

—Más de lo que debería.

Nos besamos despacio. Sin urgencia. Sin necesidad de demostrar nada. Su boca era firme, cálida, conocida. La mía respondió con esa confianza que solo aparece cuando dejas de protegerte por inercia.

Me tumbé a su lado. Él me cubrió con una manta. No intentó nada más. Se limitó a pasar los dedos por mi brazo, despacio, como si contara algo sin palabras.

—¿Te quedarás? —preguntó.

—Siempre me quedo —respondí.

No dije “siempre que pueda”. No dije “si no pasa nada”. No puse condiciones.

Esa noche hicimos el amor sin prisa. Sin exceso. Con una intimidad que no necesitaba alzar la voz. Adriano fue atento, contenido, presente. Como si me estuviera aprendiendo de memoria por si algún día tenía que recordarme sin tenerme.

Después, me quedé despierta mientras él dormía.

Lo observé. El gesto serio incluso en reposo. Las líneas de tensión que no desaparecían del todo. Pensé que aquel hombre no era sencillo. Que su vida tampoco lo era. Y que yo, por una vez, estaba dispuesta a no huir de algo solo porque pudiera romperme.

Sabía que algo ocurría. Lo sentía en su silencio, en su forma de mirarme, en las pausas que no llenaba. Pero aquella noche elegí quedarme. Porque, aunque no lo supiera aún, la felicidad también puede ser una forma de riesgo. Y yo llevaba demasiado tiempo sobreviviendo como para no atreverme a vivir un poco más.

Me dormí sin darme cuenta, con el cuerpo aún tibio y la mente flotando en un lugar que no era del todo real. El sueño llegó sin anunciarse, denso, profundo, arrastrándome a un paisaje que reconocí antes de entenderlo.

Un bosque.

No sabía decir dónde estaba, pero lo sentí mío. Los árboles se alzaban altos, antiguos, con troncos oscuros y raíces que parecían venas abiertas en la tierra. El suelo estaba húmedo, blando bajo mis pies descalzos. Avancé sin saber por qué, guiada por una certeza primitiva: allí iba a ocurrir algo que no podía evitar.

Entonces los vi.

Dos lobos.

Emergieron desde extremos opuestos del claro, avanzando despacio, midiendo cada paso. Eran grandes, imponentes, con el pelaje tan oscuro que casi absorbía la luz. Uno de ellos era

ligeramente más grande, más ancho de pecho, con una presencia que imponía respeto y amenaza a partes iguales. El otro era más ágil, más tenso, con una energía contenida que vibraba en el aire.

No me miraban a mí.

Se miraban entre ellos.

Yo estaba en medio.

Quise moverme. No pude. Quise gritar. Tampoco. El miedo no era un golpe seco, era una expansión lenta, una certeza que me recorría por dentro: aquel enfrentamiento no era solo suyo. También era mío.

Los lobos comenzaron a rodearse. Sus músculos se tensaban bajo la piel. Los colmillos brillaban al mostrarse en silencios cargados de intención. No había prisa. No la necesitaban. Sabían que el combate era inevitable.

El lobo más grande dio un paso al frente. El suelo pareció responderle. El otro no retrocedió. Alzó la cabeza, desafiante, y respondió con un gruñido bajo que me atravesó el pecho.

Sentí el peligro demasiado cerca. No como una amenaza externa, sino como algo que me reclamaba desde dentro.

Cuando se lanzaron el uno contra el otro, el mundo pareció quebrarse. Sus cuerpos chocaron con violencia. Giraron, rodaron, se separaron solo para volver a atacarse. Dientes, fuerza, determinación. No luchaban por territorio. Luchaban por algo más profundo. Algo que no necesitaba nombre.

Y yo seguía allí. Demasiado cerca.

Un golpe me alcanzó. Caí al suelo. La tierra se me metió bajo las uñas, fría, real. El miedo cambió de forma. Ya no era parálisis. Era instinto.

Tenía que sobrevivir.

Me incorporé a cuatro patas antes de darme cuenta de lo que hacía. Mis manos ya no eran manos. Eran patas fuertes, cubiertas de pelo oscuro. Mi cuerpo se había alargado, tensado, adaptado. Sentí el latido poderoso de un corazón que no dudaba. Olí el aire. Percibí el bosque con una claridad nueva, brutal.

Yo también era una loba.

No pequeña. Atenta. Viva.

Los dos lobos se detuvieron al notar mi presencia. Sus miradas se clavaron en mí. No había sorpresa. Había reconocimiento. Sabían quién era. Siempre lo habían sabido.

El lobo más grande se giró hacia mí. Sus ojos ardían con algo que no supe nombrar: posesión, advertencia, vínculo. El otro se acercó también, con la cabeza alta, sin sumisión, con una lealtad distinta, igual de peligrosa.

Entendí entonces que no estaba atrapada entre ellos.

Era parte del combate.

Avancé un paso. Luego otro. Mi cuerpo no temblaba. El miedo se había transformado en decisión. No iba a huir. No iba a quedarme inmóvil esperando el final.

Alcé el hocico y lancé un aullido que rompió el aire.

No era una llamada de auxilio. Era una declaración.

El bosque respondió. Algo antiguo despertó bajo la tierra. Los lobos se quedaron quietos, atentos, conscientes de que el equilibrio había cambiado. Yo ya no era el centro pasivo del conflicto.

Era la elección.

Cuando desperté, tenía el corazón acelerado y el cuerpo tenso, pero no sentía pánico. Sentía una calma firme. Adriano dormía a mi lado, ajeno al incendio que aún me recorría por dentro.

Me quedé mirando la lámpara que colgaba encima de mí, respirando despacio.

Sabía una cosa con absoluta claridad, incluso antes de entenderla del todo: no había venido a este mundo para ser la presa. Y el día que eligiera luchar, no lo haría sola.

43

LA CEREMONIA

Chiara

Actualidad…

Salgo del vestidor con el traje puesto y con una sensación: la de haberme puesto una piel que no es mía, pero me encaja demasiado bien. No por su tamaño. Por lo que representa. Camino despacio, dejando atrás los armarios, los vestidos, las decisiones tomadas por otros. Cada paso es una renuncia pequeña. Cada paso también es una elección.

El pasillo me recibe con su geometría perfecta. Avanzo unos metros y entonces el móvil, de nuevo, vibra en mi mano.

Es Adriano, otra vez.

Me detengo. El nombre ocupa toda la pantalla, limpio, directo, sin emoticonos ni adornos. Pienso en su voz, en la forma en que pronuncia mi nombre. En sus besos. Quiero cogerlo, estoy dispuesta a enfrentarme a él, no obstante, dejo que los tonos terminen.

—¿Te han gustado los disfraces? —La voz de Raffaele llega desde la izquierda, afilada.

Me giro.

La Vitale londinense está apoyada contra una columna, con los brazos cruzados y expresión tranquila. Va vestida de negro, pero hoy hay algo distinto en su postura.

—Me parece curioso que los llames así.

—Esa ropa dejó de llevarse hace dos siglos.

—Es ropa al fin y al cabo.

—Aquí no. Aquí todo comunica.

Asiento despacio. No le discuto eso. No hoy.

—Helena dice que mañana es importante.

—Helena casi siempre tiene razón.

Empieza a caminar. Yo también. El pasillo se estrecha sin aviso. Raffaele se coloca a mi lado, ni delante ni detrás. Igual que yo antes con Helena. Aprendo rápido.

—¿Sabes lo que me molesta de ti? —pregunta, sin mirarme.

—Puedo imaginarlo.

—No. —Se detiene. Yo también—. No lo imaginas. Porque no es lo obvio.

La miro ahora.

—Me molesta que necesites seguir aquí. No lo haces por Matteo, sino por ti, Chiara Russo.

—Nos necesitamos ambos.

Raffaele inclina un poco la cabeza, estudiándome.

—Has venido a averiguar quién mató a tu padre.

No se me escapa el gesto. No me tenso. No hago nada que confirme ni desmienta. Mi silencio no es negación. Es cálculo.

—No voy a usarlo contra ti. Me parece un gesto glorioso por tu parte.

—Qué generosa.

—No lo hago por ti. Lo hago por la sangre. Aquí hay normas que no se escriben —prosigue—. Y tú las estás cruzando sin saberlo.

—O sabiéndolo demasiado bien.

—No. —Se acerca un paso—. Crees que sabes. Y eso es lo que te va a matar. —No bajo los ojos—. No fueron los Vitale —sisea—. Aquí no está el asesino que buscas.

Eso sí me atraviesa. No lo suficiente para delatarme. Lo justo para que duela.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque si hubiera sido uno de los nuestros, no estarías viva.

No hay amenaza en la frase. Hay lógica.

—Entonces dime. ¿Quién fue?

Raffaele me observa durante un segundo largo. Luego niega despacio.

—Eso tendrás que descubrirlo sola. —Se aparta—. Y cuando lo hagas, márchate.

—¿Eso es una orden?

—Es un consejo —dice—. El último que te doy.

—¿Por qué?

—Porque aquí no hay sitio para mujeres que aman a hombres que no pueden permitirse amar.

La frase no busca herirme. Busca advertirme. Y eso es peor.

Doy un paso atrás. El pasillo vuelve a ensancharse, como si hubiera cumplido su función.

—No voy a irme.

Raffaele no se sorprende.

—Por eso estás sola.

Se da la vuelta y se marcha sin mirar atrás.

Me quedo ahí unos segundos. No siento ganas de llorar. Siento algo más útil: claridad.

Helena me usa. Matteo me observa. Raffaele me expulsa sin echarme. Adriano… Adriano está lejos y no sabe nada.

Perfecto.

Guardo el móvil en el bolsillo y sigo caminando. Sin prisa, sin miedo, entendiendo el juego de verdad.

Si todos creen que estoy aquí para negociar, negociaré.

Si creen que me visto para agradar, agradaré.

Si creen que me callo porque no tengo fuerza, seguiré callando. Pero no porque sea débil. Porque he decidido esperar. Y cuando muerda, no avisaré.

44

PROTEGERSE

Chiara

Dos meses antes…

Había aprendido a reconocer los cambios de Adriano.

No era ausencia ni distancia evidente. Era otra cosa. Una forma distinta de estar. Como si parte de él se hubiera adelantado a un lugar al que yo todavía no tenía acceso.

Faltaba una semana para viajar a París y, por primera vez desde que lo conocía, sentía que el tiempo no jugaba a favor de nada.

Cuando desperté aquel día en su cama, tenía otra rosa sobre la almohada. Roja. Ni siquiera sabía de dónde las sacaba.

En la oficina, el día avanzó con normalidad, antes de que yo tuviera tiempo de pensar en él.

El teléfono sonó mientras aún estaba repasando mentalmente la lista de pendientes y contesté casi por inercia, con esa voz profesional que se activa sola cuando una ha pasado demasiados años resolviendo problemas ajenos.

—Clara Bernardi.

—Por fin —respondió una voz masculina al otro lado—. Pensé que iba a tener que presentarme en tu despacho para que me atendieras.

Reconocí el acento enseguida.

—Señor Moreau. —Miré el reloj—. Son las ocho y veinte.

—Y usted siempre ha dicho que el horario es una convención cuando hay dinero en juego.

Sonreí apenas.

—Depende de quién lo tenga.

—Necesito adelantar la revisión del contrato de París —continuó —. Han surgido objeciones.

—Las objeciones siempre surgen cuando alguien cree que puede apretar un poco más —respondí—. Envíeme el nuevo planteamiento y lo vemos hoy.

—¿Hoy?

—Hoy.

Hubo un pausa breve. Luego, una risa contenida.

—Por eso trabajo con usted.

Colgué y me quedé unos segundos mirando la pantalla en negro. El trabajo tenía esa cualidad: ordenaba el mundo cuando todo lo demás se había desplazado de su sitio.

En la oficina, el movimiento habitual ya estaba en marcha. Gente entrando y saliendo, pasos rápidos, murmullos bajos. Todo funcionaba. Todo seguía. Como si nadie notara que, en algún punto interno, yo estaba ligeramente desfasada.

Abrí el correo. Respondí mensajes, ajusté horarios, confirmé una videollamada con Milán. Durante una hora fui exactamente quien siempre había sido: precisa, eficiente, distante en lo justo.

La videollamada con el equipo francés duró más de lo previsto.

—No vamos a aceptar esa cláusula —apoyé los dedos en la mesa —. No protege a ninguna de las partes.

—Es una garantía —insistió uno de ellos.

—Es una desconfianza mal disimulada —repliqué—. Y eso encarece cualquier acuerdo.

Al otro lado de la pantalla intercambiaron miradas. Sabía reconocer ese gesto. Estaban recalculando.

—Proponga una alternativa —pidieron.

—Ya la he propuesto. —Incliné un poco la cabeza—. Solo necesitan leerla sin miedo.

Cuando la llamada terminó, me recosté en la silla y cerré los ojos un instante. Estaba agotada.

Galesa apareció en el marco de la puerta sin anunciarse.

—Sigues aquí —comentó.

—Eso parece.

—Has estado brillante. Y ausente.

Le señalé la silla frente a mí.

—Es una contradicción muy bonita.

—No lo es cuando te conozco. —Se sentó y cruzó las piernas— ¿Es Adriano?

Asentí sin dramatismo.

—No ha cambiado nada. Y, aun así, siento que algo se ha movido.

—¿Él o tú?

La pregunta era incómoda. Precisamente por eso era buena.

—Yo —admití—. He dejado de protegerme.

Galesa me observó con atención.

—Eso no te debilita.

—Pero me expone.

—Amar expone. Lo que pasa es que no todo el mundo se atreve a admitirlo.

Me levanté y caminé hasta la ventana.

—No me ha dicho que me quiere.

—¿Y tú… Se lo has dicho a él?

—Tampoco.

—Entonces estáis empatados.

Sonreí, cansada.

—No es un juego.

—No. —Se levantó también—. Es una elección. Y las elecciones reales siempre incomodan.

Nos quedamos un momento calladas.

—No huiré. No ahora.

—Lo sé perfectamente. Te conozco.

—Galesa… Gracias por ser mi amiga. Sé que conmigo es complicado.

—Tú lo eres. Haces lo que puedes. No sé por qué nunca le has dado una oportunidad al amor ni… a la vida… hasta ahora. Pero me alegro. No todo es trabajo.

La miré fijamente.

—Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo. Yo sé lo que es esconderte de quién eres. Me costó mucho aceptar mi orientación sexual. En realidad, me

costó mucho aceptar que mis padres no lo entendería. Te entiendo más de lo que crees.

Le agarré la mano.

—Gracias.

—No tienes que dármelas. Somos amigas, ¿no? No tenemos que saberlo todo.



Por la tarde, el ritmo bajó. Firmé documentos, cerré carpetas, hice una última llamada para confirmar fechas. París seguía ahí, esperando. Como una cuenta atrás elegante.

Esa noche no volví al piso de Adriano. A él no le gustó mi decisión, pero no insistió en que me fuera con él a su casa, donde casi vivía.

Galesa me recibió con una copa ya servida.

—Estás aquí, pero tienes la cabeza en otro sitio —dobló el cuello con ironía.

—En demasiados.

Nos sentamos en el sofá. Hablamos de viajes, de trabajo, de cosas pequeñas que no exigían decisiones. Hasta que el silencio se volvió cómodo.

—Me he enamorado —admití.

Galesa no hizo ningún gesto exagerado. Solo me miró.

—Ya lo sabía, Clara. Y eso explica todo.

—No me ha dicho que me quiere.

—¿Y tú necesitas que lo haga?

Pensé la respuesta antes de hablar.

—No para quedarme. Pero sí para entender dónde estoy.

Mi amiga apoyó la cabeza en el respaldo.

—Hay personas que sienten antes de saber nombrarlo. Y otras que lo saben y aun así callan.

No respondí enseguida. Me removí en el sofá, girando la copa entre los dedos, observando cómo el líquido dibujaba un borde

irregular en el cristal.

—¿Y tú en cuál estás? —pregunté.

—Yo ya he estado en todas —respondió con una media sonrisa—. En la que siente sin entender, en la que entiende y se asusta, y en la peor: la que entiende, siente… y aun así se va.

Levanté la vista.

—¿Has tenido problemas con Mey?

—Lo hemos dejado. Buscamos cosas diferentes.

—No es eso lo que das a entender.

—Me he ido. Sin quererlo. Y eso es muy duro.

—Lo siento, Galesa. Estoy tan absorta en mis problemas que no me he dado cuenta de nada.

—Oh, no pasa nada. Sabía que no duraría para siempre, pero no esperaba que terminara tan rápido.

—Eres muy valiente.

—Tanto como tú, Clara.

Lo pensé.

—¿Se puede amar y marcharse?

—Claro que se puede. —Bebió un sorbo—. Amar no es quedarse. Eso es una fantasía romántica que nos han vendido muy bien. Quedarse es una decisión. Y a veces amar significa no poder tomarla.

Aquello me atravesó más de lo que esperaba.

—Siempre pensé que quien se iba era porque no amaba lo suficiente.

—O porque amaba demasiado. Hay gente que se va para no destruir lo que siente. O para no destruirse a sí misma.

Apoyé la cabeza en el respaldo. Cerré los ojos un segundo.

No sé qué es esto. Nunca me había permitido amar.

—Yo no quiero irme —musité.

—Eso ya es una respuesta.

—Pero tampoco quiero pedirle nada. No quiero que me quiera por obligación. Ni por miedo. Ni porque crea que debe hacerlo.

—¿Por qué dices eso?

—Él está… raro. Presente, atento, cuidadoso. Pero hay algo que no me cuenta.

—¿Crees que no te quiere?

Negué despacio.

—No. Creo que me quiere y no sabe qué hacer con eso.

Alessa me observó con una seriedad que no usaba a menudo.

—Eso también da miedo. Cuando alguien no sabe dónde colocar lo que siente, puede acabar rompiéndolo sin querer.

—O marchándose —murmuré.

—O quedándose a medias.

Esa opción me pareció la más peligrosa de todas.

—¿Y tú qué harías? —le pregunté.

—Yo… —dudó—. Yo me quedaría mientras pudiera mirarme al espejo sin reprocharme nada. El día que amar empiece a doler más de lo que construye, me iría. Aunque siguiera queriendo.

Me costó asimilarlo varios segundos.

—No necesito una vida normal. Nunca la he tenido. Pero sí quiero una vida sincera.

—Entonces no te escondas —respondió—. Ni siquiera detrás de tu fortaleza.

El móvil vibró sobre la mesa baja, interrumpiendo el momento.

Adriano.

Galesa alzó una ceja.

—Ahí lo tienes.

No contesté de inmediato. Respiré hondo antes de cogerlo.

—¿Sí?

—¿Te he despertado?

—No. —Sonreí—. Estaba hablando.

—¿Con quién?

—Con alguien que me conoce demasiado.

Escuché su exhalación al otro lado.

—Te echo de menos —no vaciló.

—Yo también —admití.

—La casa está… distinta sin ti.

—¿Vacía?

Hubo una pausa.

—Incompleta.

Me levanté y fui hasta la cocina a por otra botella de vino.

—Mañana tengo una reunión temprano —le recordé.
—Lo sé. No te llamaba para pedirte nada.
—¿Entonces?
—Para decirte que, cuando quieras, aquí estoy.
No dijo vuelve. No dijo te necesito. No dijo quédate.
Y quizá por eso me emocionó más.
—Mañana te veo —señalé.
—Eso espero.
Colgué despacio. Galesa me miraba con una sonrisa suave.
—Te está esperando sin atarte —comentó—. Eso no es poco.
—No.

Cuando me acosté, una frase se dibujó en mi mente: amar no significa quedarse, pero negarse a sentir garantiza perderse. No quería huir, pero el destino tenía sus propios planes.

45

SIGUE LA FUNCIÓN

Chiara

Actualidad…

Es de noche. He guardado el vestido que todos creen de princesa y yo veo de guerrera y me he puesto a revisar todas las anotaciones que he hecho a lo largo de estas semanas, así como las de toda la vida y que han apuntado a que los Vitale terminaron con la vida de mi padre.

Sé que me vigilan por las cámaras de seguridad, aún dentro de mi habitación, pero el ángulo no consigue avistar lo que leo, no se lo permito.

Matteo me encuentra. No me extraña que venga a buscarme. Tiene que seguir con su teatro, con la función, esa en la que me ama y cree que yo soy imbécil. Y yo también, me convierto en la mejor actriz para él y para esta casa.

—Te estaba buscando —saluda.

No levanto la cabeza de inmediato.

—Estoy aquí. Puedes comprobarlo siempre que quieras. —Alzo el mentón hacia la cámara principal.

Se acerca y deja una mano sobre la mesa, cerca de la mía. No me toca, pero la distancia es mínima. Intencionada.

—Mañana será un día largo.

—Lo tengo previsto.

Mateo me observa con atención. Su expresión es distinta a la de otros días. Menos control. Más duda.

—Estás diferente.

No me defiendo.

—Estoy centrada.

—No es lo mismo.

—Para mí, ahora sí.

Mateo frunce apenas el ceño. Da un paso más. Demasiado cerca. Mi cuerpo lo reconoce antes que mi cabeza. Es un reflejo antiguo. Peligroso.

—Clara… —No termina la frase. No hace falta. Apoya los dedos en mi muñeca. El contacto es breve. Cálido. Exacto. No es una caricia. Es una comprobación. Como si necesitara asegurarse de que sigo aquí, de que no me he ido del todo.

No retiro la mano. Tampoco la acerco.

—¿Qué estás haciendo? —musita.

—Trabajando.

—No hablo de eso.

Lo miro sin suavizar nada.

—Entonces di exactamente qué quieres saber.

Mateo sostiene mi mirada. Su pulgar se mueve apenas, una presión mínima sobre mi piel. Un gesto que antes habría significado mil cosas. Ahora solo una: peligro.

—Antes me mirabas distinto —comenta.

Me disfrazo sin ponerme el vestido.

—Antes era diferente. Antes yo… no te quería.

—Me quieres.

—¿Acaso lo dudabas?

Niega. No sé qué veo en sus ojos. Algo le pesa. ¿Mentirme? ¿Utilizarme? Estoy a punto de explotar, pero soy Chiara Russo y llevo toda la vida preparándome para esto.

—Yo también te quiero.

Mentiroso. Mentiroso. Mentiroso.

—Esto no estaba acordado.

Me acaricia el cuello. Juro que siento un escalofrío, una mezcla entre deseo, atracción y miedo a que me lo rompa en un segundo, sin tiempo a reaccionar. Pero no lo hará, no todavía.

—No voy a levantar un muro.

—Yo tampoco.

Deja un beso en mi mejilla y otro sobre los labios.

—Sé que soy demasiado duro contigo, pero…

—Lo haces por mi seguridad.

—Exacto.

No quiero esa conversación. No aquí. No ahora. No nunca.

—Sé a quién amo, Matteo.

Mateo pasa una mano por su mandíbula. Luego me mira con algo que no intenta ocultar del todo.

—No actúes como si no lo supieras. —Respira hondo.

Da un paso atrás. El espacio vuelve a su sitio. La temperatura baja.

—Avísame cuando termines —solicita—. Cenaremos aquí.

—Perfecto.

—A solas.

No pregunta si quiero. No hace falta.

Cuando se va, no lo sigo con la mirada. No porque no me importe. Porque no puedo permitirme hacerlo.

Vuelvo a los documentos. Leo las palabras sin verlas del todo. Mi pulso está estable. Mi expresión, intacta. Por dentro, algo se ha cerrado con un clic limpio. Y… duele.

46

DESAPARECIÓ DE MÍ

Chiara

Un mes y medio antes…

Llegué al despacho con la sensación de que algo no encajaba.

La secretaria del señor Ferrara me saludó con normalidad. El equipo estaba reunido. Los informes sobre la mesa. El café recién hecho. Todo seguía funcionando.

Menos Adriano.

—¿Ha llamado? —pregunté, intentando que sonara casual.

Negaron con la cabeza. Uno tras otro. Ningún mensaje. Ninguna nota. Ninguna excusa preparada.

Entré en su despacho. El espacio conservaba su orden habitual, pero faltaba algo que no se mide en objetos. Su chaqueta no colgaba del respaldo. El portátil no estaba abierto. La silla no tenía ese ligero desplazamiento que dejaba siempre al levantarse con prisa.

Marqué su número.

Sonó.

No contestó.

Volví a intentarlo diez minutos después.

Nada.

Me senté en mi mesa y abrí el correo. Hablé con París, con Milán, con un cliente de Bruselas que exigía explicaciones que no tenía intención de dar.

Trabajé. Mucho.

A media mañana volví a llamarlo. A mediodía otra vez. A primera hora de la tarde ya no disimulé.

—Si aparece —le dije a la secretaria—, dile que me llame.

Asintió sin preguntas.

Adriano Ferrara no apareció. Y que desaparezca del mundo no me extrañaba, que desapareciera de mí sí.

Cuando terminó el día, recogí mis cosas tratando de mantener a raya el miedo. Fui en taxi hasta su casa sin pensarlo demasiado. Tenía una copia de la llave desde hacía meses, él me la había dado.

El piso estaba intacto. Demasiado. Ni una copa fuera de sitio. Ningún plato en el fregadero. Ninguna prenda olvidada. El dormitorio parecía no haber sido usado la noche anterior. La cama hecha con una precisión que no era la suya.

Caminé por las estancias con paso lento. Abrí el armario. Cerré. Volví al salón. Me quité el abrigo y lo dejé sobre una silla.

Marqué su número otra vez.

Nada.

Me senté en el sofá. Esperé.

No sé cuánto tiempo pasó. El reloj marcaba horas que no recuerdo haber mirado. Cuando escuché la puerta, me levanté de golpe.

Adriano entró sin advertirme. Traía el abrigo en la mano. El gesto cansado. Los hombros hundidos. No me miró al principio.

—¿Dónde has estado? —pregunté.

Levantó la cabeza. Se detuvo al verme.

—Clara…

—Te he estado llamado todo el día.

Dejó el abrigo sobre la consola. Se pasó una mano por la cara. Parecía más viejo. No en años. En peso.

—Lo sé.

—¿Lo sabes y no contestas?

No respondió de inmediato. Caminó hasta el salón. Se sentó frente a mí, pero no cerca. Mantuvo una distancia que me incomodó más que cualquier ausencia.

—Han surgido asuntos que no podía posponer.

—¿Asuntos que justifican desaparecer?

Alzó la mirada. Me sostuvo los ojos.

—No quería arrastrarte a esto.

Ahí estaba. Esa frase. Esa frontera.

—No decidas por mí —repliqué—. No otra vez.

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—No es tan simple.

—Para mí sí lo es. —Noté el temblor en la voz—. Estabas aquí anoche. Me llamaste. Dijiste que me echabas de menos. Hoy no existías.

—No he dejado de existir.

—Para mí, sí.

Aquello lo hizo reaccionar. Se incorporó, caminó unos pasos, volvió a sentarse.

—Hay cosas que no puedo decirte.

—No te he pedido que me lo cuentes todo.

—Pero sí que me quede.

—Te he pedido que estés —corregí—. No que me prometas nada.

Se frotó las manos. Respiró hondo.

—No puedo quererte.

La frase cayó sobre mí y… me aplastó.

—¿Cómo dices?

—No puedo.

Sentí un nudo en el pecho, duro, compacto.

—Eso no es lo que haces. Eso es lo que dices.

—Precisamente por eso.

Me levanté. Caminé hasta la ventana. Apoyé la frente en el cristal.

—Yo sí puedo —admití—. Y ya lo hago.

No se movió. No habló.

—Te quiero, Adriano. —Lo dije sin adornos. Sin pedir nada a cambio. Como una verdad que ya no podía esconder.

Detrás de mí, lo escuché levantarse.

—No digas eso.

Me giré.

—No me digas tú qué puedo decir.

—No entiendes lo que implica.

—Entiendo perfectamente lo que siento.

Se acercó. Muy despacio.

—Y eso es lo que no puedo permitirme.

Algo se rompió dentro de mí.

—Entonces no tiene sentido que me quede.

Cogí el bolso del respaldo de la silla. Me lo colgué al hombro.

—Clara…

Di un paso hacia la puerta.

Su mano cerró mi muñeca.

No fue brusco. Fue firme.

—Suéltame.

—No.

Me volví hacia él, con los ojos ardiendo.

—Me acabas de decir que no puedes quererme.

—Y aun así lo hago.

La frase me desarmó. Por contradictoria. Por honesta. Por peligrosa.

—Eso no es justo —susurré.

—Nunca dije que lo fuera.

Me sostuvo la mirada. No había duda en sus ojos. Había miedo. Había decisión. Había algo más profundo que cualquier promesa.

Y yo, con el corazón expuesto, supe que ese era el lugar más frágil en el que había estado jamás.

No retiró la mano de mi muñeca. Tampoco la apretó más. Ese gesto intermedio me desarmó. No era dominio. Era miedo a perder algo que no sabía sostener.

—No puedes decir eso y pretender que todo siga igual —señalé—. No funciona así.

—Nada sigue igual desde hace tiempo.

—Para ti, quizá. Para mí esto sí cambia las cosas.

Me solté. No porque me dejara, sino porque yo tiré lo suficiente. Me alejé dos pasos. Necesitaba aire. Distancia. Algo que no fuera él ocupando todo.

—¿Sabes qué es lo peor? —continué—. Que no me has mentido. No me has prometido nada. Y aun así… —negué con la cabeza—. Aun así me has dejado llegar hasta aquí.

—Nunca te empujé.

—No hacía falta.

Se apoyó en la pared.

—No sabes en qué terreno te estás metiendo.

—No me trates como a una ingenua. No más.

—No lo hago.

—Sí lo haces. Cuando desapareces. Cuando decides solo. Cuando crees que puedes protegerme apartándome.

—Eso no es apartarte.

—Es hacerlo todo sin mí.

Me miró con una mezcla de rabia y cansancio.

—¿Y qué quieres que haga, Clara? ¿Que te arrastre a algo que puede destruirte?

—Quiero que me mires y no decidas huir.

—No estoy huyendo.

—Te pasas el día haciéndolo.

Hubo un segundo en el que pensé que iba a gritar. No lo hizo. Se acercó despacio, con esa contención suya que siempre llegaba tarde.

—No puedo permitirme quererte —repitió—. Porque no es solo lo que siento. Es lo que arrastro.

—Entonces no me quieras —respondí—. Pero no me tengas a medias.

La frase lo atravesó. Lo vi en el gesto. En cómo apretó la mandíbula. En cómo bajó la mirada un instante.

—No sé hacer eso —admitió.

—Aprende.

—No es tan fácil.

—Nada que merezca la pena lo es.

Me acerqué yo esta vez. No para tocarlo. Para que me oyera sin excusas.

—He vivido escondiéndome —dije—. He sobrevivido midiendo cada paso, cada palabra, cada vínculo. No busco una promesa eterna. Busco verdad.

Alzó la vista.

—La verdad puede ser peligrosa.

—Lo sé. —Sonreí sin humor—. Aun así la prefiero.

Se pasó una mano por el pelo, desordenándolo por primera vez desde que lo conocía.

—Si te quedas, no puedo garantizarte nada.

—No te lo he pedido.

—Si te vas ahora, quizá sea más fácil.

Solté una risa breve.

—¿Para quién? —No respondió—. Mírame —le exigí, y lo hizo.

—No me voy porque tenga miedo —continué—. Me voy porque no pienso quedarme donde me quieren pero no me eligen.

Di media vuelta.

Esta vez no me detuvo de inmediato.

Llegué a la puerta. Toqué el pomo. Lo giré.

—Clara.

Cerré los ojos un segundo. No me giré.

—No me sigas si no sabes para qué.

—Sí lo sé.

Me volví despacio.

Estaba a dos pasos. Demasiado cerca. Su voz sonaba desnuda.

—No puedo ofrecerte seguridad. No puedo prometerte tranquilidad. Pero sí puedo decirte que desde que entraste en mi vida todo se volvió más claro.

—Eso no es amor —susurré.

—Es el principio.

Me sostuvo la mirada con una intensidad que me dejó sin defensas.

—Y aun así —repitió—, no debería hacerlo.

—Entonces no lo hagas.

—No puedo.

Esa contradicción me quebró del todo.

—No juegues conmigo.

—No lo hago.

—¿Entonces qué haces?

Dio el último paso. Me tomó la cara entre las manos. No me besó. Aún no.

—Intento no perderte.

Las lágrimas me nublaron la vista. No cayeron. Se quedaron ahí, amenazando.

—Eso ya está pasando. Me estás perdiendo ahora mismo.

Su frente tocó la mía.

—No te vayas.

No era una orden. Tampoco una súplica. Era una rendición torpe.

—Dime que no me quieres —le pedí—. Y me iré.

No lo hizo.

—No puedo.

—Dímelo —insistí.

—No puedo mentirte.

El corazón me dio un vuelco.

—Entonces dime la verdad.

Respiró hondo. Cerró los ojos un instante.

—Si te quedas, no será fácil. Y puede doler.

—Ya duele.

—Y aun así…

—Y aun así me quedo —acabé la frase.

Sus labios rozaron los míos. Apenas un contacto. Un aviso.

—Clara…

—No digas nada.

Lo besé yo. Con todo. Una decisión tomada tarde, pero entera. Adriano respondió con la misma entrega que lo había definido siempre. Sus manos bajaron despacio por mi espalda.

Me apoyó contra la puerta. No para atraparme. Para sostenerme.

—Mírame —pidió.

Lo hice. Tenía los ojos oscuros, encendidos por algo que no se parecía a la calma.

—Ya no hay marcha atrás —aseveró.

—No pares.

Me levantó sin esfuerzo y me llevó hasta el dormitorio. No hubo urgencia. Hubo intención. Me dejó sobre la cama con una delicadeza que contrastaba con la tensión que le recorría el cuerpo. Se quedó de pie frente a mí, mirándome como si quisiera memorizar cada gesto.

—Dime que quieres esto —pidió.

—Te quiero a ti. Y quiero esto.

Se inclinó para besarme de nuevo, más lento esta vez. Más consciente. Me desabrochó la blusa sin dejar de mirarme, como si

necesitara comprobar que no me arrepentía. Yo tampoco aparté la vista.

—No voy a tratarte como algo frágil —advirtió.

—Nunca lo has hecho.

—Ni como algo que me pertenezca.

—Entonces no me sueltes.

Una sonrisa breve cruzó su boca.

—Eso sí puedo hacerlo.

Me desnudó sin prisas, dejando besos donde la piel pedía atención. No había exhibición. Había reconocimiento. Cuando su cuerpo cubrió el mío, sentí el peso exacto, el que no aplasta ni se retira.

—Si te duele, dímelo. No voy a contenerme.

—No va a doler.

Y no dolió.

Nos movimos juntos, sin necesidad de palabras. Como si algo en nosotros hubiera aprendido ese lenguaje antes. Me sostuvo las muñecas un instante, no para dominar, sino para anclarme. Yo respondí acercándolo más, sin reservas.

—Clara —gemía.

—Adriano —jadeaba yo mientras se hundía en mí con fuerza.

Cuando todo terminó, no se apartó. Se quedó conmigo, respirando a mi ritmo, con la frente apoyada en mi hombro. No dijo nada. Yo tampoco. No hacía falta.

Al rato, se levantó y volvió con una manta. Me cubrió sin despertarme del todo. Pensó que dormía.

—No soy un hombre fácil —susurró, más para sí que para mí—. Y no quiero romperte.

Abrí los ojos.

—No puedes romper lo que ha aprendido a sobrevivir.

Se tumbó a mi lado. Dudó un segundo antes de rodearme con el brazo.

—No sé cuánto va a durar esto.

—Yo tampoco. Vivámoslo ahora.

47

PROTEGERME DE TI

Chiara

Actualidad…

No debería estar fuera de la habitación. Lo sé desde el momento en que cierro la puerta con demasiado cuidado y el pasillo me recibe con esa sensación de estar entrando en un terreno que no me pertenece.

Camino descalza.

No busco nada concreto. Eso me digo. Pero el cuerpo avanza con una determinación que no admite mentiras: necesito saber qué se mueve cuando yo no estoy delante.

Doblo la esquina del ala norte y las voces me alcanzan antes de que vea a nadie.

Me detengo.

No respiro más hondo. No me acerco. Me quedo exactamente donde estoy, pegada a la pared, con el corazón golpeando demasiado fuerte para la quietud que intento mantener.

—No lo estás haciendo bien, Matteo —sentencia Raffaele. —La reconozco al instante. Su tono es seco, sin adornos. No habla para convencer. Habla para fijar posiciones. Me percato de algo que había ignorado: no es tan débil como aparenta. Es la tercera cabeza de la hidra coronada.

—Tú lo harías mejor, supongo. —Su voz está más baja de lo habitual. Eso me inquieta más que un grito.

—Mañana se verá. Cuando él entra en escena, nada se queda a medias.

Un escalofrío me recorre la espalda.

No dicen el nombre. No hace falta.

El Diablo.

—No va a gustarle lo que va a encontrar —asegura ella.

—Que le jodan.

—Puede destruirnos con solo levantar la mano.

—No merece el apellido.

Trago saliva.

El pulso me tiembla en los dedos. Cambio el peso del cuerpo sin darme cuenta y el roce mínimo de mi piel contra la pared suena demasiado alto en mi cabeza.

Un ruido seco. Breve. Imperdonable.

Las voces se cortan.

No pienso. Actúo.

Bajo los escalones de dos en dos, me deslizo por el hueco de la escalera de servicio y me aplasto contra la barandilla interior, escondida entre sombras y ángulos muertos. El pecho me arde. No por el esfuerzo. Por el miedo a haber ido demasiado lejos.

Escucho pasos.

Uno.

Dos.

Una silueta se acerca al arranque de la escalera.

Aprieto los dientes. No me muevo.

Entonces una mano me rodea la muñeca y tira de mí hacia atrás con una fuerza precisa. Otra se posa sobre mi boca. No tapa. Contiene.

—Ni una palabra —susurra.

El timbre me atraviesa antes que el nombre.

Matteo.

Me arrastra hasta el rellano inferior y me encierra contra la pared, cubriéndome con su cuerpo. No me inmoviliza.

Me protege del espacio. De los ojos. De lo que venga después.

Retira la mano de mi boca cuando sabe que no voy a gritar.

—¿Qué has escuchado? —masculla.

—Suficiente —respondo, con la voz baja, inestable—. Lo suficiente para saber que mañana no es un día cualquiera.

Me observa de cerca. Demasiado. Sus ojos buscan algo más que palabras.

—Esto no es un juego, Clara.

—Nunca lo ha sido.

Su mandíbula se tensa. Mira un segundo hacia el pasillo, luego vuelve a mí.

—Hay cosas que no deberían oírse a medias.

—Entonces no habléis en pasillos.

Una exhalación breve. No es risa. Tampoco enfado.

—Eres peor de lo que pareces.

—Y tú mejor de lo que finges.

Matteo se inclina. Su boca roza mi oído. Su voz baja un tono más.

—Es hora de que empieces a creer en los fantasmas.

—Siempre he creído —susurro—. Solo que no sabía dónde vivían.

Se separa lo justo para mirarme.

—Mañana quédate cerca.

—¿Eso es una orden?

—Sí.

Me suelta. No se va. Espera.

—Vuelve a tu habitación.

—¿Por qué le teméis tanto a El Diablo? —Ignoro su petición.

—¿Miedo? Ojalá no existiera.

—Es tu hermano.

—Dejó de serlo hace mucho.

—¿Y por qué viene? Su llegada os ha puesto a todos muy nerviosos.

—Porque no hay más remedio. —Me agarra del cuello con suavidad—. Chiara… —Mi verdadero nombre resuena en su garganta —. Cuando te vea aquí, sabrá quién eres. Haré todo lo que esté en mi mano para protegerte. Pero no te acerques a él si no es necesario.

—Me acerqué a ti.

Y me has traicionado, pienso esto último.

—También estabas avisada.

—¿Y qué hacemos ahora? —Dibuja una fina línea con los dedos por encima de mi pecho.

—Yo seguiré siendo tu sombra, aunque trates de escaparte. Ahora… duerme. Mañana será un día muy largo. —Da un paso atrás.

—Matteo… —lo llamo. Él gira el rostro—. ¿A quién debo creer?

—A ti. —Se aleja sin mirar atrás.

Yo me quedo unos segundos más, apoyada en la pared, reponiéndome de mis sentimientos, de lo que me dicta el corazón y la cabeza, temblando, consciente de que El Diablo encenderá una mecha que nadie podrá controlar. Ni siquiera una mujer como yo.

48

LA FRÍA VERDAD

Adriano

Un mes y medio antes…

Estaba revisando un informe cuando sonó el teléfono del despacho. No el móvil. El fijo. Eso ya era raro.

Lo dejé sonar dos veces. No porque dudara en cogerlo, sino porque necesitaba terminar la frase que estaba leyendo. Cuando levanté el auricular, no dije mi nombre.

—¿Sí?

—Sigues en Roma.

La voz no se presentó. No hacía falta.

—Eso parece.

—Te estás acomodando.

Cerré la carpeta y la dejé a un lado. Me senté por primera vez desde que había empezado la mañana.

—No me he acomodado a nada.

—Te has quedado más de lo debido.

—No tienes toda la información.

—Tengo la suficiente.

Apoyé el codo en la mesa. Miré la pared desnuda frente a mí. No había fotos. Nunca las había.

—¿A qué has llamado exactamente?

—A recordarte que el tiempo no se estira porque tú lo quieras.

—No he pedido tiempo.

—Lo estás tomando. —La respuesta llegó sin elevar el tono, sin dramatismo—. Voy a viajar pronto a Italia.

No respondí enseguida.

—Eso no estaba previsto.

—Ya lo está.

—No es buena idea.

—No todas lo son.

Me pasé la mano por la mandíbula.

—No me pongas en esa tesitura. Ahora no. Sabes que me importas, Ele.

—Ahora es cuando más sentido tiene.

—Para ti.

—Para todos. —Hubo una pausa—. Hay alguien ahí —añadió—. Alguien que no debería estar.

Cerré los ojos un segundo. Solo uno.

—No sabes de qué hablas.

—Lo sé mejor de lo que crees.

—No cruces esa línea.

—Ya la has cruzado tú.

El silencio no se alargó. Se cerró.

—Cuando llegue, hablaremos. Cara a cara.

—No te prometo nada.

—No te lo estoy pidiendo, Adriano. Demuéstrame que es verdad que te importo. No soy una mujer cualquiera. —Colgó.

Me quedé con el auricular en la mano unos segundos. Luego lo dejé en su sitio y volví al informe. Leí dos líneas. No entendí ninguna.

Llamé a uno de mis hombres.

—¿Novedades?

Al otro lado no hubo rodeos.

—La hemos identificado.

—¿A quién?

—A Clara Bernardi.

El nombre, dicho así, ya no sonaba igual.

—Continúa.

—No es su nombre real.

Me apoyé en el respaldo de la silla. El despacho seguía igual. La ciudad seguía ahí fuera. Todo funcionaba con normalidad.

—Los registros coinciden.

No pregunté por fechas. No pregunté por detalles. Lo supe antes de que lo dijera.

—Se llama Chiara Russo.

No respondí.

El silencio no fue una pausa. Fue un impacto.

—¿Adriano?

—Sí.

—No hay duda. Es ella.

Colgué.

Durante unos segundos no hice nada. No porque no supiera qué hacer, sino porque cualquier reacción habría sido una confesión íntima que no estaba dispuesto a concederme.

Chiara Russo.

El apellido se instaló en mi cabeza con una precisión que no pedí. No arrastró recuerdos concretos. No despertó escenas.

Me levanté y caminé hasta la ventana. La calle hervía con su tráfico habitual. Gente que iba a algún sitio. Gente que regresaba. Vidas normales, con nombres normales, con pasados que no necesitaban ser escondidos.

Escuché pasos.

—¿Adriano?

Me giré.

Clara estaba en la puerta, con el abrigo puesto y el bolso colgado del hombro.

—Perdona. Sé que estás liado, pero tengo que saberlo.

—Dime.

—¿Me llevas tú al aeropuerto o pido un taxi? El vuelo sale antes de lo previsto.

La miré. De verdad.

Clara.

Chiara.

La mujer que llevaba meses entrando en mi casa, en mi cama, en mis días. La mujer que no había pedido explicaciones y a la que yo no había hecho promesas.

—Te llevo yo. —No dudé. No pregunté nada más.

—Gracias —respondió—. No quería ir con prisas. —Se acercó al escritorio para dejar unos papeles— ¿Estás bien? Tienes cara de haber pasado mala noche.

Asentí.

—Trabajo.

Sonrió de lado.

—Siempre trabajo.

No supo que cada uno de sus gestos estaba siendo reubicado en mi cabeza. No supo que su apellido acababa de cambiarlo todo sin cambiar nada.

—Entonces bajo. Te espero en el coche.

—Voy ahora.

Cuando se fue, me quedé solo otra vez. El despacho ya no parecía neutro. No hostil. Vigilante.

Chiara Russo iba a París. Y yo iba a sentarme a su lado en el coche, conduciendo, fingiendo que el mundo seguía en su eje, mientras recalculaba cada decisión tomada desde el día en que la conocí.



La llevé al aeropuerto por la vía privada, esa que evita salas, anuncios y despedidas innecesarias. Un trayecto corto, sin palabras de mi parte, ella hablaba de trabajo y del viaje y yo asentía. París. Reuniones. La versión de su vida que aún creía ordenada.

Aparqué cerca de la pista. El avión aguardaba con las luces encendidas y la escalerilla desplegada, impecable, puntual, ajeno a cualquier conflicto humano. Bajé primero y rodeé el coche para abrirle la puerta. Clara salió con el abrigo al hombro y el bolso cruzado, segura, eficiente. Demasiado acostumbrada a irse.

—No hacía falta que me trajeras tú —comentó mientras caminábamos—. Podía haber venido en taxi.

—Quería hacerlo. —No añadí nada más.

La pista estaba casi vacía. El ruido de los motores llegaba amortiguado, constante. Galesa nos esperaba junto a la escalerilla, con una carpeta bajo el brazo y el gesto atento. Cuando vio a Clara, sonrió de verdad.

—Pensé que llegarías tarde —comentó—. Ya sabes, despedidas, últimas llamadas, caos de última hora.

—No me gusta irme dejando cosas abiertas.

La frase me atravesó sin querer. Porque había demasiadas cosas abiertas y ninguna parecía dispuesta a cerrarse.

Galesa se apartó unos pasos para hablar con un miembro de la tripulación. Nos quedamos solos frente al avión. Clara se detuvo y me miró con calma. Esperaba algo. No sabía qué, pero lo esperaba.

—¿Todo bien?

—Sí. —Mentí con facilidad. No por costumbre, sino por necesidad.

—Estás raro de nuevo. Y más de lo normal. Casi no has hablado en el trayecto hasta aquí.

—Eso es porque no me ves con distancia suficiente.

—No me hables como si fuera una cliente.

—No lo hago.

—Entonces dime qué pasa.

La miré. A su forma de sostener la mirada. A la confianza con la que esperaba una verdad que no podía darle.

—Pasa que te vas. —Dejé un beso en sus labios. Algo se movió en mi pecho.

No era toda la verdad. Pero tampoco era mentira.

Clara asintió despacio.

—Volveré pronto.

—Lo sé.

—No suena a que lo sepas.

La abracé.

—Ten cuidado en París.

—Siempre lo tengo.

—No me refiero a eso.

Entendió. Siempre entendía más de lo que decía.

—No soy frágil. Ni imprudente.

—Nunca he pensado eso.

—Entonces no me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si te quedaras con algo que no puedes decir.

No respondí. Porque decirlo habría cambiado demasiadas cosas.

—Te amo —aseguré, porque era así, aunque no sabía si amaba a la mujer que había conocido o a otra.

Galesa regresó y carraspeó con suavidad.

—Tenemos que embarcar.

Clara se volvió hacia ella, luego volvió a mirarme. Dudó un segundo. Lo vi en el gesto mínimo, en el tiempo que tardó en girarse.

—Cuídate.

—Haz tú lo mismo.

Subió la escalerilla sin mirar atrás. Galesa la siguió y, antes de entrar, me dedicó una mirada breve, interrogante, que no respondí.

La puerta del avión se cerró. El sonido metálico fue limpio, definitivo. Me quedé allí hasta que el aparato comenzó a moverse, hasta que tomó velocidad, hasta que despegó y dejó el cielo vacío.

Solo entonces regresé al coche.

Me senté al volante y apoyé las manos sin arrancar. Pensé en lo fácil que habría sido pedirle que se quedara. En lo imposible que habría sido sostenerlo sin preguntarle quién era. Porque además, no hacía falta. Yo lo sabía demasiado bien.

El móvil vibró.

Contesté sin ceremonias.

—Habla.

La voz al otro lado no necesitó presentarse.

—Ya no puedes retrasarlo más.

—No voy a retrasarlo. Iré cuando sea necesario.

—Es necesario. —Apreté la mandíbula. Hubo una pausa. Breve. Precisa—. Cuando vengas —continuó—, trátala bien. Ella no tiene la culpa.

—Ahora te importa tu hermana.

—Como a ti debería importarte.

—No le haré daño.

—Más te vale.

La llamada se cortó sin despedidas.

Arranqué el coche y abandoné el aeropuerto sin mirar atrás. El tráfico fluía. El día seguía intacto. Nadie parecía advertir que algo se había desplazado.

Clara volaba hacia París creyendo que se iba por trabajo.

Yo conducía sabiendo que, cuando regresara, el pasado iba a reclamar su sitio. Y que, esta vez, no iba a poder apartarlo sin romper algo esencial.

49

EL DÍA D

Matteo

Actualidad…

Me miro en el espejo y no me reconozco del todo. No por la cara. Esa sigue siendo la misma: hueso marcado, barba controlada, ojos que aprendieron a ver en la oscuridad. Lo que ha cambiado está detrás, donde no se ve. Algo que no debería haberse movido. Algo que, en mi mundo, se paga.

Hoy llega el Diablo.

No hace falta que nadie lo diga en voz alta. La villa lo sabe. Lo saben los pasillos, los guardias que no se permiten bromas, las puertas que se revisan dos veces, las armas que se limpian con una paciencia casi religiosa. Hay días que te aprietan el cuello antes de empezar. Este es uno de ellos.

Me abrocho el reloj. Lo hago despacio. Porque cada gesto me recuerda quién soy cuando el mundo se pone feo: el que decide. El que aguanta. El que no tiembla. Y aun así, lo único que me preocupa no está en la verja, ni en la pista, ni en el cielo por el que va a entrar mi hermano.

Está aquí dentro.

Clara. Chiara.

La puerta de su habitación cerrada al final del pasillo. El hecho de que respire, de que camine, de que se crea fuerte cuando no entiende todavía el tipo de peligro que se le ha pegado a la espalda. El tipo de peligro que yo mismo he puesto en marcha, aunque me cueste admitirlo.

Porque yo la traje. Porque yo la llamé para firmar una paz que nunca fue paz. Porque yo necesitaba verla cerca para saber cuánto

sabía, qué escondía, qué buscaba, hasta dónde podía llegar una Russo cuando cree que no queda nada que perder.

Eso era el plan.

Eso tenía que bastar.

Lo que no estaba previsto era que, en mitad del teatro, yo empezara a olvidarme del guion.

No por ella. No por su piel. No por su boca. Eso es demasiado fácil de nombrar.

Por su forma de mirarme cuando cree que nadie la observa. Por la manera en que se recompone sin pedir nada. Por cómo se aguanta la rabia en el pecho y la convierte en un gesto limpio. Por cómo podría destruirnos a todos y, aun así, elige entender primero.

Eso es lo que me ha jodido.

Salgo del baño y recorro el pasillo con la camisa ya cerrada, la pistola en su sitio, el cuerpo preparado para lo que venga. Bajo las escaleras sin prisa. Aquí la prisa la usan los que no mandan.

En la planta baja, el movimiento es un engranaje. Pina atraviesa el pasillo con una bandeja. Dos hombres revisan una lista de entradas. Alguien habla por un pinganillo. A través de las cristaleras se ve el patio con los coches alineados y la seguridad multiplicada.

No son guardias. No en nuestra casa. Son hombres de honor.

Gente que no pregunta por qué. Gente que muere antes de fallar. Y hoy, con el Diablo cruzando la puerta, todo el mundo quiere estar a la altura de esa palabra.

Entro en el salón pequeño, el que da al patio interior, y la encuentro ahí.

Mi madre.

Helena Carbone Vitale no necesita que el día esté cargado para imponerse. Sentada, impecable, con una carpeta sobre las piernas y la expresión de quien lleva décadas sabiendo antes que los demás.

Levanta la vista en cuanto me acerco.

—Has dormido poco.

—He dormido lo suficiente.

—Eso no existe en tu cara.

Me siento frente a ella, en el sillón contrario.

Mi madre hojea la carpeta con lentitud.

—El equipo está listo. La casa también. La reunión con los Della Torre queda suspendida hasta que tu hermano vea el estado del tablero.

—Observarán. Siempre lo hacen.

—Por supuesto. —Ella cierra la carpeta— ¿Dónde está Clara?

—En su habitación.

—¿Encerrada?

—Protegida.

Mi madre deja una mano sobre el brazo del sillón. No se inclina, pero cambia el ángulo de su atención.

—Te estás volviendo blando, Matteo. —Una frase simple. En su boca, un corte.

—Es estrategia, madre.

—Estrategia es saber usar una pieza sin que se te quede en la mano.

Aprieto la mandíbula. No porque tenga razón. Porque la tiene demasiado.

—No hables de ella como de una pieza.

—Lo es —dice, sin pestañear—. Igual que tú lo eres en mi casa. Igual que tu hermano lo será en cuanto cruce la puerta. No hay piezas especiales, Matteo. Hay piezas útiles.

—Clara es útil.

Mi madre espera. No me deja escapar con eso.

—No es solo eso —añade, al fin—. Te he visto.

—¿Qué has visto?

—Cómo la miras.

Me gustaría que fuera mentira. Que fuera solo deseo. Que fuera solo orgullo herido. Que fuera cualquier cosa que yo sepa manejar.

Pero no lo es.

—La miro porque necesito saber dónde está —respondo, seco—. La situación la ha convertido en objetivo.

—La situación o tú.

Sostengo su mirada.

—No empieces.

—Te aviso.

Se levanta y camina hacia la chimenea.

—Tu hermano llegará en unas horas —indica, de espaldas—. Y tú estás pensando en si Clara desayunó.

No contesto. Porque me da rabia que sea verdad. Porque me da rabia que ella lo sepa.

—Esto es parte del teatro —digo al fin—. Si Clara cree que la protejo, se relajará. Hablará. Cometerá errores. Nos dará el hilo que falta. —Miento a medias.

Mi madre se gira despacio.

—¿Y tú crees que ese hilo te va a llevar a la verdad o a ella?

No tengo tiempo para contestarle con elegancia.

—No mezcles.

—No soy yo quien mezcla —replica—. Eres tú. Lo haces cada vez que te acercas demasiado. Cada vez que te olvidas de quién es. Cada vez que te enfadas cuando alguien la mira.

El músculo del cuello se me marca. Me obligo a respirar.

—No estoy enamorado. —La frase sale rápida. Automática. Como una contraseña.

Helena me observa un segundo largo. No se burla. No sonríe. Solo decide.

—Matteo —dice, con una calma que duele más que un grito—. Yo te parí. Sé cómo mientes.

Me quedo quieto. No por respeto. Por pura contención.

—Lo tuyo con ella no es una debilidad —continúa—. Es un riesgo. Y los riesgos se gestionan o se eliminan.

Mi sangre se enfría.

—No la vas a tocar.

Mi madre no retrocede.

—Yo no tengo que tocarla. Solo tengo que ordenar.

Y ahí está el juego verdadero. El que nunca deja de existir: yo, mi madre, mi hermano. La familia. Las normas. Las directrices no escritas que no aparecen en ningún papel y, sin embargo, mandan más que cualquier ley.

Me levanto.

—Hoy no.

Helena sostiene mi mirada.

—Hoy llega tu hermano, Matteo. Hoy no decides solo.

La frase debería recordarme que mando menos de lo que aparento. Me recuerda otra cosa: que Clara está aquí dentro, y que si hoy alguien tira del hilo equivocado, la villa puede arder desde dentro.

—¿Dónde está Raffaele? —pregunto, cambiando de frente.

—Se ha encerrado con tus hombres. Está nerviosa.

—Que se calme.

—No le pidas calma a quien ve lo que tú no quieres mirar.

No contesto. Me giro hacia la puerta del salón y, antes de salir, mi madre remata, suave, sin levantar la voz:

—Cuando él te pregunte por ella… no titubees.

Me detengo.

—¿Qué pregunta?

—La misma que yo —dice—. Qué es para ti.

No respondo y salgo.

El pasillo me recibe con una corriente de movimiento. Una criada baja la vista. Un hombre de honor me saluda con un gesto corto. Pina aparece al final con una bandeja y me mira con preocupación.

—Signore, he preparado café…

—Luego, Pina.

Me vuelvo hacia el ala de las habitaciones sin pensarlo. Ese es el problema: que el cuerpo ya no me obedece igual cuando se trata de Clara.

La puerta de su habitación está cerrada. No llamo. No entro. No porque no pueda. Porque, si entro, se me nota demasiado.

Apoyo la mano un segundo en la madera, lo justo para recordarme que ella está ahí, a salvo de momento.

Y en ese gesto mínimo, privado, indecente para un Vitale, me reconozco por fin.

Sí.

Me he enamorado.

No del modo bonito. No del modo que se cuenta. Me he enamorado del modo peligroso, el que convierte a una mujer en

punto débil y en motor de violencia. El que te hace perder la cabeza y, a la vez, afilarla.

El que te convierte en algo peor que un mafioso. Un hombre con algo que perder.

Me separo de la puerta y bajo de nuevo hacia el vestíbulo. Oigo coches en el exterior. Órdenes cortas. Puertas que se abren y se cierran. El engranaje se acelera.

Hoy llega el Diablo. Y yo solo puedo pensar en que, cuando cruce esa puerta, va a mirar a Clara. Va a mirarla de verdad. Y yo tendré que decidir, delante de todos, si la protejo… o si la uso.

La parte más jodida es que ya sé la respuesta. Y eso, en mi mundo, es una condena.

50

DECISIONES

Adriano

Un mes antes…

—Buenos días, señor Ferrara. —Escuché tras la línea, y no me tranquilicé, porque lo que venía era doloroso. Me dolía saber quién era ella y… quién era yo.

—Eso depende. ¿Por qué estás en Roma y no en París? —La escuchaba caminar. Me centré en eso, en sus pasos, para evitar sentir en mi pecho latir mi corazón más deprisa solo con pensarla.

—Las reuniones terminaron antes de lo previsto.

—Eso no suele ocurrir. —Me mentía, pero ya no me extrañaba—. Y menos cuando tú estás implicada.

—A veces el mundo decide cooperar.

Sonreí con tristeza.

—No me digas que ha vuelto antes solo por mí. Me decepcionaría saber que he perdido ese poder.

—No se haga ilusiones, señor Ferrara. Si hubiera vuelto por usted, se lo habría hecho saber de otra manera.

—Siempre tan cuidadosa. ¿Todo va bien, Clara? —Mi mente dibujó Chiara y tuve que apretar la mandíbula.

—Sí. Todo va bien. —Sabía que no decía la verdad.

—No me gusta tu tono. Has vuelto antes. No has avisado. Y ahora suenas… distante. —Yo también lo estaba, no podía reprochárselo, pero… ella no sabía quién era yo ni lo que hice en mi pasado.

—Estoy cansada. París desgasta.

—Roma también. Pero al menos aquí sabes quién es quién.

Fui un cínico, lo sé, sin embargo, debía seguir con aquello si deseaba salvarla de… mí.

—Te espero en mi apartamento.

—Adriano, yo…
—Es importante, Clara. No te entretengas.
—Estaré allí en veinte minutos.
Colgué y cerré los ojos.
—¿Cómo no me di cuenta al principio? —masqué.



La puerta del ascensor se abrió en mi planta y no tuve que mirar el reloj para saber que habían pasado mucho más de veinte minutos.

Salí a recibirla, de pie, sin sentarme, sin fingir actividad, porque… no hacía nada desde que se fue, desde que averigüé a ciencia cierta quién era, solo pensar en qué hacer y en las consecuencias de mi decisión. La esperaba, sin más, sin mover ficha hasta volver a verla. Porque esta vez el peligro no venía de fuera. Sino de… mí.

Cuando cruzó el vano de la puerta, no levanté la vista al instante. Por disciplina. Si la miraba antes de lo necesario, se me notaba. Y necesitaba que todo en mí pareciera frío.
—¿Adriano?
Su voz me cayó en el pecho con una precisión que me dio rabia. No debería afectarme así. No debería importarme si estaba cansada o si su maleta pesaba o si el vuelo había sido un infierno. No debería importarme nada que no esté sellado y bajo control.
Me giré, hacia ella, hacia esa mujer que amaba más que a nadie en la vida, más que a mi familia, algo que no podía permitirme.

Clara se quedó en el umbral con el abrigo aún puesto, el bolso colgando del hombro y el equipaje a un lado. No se apreciaba alterada ni frágil ni asustada. Era ella, Chiara Russo escondida detrás de un nombre que no le pertenecía aunque Clara hubiera intentado crecer dentro de su cuerpo y de su mente. No obstante, yo lo sabía, el pasado nunca se deja atrás, jamás. Somos lo que hemos vivido y lo que hemos hecho con ello, y ella llevaba la sangre de los Russo y conocía su versión de los hechos.

—Hola. —Una sobra cruzó su cara, y aun así, caminó hasta mí. Pero se detuvo cuando me miró de verdad. Lo captó, como siempre. No necesitaba palabras. Solo espacios. Ahora lo entendía. Así la habían educado. Así había sobrevivido— ¿Qué pasa?

No contesté al instante. Fui hasta la mesa , cogí una carpeta negra con documentación dentro. Llevaba impreso su nombre, formal y aséptico. El lenguaje perfecto para destruir algo sin ensuciarte las manos.

—Siéntate, Clara.

La orden le rasca el orgullo. Se le ve en el gesto mínimo de la mandíbula.

—No voy a sentarme si no me dices qué ocurre.

Sostengo su mirada. La mía no tiembla. Me entrené para eso. Para no temblar incluso cuando me están arrancando la piel.

—Es una conversación corta. Te conviene estar sentada.

—¿Me conviene? —da un paso más—. Adriano, vengo de un viaje. Tengo dos horas de jet lag y siete mensajes tuyos sin responder. Me presento aquí y me recibes así. Así que no, no me conviene nada. Me debes una explicación.

Esa palabra, "debes", me arranca una reacción que controlo por un milímetro. Ella no sabe lo que acaba de pisar. No sabe que, en mi cabeza, la explicación existe, tiene nombres, fechas y cadáveres. No sabe que si abro la boca y digo una sola verdad, el mundo que ella cree haber construido se derrumba encima.

Respiro una vez. Despacio. Me obligo a simplificar.

—Tu contrato termina hoy.

La frase cae entre nosotros y se queda colgada, indecente.

Clara parpadea. No entiende. Por primera vez en meses, no tiene una respuesta inmediata. Eso me rompe algo por dentro, pero no se me nota.

—¿Qué?

—Te doy por finalizada la colaboración con la empresa. Efectiva desde ahora.

La veo procesarlo a golpes. La veo recomponerse en segundos, porque es lo que hace. Porque su orgullo funciona como armadura.

—No puedes hacer eso así —se defiende—. Hay proyectos abiertos. Hay acuerdos en marcha. Hay… —se detiene—. ¿Esto es una broma?

Abro la carpeta. La deslizo por la mesa hacia ella.

—Está todo aquí. Liquidación, clausulas, confidencialidad. Lo firmarás y te irás hoy.

Clara no toca los papeles. Me mira a mí. Fija. Dolida. A la defensiva.

—¿Te has vuelto loco?

—No.

—Entonces mírame a la cara y dímelo de verdad. ¿Por qué?

Ahí está la pregunta que no puedo contestar. La pregunta que me obliga a sostener una mentira con la misma firmeza con la que he sostenido armas y órdenes.

Le digo la única parte que puedo permitir:

—Porque no es seguro.

Clara suelta una risa sin humor.

—¿No es seguro? ¿Desde cuándo te preocupan esas cosas? Sé que eres un hombre con enemigos. Trabajo con personas como tú desde hace años.

—No como yo. —No alargo más la explicación, pero me gustaría decirle que desde que su nombre real me explotó en la mano. Desde que escuché Chiara Russo pronunciado por un hombre al que no le tiembla la voz cuando habla de cadáveres que él mismo ha dejado. Desde que recordé un rostro de niña en una terraza, un vestido claro, una risa breve, una mirada que se me quedó clavada y que yo creí haber enterrado. No digo nada de eso.

Me acerco un paso.

—No voy a discutir contigo.

—Claro que vas a discutir —me corta—. Porque me estás echando sin motivo. Porque vuelvo de París, me pides que venga, me dices que me echas de menos, me das una llave de tu casa, me… —se atraganta con la palabra que no quiere decir—. Y vuelvo, y me despides. ¿Qué clase de hombre hace eso?

El que intenta que sigas viva. El que se ha enamorado de alguien a quien no puede salvar con dinero ni con abogados.

—Uno que toma decisiones —contesto, controlado.

—¿Decisiones? —se acerca hasta mi mesa, casi encima—. Esto no es una decisión. Es una crueldad.

No me muevo. No le devuelvo la cercanía. Si lo hago, la abrazo. Si la abrazo, me hundo.

—Coge tus cosas. Te acompaño a la salida.

Clara se queda inmóvil un segundo. Después, con la calma que la caracteriza, deja el bolso sobre la silla y abre la carpeta sin apartar los ojos de mí. Lee rápido. Su inteligencia duele.

—Confidencialidad absoluta —murmura—. Penalización si hablo. Renuncia a reclamaciones… —pasa una hoja—. Esto está redactado para silenciar a alguien, no para cerrar un contrato.

No respondo.

—¿Qué has descubierto? —su voz se afila—. ¿Qué coño has descubierto? —La palabra es impropia en su boca.

Me acerco, muy lento. No para asustarla. Para obligarla a bajar la voz.

—No preguntes.

—No. —me planta cara—. No me vas a echar de tu vida con un documento. No me vas a tratar como una empleada cuando me has mirado de otra manera durante meses. ¿Qué ha pasado?

Es demasiado lista. Lo ha unido todo. Ha olido el cambio. Y yo me siento acorralado. No por ella. Por la verdad.

No quiero mentirle con detalles. Prefiero una mentira seca que no le deje hueco para tirar del hilo. Prefiero que me odie a que se quede.

—Te has sobrepasado —indico.

Se queda rígida.

—¿Yo?

—Confundiste lo que era esto.

—No lo he confundido. Lo he vivido. —Su voz se quiebra. Y me duele más que un grito.

Me obligo a mantener el rostro igual.

—No va a continuar.

Aprieta los papeles hasta arrugarlos. Luego los suelta, como si quemaran.

—¿Y qué hago con todo esto? —se señala a sí misma, sin dramatismo, con rabia contenida—. ¿Con lo que has provocado? ¿Con lo que has permitido?

No me pregunta por sexo. Me pregunta por algo peor: por la esperanza.

No tengo derecho a dársela.

—Lo superarás —contesto, y me odio por sonar como un hombre cualquiera.

Me mira con un desprecio que no le había visto.

—No me conoces si crees que "lo supero" y ya. Yo no paso páginas. Yo las arranco. —Me rodea, agarra su bolso, recoge la carpeta. No se va aún. Se queda a dos pasos de la puerta. Tensa. Hermosa. Insoportable—. Dime una sola cosa —me mira—. ¿Me has querido algo? ¿Lo mínimo? —La pregunta no es romántica. Es humana. Es la última oportunidad de que yo no la rompa del todo.

Y ahí está el problema. Que sí. Que la quiero lo suficiente como para hacer esto.

Hago lo que tengo que hacer.

—No.

—Perfecto.

Abre la puerta.

—Clara.

No sé por qué la llamo. Tal vez para detenerla un segundo más. Tal vez para memorizarla. Tal vez para despedirme bien sin decírselo.

Ella se gira, ya con la mano en el pomo.

—¿Qué?

Me acerco lo justo para que escuche mi voz sin que nadie más la oiga desde el pasillo.

—No vuelvas a mi casa.

La frase le duele. Se le ve. Su orgullo la sostiene, pero el golpe entra.

—Tranquilo. No pensaba hacerlo.

Se va.

La puerta se cierra y la casa recupera su orden. Todo en su sitio. Todo limpio. Todo bajo control.

Excepto yo.

Me quedo de pie, mirando la carpeta que aún está sobre la mesa, esa que habla de cláusulas y de cifras y no menciona lo único importante: que me he enamorado de mi enemigo.

51

EL GRITO DE LOS LOBOS

Clara

Actualidad…

El móvil vibra sobre la mesa cuando aún no he terminado de maquillarme.

Miro la pantalla y sé quién es antes de leer el nombre. No porque la espere, sino porque mi madre siempre llama cuando presiente que algo va a torcerse, aunque no sepa decir por qué.

La sangre… el grito de los lobos…

—¿Sí?

—Chiara. Hola…

—Buenos días, mamá. Es mejor que me llamas Clara.

—No me mientas —responde sin rodeos—. ¿Está todo bien?

Apoyo la espalda en el lavabo y cierro los ojos un segundo. No porque vaya a llorar, sino porque necesito medir cada palabra.

—Estoy bien. De verdad. Solo tengo mucho trabajo estos días.

—Como siempre. Tómate unas vacaciones.

—No puedo.

—Aquí todo está tranquilo —añade—. Claus ha ido al colegio. Ha vuelto a soñar contigo.

Aprieto los labios.

—Dile que pronto iré a verle.

—No le mientas.

—Dile que trataré de ir a verlo pronto —modifico el discurso.

—Chiara… —empieza.

—No —la corto, suave—. No hoy. Te prometo que estoy bien. No te preocupes.

Respira hondo. Lo noto incluso a través del teléfono.

—Cuídate. Y no confíes en nadie más de lo necesario. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Dejo el móvil junto a un labial y me miro en el espejo. No pensando. Calculando. El problema de crecer en este mundo es que una aprende demasiado pronto a distinguir el miedo real del miedo heredado. Y hoy, el miedo es concreto.

Hoy llega El Diablo.

Me cambio. Nada llamativo. Nada que invite a miradas. Clara Bernardi, la consultora eficaz, la mujer enamorada que sonríe cuando Matteo entra en la habitación. Esa soy hoy.

Cuando bajo, la villa ya se mueve. No hay carreras ni órdenes en voz alta, pero todo está colocado. Los hombres van y vienen. Las puertas se abren y se cierran. Nadie me presta atención directa, y eso también es un mensaje.

Matteo aparece al fondo del pasillo.

No viene hacia mí de inmediato. Habla con uno de los suyos. Da una indicación corta. Luego levanta la vista y me encuentra. Se acerca despacio.

—Buenos días.

—Buenos días.

Me besa la mejilla. Breve. Medido. Suficiente.

—Clara, esto es importante. Recuerda que estarás a mi lado. No sé cuánto durará ni cuanto se quedará, pero… no se irá hasta que no haya escrito un final.

—Lo entiendo. Todo. —Intento mirarlo con normalidad. Nos hemos enamorado, eso cree él, eso creía yo. No sé si yo he llegado a amarlo, sin embargo, mi corazón se ha roto con lo que escuchó.

—Será intenso.

—Estoy preparada, Matteo. No soy Clara, no hoy.

Asiente, pero algo se le mueve en la mandíbula.

—Si necesitas algo…

—Te lo diré.

Otra vez esa pausa. Ese segundo de más que no debería estar ahí.

—Vale. —Me da la mano y me lleva hasta la cocina. Pina hace el desayuno. Raffaele se toma el café en la terraza, hablando por

teléfono.

Mido distancias. Escucho voces. Identifico rutinas. La villa vuelve a ser lo que siempre fue: territorio hostil disfrazado de hogar.

En el jardín, los preparativos continúan. El coche aún no ha llegado, pero su sombra acecha sobre todos nosotros.

Saco el móvil del bolsillo. Hay una llamada perdida de Adriano.

No la devuelvo.

Lo guardo otra vez y respiro despacio.

Si este es un teatro, yo también sé actuar.

Si esto es una guerra, no pienso morir sin disparar.

Y hoy, mientras todos esperan al Diablo, yo empiezo a creer que ninguno de ellos ha entendido todavía con quién está jugando.



Sigo sentada en la cocina cuando Matteo se levanta.

No hay prisa en su gesto. Se inclina, me besa la sien con una naturalidad que podría engañar a cualquiera, incluso a mí si no supiera escuchar lo que no dice.

—Tengo que arreglar unos asuntos —murmura—. Luego nos vemos.

—De acuerdo. —No le pregunto cuáles. Están claros.

Lo veo salir al jardín. Los hombres se mueven entre mesas, flores, cables. Todo está casi listo para una llegada que aún no se ha producido y que ya pesa demasiado.

Doy otro sorbo al café.

Raffaele entra con el celular en la mano, pero la llamada ya ha terminado. Cierra la puerta tras de sí. Su mirada no pasa por mí de inmediato. Va primero a la encimera, a la cafetera y al reloj de la pared.

—¿Te importa si me siento? —pregunta.

No espera respuesta. Tira de la silla frente a mí y se sienta.

Durante unos segundos no dice nada. Yo tampoco.

—Has aprendido rápido. Eso siempre me ha parecido peligroso.

Levanto la vista.

—Me examinas.

—Siempre examinamos lo que puede ser peligroso. Y tú lo eres, Chiara Russo.

No me defiendo. No aclaro. No niego. La dejo hablar.

Raffaele apoya los antebrazos sobre la mesa. Sus manos son firmes, elegantes. Manos que han firmado decisiones sin temblar.

—Aquí todo el mundo cree que pertenece a algo —continúa—. A una familia, a una causa, a un plan. Es una ilusión cómoda.

—¿Y tú? ¿A qué perteneces?

Sonríe apenas.

—A las normas. Y las normas no tienen afecto. —Se inclina un poco más hacia mí—. El deseo no es una promesa.

Siento el golpe, pero no lo muestro.

—¿Cuántas advertencias piensas lanzarme?

—Es información. Y la información, bien usada, salva vidas. —Se levanta y se va, terminando la conversación, o no—. Hay algo que deberías entender, Clara —suelta—. Aquí nadie te va a elegir cuando llegue el momento. Ni siquiera quien ahora parece hacerlo.

Sale a la terraza de nuevo.

Me quedo sola en la cocina. Con Pina, que sigue cocinando para el banquete de hoy. Tiene un ayudante, un hombre joven que entra con unas botellas de mermelada y ni me mira. Soy un fantasma, lo sé, y los fantasmas asustan.

Me quedo mirando el poso del café y pienso en que no hay refugio aquí para nadie. No hay alianzas posibles. No hay nadie que me cubra la espalda. Solo yo y lo que decida hacer con lo que sé.

52

LA IGNORANCIA MATA

Chiara

Actualidad…

Estoy en la galería lateral, revisando unos documentos que ya me sé de memoria. No porque los necesite, sino porque necesito parecer ocupada. Necesito parecer normal.

—Te estaba buscando —Matteo aparece de repente.

Levanto la vista despacio. Lo justo. No sonrío. Tampoco me cierro.

—Creía que estabas ocupado.

Se acerca. No invade. Nunca lo hace. Se apoya en el marco de la ventana, cerca, pero sin tocarme. Esa distancia exacta que antes me parecía respeto y ahora reconozco como cálculo.

—Raffaele me ha dicho que seguías en la cocina.

Raffaele siempre vigilándome.

—Terminé de desayunar. Quise ayudar a Pina con su trabajo, pero no me dejó.

—No es tu trabajo. —Deja pasar un segundo—. ¿Qué te ha dicho Raffaele.

—Nada nuevo. Lo de siempre—. Cambia el peso de pie, esperando una respuesta más concreta—. No quiere que esté aquí. No confía en mí. Sabe que soy peligrosa para los Vitale. —Podría engañar a cualquiera. ¿Lo engañaré a él?

Matteo me observa con atención. No es la mirada de un hombre que duda. Es la de alguien que ajusta una pieza en un tablero que ya conoce.

—Mi hermano llegará en dos horas. Puede que haya momentos incómodos.

—Me manejo bien con eso.

—Estoy seguro.

—¿Por qué no me has hablado abiertamente de él?

Se acerca un poco más. Esta vez sí invade. Apenas. Lo justo para que su sombra me roce el hombro.

—Porque no era necesario. —Posa su mano en mi cintura y… maldita sea… me estremezco.

—Matteo, no lo llamáis El Diablo por casualidad. ¿Qué hizo?

—No tienes por qué saberlo.

—Pero quiero hacerlo. La ignorancia mata.

—No dejaré que lo haga.

—¿La ignorancia o El Diablo?

—Ninguno de los dos. —Me acaricia la mejilla. Si no supiera que todo es parte del juego, que su amor por mí es una mentira, juraría que está enamorado de mí. Lo bien que actúa la mafia—. Quería decirte algo antes de que empiece todo. —Me mira a los ojos, le brillan, hay fuego cruzándole las pupilas—. Confío en ti. Tú tienes que confiar en mí.

—¿Te he hecho dudar de ello?

—No, pero… en nuestro mundo, nada es lo que parece.

—Nosotros sí.

—Que no se te olvide. —Me besa, despacio, lento.

—Chiara… No te muevas si no te lo pido.

—Tú no pides, Matteo. Ordenas. —Sonríe levemente sobre mi boca. Es la primera vez que lo veo sonreír.

—Eres la única persona que no acata mis órdenes.

—Y eso te molesta.

—Me preocupa. No quiero ver tu sangre derramada por el suelo. No quiero que seas el objetivo de nadie.

Qué embustero. Un escalofrío recorre mi cuerpo y se enreda en mi garganta. Me cuesta tragar.

—Debiste pensarlo antes de pedirme que viniera.

—Cuando lo hice… no estaba enamorado de ti.

Me dan ganas de vomitar. No por él, sino por lo que me hace sentir. Rabia, dolor, desazón, ganas de sacar el arma que tengo escondida en la pierna y pegarle un tiro en la cabeza.

—Luego hablamos —me da un último beso—. Esta noche.

—Claro.

Cuando se aparta, su mano roza la mía. Un contacto breve. Innecesario. Perfectamente medido.

Se va. Y yo me quedo donde estoy, con los documentos cerrados y el pulso irregular.

No me está perdiendo.

No me está usando sin saberlo.

Me está colocando. Quiere que esté de su lado… pase lo que pase.

Respiro hondo para calmarme, necesito pensar con la cabeza fría para ir un paso por delante.

Vuelvo a la cocina a mediodía porque el cuerpo necesita fingir normalidad. Comer algo. Hacer algo que no implique pensar en estrategias ni en nombres prohibidos.

No es la cocina de cada día. Hay bandejas alineadas, cajas abiertas, manteles aún sin planchar. El banquete de esta noche ha colonizado la casa desde dentro; la villa se preparara para una representación que nadie ha pedido, pero todos conocen el guion.

Pina va de un lado a otro con una concentración casi devota. Da órdenes en voz baja. Marca tiempos. El chico que la ayuda aparece y desaparece con rapidez, cargando platos, moviendo sillas, bajando al almacén y subiendo de nuevo con botellas envueltas en paños.

No lo había visto antes de esta mañana.

Cruza a mi lado sin mirarme directamente. Demasiado cerca. Siento el roce leve de su brazo contra el mío. Un segundo después, algo frío cae en mi mano.

Me detengo.

No hago ningún gesto. No miro de inmediato. Cierro los dedos con naturalidad, como si acabara de recibir una moneda o una nota sin importancia.

El chico sigue caminando.

Cuando por fin bajo la mirada, el aire se me queda pequeño.

Es una fotografía.

Antigua. Desgastada en los bordes. El papel amarillento, doblado por una esquina. Mi padre está en ella. Más joven. Sonríe. Me sostiene en brazos. Yo no debo tener más de tres años. Llevo el pelo recogido con una pinza ridícula. Él apoya la mejilla en mi sien.

El pulso se me descompensa. Aprieto la foto contra la palma y levanto la vista.

El chico ya no está.

—Pina —la llamo—. ¿Dónde ha ido el chico?

Ella no se gira.

—¿Cuál?

—El que estaba ayudándote ahora.

—Habrá bajado al jardín. O a por hielo. No para quieto.

Doy un paso atrás. Luego otro. Salgo de la cocina sin prisa, pero en cuanto cruzo el umbral acelero.

Recorro el pasillo que lleva al ala este. Miro por la galería. Bajo las escaleras de servicio. Me asomo a la zona de despensa. Nada.

El corazón me golpea con una fuerza que me alerta.

Cruzo el salón principal. Hay hombres colocando flores, revisando mesas, comprobando alturas. Nadie me presta atención. Y eso es bueno: cuando no te miran, es porque creen que ya te tienen medida.

Salgo al jardín. Los setos están recortados. El suelo de grava recién barrido. Veo a dos jardineros al fondo, cerca del muro. Ninguno es él.

Voy hasta la zona de los naranjos. Nada.

Vuelvo a entrar.

La foto sigue caliente en mi mano.

Regreso a la cocina.

Pina revisa una lista. Tacha cosas con un lápiz corto, gastado.

—Pina —repito—. El chico que te ayudaba… ¿cómo se llama?

Levanta la cabeza por fin. Me observa un segundo. No con desconfianza. Con curiosidad práctica.

—¿El alto?

—Sí.

—Ah… Marco. Creo.

—¿Marco qué?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. El hijo del jardinero. Viene cuando hay mucho trabajo. O cuando Matteo lo pide.

—¿Desde cuándo trabaja aquí?

—Desde siempre, más o menos. —Vuelve a la lista—. Es buen chico. Callado.

—¿Callado?

—Mucho.

Asiento despacio.

—Gracias.

Pina ya no me mira. No le da importancia. No sabe que acaba de mover algo que no va a volver a colocarse en su sitio.

Salgo de la cocina con la fotografía escondida en el bolsillo interior de la chaqueta. El papel cruje un poco. Me detengo en seco, respiro y sigo.

¿Qué significa? ¿Por qué ese chico tenía esta foto? ¿Quién se la dio? ¿Por qué me la ha dado?

Cruzo el pasillo que da al patio interior intentando regular la respiración. No correr. No mirar atrás. No tocar la chaqueta donde la foto pesa toneladas.

En mi búsqueda me topo con quienes menos quiero.

Matteo sale de uno de los despachos laterales, hablando con uno de los hombres de seguridad. Se detiene en seco al verme. No sé qué ve exactamente en mi cara, pero algo se le enciende en los ojos. Algo alerta.

Da dos pasos hacia mí y hace un gesto mínimo al hombre para que se aparte. Se acerca más. Me toma del brazo con suavidad.

—Estás pálida.

—Hace calor.

—Aquí dentro no.

—Vengo del jardín y… de ayudar a Pina. Al final ha aceptado que le eche un capote.

Achina los ojos y me examina.

Entonces me rodea con los brazos.

El gesto me descoloca. No es teatral. No hay nadie mirando. Me aprieta contra su pecho, con firmeza, como si mi cuerpo necesitara anclarse a algo sólido. Apoyo la frente en su hombro sin pensarlo. El corazón me va demasiado rápido de nuevo. Va a explotarme en el pecho esta mañana y aún no sé lo que está por venir.

La foto roza su costado.

El pánico me atraviesa.

Si desliza la mano un centímetro más… Si nota el relieve… Si pregunta…

—Respira —murmura, muy bajo—. Te noto tensa.

Trago saliva. Mantengo los brazos quietos. No me muevo. No puedo permitirme el reflejo de proteger el bolsillo.

—Es el día —respondo—. Todo esto… —hago un gesto vago—. Me supera un poco.

Siento cómo se relaja apenas. No del todo. Matteo no baja la guardia nunca, pero acepta la explicación.

Me pasa una mano por la espalda, despacio.

—Aguanta un poco más.

Asiento contra su pecho. Mi cabeza cabe justo ahí. Lo suficiente para fingir refugio. Lo suficiente para sentir algo que no debería.

—¿Te acompaño arriba? —pregunta—. Puedo dejarte un rato tranquila.

La palabra tranquila me provoca una risa seca que contengo a tiempo.

—No. Prefiero estar haciendo cosas.

Se separa lo justo para mirarme a la cara. Sus manos siguen en mi cintura. Me siento expuesta. Vulnerable. Y peligrosamente cerca.

Baja la mirada un instante.

A la chaqueta.

Mi estómago se contrae.

—¿Llevas algo ahí? —pregunta.

El mundo se reduce a esa frase.

—¿Qué?

—Estás sujetándote el costado —explica—. Desde que te he visto.

Retiro la mano despacio, como si acabara de darme cuenta.

—Manía —improviso—. Cuando estoy nerviosa.

Me observa. No insiste. Pero tampoco olvida.

Levanta una mano y me aparta un mechón de pelo del rostro.

—Hay demasiadas cosas en juego. —Asiento otra vez—. Muévete, pero no es día para que te pierdas.

No le digo que ya estoy perdida ni que alguien acaba de recordarme quién soy en realidad ni que llevo a mi padre escondido en el bolsillo de la chaqueta.

Matteo se inclina y me besa.

—Voy a seguir con los preparativos. Si necesitas algo, me buscas.

—Sí, claro.

Se aleja.

Yo me quedo donde estoy, con el cuerpo aún marcado por su abrazo y el corazón golpeando contra una verdad que empieza a tomar forma.

No estoy sola en esta casa. Pero tampoco estoy a salvo. Alguien ha decidido mover ficha antes de que caiga la noche.



El vestido pesa. Molesta. No por el tejido (la seda es suave, casi amable), sino por lo que representa. Me lo coloco despacio. No hay cremallera apresurada ni espejo indulgente. Hay una mujer que se arma sin armas.

Es antiguo. No en el sentido de viejo, sino en el de heredado. El corte es sobrio, oscuro, con una elegancia que no busca gustar, sino imponer respeto. Mangas largas. Espalda recta. Cintura marcada sin concesiones. El tipo de vestido que no permite encorvarse ni desaparecer.

Exactamente el que Helena había elegido.

Paso los dedos por la tela mientras me miro. No busco belleza, sino saber si, cuando cruce el salón, alguien verá a Clara Bernardi… o si Chiara Russo ya ha ganado terreno.

Me recojo el pelo. Nada suelto. Nada blando. Unos pendientes discretos. Ningún anillo. No hoy.

Desde el pasillo llega el murmullo de la casa cambiando de piel. La villa Vitale no recibe invitados: los convoca.

Las voces se superponen abajo. El sonido de copas colocándose. El roce seco de una silla movida con precisión. La casa se prepara para recordar quién manda.

Respiro hondo una vez… y bajo las escaleras. Paso a paso. Recorro el pasillo y llego al salón principal, iluminado de forma distinta, con una luz colocada a conciencia. Cada foco cae donde debe. La mesa larga, aún sin ocupar, espera como un altar. Hay flores sobrias, sin perfume invasivo. Todo aquí parece decir lo mismo: esto no es una fiesta, es una declaración.

Los veo uno a uno.

Don Pietro, el cura está junto a la chimenea. Sostiene la copa sin beber, observando como si ya supiera cómo terminará la noche. Lleva años bendiciendo pactos que no aparecen en los Evangelios.

Más allá está Lorenzo, el viejo amigo de la familia, camisa abotonada hasta arriba y los anillos brillando bajo la luz. Habla despacio con Nicola, el primo abogado, impecable, sonrisa afilada, mirada que calcula antes de asentir. Son familia; no por afecto: por estrategia.

También está Raffaele, apoyada cerca de una ventana, vestida con una elegancia que corta. No me mira de inmediato. Cuando lo hace, no hay hostilidad abierta, sin embargo, sé que es parte de la función de teatro, Matteo la habrá aleccionado.

Siento miradas. No me escrutan el cuerpo, sino el lugar que ocupo.

Cruzo el salón con pasos serenos. Cada tacón suena más de lo que debería. O quizá es que ahora escucho demasiado.

—Estás perfecta —Helena se coloca a mi lado y me da su beneplácito.

No me toca. Su aprobación no necesita contacto.

—Gracias.

—Recuerda: esta es una bienvenida. Observa. Escucha. No te adelantes.

Asiento. Como si no llevara toda la vida preparándome para esto. No sé quién mató a mi padre, pero sí estoy segura de que El Diablo tiene que saberlo.

El murmullo se detiene de golpe. No hay anuncio. No hace falta. La casa contiene el aliento.

No lo veo aún, pero lo siento. Hay una presión distinta en el ambiente. Alguien ha cambiado el eje de la habitación sin mover un solo mueble.

El Diablo está a punto de entrar. Y… de repente, no pienso en Matteo. Ni en Helena. Ni en los planes.

Una idea me atraviesa, limpia, brutal: Esta noche, todo lo que soy va a ser puesto a prueba. Y no tengo intención de bajar la mirada.

53

EL DIABLO EN CARNE Y HUESO

Chiara

Actualidad…

El Diablo. No es un pensamiento. Es físico. Un cambio brusco, como cuando el cuerpo detecta peligro antes de que la mente consiga ponerle nombre. La piel se me eriza bajo la seda del vestido. El pulso se acelera sin motivo aparente. Un nudo se forma en algún punto entre el estómago y la garganta.

Parpadeo.

Nada ha ocurrido todavía. Y, sin embargo, todo acaba de hacerlo.

La villa cambia de atmósfera. No es silencio, sino una suspensión extraña, de pronto, veo las motos de polvo a través de las luces. Las conversaciones se apagan solas.

Levanto la vista.

Matteo está a unos pasos de mí. Ya no disimula la tensión. Tiene los hombros rígidos y la mandíbula apretada. No mira hacia la entrada, pero todo en él está orientado en esa dirección; se prepara para un choque inevitable.

Helena, en cambio, sí mira. Lo hace con serenidad. Con calma. Sus manos descansan juntas, elegantes.

El murmullo muere del todo.

La puerta se abre.

No hay anuncio. Nadie pronuncia su nombre. No hace falta.

El hombre que entra no necesita presentación.

Camina despacio, con una seguridad que no busca imponerse, porque ya es incuestionable. No lleva prisa. Tampoco duda. Su presencia no empuja el espacio: lo ocupa. Lo reorganiza. La villa se

adapta a él como si siempre hubiera estado esperando este momento.

Alguien se mueve a su paso. Otro se inclina apenas. No son gestos exagerados. Son reflejos aprendidos.

El Diablo ha llegado.

No lo he visto nunca. O eso creía.

Lo observo desde la distancia. Traje oscuro, líneas limpias. No ostenta poder. Lo administra. Su rostro es sereno, pero no amable. Hay algo en su forma de mirar que no se queda en la superficie. Evalúa capas que otros ni siquiera saben que existen.

Da un paso más. Y… entonces ocurre.

No es una imagen clara. Es un impacto interno, una colisión silenciosa. Una sensación que me atraviesa el pecho con una precisión insoportable.

Ese gesto.

La forma de inclinar levemente la cabeza al escuchar a alguien saludarlo. La manera en que sus ojos recorren la estancia sin detenerse en nada… salvo un segundo más de lo necesario en un punto concreto.

En mí.

No se inmuta, pero me ve y… el suelo se mueve bajo mis pies.

No retrocedo. No avanzo. Me quedo exactamente donde estoy, con el corazón golpeando demasiado fuerte para el espacio que ocupa mi cuerpo. La sangre me zumba en los oídos. El vestido me aprieta y me ahoga.

No quiero pensar.

No quiero unir las piezas.

Pero el cuerpo tiene vida propia.

Es la misma presencia que conocía. El mismo modo de estar sin invadir. La misma distancia exacta. El mismo control que no necesita demostrarse.

No es posible.

Y, aun así, lo es.

Nuestros ojos se cruzan.

No hay reconocimiento explícito. No hay gesto alguno que lo delate. Su expresión no cambia. No se tensa. No se abre. Es impecable. Perfecta.

Exacta.

El aire me falta durante un segundo, dos, tres. Intento no moverme, que no me afecte. El golpe ha sido limpio, preciso e irreversible.

Adriano Ferrara es… Adriano Vitale, y ha vuelto a encontrarme sin proponérselo… ¿O sí?

54

PROCESARLO

Adriano

Actualidad…

Lo sé en el mismo segundo en que la veo. No porque su presencia sea imposible (en este mundo nada lo es), sino porque alguien ha mentido. Y no ha sido ella.

La reconozco antes de terminar de procesarlo. Antes incluso de que mi cuerpo reaccione como debería. Es inmediato, violento, un latigazo que atraviesa sin aviso. El tiempo no se detiene, pero pierde orden. Todo lo demás se vuelve secundario.

Chiara Russo está en la Villa Vitale.

No debería haber pasado.

No así.

No hoy.

Mi primer impulso es físico. Una contracción seca en el estómago. La necesidad absurda de avanzar dos pasos y sacarla de aquí por la fuerza. No pienso. Evalúo. Distancias. Salidas. Nombres. Consecuencias.

Me obligo a quedarme donde estoy.

Si reacciono, pierdo control.

Si pierdo control, la expongo.

Así que respiro. Lento. Preciso. Como he aprendido a hacerlo desde niño cuando algo amenaza con romper el tablero.

Ella no me mira al principio. O quizá sí, pero finge que no. Está quieta, demasiado correcta, con ese vestido que no es ella y, aun así, lo es todo. No ha cambiado tanto como para engañarme. Tampoco tanto como para protegerse.

Lo nuestro me cruza la cabeza sin permiso. No escenas completas. Detalles sueltos. Su forma de entrar en una habitación creyendo que nadie la observa. La manera en que bajaba la voz cuando algo le importaba de verdad. Aquella noche en la que no me pidió explicaciones y, por eso, fue peor.

La dejé para protegerla.
Y ahora está aquí.

La ira llega después. No explosiva. Densa. Compacta. De esas que no levantan la voz porque no la necesitan. No va dirigida a ella. Nunca lo estaría.

Va directa a Matteo.

No me miro con mi hermano. Todavía no. No quiero hacerlo delante de todos. Pero lo siento. Está cerca. Tenso. Demasiado atento a Chiara para fingir indiferencia.

Lo ha hecho él. La ha traído aquí. La ha colocado en el centro del avispero.

No sé con qué excusa. No sé qué versión le han vendido al resto. Pero sé lo esencial: mi hermano ha cruzado una línea que no se cruza.

Chiara levanta la vista al fin. Nuestros ojos se encuentran. Hay sorpresa en los suyos, un encaje doloroso. Quiero ir a hasta ella y abrazarla. Sacarla de aquí, de este infierno, de esta guerra, del fuego. Sin embargo, no puedo reaccionar, no me lo permito.

Pero por dentro, algo se desplaza con violencia. Se impone la verdad: Matteo no solo la está usando y no lo sé solo porque sea El Diablo, sino porque conozco a mi hermano mejor que él mismo. Lo que no sé aún es si lo ha hecho por estrategia, por desesperación o por algo peor: porque cree que puede controlarlo todo.

Chiara no es una pieza. Nunca lo fue. Por eso yo nunca la busqué, por eso jamás la encontré hasta que ella vino a mí.

Sostengo la compostura. Asiento a un saludo. Cruzo la estancia pisando fuerte. Todas las miradas están puestas sobre mí.

No he venido a salvarla. Pero tampoco voy a permitir que la destruyan. Y alguien va a pagar por haberla traído aquí sin saber exactamente a quién estaba despertando.

55
LA HABITACIÓN CERRADA

Adriano

Actualidad…

Saludo por cortesía y educación. Sigo dando la mano. Acepto las palabras que se dicen por obligación y rechazo las que intentan adelantarse a lo que aún no he decidido conceder. La familia está completa. O casi. Falta alguien, pero no importa. Hoy no.

Mi atención no está en los rostros que me rodean, sino en el que no debería estar aquí, sin embargo, no vuelvo a mirarla.

—Adriano. —Helena llega a mi lado y me da dos besos que casi ni me rozan—. Por fin estás aquí —habla con frialdad, no sabe hablar de otra manera.

—Hay cosas que han cambiado. —Me refiero a Chiara y ella lo capta sin más detalles.

—Es solo un movimiento más —asegura—. Deberías hablar con tu hermano. ¿No la reconoces?

—¿Debería?

—No es la primera vez que la ves.

Raffaele llega de inmediato. No me da dos besos ni un abrazo. Nada. No porque estemos rodeados de gente.

—Ya era hora —suelta sin remilgos.

—A mí también me alegra verte, hermana.

Matteo aparece y se coloca a dos pasos delante de mí, frente a frente. Su posición no es casualidad. Nos miramos, nos retamos. Nunca le ha gustado que yo sea El Diablo, a pesar de que renuncié a mis responsabilidades como eje de los Vitale. Pero no basta con alejarte de esta familia para que eso ocurra. Soy el mayor, la serpiente con más poder de la hidra coronada con tres cabezas. Tres. No tuvieron tres hijos por casualidad, sino por estrategia.

—Matteo —hablo con el tono justo—. Tenemos que hablar. —No es una petición.

Mi hermano lo entiende de inmediato. Asiente sin preguntas y sin gestos innecesarios. Se despide de nuestra madre con una inclinación mínima de cabeza. Helena solo nos observa. No dice nada. Nunca lo hace cuando sabe que no debe.

Caminamos hasta una sala lateral. Una estancia más pequeña, sin ventanas abiertas al jardín, con paredes que han escuchado demasiadas decisiones como para fingir neutralidad. Matteo cierra la puerta.

Me giro hacia él despacio. No levanto la voz. No hace falta.

—¿Quién es esa mujer y qué hace aquí?

Matteo no responde al instante. Me estudia. Busca algo en mi expresión.

—Es Chiara Russo —indica.

—La hija de Alessandro Russo.

—Ha venido como consultora externa.

No parpadeo.

—Te he preguntado qué hace aquí.

—Te lo acabo de decir.

—Eso cree ella. ¿Cuál es la verdad? —Se queda callado—. No me mientas. —La frase cae seca. Definitiva.

Matteo aprieta la mandíbula. Da un paso dentro de la habitación, como si el espacio pudiera protegerlo, pero no lo hará. Nada me detendrá jamás.

—No es una mentira —responde—. Está trabajando con nosotros.

—No necesitamos consultoras.

—Tú no estabas —contesta—. La situación ha cambiado.

—La situación cambia todos los días. Las normas no. —Respiro y sigo—. Dime la verdad —exijo—. Ahora.

Matteo achina los ojos. Lo conozco demasiado bien. Cuando tarda es porque está eligiendo qué parte decir.

—Sospecho que ella sabe algo —admite—. Sobre la desaparición del archivo.

Ahí está.

—¿Y crees que traerla a esta casa ha sido buena idea?

—Creo que es la única forma de averiguar qué sabe.

La ira sube. Controlada. Peligrosa.

—Estás jugando con fuego —digo—. Y no con el tuyo.

—Es hija de Alessandro Russo —repite—. No es una mujer cualquiera.

—Precisamente por eso no debería estar aquí. Es peligrosa para nuestra familia.

—¿Ahora te importa la familia? —Cuadra los hombros.

—Me importa. Y si crees que no, tenemos un problema. —Volvemos a enfrentarnos sin hablar, con miradas, midiendo nuestro poder en las sombras.

—Sospecho que ella tiene el archivo.

—¿Y tu conclusión es traerla al centro del tablero?

—Mi conclusión es observarla.

—¿Utilizarla?

No responde. Y ese silencio es una respuesta.

Doy un paso hacia él.

—No la necesitas —digo, despacio—. Ni como consultora ni como cebo.

—Tú no decides eso.

—Sí decido. Porque si algo le ocurre, no será solo su sangre la que caiga.

Matteo endurece el gesto.

—No queda ningún Russo para defenderla.

—Siempre quedan fantasmas cuando cae la noche.

—Es necesaria —insiste—. Y está bajo control.

—Nadie controla a una Russo —le recuerdo—. Menos aún cuando cree que la están utilizando.

—No lo sabe.

—Lo sabrá.

Me doy la vuelta un segundo. Respiro. Me obligo a pensar, no a reaccionar. Detrás de la puerta, lo percibo: Helena está ahí. No necesita asomarse. Escucha. Evalúa. Decide cuándo callar.

—No la quiero en esta casa —digo al volver a mirarlo—. Ni un día más.

—No puedes sacarla ahora.

—Puedo.

—Provocarías preguntas.

—Las preguntas se gestionan.

—Las guerras no —contesta.

Ahí está el fondo real de todo esto.

—No la conviertas en un daño colateral —le advierto—. Porque no lo será. Para nadie.

Matteo mantiene la postura. No cede. No retrocede.

—¿Qué más te da?

—No voy a repetirme. —Lo observo. Largo. Con la decepción justa. Con el afecto exacto.

—No confías en mí.

—Confianza… Eso es lo único que me pides cuando ya no queda nada más. Y hoy no basta.

Me acerco a la puerta. Antes de abrirla, añado, sin mirarlo:

—No quiero cadáveres de más, no si no son parte de esta guerra.

—Me parece mentira que no lo veas. Chiara Russo es la pieza principal.

—Yo no lo creo. —Abro y me encuentro con Helena y su serenidad absoluta.

—¿Todo bien? —cuestiona.

—No, pero por eso he venido.

Dejaré que el pasado siga siendo pasado.

56
SÉ CHIARA RUSSO

Chiara

Actualidad…

La recepción se mueve sin mí. O eso intento. Me desplazo con una copa que apenas pruebo, calculando trayectorias, midiendo distancias, usando los cuerpos ajenos como escudos. Adriano está cerca y no necesito verlo para saberlo. Lo noto en la forma en que el espacio se estrecha cuando cambio de dirección, en cómo algunas conversaciones se cortan antes de tiempo, en el modo en que mi pulso se acelera cada vez que alguien pronuncia su apodo en voz baja.

No quiero cruzarme con él. Todavía no.

Doy un rodeo innecesario cerca de la mesa central, saludo a dos mujeres que no recuerdo haber visto antes y sonrío en el momento justo. La sonrisa correcta. La que no invita a preguntas personales. La que funciona como armadura.

—Clara Bernardi.

La voz me detiene.

Me giro despacio. Un hombre de unos cincuenta años, traje impecable, acento del norte. No pertenece a la familia. Eso lo distingo rápido. Los Vitale no se presentan así.

—Me han hablado muy bien de usted —continúa, extendiendo la mano—. Soy Leone Bianchi.

Se la estrecho.

—Me alegra mucho saberlo. Espero que haya venido de una persona confiable.

Sonríe, cómodo.

—Personas que no exageran. Me han dicho que tiene una capacidad extraordinaria para resolver conflictos complejos. Que no se limita a los informes. Que entiende las dinámicas humanas.

Lo dice mirándome a los ojos, no al escote. Eso ya es una diferencia.

—Trabajo con situaciones delicadas —contesto—. Nada más.

—Precisamente por eso. —Saca una tarjeta del bolsillo interior de la chaqueta y me la ofrece. La cojo por inercia, aunque sé que ese gesto no es inocente—. Me gustaría que habláramos cuando todo esto termine. No hoy. Más adelante. Puede que tengamos intereses comunes.

Asiento sin prometer nada.

—Le escribiré si lo considero oportuno.

—Eso espero. —Da un paso atrás, correcto, sin invadir—. Por cierto, tiene usted una forma muy particular de observar una habitación. No es común.

—Es una costumbre. No me gusta perderme detalles.

Cuando se aleja, bajo la vista a la tarjeta y la dejo detrás de un cuadro. La cogeré mañana.

Levanto la mirada. Adriano está al otro lado del salón. No me ha seguido. No se ha acercado. Pero me está mirando… furioso.

Nos sostenemos la mirada apenas un segundo. Luego me giro antes de que ese segundo se convierta en una pregunta que no quiero responder todavía.



No tardo en moverme. No corro. No huyo. Simplemente dejo de estar donde se supone que debo estar y aprovecho el barullo para escaparme y centrarme en lo más importante. Encontrar a Marco, el hijo del jardinero. La recepción sigue respirando detrás de mí, pero el sonido se va apagando conforme avanzo hacia la cocina.

—Clara. —La voz me alcanza justo cuando entro.

Pina (siempre correcta y en su sitio) camina hacia mí con una bandeja en las manos—. ¿Todo bien?

—Sí… Solo buscaba a alguien.

—¿Puedo ayudarte?

—Al chico. Al que te ayuda de vez en cuando.

Ella ladea la cabeza, calculando.

—Ha salido al almacén hace un rato. Pero no debería tardar. Y tú no deberías alejarte de los invitados.

—Gracias. —Ignoro su consejo.

Dejo atrás la cocina y cruzo por la galería interior que da al ala de servicio. El suelo cambia bajo mis zapatos. Menos brillo, más piedra. La casa se vuelve práctica, menos teatral. Aquí nadie actúa. Aquí se trabaja.

Empujo la puerta que da al corredor exterior. El aire nocturno me golpea la cara con una frialdad limpia. Camino rápido, sin mirar atrás, bordeando el lateral de la villa hasta llegar al pequeño edificio anexo donde se guardan los suministros. El almacén.

La luz está encendida.

Empujo la puerta.

Dentro hay cajas viejas, hierbas secas colgadas en racimos y estanterías con tarros. Recorro el espacio con la mirada.

—¿Hola?

Nada.

Avanzo entre las repisas. Necesito respuestas. Necesito saber por qué esa foto. Por qué ahora. ¿Qué sabe?

—Sé que estás aquí —musito—. No voy a hacerte daño.

Solo escucho el zumbido lejano de la fiesta amortiguado por los muros.

Llego al fondo. Una puerta entreabierta da a un cuarto más pequeño. La empujo.

Está vacío y revuelto, pero no de forma caótica. Una caja abierta, papeles movidos, una silla desplazada. Alguien ha estado aquí hace poco.

Trago saliva.

Algo no encaja.

Miro el reloj. El tiempo suficiente para que alguien haya salido… pero no para desaparecer sin dejar rastro. Me acerco a la mesa central. Hay una marca reciente, como si alguien hubiera apoyado algo pesado y lo hubiera retirado con prisa.

Aprieto los dedos contra la madera.

No está.

Me quedo un segundo más, escuchando. Luego me doy la vuelta y… me choco con un cuerpo cuyo perfume recuerdo demasiado bien. Se me erizan todos y cada uno los vellos de la piel.

No tengo tiempo de reaccionar ni de fingir. Apoya una mano en la pared a la altura de mi cabeza, cortándome el paso. La otra no me toca, pero está ahí, demasiado cerca. Sin duda es Adriano Vitale, no el que yo conocí.

—¿Te has perdido?

57

ELLA, ELLA, ELLA

Adriano

Actualidad…

Oh, Dios, su olor, su piel, el latido de su corazón… Toda ella impacta en mi cuerpo, en mi pecho, como una bomba racimo que se expande por todo el universo.

Hay preguntas en su expresión. Todavía cree que puede haber una conversación. Un malentendido. Algo que ordenar. Y eso me mata.

No lo habrá.

—¿Te has perdido?

—¿Así saluda El Diablo? —Aprieto la mandíbula—. ¿Por qué no me lo dijiste? —Le brillan los ojos.

—Porque no debía, Clara. O… debería llamarte Chiara. Chiara Russo.

Noto cómo se tensa y trata de dar un pequeño paso atrás sin conseguirlo.

—No tendrías que estar aquí —suelto.

Parpadea.

—¿Cómo?

—Aquí —repito—. En esta casa. En esta isla. En esta historia.

La observo procesar cada palabra. Chiara es inteligente. Rápida. Siempre lo ha sido. Por eso me duele más ver cómo intenta encontrar respuestas donde no las hay.

—Tu hermano me llamó.

—En un acto torpe e inconsciente.

—Tuve mis motivos para venir.

—Los imagino. Ahora… tendrás que irte.

—No puedo moverme si me cortas el camino. —Nos miramos, nuestros labios se miran también—. Señor Vitale… —Odio que me llame así—. Me mentiste.

—Nos mentimos. Sabemos hacerlo bien. Nos enseñaron a hacerlo.

—¿Todo es mentira? —Sé a qué se refiere. La conozco. Y leo a través de sus pupilas, de su iris que cambia de color según su sentimientos y la intensidad de ellos—. Dime la verdad por una vez en tu vida.

—Sí —aseguro, mintiendo por su seguridad.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Nunca la había visto así de vulnerable.

No puedo romperme, no puedo.

—Deja que me vaya… —suspira.

—Te irás. Esta noche. Volverás a Roma.

Aprieta los labios. Endereza la espalda. Esa dignidad suya que siempre me ha desarmado.

—No me iré.

—Lo harás. Yo me encargaré de ello.

—No me iré sin conseguir…

—A Alessandro Russo no lo mató un Vitale. Yo lo sabría —cierro la conversación antes de que comience.

—No puedes jurarlo.

—Sí puedo. Y lo hago.

—¿Me estás echando?

La miro sin ternura y sin cuidado.

—Sí.

La palabra le cruza el pecho. Lo veo. No se lleva la mano al corazón, pero podría. Respira hondo. Una vez. Dos.

—¿Por qué? —No respondo—. Adriano.

Mi nombre en su boca siempre ha sido un lugar al que volver. Hoy es un arma.

—Mírame —dice—. Y dime por qué.

La miro. Y no digo nada. Porque si abro esa puerta, no salimos ninguno de los dos.

—Aquí no pintas nada —continúo—. Nunca has pintado nada.

Veo el impacto. Esta vez no lo disimula. Da un paso atrás de verdad. Choca con la mesa.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es.

—¿Te equivocaste durante seis meses? —No contesto.—. ¿Te equivocaste cuando me mirabas como si…?

—Basta. —Alzo la voz lo justo. Lo suficiente para marcar territorio. Para que entienda que no voy a entrar ahí—. No entiendes dónde estás. Ni con quién. Ni lo que esto implica.

—Soy una Russo.

—Hace mucho que no.

—La sangre Russo sigue recorriendo mis venas. No puedes echarme así. No sin una razón.

—Puedo.

—Dime que no ha significado nada —me reta—. Dímelo a la cara.

La miro. La sostengo.

—No ha significado nada.

La frase me atraviesa a mí antes que a ella. Pero no se nota. No puede notarse.

Su respiración se rompe un segundo. Solo uno. Luego vuelve a encajar las piezas.

—Eres un cobarde. Eso es lo que eres.

Asiento despacio.

—Puede ser.

—Lo eres.

Me empuja hacia atrás y sale corriendo.

Maldigo. Aprieto los puños y la mandíbula unos segundos. Después… me recompongo y… vuelvo a ser El Diablo.



La recepción termina sin aplausos. Las últimas copas se vacían. Las conversaciones se disuelven en murmullos educados. La música deja de sonar sin que nadie la mande callar. La casa vuelve a ser lo que

siempre ha sido cuando se cierran las puertas: un territorio donde las decisiones no se celebran, se ejecutan.

Espero. No me muevo hasta que el último invitado cruza el umbral. Cuando eso ocurre, voy hasta Matteo.

Lo encuentro en el salón principal, hablando con uno de los hombres. Su postura es la de siempre: recta, contenida, segura. La del heredero que cree que todo sigue bajo control.

—Chiara Russo se va —informo sin elevar la voz.

Matteo me mira como si no hubiera oído bien.

—¿Qué?

—Ahora. Esta misma noche.

—¿Estás loco?

—No. Tú estás confundiendo las cosas.

Da un paso hacia mí, desafiante.

—La he traído aquí para algo. Si te responsabilizaras de nuestro destino, lo sabrías desde hace semanas.

—Me has llamado para ordenar. Y lo estoy haciendo.

Su mandíbula se tensa.

—No tienes derecho.

—Soy El Diablo —le recuerdo—. Ese es todo el derecho que necesito.

Hay un segundo de silencio espeso. De esos que solo existen entre hermanos que se conocen demasiado bien.

—Esto no va así —dice Matteo—. No después de todo. No ahora.

—Va exactamente así —contesto—. Porque si no se va ahora, no sale viva de esta casa.

Matteo me observa. Busca algo en mi cara. Una fisura. Una duda.

No la encuentra.

—¿Desde cuándo decides tú quién se queda y quién no?

—Desde siempre. Solo que antes no lo cuestionabas.

—Ella no es una invitada.

—Es un objetivo.

Eso lo detiene.

—¿Qué has dicho?

—No me insultes, Matteo. Puedo terminar también contigo.

—No puedes. No como te gustaría.

Nos miramos sin parpadear. Dos formas distintas de entender el poder chocando de frente.

—Te llamé para poner orden entre los nuestros. No para dinamitarlo todo.

—Precisamente por eso —contesto—. Porque el orden no se sostiene con una mujer en medio a la que todos quieren usar.

—Utilízala tú también.

—Yo la voy a sacar del tablero. No es una pieza útil.

—No entiendes nada.

Pina entra en el salón empujando una maleta.

—Signore —dice—. Ya está.

Detrás de ella aparece Chiara.

No lleva abrigo. El vestido de la recepción sigue sobre su cuerpo. Camina despacio. Digna. Con la cabeza alta.

Nos mira.

A los dos.

Primero a Matteo. Luego a mí.

No pregunta nada.

No hace falta.

—¿Qué significa esto? —pregunta Matteo, girándose hacia ella.

Chiara no le responde. Sigue mirándome a mí.

Y ahí está.

La mujer a la que acabo de expulsar de mi vida para mantenerla con vida.

—Signor Ferrara —dice Pina, en voz baja—. El coche espera.

Chiara baja la mirada un segundo. Solo uno. Luego vuelve a levantarla.

—Así que es verdad —habla Matteo—. Has tomado una decisión. —Mi hermano da un paso y se interpone entre nosotros—. No. No se va.

—Sí se va —respondo.

—No sin mi orden.

—No la necesito.

—¡¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?! —Matteo grita furioso.

—Perfectamente.

Pina se adelanta y le acerca la maleta.

—Lo siento, niña.

Chiara asiente.

Se cuelga el bolso y coge el asa de la maleta.

—Espera fuera —espeto a Chiara.

Antes de salir, nos mira a los dos por última vez.

—Te estás equivocando, Adriano. Sin ella, no vamos a solucionar esto —suelta mi hermano.

—Lo haremos. —No me muevo.

Él camina hasta mí en dos pasos decididos y se detiene a pocos centímetros.

—Eres mi hermano, pero la familia va primero.

—Por eso mismo estoy haciendo esto.

58

EL CONVOY

Adriano

Actualidad…

Chiara Russo va a salir de esta casa. Y no volverá. Eso es lo que he decidido. No porque no la quiera aquí. Sino porque la quiero demasiado.

Aprieto la mandíbula. Matteo me observa desde unos metros más abajo, intentando leerme. No puede. Nadie puede cuando soy esto.

Cuando soy el Diablo.

Me llaman así porque no negocio cuando la sangre entra en juego. Porque cuando la familia está en riesgo, no dudo. Porque yo no heredo el poder: lo impongo. Y Chiara es mi familia.

Lo que hacemos no es elegante. No es romántico. No es cinematográfico. Es negocio. Tráfico de armas que cruzan fronteras camufladas en contenedores legales. Rutas marítimas que cambian cada semana. Intermediarios que nunca se miran a los ojos. Acuerdos con hombres que sonríen mientras te venden.

Tráfico de drogas que no toca nuestras manos, pero sí nuestros beneficios. Sustancias que atraviesan puertos, aeropuertos, túneles invisibles. Nosotros movemos piezas. Otros ejecutan.

Blanqueo. Extorsión silenciosa. Favores que se cobran diez años después. Políticos que deben silencios. Jueces que miran hacia otro lado.

No somos caricaturas de pistola fácil. Somos estructura. Sistema. Y la guerra con los Della Torre no es una pelea de orgullo. Es una cuestión de control territorial, de puertos, de rutas, de contratos internacionales que valen más que una vida.

Chiara no volverá a entrar en este mundo. Nació en él. Pero no pertenece. Y eso la convierte en un blanco perfecto. No permitiré

que la maten.

El archivo que desapareció. La muerte de su padre. Las sospechas cruzadas. Los acuerdos rotos. Si los Della Torre creen que ella sabe algo, la usarán. Si creen que Matteo la ama, la usarán. Si creen que yo la amo… La destruirán.

Cierro los ojos un segundo.

Yo sí sé quién es.

Yo sí recuerdo.

Y ahora la he tenido en mi casa. En mi cama. En mis manos.

He aprendido la forma en que respira cuando duerme. El modo en que se enfada cuando alguien decide por ella. La forma en que sostiene la mirada, desafiando incluso cuando tiene miedo.

La amo.

Y esa frase es un error táctico.

El coche delantero hace sonar el claxon, breve. Señal de que todo está listo.

Chiara cree que la estoy expulsando.

Que no la quiero aquí.

Que la aparto porque no la necesito.

Es mejor que piense eso.

Mucho mejor.

Me acerco al tercer coche. Antes de subir, me detengo. Miro hacia la ventana del salón. No la veo, pero sé que está dentro, respirando hondo para no derrumbarse.

No puedo tocarla ahora.

No puedo explicarle nada.

Si le explico, no se irá.

Y si no se va, la matarán.

Tengo preparada otra identidad. Ya está activada. Documentación limpia, cuentas nuevas, un destino lejos de Sicilia, lejos de Italia, lejos de nosotros. Nadie sabrá que es Chiara Russo. Nadie la relacionará con los Vitale.

Ni siquiera Matteo conoce todos los detalles.

Me encargaré yo.
Desaparecerá.
Y me odiará.
Es el precio.

He dirigido operaciones con menos dudas que esta. He ordenado acciones que costaban vidas con más serenidad que la que siento ahora. Porque esta vez no se trata de territorio. Ni de dinero. Ni de poder. Se trata de ella.

Si se queda, la usarán para rompernos.

Si se queda, descubrirá demasiado.

Si se queda, alguien disparará sin aviso. Ya ha ocurrido y Matteo pagará por ello.

La carretera costera espera. Y yo ya he decidido. Prefiero que me odie. Prefiero que me recuerde como un monstruo. Antes que verla morir por mi apellido.

El Diablo no salva.
El Diablo elimina amenazas.
Hoy la amenaza soy yo.
Y eso me duele más que cualquier guerra.

El motor del primer coche arranca antes de que nadie diga nada. Así funciona aquí: cuando una decisión está tomada, el ruido viene después.

—Llévala tú delante —ordeno a uno de los hombres de honor, que asiente.

Matteo ya está en el coche frontal, con el gesto cerrado y los hombros tensos.

Clara está en el todoterreno negro, con dos escoltas, el conductor y el que acaba de subir detrás.

Nadie discute.

Echo un último vistazo a la ventana, donde está Chiara, pero ella no me mira. Me odia. Justo lo que buscaba.

El convoy se ordena solo.
Matteo delante.

Ella en medio.

Yo detrás.

Tres coches. Tres silencios distintos.

Cuando subo al mío, no me acomodo. No apoyo la espalda. Me quedo inclinado hacia delante, los antebrazos sobre las rodillas, los ojos clavados en las luces rojas que se alejan despacio.

—Asegúrate del perímetro.

—Sí, señor.

El coche avanza.

Chiara cree que la estoy expulsando.

Cree que la estoy castigando.

Cree que no la quiero aquí.

Cree que he elegido a mi sangre por encima de ella.

No sabe que la estoy sacando del punto exacto donde iban a matarla.

No sabe que cada metro que se aleja es una victoria mínima contra algo que ya se ha puesto en marcha.

El coche de Matteo toma la primera curva. El suyo lo sigue. El mío se queda atrás, pegado. Y mirando el brillo del coche que la aleja del mal, recuerdo el perfil de sus senos, en su forma de dormirse con el ceño levemente fruncido, en cómo me llamaba "señor Ferrara" incluso cuando estaba desnuda. En la facilidad con la que se coló en mi vida.

Aprieto los dientes. No hay despedida real. No hay una última frase. No hay promesas. Solo una carretera que se abre frente a nosotros como una línea mal trazada.

—Si algo se mueve —le digo al conductor—, me avisas.

—¿Algo?

—Cualquier cosa. —Cuando termino de hablar, tengo la sensación de que algo va a ocurrir. Un pálpito justo en el centro del pecho.

59

LA CARRETERA

Chiara

Actualidad…

La carretera se enrosca como una cicatriz antigua junto al mar. Curvas cerradas. Asfalto oscuro. El agua abajo, golpeando sin ritmo. Voy sola en el coche. El motor suena demasiado correcto para lo que siento dentro.

Respiro hondo y bajo un poco la ventanilla. El aire entra salado, frío, me despeja la cabeza sin calmarla.

Me han pedido que me vaya. No con palabras bonitas. No con cuidado. Me han sacado del tablero como se retira una pieza incómoda. Y aun así, no consigo enfadarme del todo.

Pienso en mi padre.

En Alessandro Russo tal como lo recuerdo: serio, atento, con esa forma suya de observar antes de hablar. Me pregunto si él también condujo por una carretera parecida la última noche. Si supo que algo no encajaba. Si tuvo tiempo de pensar en mí.

Adriano aparece en mi cabeza sin permiso. Su mirada dura, su voz convertida en cuchilla. Vete. No ha explicado nada. No ha querido. Me ha empujado fuera de su mundo como si fuera peligro puro. Tal vez lo soy. Tal vez siempre lo he sido.

Matteo viene después. Su silencio. Su forma de colocarse delante del peligro. La manera en que me miró cuando me subí al coche, como si quisiera decir algo y no pudiera permitírselo.

Las luces del coche recortan el arcén. Faros blancos, precisos. La noche no es negra del todo; hay luna, fragmentada entre nubes, suficiente para ver el perfil de los acantilados.

Entonces los veo. Al principio creo que es una ilusión. Sombras moviéndose entre los pinos. Figuras alargadas que cruzan demasiado rápido para ser perros.

Uno aparece a la derecha, sobre una loma baja. Quieto. Grande. El pelaje oscuro se confunde con la tierra, pero los ojos no. Me miran con una fijeza que no pertenece a los animales asustados.

Un lobo.

Más adelante, otro. Y luego un tercero, más lejos, recortado contra el cielo. No se acercan. No corren. Se limitan a acompañar el coche durante unos segundos, como si marcaran el camino.

El pulso me golpea en las sienes.

No siento miedo. Eso es lo más extraño.

Recuerdo las historias de mi padre. Las noches en las que me hablaba de lobos que no atacan, de manadas que protegen, de animales que avisan cuando algo va a romperse. El lobo no llega tarde, decía. Llega cuando tiene que llegar.

—No es posible —murmuro, sola.

El coche toma otra curva. El mar aparece de golpe, negro y enorme, abajo. El asfalto brilla un segundo.

El lobo de antes ya no está. En su lugar, dos más cruzan la carretera varios metros por delante. Me observan.

Muevo la cabeza y cierro los ojos. Cuando los abro, siguen ahí.

Uno de ellos alza el hocico, como si aspirara mi miedo, mi historia, mi sangre.

No quieren atacarme.

Quieren que mire.

El coche vibra levemente bajo mis pies. Un temblor mínimo. Casi nada. Algo que podría atribuirse al terreno, al cansancio, a la noche.

Los lobos se apartan al mismo tiempo.

Y entonces lo siento.

No como un pensamiento claro. Es una presión baja en el pecho. Una intuición antigua, heredada, que me dice que no debería estar aquí. Que este tramo de carretera no es un lugar de paso, sino de decisión.

El conductor acelera y los lobos desaparecen en la oscuridad del bosque.

—Señor, ¿puede parar un momento?

—Lo siento, señorita Bernardi —se disculpa el que está a mi lado para darme la negativa.

El coche avanza hacia la siguiente curva, y el mar parece más cerca de lo que debería.

No sé qué va a ocurrir.

Solo sé que los lobos ya han hecho su parte y yo no puedo hacer nada. El vehículo derrapa antes de que ninguno nos demos cuenta.

60

EL IMPACTO

Adriano

Actualidad…

Algo no encaja. No es una idea completa, es una presión en la boca del estómago, una alerta muda que llega antes que el pensamiento. Voy detrás del coche de Chiara, demasiado cerca para dejarla sola, demasiado lejos para tocarla. La carretera se estrecha. El mar aparece y desaparece entre curvas.

—Despacio —ordeno por la radio a los dos coches de delante.

La voz me sale firme. El pulso no.

El coche de Chiara entra en una curva larga. La toma bien. La siguiente también. Todo parece normal durante un segundo que dura menos de lo que debería.

Y… ocurre.

No hay un golpe claro. No hay un ruido previo. No hay una explicación inmediata que yo pueda agarrar. El coche de Chiara se ladea apenas. Veo las luces traseras dibujar un arco torcido. Veo el volante corregir. Veo el intento.

—Frena —digo—. Frena ahora.

No me escucha. O me escucha tarde. O algo ya no responde.

El coche derrapa en un deslizamiento lento, desesperante, hacia el borde. El terraplén aparece de golpe, sin margen. El mar abre la boca.

—¡Para! —grito—. ¡Para el coche! ¡Chiara!

La radio estalla con voces. Matteo, delante, frena en seco y baja del coche al mismo tiempo que yo. No pienso. Salgo. Corro. El aire me corta los pulmones. El mundo se reduce a ese coche que se va.

—¡Chiara! ¡Chiara! ¡Chiara!

La llamo como si el nombre pudiera sujetarla.

El coche baja por el terraplén. Golpea una roca lateral. El impacto levanta chispas. Metal contra piedra. Un sonido seco, definitivo. El morro se hunde. El depósito revienta en una llamarada breve, obscena, que ilumina el acantilado como un relámpago sucio.

—¡No! —escupo, sin voz.

Matteo llega a mi lado, pálido, con los ojos desbordados.

—¡Chiara! —grita él también—. ¡Chiara! ¡¡Chiara!!

El coche desaparece. Primero el fuego. Luego el ruido. Después… el vacío.

El mar se lo traga.

No hay tiempo para nada más. No hay heroísmo posible. No hay salto. No hay decisión. Solo el agua cerrándose sobre un objeto en llamas, apagándolo, hundiéndolo, llevándoselo hacia abajo como si nunca hubiera existido.

Me acerco al borde. Me arrodillo. Busco. No sé qué busco. Un movimiento. Una puerta. Una burbuja. Cualquier cosa que contradiga lo que acabo de ver.

Nada.

—¡Llamad a todos! ¡Ahora! —vocifero.

Las palabras salen automáticas. El cuerpo no responde igual. Me tiemblan las manos. Las clavo en la tierra para no caer yo también.

Abajo, el mar vuelve a moverse con normalidad. Indiferente. Oscuro. Perfecto en su crueldad.

—No —susurro—. No.

Matteo me agarra del brazo y me empuja hacia atrás.

—¡Ya lo has conseguido! ¡¿Esto es lo que querías?! ¡¡La has matado!!

No lo escucho.

Solo veo el lugar exacto donde el coche impactó. La mancha de fuego que ya no está. El rastro imposible de seguir.

El nombre vuelve a salir de mí, esta vez sin grito, sin fuerza, como una plegaria rota:

—Chiara…

Y el mar no devuelve nada.

61

LA PESADILLA

Matteo

Actualidad…

Abro los ojos antes de que nadie me llame. No hay sueño que aguante cuando te han arrancado algo del pecho y lo han dejado sangrando por dentro, a la vista de todos, sin pudor. Me visto con el traje sin mirar demasiado el espejo. La camisa negra no tapa lo que tengo debajo. La chaqueta me sienta bien. Siempre me sienta bien. En este mundo, el luto también se plancha.

Cruzo el pasillo principal. La villa huele a cera y a flores cortadas. No necesito cerrar los ojos para saberlo: aquí han trabajado desde el alba, preparando un altar para una mujer que no era de los nuestros y, aun así, se ha llevado lo más nuestro.

Los guardias abren camino sin hablar. Nadie me detiene. Nadie se atreve. Me gustaría que alguien lo hiciera. Que me preguntara si estoy bien. Que me tocara el hombro y me obligara a respirar. Pero en esta casa el dolor se respeta a distancia. Cada uno sangra donde puede.

Bajo la escalera central.

Helena ya está en el salón. De negro. Perfecta. Inmóvil, pero viva por dentro, porque mi madre no se permite morir ni cuando la vida le cruje. A su lado, Raffaele sostiene una copa sin beber. Me mira un segundo y aparta la vista, molesta. Raffaele siempre encuentra un sitio para el enfado.

En el umbral del comedor aparece Pina con las manos juntas, como si rezara sin atreverse a hacerlo del todo. Se le quiebra la boca

cuando me ve. No dice nada. Yo tampoco. Me basta con esa expresión para saber que el día va a ser insoportable.

—Matteo —me llama mi madre, suave.

No responde una pregunta. No pide permiso. Solo pronuncia mi nombre para recordarme que tengo que salir ya.

Las abro. Y el mundo exterior me golpea con un silencio distinto, de esos que se hacen grandes porque nadie se atreve a respirar fuerte.

Han preparado la ceremonia en el patio de los limoneros, donde la luz cae limpia a mediodía y el mármol devuelve el reflejo del cielo. No es un funeral de iglesia. Aquí las almas se despiden con códigos propios. Don Pietro está al frente, sin sotana, con su traje oscuro y esa cruz discreta que no lleva para salvar, sino para bendecir sin preguntas.

Alrededor hay velas en soportes de hierro. Hay flores blancas y rojas, ordenadas con un gusto que roza lo cruel: todo demasiado bonito para lo que significa. Hay una mesa larga con paños negros, y sobre ella un marco con una fotografía de Chiara.

La miro.

No sé quién eligió esa imagen. Quizá Pina. Quizá Raffaele. Quizá mi madre. Chiara aparece de medio perfil, con el pelo recogido, la boca a punto de decir algo mordaz. No sonríe del todo. Tiene esa mirada que prometía guerra incluso cuando parecía tranquila.

Me quedo clavado.

Durante un segundo no veo la mesa ni las velas ni las flores. Veo su cuerpo en un coche cayendo. Veo el mar devorando metal. Veo el golpe. El fuego. El agua. Y… el vacío.

Los hombres de honor están colocados en los bordes del patio. Traje oscuro, postura firme. En silencio. En la primera fila está Nicola Grazia Vitale, el abogado del clan, pelo peinado hacia atrás, sonrisa de tiburón hoy apagada, mirada afilada. Tiene las manos entrelazadas delante del vientre.

A un lado, Lorenzo Rettri espera con la camisa abotonada hasta el cuello y los anillos brillando bajo el sol, como siempre. La misma

presencia pesada de toda su vida. Sus ojos no me dejan. Él lo sabía antes que nadie. Siempre lo sabe.

Adriano. De pie, separado del resto, como si el patio fuera demasiado estrecho para él. Traje negro impecable, barba de un día, mandíbula dura. Lo que tiene en la cara no es pena, es algo peor. Algo que no se permite soltar porque si se abre, ardemos todos.

Me doy cuenta de que está mirando la fotografía igual que yo.

Como quien mira una herida y decide no tocarla para no gritar.

Camino hacia el centro. Don Pietro baja la mirada un instante y hace un gesto leve con la cabeza, señal de respeto. Es lo máximo que me va a dar. Él sabe lo que somos. A veces bendice negocios además de almas. A veces también se culpa. Siempre encuentra un modo de justificarse.

—Hijos —empieza Don Pietro, con esa voz grave que arrastra cada palabra—. Hoy no despedimos solo a una mujer. Hoy despedimos una advertencia.

Trago saliva. No me gusta.

A mi derecha, Raffaele aprieta el cristal de su copa hasta que parece que va a romperlo. Mi madre no parpadea. Lorenzo Rettri mueve apenas la barbilla, atento. Nicola mira a Don Pietro como si midiera cuánto de esto conviene que se escuche.

—La sangre manda —continúa Don Pietro—. Pero también hiere. Y hay amores que, cuando nacen en estas casas, no traen paz. Traen guerra.

Siento un hilo de rabia subirme por el pecho. No por lo que dice. Por lo exacto.

Don Pietro sigue hablando, pero las palabras se me mezclan. Habla de destino. Habla de elección. Habla de dioses. De pecados. De lealtades.

Yo solo oigo el nombre que no pronuncia.

Chiara.

No Clara Bernardi. No la máscara. La verdad.

Mi mirada vuelve a Adriano. Él no se mueve. Ni un músculo. Solo un detalle lo delata: sus dedos se cierran y se abren una vez, despacio, como si quisiera aplastar algo invisible.

Me acerco sin pensarlo.

Don Pietro sigue su discurso sin interrumpirse. Los demás se quedan quietos, mirando al frente, fingiendo que no nos observan. Pero en esta familia todo se ve. Todo se interpreta.

Me planto a un metro de mi hermano.

—Mírame —le digo en voz baja.

Él gira la cabeza lo justo. Sus ojos están rojos, pero no húmedos. No le he visto llorar desde… nunca.

—Hoy no —murmura.

—Soy el único que sabe leerte —contesto, y ni siquiera suena a amenaza. Suena a necesidad.

Adriano exhala, lento. Mira la fotografía otra vez.

—No tendría que haber pasado esto —se lamenta.

—No tendría que haber estado en ninguno de nuestros planes —respondo.

Adriano se gira hacia mí. La furia le asoma por debajo de la piel, contenida, peligrosa.

—Tú la trajiste. Tú eres el culpable de su muerte.

—¿Crees que no lo sé?

—Claro que lo sabes.

—Lo sé todo, Adriano. Dímelo —lo aprieto—. Mírame y dímelo.

Sus ojos se fijan en los míos. Y ahí, en ese segundo, veo algo que no quería ver.

—Hay algo más —dice al fin, tan bajo que apenas se oye con el murmullo de Don Pietro al fondo.

Se me tensan los hombros.

—¿Qué?

Adriano niega, mínimo.

—No aquí.

—Me lo dices ahora —susurro, acercándome un poco más—. Ahora.

Él me sostiene la mirada con ese orgullo estúpido que me dan ganas de romperle a golpes.

—No puedo.

—Claro que puedes. Siempre puedes. Eres El Diablo —suelto con rabia y despecio.

Adriano aprieta la mandíbula. Sus ojos se clavan en los míos con una verdad que no necesita palabras: él sabe algo que yo no.

—Tus ojos te delatan —le suelto.

—Los tuyos también —responde.

Me quedo un segundo inmóvil.

Y lo entiendo. No solo por Chiara. Por nosotros. Por lo que esa mujer ha conseguido sin proponérselo: ponerme frente a mi hermano con el mismo dolor, la misma rabia, la misma pérdida.

Me acerco un milímetro más.

—Estamos los dos enamorados de la misma mujer —aseguro, sin temblor—. Y ahora ya no importa.

Adriano parpadea una sola vez.

—Importa —murmura.

La palabra me enciende.

—¿Importa? —repito, incrédulo—. ¿Qué importa, Adriano? ¿Que yo la metí en esta villa? ¿Que tú la echaste? ¿Que yo la tuve en mi cama? ¿Que seguro que tú también? —Me mata pensarlo— ¿Qué parte importa? ¡Dime!

Adriano traga saliva. No aparta la mirada.

—Importa porque… —empieza, y se detiene.

Y ahí lo veo: se le rompe algo por dentro y lo vuelve a encerrar.

Lo agarro del antebrazo, fuerte. No por violencia. Por urgencia.

—Mírala. —Señalo con la barbilla la foto—. Mírala y dime que no te está matando por dentro.

Adriano mira la foto. Y su máscara cede.

—Me está matando —admite, casi sin voz.

Lo suelto despacio.

Don Pietro termina una frase y al fondo alguien enciende otra vela. El fuego baila. No siento consuelo. Siento rabia.

—Tú la has matado —le digo, sin suavizarlo, porque el dolor también necesita un culpable aunque no sea justo—. La sacaste. La pusiste en carretera. La dejaste sola.

Adriano me mira, amenazante.

—¿De verdad quieres decir eso aquí? —me pregunta, muy quieto.

—De verdad quiero que me mires y me digas qué no me has contado.

Adriano abre la boca. Y la cierra. Ese gesto me da más miedo que cualquier disparo. Porque si el Diablo calla, es porque la verdad quema.

Don Pietro alza la mano para dar paso al último tramo de la ceremonia, pero yo ya no escucho. Solo siento que el mundo se ha inclinado un poco, como una mesa donde alguien ha movido una pieza y nadie sabe aún cuál va a caer.

—Han sido los Della Torre —masco—. Esto es una declaración de guerra.

Adriano tarda un segundo en responder.

—No lo sabemos.

—¿Qué no sabemos?

—No sabemos quién ha sido.

—Claro que lo sabemos. —La rabia me sube por la garganta—. No fue un accidente. No fue una curva mal tomada. No fue el azar.

Mi hermano me sostiene la mirada.

—Y aun, no lo sabemos.

Su calma me enfurece.

—¿A quién estás protegiendo?

—A la familia.

El silencio que nos rodea no es incómodo. Es peligroso. Nicola finge hablar con Lorenzo a unos metros. Mi madre observa desde el centro del patio. Raffaele tiene los brazos cruzados. Nadie se pierde nada.

—Si no han sido los Della Torre —continúo—, si no han sido ellos… entonces esto es peor de lo que imaginamos.

Adriano asiente una vez.

—Lo averiguaremos.

—Lo averiguaré —corrijo.

Adriano me mira con algo que no sé nombrar.

—Lo averiguaremos —repite—. Y si no han sido los Della Torre… te casarás con Arianna.

La frase no me golpea. Me atraviesa.

Me quedo quieto.

—¿Qué has dicho?

—Que si no han sido ellos —prosigue, implacable—, sellaremos la alianza. Sin excusas. Sin retrasos. Sin orgullo.

—Después de esto… —miro la fotografía— ¿me hablas de alianzas?

—Precisamente después de esto.

Nos miramos. Y por primera vez desde el accidente, no veo en él a mi hermano. Veo a El Diablo.

—No uses su muerte como moneda —le advierto.

Adriano no se inmuta.

—No la uso. Evito que haya más.

El viento mueve las hojas de los limoneros. Las velas tiemblan.

Yo vuelvo a mirar la fotografía de Chiara.

Su boca está a punto de decir algo. Siempre parecía a punto de decir algo.

—Si han sido ellos —digo, bajo, pero con una claridad absoluta—, los destruiré.

—Y si no —responde Adriano—, harás lo que tienes que hacer.

No hay reconciliación. No hay consuelo. Solo una promesa de sangre.

Don Pietro se acerca para cerrar la ceremonia. Mi madre coloca una rosa blanca frente al marco. Raffaele deja la copa intacta sobre la mesa. Nicola susurra algo a Lorenzo.

Yo me quedo allí, mirando la fotografía, con el traje negro pegado al cuerpo y una sola certeza latiendo bajo la piel: Chiara Russo está muerta. Y alguien va a pagar por ello.

Continuará…

REINA SIN NOMBRE
26 de febrero de 2026
en AMAZON



AGRADECIMIENTOS

El amor es fuego. El amor es guerra. Pero no de la que sangra, sino de la que transforma. De la que obliga a elegir. De la que arrasa lo que creías inamovible y, aun así, te deja en pie.

Escribir Con el diablo en la sangre ha sido entrar en territorios oscuros para recordar algo muy sencillo: nadie es únicamente su apellido. Nadie es solo su herencia. Siempre hay una decisión posible. Siempre hay luz.

Gracias a mi hijo. Mi amanecer. Mi verdad más limpia. El único nombre que pronuncio sin armadura.
Si alguna vez el mundo se convierte en campo de batalla, que recuerdes que el amor verdadero no destruye: socorre. Tú me has enseñado eso cada día.

Gracias a mi familia, por ser raíz cuando todo arde.
Por estar incluso cuando no entienden del todo mis silencios, mis horarios imposibles o mis personajes que hablan más alto que yo. La sangre no siempre es condena. A veces es abrigo.

Gracias a mis amigos, que son mi territorio seguro sin necesidad de mapas. Los que escuchan mis dudas, celebran mis locuras y me recuerdan quién soy cuando me pierdo entre sombras y tramas. Vosotros sois la lealtad que no necesita juramentos.

Y gracias a quien me hace reír a carcajadas todos los días.

Este libro habla de clanes, traiciones y sangre antigua. Pero en el fondo, habla de elegir amar cuando sería más fácil odiar.

Y yo elijo.
Siempre.

Estrella Correa

SOBRE LA AUTORA

Estrella Correa nace en Chucena, graduada en Derecho y Técnico Superior de Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. En 2016 autopublica su primer libro, Un gin-tonic, por favor; y a partir de ahí encuentra su verdadera vocación: escribir.

Poco a poco, el éxito de sus novelas la lleva a distanciarse de la abogacía y a transformar su hobby en su profesión.

Ha tenido contratos con editoriales, pero actualmente todos sus libros están disponibles en exclusiva en Amazon en dos formatos: papel y digital. Apuesta por esta plataforma y reconoce que gracias a ella comprueba día a día que su trabajo llega a miles de personas y que además da frutos.

Su trilogía "Un gin-tonic, por favor", publicada con Ediciones Coral en una edición especial y completa, fue durante varias semanas de 2018 y 2019 el ebook de ficción más vendido en España según Bookwire España.

Su novela "Anoche soñé mariposas" (mayo 2020) ha sido la novela con más reseñas y valoraciones del PLAS 2020 (Premio Literario Amazon Storiteller). Actualmente está retirada del mercado y será publicada por el sello Vergara de la editorial Penguin Random House el 13 de mayo de 2021.

El 19 de octubre de ese mismo año (2020) la revista Vogue Bussines se hace eco en un artículo de las ocho mujeres escritoras autopublicadas más destacadas de la plataforma Amazon.es entre las que se incluye a Estrella Correa.

Libros publicados:

Un gin-tonic, por favor
Bésame, por favor

Quédate conmigo, por favor
Recuérdame, por favor
Ni por favor ni leches
Más Almas, por favor

Nerea y las estrellas
La estrella de Nerea

Cualquiera menos tú
Todos menos tú

Anoche soñé mariposas

Tú y yo en la Gran Manzana
Amor en Manhattan
Mi chica del SoHo
Un corazón en Nolita
Mil besos en TriBeCa

Despiértame a besos
Despiértame a sueños

Jódase, señor Ward
Jódase, señor Baker
Jódase, señor Cross

Sexi Navidad en Nueva York

Imborrables

Te juro que no era amor

A un destello de ti

Mi jefe es el anticristo

A un sueño de ti

Siempre seremos verano
Siempre seremos Ibiza

Con el diablo en la sangre

Puedes seguir a la autora en las redes sociales:

Facebook: Estrella Correa, Estrella Correa Escritora

Instagram: @estrellacorreaescritora

X: @EstrellaCorreaS

Tiktok: estrellacorreaescritora